

Selecta

MARIAM ORAZAL



*Los condes
no se casan
con doncellas*

Contenido

[Los condes no se casan con doncellas](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Mariam Orazal](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

Selecta

MARIAM ORAZAL



*Los condes
no se casan
con doncellas*

Los condes no se casan con doncellas

Serie Chadwick, libro 3

Mariam Orazal

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Rocío y Belén, por acompañarme en la vida.
Porque dentro de medio siglo sigamos desayunando juntas.*

Capítulo 1

Nymphouse, Rochester. Enero de 1817.

No había un chiquillo más travieso que Eric Chadwick. Poseía un rostro angelical y adorable, idéntico, según la abuela, al de su padre cuando era un niño. Los bucles rubios caían desordenados sobre su dura cabecita y los ojos color miel, brillantes y grandes como un océano de trigo, eran la personificación de la ternura y la bondad. Pero las apariencias engañan, y, si bien un observador casual podía confundirlo con un ángel, los que le conocían sabían que por sus venas corría la obstinación e imprudencia de los Chadwick, aunque solo había un miembro de la familia en concreto con quien todos comparaban al muchacho cuando lo descubrían en una de sus balandronadas: su tía Megan, *lady Riversey*.

«Alguien debería decirle a Megan que no enseñe a mi hijo a birlar dinero de los bolsillos ajenos», se lamentaba Marcus Chadwick a menudo, sin saber que aquella habilidad en concreto se la había enseñado el marido de su hermana, el marqués de Riversey.

Desde luego, la pareja formada por los marqueses azuzaba el espíritu rebelde del joven Eric, pero había que reconocer que el ingenio y la temeridad venían en la sangre del muchacho.

En aquel preciso momento, la bendita criatura había vuelto a escabullirse de su habitación con absoluto sigilo y sin que la pobre niñera, Judith, se hubiera dado cuenta hasta pasada la hora de la cena.

No habría ido muy lejos. No era probable que hubiera abandonado la casa, sobre todo teniendo en cuenta que aquella noche se celebraba una fiesta en Nymphouse y que al joven Eric le encantaba el bullicio y la algarabía en cualquiera de sus formas.

Estaba en la fiesta. Escondido en alguno de sus rincones secretos.

Por suerte, Hannah Lubrelle los conocía todos; desde el hueco de la escalera del patio trasero hasta el armario del recibidor en el que se colaba para averiguar quién iba y venía, sin olvidar los bajos de las camas o las zonas ocultas por las cortinas. El señorito Eric era un mago del escapismo, pero el eficiente servicio de Nymphouse estaba más que cualificado para búsquedas de fugitivos.

En la misión de aquella noche intervenían Sam y Lucien, dos jóvenes lacayos que se ocupaban de inspeccionar los accesos al salón y el trayecto hasta la cocina; Silvia y Edith que, al tiempo que iban retirando el menaje sucio de las mesas, aprovechaban para levantar

los manteles y mirar debajo; también John y Matt, los camareros, se paseaban por el salón con sus bandejas en una mano mientras con la otra iban apartando cortinas, escudriñando tras los sillones y sofás que habían sido apartados hacia las paredes y asomándose por las ventanas para asegurarse de que no hubiera elegido el jardín para espiar.

El cuerpo de casa de Nymhouse contaba con medio centenar de personas, por lo que no era probable que se estuviese mermando el servicio a los invitados de la fiesta de sus patrones.

Vigilando el desarrollo de la misión, se encontraba la jefa de operaciones, la mismísima doncella personal de la vizcondesa de Collington, Hannah Lubrelle, a quien debían hacer un gesto de ojos cuando lo localizasen.

Por el momento, la búsqueda había resultado infructuosa, pero la noche era joven, y Eric podía haberse entretenido en el camino de su habitación al salón, pues también era bien sabido que tenía tendencia a distraerse con cualquier musaraña. Para ello, la niñera, el ama de llaves, McPeere, y otro par de doncellas registraban el resto de la casa.

Hannah podría estar molesta por tener que interrumpir su descanso y ponerse a buscar al mocoso, pero resultaba que adoraba a ese niño con toda su alma, y, por añadidura, le divertían aquellas misiones de captura. Además, la expresión de enfurruñamiento de lord Eric —para Hannah, todos sus patrones eran lores y *ladies*, ya les correspondiese el título o no— era tan tierna y graciosa cuando le pillaban que ella siempre cruzaba los dedos por ser quien lo encontrase.

Hannah creía saber lo que era el amor; lo había experimentado en sus múltiples formas, pero nunca hubiera imaginado que llegaría a sentir aquella adoración incondicional por un bebé que no fuera suyo. Lo que le unía a Eric Chadwick era pura e indolente devoción.

A decir verdad, lo que sentía por los Collington era un afecto que escapaba a su comprensión. Daría cualquier cosa por ellos, sacrificaría hasta su misma vida; tan enorme era la gratitud que les guardaba por haberle dado una existencia tranquila y dichosa.

Tan diferente de lo que había conocido.

Hannah parpadeó para ahuyentar los recuerdos. Los tenía bajo control la mayor parte del tiempo, pero en los momentos más dulces, cuando el orgullo la invadía por aquello que tenía, las insidiosas zarpas del pasado le enviaban un recordatorio de advertencia.

Tenía más de lo había soñado tener y se cuidaba mucho de conservarlo. Su vida era tranquila, pacífica, segura. Desde que se trasladase a Nymhouse, había adquirido también un sentimiento de arraigo que antes le había faltado. Aquel era su hogar, el primero que podía recordar. Allí se sentía querida, necesaria, útil. Y en eso tenían mucho que ver sus patrones.

Marcus Chadwick, vizconde de Collington, era un hombre afable y ecuánime. Era cierto que exigía mucho a todos los miembros del servicio que trabajaban para él, pero mostraba

un gran respeto y deferencia por todos ellos. Era un jefe justo y dadivoso, que además había desarrollado una alta tolerancia por los tejemanejes de Hannah.

Lady Collington, Lauren, era lo más parecido a una familia que Hannah había tenido en toda su vida. No acababa de decidir si se sentía como una hermana o como una madre, pues a pesar de llevarse apenas siete años de diferencia, le parecía que existía un abismo de conocimientos y vivencias entre ellas.

Hannah había correteado mucho mundo y no había hallado en él fascinantes aventuras ni gloriosas vivencias. Había madurado a marchas forzadas, había aprendido lecciones sin siquiera merecerlas y había pagado la penitencia sin cometer el pecado; pero eso fue antes de los Malone.

Hannah Lubrelle volvió a nacer el 23 de noviembre de 1809, cuando una educada y distinguida *lady* Aileen Malone le propuso ser contratada como doncella de su única hija. En aquel entonces hubiera trabajado de tabernera, pero, por una vez, la suerte se puso de su lado y permitió que una dulce e ingenua Lauren Malone entrara en su vida. Con apenas diecisiete años, una inteligencia notable y un montón de inseguridades a su espalda, Lauren se abrió a codazos un hueco en el corazón que ella creía roto y desahuciado; y allí se quedó.

Ocho años después, ese amor incondicional se había hecho extensivo a aquel pequeño diablillo de infante que andaban rastreando. Esta era su familia, la familia a la que servía, pero también aquella que la respetaba y la apreciaba, aquella que le hacía sentir segura e importante.

Las risitas nerviosas de *lady* Sara Penwick y de la señorita Catlin Sorenson, que cuchicheaban a pocos pasos de distancia, la sacaron del ensimismamiento. Miró hacia su derecha y comprobó que las muchachas se cubrían la boca para ocultar la sonrisa y se giraban de vez en cuando a mirar el vuelo trasero de sus faldas, por donde asomaban unos rizos rubios que Hannah conocía muy bien.

«Así que el pillastre las estaba utilizando como barricada para no ser visto por los adultos... y ellas habían sido tan amables de apartarse a un lado de la sala para ofrecerle resguardo. ¿Qué les estaría diciendo con aquella lengua de medio trapo?». Hannah sonrió para su coleteo al recordar algunas de sus ininteligibles conversaciones con el chiquillo, que, a pesar de su locuacidad, todavía no había cumplido los dos años.

Buscó con la mirada a Matt, el camarero, y le señaló con un cabeceo dónde se estaba ocultando lord Eric. Acto seguido, escudriñó entre la multitud para localizar a los Collington y asegurarse de que estuvieran demasiado lejos para enterarse de nada. A Hannah le daría mucha pena que el niño acabase recibiendo un castigo por aquella travesura. Lord Collington, que era bastante inflexible con la vena rebelde de su hijo, no dejaría pasar aquella nueva incursión en una fiesta de adultos.

Comprobó que charlaban animadamente con uno de sus invitados en un rincón lo bastante alejado del punto de conflicto y suspiró aliviada. Paseó la mirada por el amplio

salón de baile y se aseguró de que Matt y John habían tomado posiciones para bloquear al niño cualquier salida en dirección contraria a la que iba a tomar Hannah para capturarlo. Casi se podía frotar las manos. Le encantaban estos pequeños placeres que le proporcionaba la vida.

Como al descuido, con total parsimonia, la que todos sabían que era la doncella personal de la vizcondesa de Collington se adentró en el salón de baile con paso firme y decidido. Hannah sabía hacerse notar cuando lo deseaba, pero podía también pasar desapercibida cuando se lo proponía; en aquel momento, solo tenía que pasear por el borde de uno de los laterales para llegar hasta el niño. Lo hizo como si de un invitado curioso se tratase, con las manos en la espalda, la mirada perdida en varios puntos a la vez.

Vigilaba a todos los participantes en su pequeña misión: al resto de criados, todos en posición; al niño, que tironeaba de la falda de la señorita Sorenson para otear por encima; a las compinches del pequeño lord, que reían como dos ardillitas que comparten una bellota; y, por último, a sus patrones, para asegurarse de que permaneciesen ajenos al desarrollo de la jugada.

Una corriente helada invadió su cuerpo lentamente desde el pecho hacia fuera cuando el interlocutor de los Collington se giró para tomar una copa de champán de la bandeja que le ofrecían.

Su mente se desconectó de la realidad y sus piernas se detuvieron en seco, como también lo hizo el tiempo. Cientos de imágenes inundaron su cabeza en oleadas, recuerdos mezclados con fantasías, todo lo malo que había ocurrido en su vida, todo lo bueno que se había atrevido a soñar. El dolor.

Había un puño atenazando la boca de su estómago, una presión que crecía y crecía, mientras que el mundo a su alrededor se diluía como un cuadro recién pintado que es arrasado por la lluvia.

«No puede ser», pensó, frenética, mientras intentaba encontrar sentido a aquella escena. Miró sus manos, que temblaban, y fue consciente de que la misma debilidad estaba presente en sus piernas, en su estómago. Se iba a desmayar. No, Hannah Lubrelle no se desmayaba.

Inspiró hondo y buscó de nuevo con la mirada al motivo de su conmoción. Se encontró con unos ojos negros que la miraban con igual estupor al que ella sentía, unos ojos que no había podido olvidar, que la atormentaban por las noches, que le recordaban cuánto había perdido por el camino. El cabello grueso era algo más oscuro que el que ella recordaba y había reflejos plateados en torno a las sienes, pero el corte era exactamente el mismo.

Los labios finos y ligeramente pálidos articularon su nombre. Su nombre real; ese que no había escuchado en lo que parecían siglos. Pudo reconocer en aquella boca las letras que evocaban a otra persona, a otro tiempo, y un pánico incontrolable la invadió.

Era él.

Había trabajado tan duro para que nunca pudiera encontrarla... Había sido tan cuidadosa... Y, sin embargo, allí estaba, mirándola con absoluta incredulidad, pero viéndola al fin y al cabo.

De repente, aquel cuerpo robusto se puso en movimiento, giró y avanzó con grandes zancadas hacia ella. El cambio brusco en su postura la sacó de la parálisis en que había quedado varada y solo pudo pensar en una cosa: esconderse. Con una última mirada a Matt, que sostenía a lord Eric por el brazo y la miraba con gesto indeciso, giró sobre sí misma y huyó.

Lauren Chadwick, vizcondesa de Collington, observó pasmada cómo su interlocutor salía disparado en pos de... ¿Hannah? ¿Qué hacía ella allí?

El hombre a quien su cuñado, el marqués de Riversey, le había presentado el día anterior había resultado ser una grata compañía. Era un héroe nacional, le había dicho Gordon, un hombre a quien confiaría su vida. Había sido, al parecer, uno de los agentes del servicio de inteligencia británico más reconocidos tras la guerra contra Napoleón y gozaba de gran respeto en toda Gran Bretaña. Esta grandilocuente presentación había despertado su curiosidad y admiración, que en todo momento había sido refrendada por la actitud de su invitado. Le había parecido serio e inteligente, quizá un poco distraído, pero cordial. A Lauren le hizo muchísima ilusión cuando él le dijo que creía haber conocido a su madre, la difunta *lady* Aileen Malone, en una de sus estancias en Londres.

—Yo viajaba por medio mundo en aquellos tiempos —había explicado, circunspecto—, pero pasaba largas temporadas en Inglaterra cuando el trabajo me lo permitía. En una de esas estadías, conocí a su madre. Una mujer muy hermosa, según recuerdo. Aquella tarde yo estaba dando un paseo por Hyde Park con mi amigo Anthony Lorcan, y su madre tropezó delante de nuestras narices. Fue una suerte que la acompañara su doncella. Aquella muchacha la sujetó del brazo e impidió que su madre se torciese un tobillo. Una joven muy despierta, sin duda. Era un poco insulsa, pero tenía unos ojos azules muy sagaces...

Y nada más. De repente, había sufrido una especie de shock en medio de la conversación. Lauren había seguido la dirección de su mirada y se había topado con el semblante estupefacto de su doncella —Dios sabría qué hacía allí a esas horas—; en un abrir y cerrar de ojos, Shein Dereford era una figura que se perdía entre el gentío.

—¿Acaba de llamar Beth a tu doncella? —las palabras de su esposo la sacaron de sus pensamientos.

Lauren frunció el ceño, pues no estaba muy segura de lo que acababa de ocurrir. En efecto, parecía que ellos dos se estaban mirando mutuamente. Y era justo ese el nombre que él había susurrado en medio de la conmoción que parecía haberle poseído. El hombre se había puesto blanco como el papiro. ¡Qué interesante!

—Creo que sí —respondió meditabunda.

—¿Deberíamos intervenir? —Marcus parecía tan inclinado a intervenir como a arrancarse un pelo de la nuca. Lo decía para cumplir, con la esperanza de que la respuesta fuese un no.

—No sabría decirte.

—Cariño —Marcus Chadwick, vizconde de Collington, adoptó un tono intrigado con su esposa—, ¿cabe la posibilidad, por remota que sea, de que tu doncella se llame Elisabeth?

Lady Collington reflexionó por unos pocos segundos sobre la cantidad de veces que había dudado de la nacionalidad de Hannah, pues ella decía ser francesa, pero el acento era una cosa que parecía olvidar según qué días. También recordó esas otras ocasiones en que, de forma sibilina, ella había evitado profundizar en su pasado con un rápido e imperceptible cambio de tema. Si a todo eso se le unía los muchos momentos en que había sentido que había algo en su doncella y amiga que no terminaba de entender, Lauren Chadwick, vizcondesa de Collington, tuvo que concluir:

—Me temo que sí.

Capítulo 2

Qué torpe. Qué torpe e imprudente había sido. A medida que avanzaba por el salón del vizconde de Collington, iba siendo cada vez más consciente de la estupidez que acababa de cometer. ¿Qué demonios le pasaba? Su estrategia estaba más que definida cuando llegó el día anterior a Nymhouse. El acercamiento tenía que ser gradual y debía poner a los vizcondes de su parte, en primera instancia. Por tanto, lo que debería haber hecho al verla era continuar con la conversación como si nada hubiera pasado; después, quizá, prevenir a los Collington de sus intenciones y, por último, interceptar a la mujer y exponerle sus opciones.

Pero Shein Dereford no había hecho nada de eso. Había actuado de forma impulsiva y se arrepentía.

En su descargo, había que decir que no esperaba encontrarla en medio del salón de baile. Hasta donde él sabía, las doncellas no los frecuentaban. No debería haberse cruzado con ella hasta que hubiera conseguido exponer la situación a sus anfitriones y asegurarse un buen desarrollo de los acontecimientos. Pero, por supuesto, en sus cálculos no había entrado la posibilidad de topársela sin previo aviso; y tampoco había esperado que su imagen le causara tal impacto.

Todo eso ya daba igual, porque lo único verdaderamente relevante en aquel momento, lo que se repetía en su cabeza como una letanía era que había encontrado a Elisabeth Poirier.

Ocho años después, la había encontrado.

No necesitó más que dos segundos para reconocerla; el cabello del color del oro viejo, el rostro en forma de corazón que no había perdido un ápice de frescura, los almendrados ojos azules que le habían mirado desde la distancia con desconcierto y un pequeño ápice de pavor. Quizá había sido aquello lo que había puesto en movimiento los viejos mecanismos de caza que todo agente conserva, incluso retirado. El instinto tomó el control y le permitió adivinar su intención de huir. Otra vez. Ese había sido todo el incentivo que precisó para salir tras ella, cruzando el salón de los Collington sin dar una explicación y sin la menor finura, por cierto.

No era lo que se esperaría de un agente eficiente, metódico y discreto como él, pero, por lo visto, lo concerniente a aquella mujer le privaba de sus aptitudes más elementales. No era

la primera vez que ocurría. Aunque, esta vez, una variopinta selección de la pequeña nobleza de Rochester lo estaba presenciando.

La persecución se estaba tornando difícil, sin embargo. La muchedumbre presente y la agilidad de Elisabeth no ayudaban. Shein intentaba no perder de vista aquella falda gris oscuro que destacaba entre los vestidos en tonos alegres del resto de invitadas. La señora Poirier conseguía moverse entre todas ellas sin llamar la atención, parecía una ráfaga de aire que ni siquiera era percibida por la gente a su alrededor. Él, sin embargo, parecía un elefante en una cacharrería, apartando sin ninguna diplomacia a todo aquel que le suponía un obstáculo.

Shein empezaba a pensar que podría perder su rastro, ya que ella había ganado ventaja y había conseguido escapar por un estrecho pasillo lateral que daba a unas escaleras. Eran las del servicio, supuso Shein, por su estrechez y austeridad. La casa del vizconde de Collington constaba de tres plantas distribuidas en dos alas. Justo en el extremo del ala este, donde se encontraba el salón de baile principal y las cocinas, se disponían aquellas escaleras que llevaban hasta las habitaciones del servicio, en la tercera planta. Shein subió los peldaños de dos en dos y aun así comprobó que perdía el rastro de la mujer.

Cuando consiguió alcanzar el último rellano, escuchó cerrarse una puerta de golpe y siguió avanzando, con la respiración algo afectada por el esfuerzo, hasta llegar al recodo del pasillo donde se veían al menos una docena de puertas, todas ellas cerradas. Daba igual. Ni siquiera un millar de puertas cerradas a cal y canto hubieran podido detener a Shein Dereford. Tal era su determinación por encontrar a aquella mujer.

Estaba allí, a solo unas puertas de él. ¿Cuál sería la suya? Una corriente conocida y familiar recorrió su columna, como en los viejos tiempos en los que la persecución de una presa o el proceso de investigarla le imbuía de esa extraña euforia. Abrió varias puertas; ninguna estaba cerrada con llave, todas las habitaciones vacías. Claro, un baile como el que ofrecían los vizcondes aquella noche requería de un gran despliegue de criados para que todo funcionase a la perfección.

La primera puerta que encontró cerrada era la del dormitorio de Elisabeth. Lo supo de inmediato porque su olor aún flotaba en el aire; no había cambiado en ocho años.

Inspiró en un intento de recuperar el aliento y llamó.

—Señora Poirier... Elisabeth. ¿Está ahí?

Silencio.

No se oía nada a través de la puerta, pero sabía que no se había confundido de dormitorio, e intuía que ella estaba parada justo tras la hoja de madera, esperando. Aunque también podía estar preparando un bolso para salir disparada por la ventana. ¿Tenían rejas aquellas ventanas? Era un tercer piso, pero aun así... Se giró con premura y entró en la habitación que había justo en frente. Estaba oscuro y la poca luz que entraba por el ventanuco le dejó claro que Elisabeth no tenía escapatoria.

Algo más calmado, cerró la puerta y se apoyó unos segundos contra ella. En aquel momento, se imponía la diplomacia. No más estupideces, se prometió. Era bastante obvio que Elisabeth no podía huir por más que esas fuesen sus intenciones, no tenía más remedio que escucharle, y tenía que aprovechar esa baza de la diosa fortuna para conseguir entenderse con aquella maldita fémina.

—Sé que estás ahí. Oye, escúchame —dijo en tono conciliador, abandonando el trato formal—, solo quiero hablar contigo. No estoy aquí para perjudicarte. Solo hablar. Abre la puerta.

Otra vez silencio.

Shein notó un pequeño ramalazo de impaciencia en la boca del estómago, que se obligó a ignorar. Podía jactarse de ser un hombre inmovible, cabal; sin embargo, las circunstancias se habían precipitado de un modo que le dificultaba mucho controlar aquellas rebeliones internas. Eran muchas las preguntas que se agolpaban en su mente, y temía no recibir ninguna respuesta desde el otro lado de la puerta.

—Tal vez no entiendas que no pienso moverme de aquí hasta que me abras. Sé que no puedes escapar por la ventana y no pienso irme hasta que hablemos. Tú decides, pero preferiría hacerlo cara a cara.

—¡Pues yo no! —gritó una voz furiosa desde dentro.

Si en algún momento se le había pasado por la cabeza que Elisabeth Poirier pudiera estar asustada porque la hubiese encontrado, aquel tono huraño le dejó muy claro que se equivocaba. No pudo evitar sentir un atisbo de orgullo hacia ella. Era una mujer valiente, nunca lo había puesto en duda, pero, dadas las circunstancias de su último encuentro, esperaba encontrarla aterrada.

Ocho años atrás, ella había sido una pieza clave de su misión. Shein había sido destinado a París como agente de inteligencia a las órdenes de Castlereagh. Una de sus tareas era la de investigar a un lord inglés que parecía estar pasando información trascendental a los altos mandos franceses. Tenía que conseguir corromper esa cadena de órdenes, introducir información falsa en ese tráfico de información, de modo que dejara de considerarse fiable. En la medida de lo posible, también tenía que conseguir las pruebas necesarias para encarcelarlo por sus crímenes.

Para adentrarse en su círculo más cercano y en su hogar, fue necesario que Shein tomara como amante a una doncella que estaba implicada en la trama de alta traición a la corona.

Durante semanas había estrechado los lazos con ella, pero no había conseguido que la muchacha le diese algún indicio sobre su participación en los planes de lord Stonelake, el hombre que estaba poniendo en jaque al servicio secreto británico.

La espera fue demasiado para su superior, Miles Walpole, y una noche se presentó en la habitación que compartía con la doncella para darle un ultimátum: o demostraba su participación en la trama y obtenía su ayuda o tendría que eliminarla.

Shein supuso en aquel momento que Walpole se había percatado de su encaprichamiento con la joven, y por eso utilizaba la amenaza contra él. Quería resultados y esperaba obtenerlos mediante la coacción, motivo por el que Shein tomó la decisión de seguirle la corriente e intentar apaciguarle. Por desgracia, toda aquella conversación la había escuchado la persona menos indicada, la doncella a la que había tomado por amante: Elisabeth.

Dados aquellos antecedentes, la mujer al otro lado de la puerta debía estar pensando que su vida o su libertad estaban en juego.

—Déjame explicarte lo que ocurrió. Si abrieras la puerta y me dejases hablar contigo, entenderías que no tienes nada que temer —le aclaró.

—No te tengo ningún miedo —gritó con una voz un tanto chillona.

No, desde luego, no parecía estar asustada, sino furiosa. Las mujeres eran sumamente volubles, impredecibles, gruñonas. Shein jamás había logrado entender a ninguna. Quizá, después de todo, Elisabeth Poirier estuviese más dolida por la propia traición de Shein que asustada por las consecuencias de sus actos. Se dijo a sí mismo que ella no tenía ningún derecho a estar enfadada, habida cuenta de su participación en una trama que era alta traición a la corona inglesa, pero también recordó que tenía que ganársela aun a costa de su orgullo.

—Mejor —añadió, dando un paso adelante para que su voz le llegase más clara—, mucho mejor, porque no tienes ningún motivo para tenerlo. Te prometo que, si abres la puerta y me dejas pasar, responderé a todas tus preguntas. Por favor, Elisabeth, llevo mucho tiempo buscándote.

—¿Y para qué? ¿Para detenerme? ¿Para matarme? —inquirió ella a través de la puerta con crudeza.

—No, por Dios, claro que no. Debes saber que aquello ya pasó, Elisabeth. Ni voy a detenerte ni voy a hacerte daño. Nunca pensé en hacerte daño, créeme. La guerra terminó, y ahora... yo solo quiero aclarar las cosas.

Había más de verdad en aquella afirmación de lo que él mismo quería reconocer. La contradicción nunca le había dejado vivir tranquilo desde que la conocía, pues despreciaba cualquier tipo de deslealtad y le costaba mucho aceptar la connivencia con una mujer que había llegado al extremo de renegar de su patria, pero tampoco había sido nunca capaz de acallar las tumultuosas emociones que Elisabeth despertaba en él.

Maldijo la puerta que les separaba y la golpeó con frustración.

—Déjame verte, maldita sea.

Lo que menos esperaba, en realidad, era que la puerta se abriese, pero fue lo que ocurrió. En el quicio de la puerta apareció una mujer alta y esbelta, que había crecido en sensualidad y atractivo. La joven de veinte años con la que compartió la cama años atrás era hermosa, pero la mujer adulta que tenía ante sus ojos era sencillamente fascinante. Los

ojos de un azul muy vívido, encendidos por la furia; el cabello recogido de forma austera, que él sabía que brillaba como el oro viejo cuando se desparramaba por los almohadones blancos; la boca, redonda y jugosa, que lucía un rictus disgustado. Se sintió paralizado por la belleza que había creído tener muy real en su memoria, pero que, sin duda, se veía superada por la imagen que tenía ante sí. El anhelo interior le golpeó y le impidió pensar con coherencia.

—Bien, yo... —balbuceó, inseguro.

—¿Y tu acento? —Elisabeth pasó de un ceño confundido a uno completamente acusador—. ¡No eres francés!

Sin duda, algún día llegaría a comprender cómo había podido encadenar tantos errores en una sola noche. Aunque, en esta cuestión concreta, poco podía haber hecho Shein por aclararle a Elisabeth su verdadera nacionalidad ¡pues no había tenido oportunidad!

«Este no era el reencuentro que había esperado», pensó con rencor. No había previsto que Elisabeth fuera quien se enfureciese. Había imaginado la escena con ella sentada en una silla maltrecha, avergonzada y cabizbaja, él paseando con aire dominante, acusándola por todo lo que había hecho. Pero, sin saber cómo, estaba disculpándose con aquella fémina regañona, rogándole que le escuchara y confesando su parte de engaño en el juego.

—No. No soy Jean Paul Levesque. Él nunca existió. No era más que una tapadera, una identidad falsa para garantizar mi seguridad en París. —Tuvo que reconocer.

—¿Quién demonios eres? —Shein lamentó comprobar cómo aquellos vivarachos ojos azules se llenaban de decepción.

—Soy Shein Dereford, conde de Redcliff —confirmó, sin mucha convicción.

Cuando se inclinaba con una leve reverencia de presentación, la puerta se le cerró en las narices.

Maldijo por lo bajo y se sintió completamente ridículo. ¿Qué esperaba? Por muy justificadas que estuvieran sus acciones, a ninguna mujer le gustaba que le mintiesen, y, desde luego, lo de la reverencia había sido una soberana estupidez. Jamás se había sentido tan cercano a un pez fuera del agua, pero es que no sabía cómo comportarse con ella. Quería zarandearla por lo que había hecho y por cómo había desaparecido, quería abrazarla y besarla para saciar el hambre que había sentido por ella desde entonces y también quería protegerla de un modo tan feroz que ni lo comprendía. El problema era que necesitaba su colaboración para todo eso, y no sabía cómo obtenerla.

—Por el amor de Dios, Beth, deja que te explique. Tenía órdenes.

—¡Ya las escuché!

Sí, lamentablemente, esa era la verdad. Había escuchado cada una de las duras palabras que su jefe le había soltado aquella noche, y él ni siquiera se las había rebatido, solo le había dado la razón para quitárselo de encima. Errores, errores. Shein llevaba un buen cúmulo de ellos a la espalda.

—Te equivocas. Lo que escuchaste... No iba a hacerlo. Tienes que creerme. Abre la puerta y...

—¡No voy a abrir la maldita puerta! —La voz grave y meliflua de Elisabeth se convertía en un graznido estridente cuando chillaba. Era molesta e irritante.

—¡Pues yo no voy a irme! —gritó a su vez, perdiendo un poco la paciencia—. ¡Me quedaré toda la noche aquí plantado hasta que salgas y des la cara!

—Me temo que no puedo permitir tal cosa, Redcliff —interrumpió lord Collington desde el recodo del pasillo.

Shein giró el rostro para encontrar a un disipado vizconde apoyado contra la pared. Su anfitrión lucía un semblante tranquilo, los brazos cruzados por encima del pecho y una sonrisa condescendiente, pero sus palabras no dejaban lugar a dudas de la determinación que las sustentaban. Se le había acabado el tiempo. Su recién ideado plan de montar guardia frente a la habitación de Elisabeth, hasta que el hambre o la rabia la obligasen a abrir la puerta, había fracasado antes de tener tiempo de iniciarse. No le quedaba más remedio que claudicar... por el momento.

Elisabeth. Elisabeth, Elisabeth.

El nombre resonaba en su cabeza una y otra vez. La palabra le parecía tan ajena como familiar resultaba la voz masculina que no paraba de pronunciarla. Ella ya no era aquella mujer. Elisabeth Poirier había muerto, casi literalmente, aquella noche en que descubrió que el hombre al que había llegado a querer por encima de su cordura no era más que un mentiroso y un embustero. Su vida entera había experimentado una fractura que solo había sido capaz de remendar cuando consiguió volver a Inglaterra, envuelta en el miedo y la mentira, dispuesta a desaparecer de la faz de la tierra y a empezar de nuevo.

Cerró los ojos y contuvo el deseo de gemir cuando el dolor volvió con fuerza a cada hueso de su cuerpo. Si solo hubiera tenido que afrontar la traición de él... pero los acontecimientos que se desarrollaron después casi la quiebran de una forma irreparable. Solo la fuerza de voluntad y el deseo de una vida mejor le habían permitido levantarse y reconstruirse a sí misma. Había conseguido avanzar porque se obligó a borrar todo recuerdo amargo; solo si conseguía mantener encerrados los demonios del pasado podría conservar el presente que se había marcado.

Aquella certeza se había convertido en la estructura, el núcleo de acero que mantenía en pie a Hannah Lubrelle. Porque ella era Hannah Lubrelle. Más allá de cualquier fingimiento o mentira.

Unos suaves golpecitos en la puerta la devolvieron al presente.

—Hannah, ¿estás bien?

Era Lauren. No podía evitar pensar en ella de esa manera: Lauren. Sencilla y llanamente. Como la niña insegura y brillante que había conocido ocho años atrás. Nunca la llamaba por

el nombre de pila, aunque en el fondo de su corazón, cuando la evocaba en su cabeza, para ella era Lauren.

—Sí, *milady*. Me encuentro bien.

Era mentira. Otra más. Si se paraba a pensar, la mujer que estaba al otro lado de la puerta no había recibido más que falacias por su parte.

—¿Puedo pasar?

No. No quería que pasase. No quería que la viese. Su rostro estaba surcado por las lágrimas, su corazón todavía encogido por la conmoción de haber vuelto a verlo. No estaba preparada para hablar con nadie. No estaba capacitada para reconocer años de falsedades y fingimientos.

—Estoy... algo cansada, *milady*. Preferiría dormir —alegó, y era cierto.

Tras un breve silencio, su patrona añadió con voz resignada:

—Está bien, pero no olvides que puedes llamarme si lo necesitas.

Sí, no dudaba de que podía contar con ella, aunque quizá esto cambiase en el momento en que descubriese hasta qué punto desconocía la verdad sobre su vida. Hannah había sido una empleada fiel, leal, entregada y eficaz desde que había entrado al servicio de los vizcondes de Holbrook, los padres de su patrona, y jamás le había fallado de ninguna manera. Había dedicado su vida por completo a cuidar y proteger a aquella frágil jovencita pelirroja que se había convertido en una mujer, la vizcondesa de Collington.

¿Cómo podría decirle que le había ocultado todo lo que ella había sido antes de llegar a su casa? ¿Cómo iba a explicarle que no era quien decía ser? No la perdonaría. Por mucho que la quisiera, y Hannah no dudaba de que la quería, no podría tolerar que alguien como ella viviera bajo su mismo techo. Cuando le contase cómo había sobrevivido antes de conocerla... No quería imaginarlo. El maldito Dereford, o como se llamase, también le quitaría eso.

La incertidumbre era como un suelo inestable bajo sus pies que la hacía tambalear y sentir que podía caer al vacío. Se le partía el corazón al pensar en perder todo lo que tanto le había costado conseguir. Por fortuna para ella, Lauren Collington dijo las únicas palabras que podían reconfortarla en un momento tan aciago.

—Hannah... —La voz le llegó con nitidez, a pesar de que encerraba muchas emociones—. Somos familia, ¿recuerdas? Estoy aquí.

Capítulo 3

La biblioteca de lord Collington era lujosa sin llegar a ser opulenta. La madera noble de la mesa y las librerías impregnaban la habitación de una elegancia que se veía mitigada por los tonos neutros de los textiles presentes en cortinas y en los forrados de sillones y sillas. El mobiliario era ligero y refinado, en caoba y nogal oscuro. La sensación general de la casa era la misma que la de sus propietarios: distinguidos pero sobrios.

Shein tomó el vaso que le ofrecía su anfitrión sin dejar de observar cada una de sus expresiones. Había dedicado todo un día a estudiar y analizar a los dueños de Nymhouse, sus costumbres, sus ideas, sus reacciones, pero hasta ese momento no había sido más que otro de los invitados de la fiesta que los Collington daban tras el año nuevo para la pequeña nobleza de la zona. En ese momento, su posición en la finca familiar del vizconde había cambiado, cosa que se reflejaba de forma evidente en el trato.

Collington parecía más precavido y también interesado, aunque no había perdido ese toque de cordialidad que hacía de él un hombre muy bien considerado en la aristocracia inglesa. Era un hombre bien parecido. Supuso que las mujeres lo considerarían guapo, con aquel cabello rubio plagado de gruesos bucles y la cara de niño aún sin madurar. Tenía una mirada que era inocente y ruda a la vez, a la que acompañaba una expresión casi siempre risueña. Era más alto que Shein aunque no más fornido y en su forma de moverse y proceder quedaba bien patente el origen de su noble abolengo.

Comparado con aquel adonis, Shein podría considerarse incluso poco agraciado, pues no disponía de aquella complexión tan atlética. Él se consideraba un tipo agradable, de estatura alta para ser inglés, con la expresión un poco hosca pero con el atractivo suficiente para seducir al género femenino. Había empezado a peinar canas, pero eso solía gustarles a las mujeres; como también les gustaba su rostro atezado y sus ojos negros.

Tampoco es que fuera a sentirse celoso de la belleza de aquel muchacho; no era Shein una persona con inseguridades y mucho menos con emociones mezquinas como la envidia. Al contrario, sentía cierto pesar por el vizconde: las damas debían haberlo perseguido denostadamente durante su soltería. Pobre chico, le caía bien. Le hubiera gustado tener tiempo de convertirlo en un aliado, pero dados los recientes acontecimientos no podía hacer otra cosa que enmendar los daños. Fue el vizconde quien rompió el silencio.

—De modo que mi doncella no es francesa —dijo sin darle mayor importancia al hecho.

—¿Dice ser francesa? —inquirió Shein, molesto porque Elisabeth renegara de su propia nacionalidad.

Se preguntó cómo habría llegado tan rápido lord Collington a esa conclusión, sorprendido al mismo tiempo por lo imposible que se mostraba su interlocutor. A Shein le costaba mucho entender los engranajes de aquella situación, pero esperaba sacar algo en claro de su conversación con Collington.

Cuando le había increpado en el pasillo del servicio, tan solo le había reprochado sobre lo inconveniente que era deambular por su propiedad sin haber sido invitado a ello, e incluso había bromeado con la molestia que podía suponer para sus criados que él estuviera en medio de su área de descanso, «furioso como un pequinés y elevando el tono de voz». No sabía qué pensar. Marcus Chadwick parecía estar disfrutando de la escena, y el hecho de que no pusiese en duda la falsa identidad de Beth tampoco hacía nada para aclararle cuáles eran las intenciones de su anfitrión.

—Desde luego —respondió—. Hannah Lubrelle entró al servicio de la familia de mi esposa con las mejores recomendaciones.

—Pues es inglesa de los pies a la cabeza. Y no se llama Hannah Lubrelle, sino Elisabeth Poirier —aclaró Shein, sin poder evitar una mueca de rechazo ante la identidad que había estado usando Beth. No lograba casar la imagen de su rostro con aquel nombre, que incluso al pronunciarlo había parecido fuera de lugar.

—Ah, pues ese apellido suena a francés —replicó Collington con sorna.

—Era el apellido de su esposo —respondió, sin encontrar la gracia al asunto—. Es viuda. El vizconde solo asintió con la cabeza y se quedó mirando al suelo con aire distraído.

—¿No va a cuestionar lo que le digo? —preguntó Shein, contrariado.

Por la puerta abierta de la biblioteca vio pasar el reflejo verde de un vestido que reconocía como el de la vizcondesa de Collington. Se detuvo un segundo y en seguida reanudó la marcha. ¿Les estaría espiando?

—Bah, ya teníamos algunas dudas. Usted solo ha venido a refrendar nuestras sospechas —respondió con sonrisa plácida.

—¿Y estaban tan tranquilos sabiendo que les mentía? —Empezaba a pensar que ese lord era un tanto excéntrico. «La gente obtiene diversión en las cosas más estúpidas», pensó.

—Todo el mundo tiene derecho a tener un pasado —respondió Collington con un encogimiento de hombros.

—Pues el de la señora Poirier tiene varios capítulos relevantes que veo que desconocen por completo.

—Bien, y para eso estamos aquí. ¿Qué es lo que me estoy perdiendo, Redcliff? ¿De qué conoce a nuestra Hannah?

Shein aprovechó para estirar un poco los músculos de su espalda. Había acumulado bastante tensión en los últimos días; la búsqueda a contrarreloj le había pasado factura, y toparse de frente con aquellos ojos azules le había envejecido diez años, como poco.

—Creo que lo más acertado en esta situación sería una exposición directa de los hechos, aunque debe comprender que no estoy autorizado a desvelar ciertos aspectos de mi labor profesional —advirtió al vizconde.

Una vez terminada la guerra y con Napoleón desterrado en Santa Elena, la participación de algunos espías de la corona había sido desvelada y puesta en conocimiento de la sociedad. Solo en el caso de aquellos agentes que se hubieran retirado, como era el suyo. La corona y el entonces ministro de Relaciones Exteriores, Castlereagh, quisieron vanagloriarse de la labor de la inteligencia británica, que había conseguido derrotas tan importantes sobre los franceses como las de Aspern-Essling o la de Leipzig. La información que Shein había logrado infiltrar en los canales de espionaje de Napoleón provocó decisiones muy desdichadas para las tropas francesas y, a la larga, habían ocasionado que Stonelake se quedase sin apoyos en París. Habiendo sido tan relevante su participación en la guerra, el regente se había empeñado en utilizarlo como propaganda política.

Por ese motivo, la mayor parte de su actividad en París era de dominio público, pero había muchos detalles de sus investigaciones que no podrían ser jamás revelados. Collington lo sabía, desde luego, y cabeceó en señal de aceptación.

—Usted sabrá qué es lo que quiere contar y de qué manera quiere hacerlo, Redcliff. No puedo estar menos inclinado al chismoseo, créame.

Shein rodeó la amplia mesa de despacho y se situó junto a la ventana. El jardín de Nymphouse estaba muy bien iluminado y ofrecía una vista serena y agradable. Le gustaba aquel sitio, concluyó. Quizá tomase algunas ideas para su finca de campo, esa cochambre de casa solariega que venía con el título de conde de Redcliff.

—El desempeño de mis funciones incluía vigilar cualquier tráfico de información que se produjese en torno a la embajada británica durante los años que estuve destinado en París. Había varias personas bajo sospecha, por diversos motivos. Uno de los hombres habituales en las fiestas y reuniones parecía estar en contacto con personas cercanas a la inteligencia francesa. Me pegué a él y así fue como conocí a Elisabeth.

—¿Qué papel jugaba ella?

—Trabajaba como doncella en la casa de lord Stonelake.

—Un momento. ¿Stonelake? ¿Richard Madden, barón de Stonelake? ¿El mismo que fue invitado a abandonar Londres porque intentó seducir a la princesa Amelia? —preguntó Collington, quien había abandonado en el acto su pose desinteresada.

Era una historia triste la de la princesa Amelia de Hannover. Había sido la más pequeña de los trece vástagos del rey Jorge III y, por ello, una niña muy protegida. Jamás pudo casarse pues su madre, la reina Carolina, quiso que sus hijas más pequeñas le acompañasen

durante la enfermedad de Jorge III, que padecía de porfiria. Después, la propia Amelia comenzó a sufrir una sucesión de enfermedades que acabaron con su vida a la triste edad de veintisiete años. Se decía que su muerte fue el desencadenante de que el rey Jorge perdiera totalmente la razón, episodio que dio lugar a que fuera su heredero, el príncipe de Gales, quien gobernase, desde hacía ya siete años, como príncipe regente.

—El mismo. Ese hombre siempre se ha empeñado en apuntar mucho más alto de lo que su grado de barón le permitía. Fue una vergüenza como lord en Inglaterra y se convirtió en otra mayor al llegar a Francia —confirmó Shein, en sintonía con el desprecio que manifestaba Collington por el susodicho aristócrata—. Estábamos convencidos de que tenía contactos en ambos bandos y que su intención era la de favorecer los intereses de Napoleón.

—Maldita comadreja —farfulló el vizconde. Se acercó a la mesa, abrió un cajón de madera y tomó un puro. Tras rechazar Shein el ofrecimiento, se lo llevó a la nariz y lo olfateó—. Ese tipo al menos ha tenido la decencia de no volver a poner un pie por Londres.

Eso no era cierto, pero era un aspecto que Shein no podía revelar. Stonelake no solo había vuelto a su país, sino que andaba detrás de algo, o de alguien para ser exactos.

—La cuestión es que tenía que vigilarle de cerca. Había de conseguir pruebas de su culpabilidad, cosa en la que no tuve mucho éxito. Sin embargo, pude hacerle llegar en numerosas ocasiones cierta información previamente aderezada por la oficina de Castlereagh que supuso importantes derrotas para el ejército francés. Para acercarme a él y lograr mis objetivos, pasaba a menudo por su casa, tomaba el té con su esposa, y acabé intimando con una de sus criadas...

—Y aquí es donde entra en acción nuestra Hannah. Ella le supuso una distracción en medio de su misión de vigilancia —concluyó su anfitrión de forma equivocada.

—Elisabeth... —remarcó con énfasis el nombre. No soportaba ese otro con el que ella se hacía llamar— no fue una distracción: estaba implicada de forma directa.

Aquello eliminó por completo el aire disipado del rostro de Collington. Había que reconocer que era un hombre sagaz, pues se notaba que ya empezaba a encajar algunas piezas. Esa última declaración también consiguió que el reflejo de un vestido verde volviera a atravesar el espacio exterior a la biblioteca. Shein podía imaginar que la mujer se moría de ganas por entrar y formar parte de la conversación, pero por algún motivo se mantenía al margen.

—¿De qué está hablando? —preguntó Marcus Chadwick sin poder ocultar su tono de sospecha.

—Elisabeth servía a Stonelake de correo, según todas las evidencias de las que disponemos. Su cometido consistía en sacar los mensajes cifrados de la casa y entregarlos a un intermediario en el mercado de Les Halles.

—Entonces ella... era... —auguró Collington, tras unos segundos, sin atreverse a decirlo.

—Una espía. —Para Shein, la palabra carecía de connotaciones peyorativas, pero, además, había tenido que asumir mucho tiempo atrás la participación de Elisabeth en los planes del barón Stonelake y el hecho de que estuviese involucrada en actos de traición a la corona de Inglaterra.

—Entiendo. —Lo dijo con un leve rastro de desconfianza. No ponía en duda lo que acababa de descubrir, pero tampoco lo daba por cierto. Era evidente que Elisabeth había conseguido ganarse la confianza de su nuevo patrón—. Ella era su objetivo. Cazarla a ella para luego cazar a la presa mayor.

—Al principio lo fue. Después... empecé a preocuparme por ella. No puedo asegurarle que fuera consciente del papel que jugaba en el desarrollo de la guerra, pero si puedo garantizarle que hice todo lo posible por protegerla de sí misma.

—La apreciaba —concluyó su interlocutor.

—Aún lo hago.

—Y su objetivo aquí es...

Su objetivo. Shein se había preguntado en multitud de ocasiones cuáles eran las razones que motivaban su cruzada personal para encontrar a Elisabeth. Se decía una y otra vez que era el comportamiento lógico en un espía. Pero, una vez terminada la guerra, no había motivos para seguir buscándola, y sin embargo no había sido capaz de detenerse. Optó por contar una verdad a medias.

—Cuando Su Majestad me otorgó el condado de Redcliff y me retiré del servicio activo, decidí que tenía que resolver este asunto que me ha estado persiguiendo durante ocho años. No sé si actué en justicia con Elisabeth; hay muchas cosas que no supe entonces y que me gustaría conocer ahora. Por otro lado, está el hecho de que ahora tengo uno de esos títulos nobiliarios tan codiciados y mi obligación es perpetuarlo, según tengo entendido.

A eso, el vizconde de Collington reaccionó arqueando las cejas doradas y plagando su frente de arrugas. Su expresión era una mezcla de confusión e incredulidad, como cuando una persona se pregunta una cosa y a la vez se le ocurre la respuesta.

—Disculpe, pero...

—Quiero perpetuarlo con ella —aclaró con total convencimiento y se dio el gusto de comprobar que había conseguido descolocar al vizconde.

—¿Quiere convertir a mi doncella, a una espía francesa según sus propias sospechas, en la condesa de Redcliff? —inquirió agrandando los ojos.

—Debe comprender que no considero culpable a Elisabeth de haber terminado en unas circunstancias en las que estaba obligada a cumplir órdenes. Antes de entrar al servicio de Stonelake, vivió en la calle durante algunos meses, en unas condiciones que... —Shein cerró los ojos ante aquel recuerdo. No le gustaba imaginar a Elisabeth mendigando y robando—. Cuando uno no tiene ni techo ni comida, los principios y lealtades se convierten en algo superfluo. ¿No le parece? Puedo perdonar que pusiera en peligro los intereses de

Inglaterra. No es menos cierto que su participación fue insignificante. Y yo... Han pasado ocho años, Collington. La guerra me arrebató muchas cosas. No quiero que también me la arrebatase a ella.

—Es usted un majadero —le increpó Collington—. Por el amor de Dios, es un héroe nacional. ¿Qué cree que dirá la nobleza cuando se corra la voz? Amigo, lleva poco tiempo siendo aristócrata, y tal vez ande un poco desorientado. Escúcheme bien: los condes no se casan con doncellas.

Lo que hicieran o no los condes era algo que a Shein Dereford bien poco le importaba. No había pedido aquel título —incluso había intentado rechazarlo—, pero el príncipe regente había sido más que claro al respecto: no era un regalo sino una imposición. Inglaterra estaba rebosante de soberbia tras la guerra y conceder algunos títulos nobiliarios solía reflejar mejor que cualquier otra disquisición el esplendor británico. A eso había que sumar que muchos títulos habían vuelto a la corona tras la guerra al morir sus legítimos dueños y los posibles herederos. Shein no era más que otra pieza en el *puzzle* de la política europea. No se quejaba, pero no iba a permitir que le condicionase la vida y así se lo había manifestado con absoluta rotundidad al príncipe Jorge. En última instancia, el conde de Redcliff viviría conforme a sus propios preceptos y al demonio con la opinión del resto del *beau monde* [\[1\]](#).

«Los condes no se casan con doncellas».

Bueno, eso sería algo que pronto cambiaría.

Capítulo 4

Aquella mañana, Hannah había sido dispensada de ayudar a su señora a vestirse, pues había acudido desde Londres una modista que llevaba toda la mañana metida en la habitación de la vizcondesa. La prestigiosa *madame* iba a tomarle las medidas de un nuevo guardarropa para la temporada que se iniciaría en menos de un mes.

Aprovechó el ínterin para bajar a la sala de lavandería a recoger algunas de las prendas interiores de *lady* Lauren. Allí, un total de ocho mujeres se hallaban inmersas en la laboriosa tarea de eliminar las manchas de la ropa de cama frotándolas y después hirviéndolas.

Las prendas de la señora habían sido dispuestas el día anterior y se encontraban perfectamente almidonadas y planchadas.

—¿Puedo llevarme este montón? —preguntó a una de las lavanderas cuyo nombre no sabía.

—¡Señorita Lubrelle! —exclamó la jovencita que no tendría más de quince años, sorprendida al encontrarla allí. Se puso de pie con un respingo y se frotó las manos, nerviosa—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Se ha quejado la vizcondesa por la tardanza?

El resto de chicas que formaba el cuerpo de lavanderas también estiraron el cuello con preocupación. Hannah se arrepintió de inmediato de haber bajado a la zona de aguas para despejar su mente. Eran las criadas del cuerpo de casa quienes se encargaban de recoger la ropa en la lavandería y llevarla a las habitaciones. Que la doncella personal de la señora se presentase allí a por las prendas de su ama, era poco más que una hecatombe para un servicio tan bien organizado y jerarquizado como el de *Nymphouse*.

—No, no, no —las tranquilizó Hannah con un gesto de sus manos, sin saber muy bien cómo deshacer aquel entuerto—. Ni mucho menos. Yo sólo... Quería recontar el número de enaguas de la señora. Sí, ¡eso es! Ha venido una modista muy distinguida de la ciudad y quería saber cuántas y de qué tejidos hay que encargar las nuevas. Seguid con vuestro trabajo. No tenéis de qué preocuparos.

Con la desconfianza dibujada aún en el rostro, las muchachas obedecieron y siguieron a la suyo. Tampoco podían hacer otra cosa. Hannah era una empleada de rango superior en aquella casa. Si decía que había bajado a cazar dragones azules, a aquellas pobres chiquillas solo les cabía preguntar cómo podían ayudarla.

Un tanto avergonzada por su falta de coherencia, Hannah cogió el fardo de ropa y se dirigió al vestidor de *lady* Lauren con los brazos cargados de metros y metros de seda y linón.

Durante todo el recorrido hasta los aposentos de su señora, Hannah cuidó en todo momento sus espaldas y vigiló cada recodo de cada pasillo. Esa misma mañana, durante el desayuno, había explicado al ama de llaves y al mayordomo que no deseaba encontrarse con el invitado de sus patrones, el conde de Redcliff, bajo ninguna circunstancia.

El señor Truller había desplegado inmediatamente toda su galante disposición a protegerla. Le había asegurado que, en lo concerniente a los lacayos, podía estar segura de que nadie le confiaría información indeseada al conde. Como encargado de todos los sirvientes varones, le había prometido velar por su seguridad y advertir al resto de empleados para que la escoltaran si era necesario. Tampoco había hecho preguntas. Simplemente, había abandonado la salita del ama de llaves, dónde los tres desayunaban cada mañana, y con una reverencia casi ceremonial le había dicho que se ponía a su entera disposición.

Sin embargo, la señora McPeere había sido un poco más dura de roer. El ama de llaves y ella mantenían una relación cordial pero tensa. La muchacha era demasiado joven para el puesto que ocupaba, pero había sido elegida directamente por la madre del vizconde como personal de confianza y nada se podía hacer. Hannah no podía negar que a la muchacha le sobraban arrestos, pero en muchas ocasiones le costaba imponer su superioridad ante el resto de criadas y era Hannah quien tenía que tomar las riendas de ciertas situaciones que a la joven señora McPeere se le escapaban. Ni siquiera estaba casada, pero la habían elevado a la categoría de señora por el hecho de ser ama de llaves y para conferirle algún grado más de respetabilidad.

—¿No debería, al menos, explicarme por qué debo solicitar a las empleadas de esta casa que eludan a uno de nuestros invitados? —Había señalado la mujer, con toda la razón.

—Brissa —dijo Hannah, permitiéndose tutearla—, es una cuestión muy personal. Hace muchos años, tuve que huir de una situación que era muy peligrosa para mí. No confío en ese hombre. Solo quiero estar convencida de que no ha venido para causarme ningún mal.

El ama de llaves, que no se había planteado aquella cuestión en otros términos que no fueran los de la jerarquía entre criados, se achantó cuando vio la llaneza con que le estaba pidiendo aquel favor. Le advirtió que no iba a permitir que el orden y eficiencia del cuerpo de casa se viese afectado por cuestiones personales de nadie, pero también le ofreció su apoyo en aquello en lo que pudiera serle útil a nivel individual.

Había salido de aquel desayuno un poco más tranquila, sabedora de que había conseguido la complicidad de las dos personas que guiaban las riendas de aquella casa de campo.

Con todo y con eso, debía andarse con ojo, pues en los pasillos no había nadie que la protegiese de encuentros indeseados.

Supuso un gran alivio cuando al fin atravesó la puerta de la habitación de la vizcondesa, de la que ya habían desaparecido tanto la modista como sus ayudantes y hasta la propia *lady*.

Sobre la cama, sin embargo, se extendían sedas, cachemires, popelines y damascos de los más bellos colores y de la más exultante calidad.

La obsesión del vizconde por colmar de vestidos y joyas a su esposa, solo se veía superada por el afán que ponía en complacerla.

Esto se debía a que años atrás, y antes de que los vizcondes se comprometieran, Lauren Malone —ese era su apellido de soltera— tuvo que pasar por muchas estrecheces. A pesar de ser una familia de la nobleza muy bien situada, los Malone fueron perdiendo lustre y posición social cuando la madre de Lauren, *lady* Aileen, falleció. El vizconde de Holbrook se dejó llevar por la bebida y el juego y puso en serio peligro la reputación y el porvenir de su única hija. Pero de eso había pasado mucho tiempo, y Marcus Chadwick, vizconde de Collington, e hijo de uno de los asesores más cercanos al Rey, consiguió rescatar a la señorita Lauren Malone del fatal destino al que la estaba empujando su progenitor.

Hannah se hallaba perdida en un mar de colores textiles y en sus más recónditos recuerdos cuando escuchó a Judith, la niñera, invocar a Dios. Imaginó que el pequeño lord Eric estaba poniendo a prueba la paciencia de la muchacha, otra vez, y se dijo que aquella sería la mejor de las distracciones posibles para continuar con su propósito de no pensar en el conde de Redcliff. Colocó las prendas que había recogido de la lavandería y volvió a salir al pasillo para cruzar hasta el cuarto de juegos, que se hallaba frente a la habitación de la señora.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó con aire histriónico.

El joven Eric, que estaba envuelto en un pañal de algodón como única prenda, le dirigió una mirada contrita y salió de detrás del sillón de alto respaldo que descansaba junto a la ventana.

—Se niega a vestirse —explicó la niñera con aire derrotado.

—¿Otra vez con eso, milord? —le preguntó Hannah con aire pícaro—. Ha de saber que su padre ha traído de Londres auténticos trajes de príncipe. Hay uno azul que...

—*Tisipe* no —gruñó el chiquillo con ímpetu.

—Oh, claro, ¿cómo se me ocurre? —admitió Hannah con una sonrisa—. Había olvidado que tiene más de guerrero que de príncipe. ¿Quiere un traje de guerrero?

Lord Eric torció la nariz durante una fracción de segundo antes de asentir con la cabeza.

—*Eli, lelo*—. Lo que venía a significar en el idioma del pequeño: «Eric, guerrero».

—El más guapo y bravo de todos los guerreros —dijo Hannah mientras se acercaba a él y lo tomaba en brazos.

Judith, quien tenía poco espíritu para la ingente dosis de paciencia que requería el pequeño, se animó de inmediato cuando comprendió que aquel día conseguiría completar su misión de vestir al hijo de sus patrones. Que Eric Chadwick se pusiera la ropa cada día

era una auténtica contienda, pero a Hannah no le gustaba suplantar a nadie en sus obligaciones, más de lo que ya lo hacía cuando no quedaba otro remedio. Judith tenía que acostumbrarse a esta fase y encontrar el modo de solucionar las dificultades que le fuera suponiendo el cuidado del infante. En pocas ocasiones se entrometía; sin embargo, hoy necesitaba distraerse y Eric era su mejor baza.

Cuando lo tuvieron vestido con un trajecito de paño verde, alguien tocó suavemente la puerta con los nudillos y pasó sin esperar contestación.

Los ojos de *lady* Collington se clavaron primero en Hannah con un velo de preocupación, pero su semblante de inmediato se convirtió en una sonrisa radiante cuando vio como el pequeño Eric, al grito de «mamá, mamá», se lanzaba en una carrera hacia sus brazos. Se agachó lo justo para engancharlo por las axilas y levantarlo hasta su pecho.

—Buenos días, pillastre —dijo, plantándole un sonoro beso en la mejilla.

—*Eli e lelo. Mia, mamá* —Eric quería que su madre mirase el traje de guerrero que Hannah le había dicho que iba a vestir aquel día, pero la vizcondesa parecía un poco confundida y miraba a su hijo sin saber qué contestar.

—El abuelo no está aquí, cariño. —«Lelo» era también el término con el que el niño se refería al padre del vizconde, el conde de Haverston—. Pero los veremos muy pronto, en Londres.

—*Onde*—. También tenía la costumbre de repetir todo lo que oía, como todos los niños que están aprendiendo a hablar. Hannah, que nunca había convivido antes con niños, estaba entusiasmada con cada palabra nueva que él aprendía.

—Lo que quiere decir es que hoy va vestido como un guerrero, *milady* —aclaró Hannah.

—Oh, mi Dios, ¿es cierto? —preguntó *lady* Collington al niño aparentando estar muy sorprendida—. ¿Eres un guerrero?

El chiquillo se echó a reír y se lanzó a abrazar a su madre con regocijo, mientras esta sonreía y lo estrechaba aún más entre sus brazos. Aunque no era muy frecuente que los nobles se relacionasen de forma tan estrecha con sus hijos mientras eran unos bebés, la falta de cariño paterna que había sufrido la vizcondesa a lo largo de su vida, le impedía ser indiferente con su hijo. A decir verdad, Eric era un niño afortunado, pensaba Hannah, pues tanto sus padres como sus tíos, tenían absoluta devoción por él, y, siempre que no tuviesen visitas, el niño campaba libremente por donde quería. Hannah estaba convencida de que el chiquillo era más habilidoso y espabilado de lo normal gracias a esta desacostumbrada relación con las personas mayores.

—Estoy segura de que mi esposo querrá conocer a tan noble guerrero, Judith. Por favor, ¿te importaría llevárselo al jardín? Bájate la capa morada. Hoy hace bastante frío.

Judith, que no era una chica con mucho carácter, pero sí muy diligente, cogió primero la capa y después al niño. Hizo una reverencia a su señora y se marchó.

Hannah se quedó observando a su patrona, quien solo le dirigió una mirada cargada de intención y se acercó hasta la ventana para mirar por el exterior. Carraspeó con incomodidad y entonces supo que no podía seguir postergando una explicación a todo lo ocurrido la noche anterior. Agradecía hasta un límite inconmensurable que su señora hubiese dejado pasar toda la mañana sin interrogarla, porque incluso a sí misma se había negado la posibilidad de reflexionar sobre ello. La noche anterior se había metido en la cama con el firme propósito de olvidar el encuentro y, con la férrea determinación que la caracterizaba, lo había conseguido. Pero la luz del nuevo día no había traído ni la paz ni la clarividencia que esperaba, por lo que había pasado parte de la mañana esquivando el tema. Ya no le quedaba más remedio que dar por finalizada la tregua. Era el momento de dejarlo salir.

Capítulo 5

—¿Qué es lo que más le preocupa, *milady*? —Hannah estaba decidida a ser directa y a no perder la oportunidad que su señora parecía darle para que fuera ella misma quien iniciase la confesión.

Lady Lauren seguía mirando por la ventana. No se mostraba enfadada ni alterada. Por el contrario, su semblante lucía una calma y una seguridad que le hicieron sentir muy orgullosa. Cualquier empleador hubiera puesto el grito en el cielo porque uno de sus criados fuera objeto de semejante espectáculo, pero ella se mostraba tranquila y pensativa. Elegante. Distinguida.

—Primero, déjame hacerte una pregunta. —Seguía sin volverse. Le daba la espalda, y Hannah lo agradecía—. ¿Te llamas Elisabeth?

Reconocerlo era tanto como decir que, durante todos aquellos años, le había estado engañando; pero negarlo era un sinsentido. Asintió a la vez que se presentaba formalmente:

—Elisabeth Cheever, *milady*. —Hacía mucho tiempo que había dejado de usar su nombre de casada; desde el mismo momento en que dejó de garantizarle un techo sobre su cabeza.

La joven se giró en aquel momento y se le quedó mirando con infinita desilusión. No había reproche, y sin embargo Hannah se sentía terriblemente expuesta y culpable.

—Lo lamento muchísimo —aseguró.

—Todos estos años... —agregó la vizcondesa con la mirada perdida—. Imagino que muchas de las cosas que creo saber de ti tampoco son... ciertas, ¿verdad?

Hannah inspiró con fuerza y cerró los ojos por un instante. Después reunió valor y contestó.

—Prácticamente todo es fruto de la invención.

Lady Collington se llevó la mano abierta a las sienes, en un intento por asimilar esa información. Se quedó callada durante tanto tiempo que Hannah no supo si llegaría a contestarle. Quizá estuviera analizando todo lo que sabía de ella, todo lo que le había contado. La vida ficticia que había creado podía resumirse en que había nacido en Toulouse en una familia respetable y numerosa. Siendo la tercera hija mujer, había tenido que dedicarse al servicio desde muy joven. Cuando sus padres fallecieron, sintió el deseo de recorrer el mundo y así fue como llegó hasta Inglaterra, en compañía de una tía paterna

que se había retirado a Norfolk y a la que visitaba una vez al año. Jamás había sido necesario profundizar más, y su patrona tampoco se había sentido inclinada a preguntar.

En aquel momento, debía estar pensando en cómo le había decepcionado, y Hannah sintió un nudo en el pecho ante aquella evidente desilusión. Qué pena le daba tener que ser la causante de ese disgusto.

—Comprendería que no quisiera que permanezca en...

—Ni se te ocurra decirlo —la interrumpió su señora, quien la conocía lo suficiente para saber lo que iba a proponer—. Solo... quiero entenderte. Ayudarte. Pero no comprendo nada. No sé de quién tengo que protegerte. ¿Es lord Redcliff un problema para ti?

¿Lo era? Ocho años atrás lo había sido. No solo un problema, sino un peligro. Durante mucho tiempo, había procurado no llamar la atención, ocultarse de su pasado, incluido él, para que no la encontrara. Pero, al margen de lo que ocurrió entonces, no sabía en realidad cuál era su situación respecto a él en ese momento. ¿A qué había venido? ¿Había sido una casualidad que sus caminos volvieran a encontrarse?

—Yo... aún no lo sé —respondió con sinceridad.

—Él asegura que lleva mucho tiempo buscándote y que no haría nada que te perjudicase.

—¿Qué más le ha contado? —preguntó picada por la curiosidad.

—Habló con lord Collington anoche y yo no he querido saber nada de eso hasta que hablase contigo. Estuve a punto de entrar varias veces en su estudio para que me pusieran al corriente, pero luego consideré que eres tú quien tiene que decidir si quieres o no quieres contarnos qué es lo que ocurre con ese hombre, aunque sospecho que ya se ha metido a mi esposo en el bolsillo.

—Ah, ¿sí? —Hannah sonrió despectivamente—. No debería sorprenderme. Se le da muy bien embaucar.

—¿Fue eso lo que ocurrió? ¿Ese hombre te engañó y tuviste que... ocultarte?

Los recuerdos volvieron con fuerza a reproducirse en su mente. Las noches de placer, los encuentros a escondidas... Hannah empezó a acusar la falta de ventilación de la sala de juegos.

—¿Podríamos dar un paseo por los jardines? Me vendría bien tomar un poco el aire.

—Hace mucho frío —advirtió su señora—. ¿Te conformarías con un paseo por el invernadero?

—Claro que sí.

Juntas, bajaron las escaleras de la segunda planta, donde se encontraban las habitaciones de la familia, y recorrieron la galería del ala oeste de la casa que daba a los jardines. Caminaron los escasos pasos que separaban el edificio principal del invernadero y se internaron en los dominios del jardinero, Sam Clunning, uno de los mejores amigos de Hannah en aquella casa; quizá por eso, el invernadero era también uno de sus rincones

favoritos de Nymhouse. En aquel ambiente, a Hannah le costó mucho menos la idea de afrontar su tarea de confesarse:

—Me casé a los diecisiete años con un comerciante francés que, si bien no conseguía doblarme las rodillas de adoración, me ofrecía la posibilidad de alejarme de una familia en la que siempre me había sentido una extraña —explicó con cierta nostalgia mientras paseaban. Se dio cuenta de que, en realidad, había extrañado a aquella familia—. Mis padres eran personas muy raras. Atípicas. Mi padre era representante de jabones y se pasaba el día viajando. Mi madre estaba completamente obsesionada con él y lo perseguía todo el tiempo. Eso nos dejaba, a mis dos hermanos y a mí, la mayor parte del año solos, al cuidado de cualquier familiar o vecino. Hay una señora en Norfolk, Ashley Birmer, que se ocupó de mí la mayor parte del tiempo. Es a ella a quien voy a visitar una vez al año.

Cuando se dio cuenta de que *lady* Lauren no pensaba interrumpirla, Hannah suspiró y continuó con su historia.

—Trabajé en su casa de comidas durante una temporada y fue allí donde conocí a Michel Poirier. Él tenía negocios en Norfolk y se hospedaba en la misma calle donde yo trabajaba. Era un joven muy apuesto, con ese aire afrancesado y elegante, ya sabe. Tres semanas después nos prometimos y me fui con él a París, sin la menor intención de volver a pisar Inglaterra.

—¿Y tu familia?

—No volví a saber de ellos. Mis hermanos se habían marchado a Londres a trabajar en una fábrica de gas y, como ya le he dicho, mis padres eran dos espíritus errantes. Después de marcharme incluso dejaron de pagar la pieza donde dormíamos mis hermanos y yo. La señora Birmer dijo que se alegraron de mi suerte y que volvió a verlos un par de veces. No le dejaron ninguna dirección dónde buscarlos si yo volvía.

La joven se acarició los brazos con aire pensativo mientras continuaba caminando a su lado por entre las hileras de plantaciones. El invernadero de los Collington era sencillo, aunque muy espacioso. No exhibía plantas exóticas ni grandes cultivos, sino que se usaba más bien para dar cabida a aquellas flores y plantas que la vizcondesa quería tener en el jardín. En una primera fase, todos los brotes eran plantados allí y, cuando eran lo bastante fuertes para soportar la intemperie, se trasladaban al jardín. Por lo demás, el invernadero era un salón cubierto y acristalado por el que era agradable pasear.

—No me sorprende que te fueras con...

—Con el primero que pasó —terminó Hannah por ella, con una sonrisa amarga—. Creí que las cosas cambiarían a partir de aquel momento de forma drástica y, al principio, así fue. No nadábamos en la abundancia, pero mi marido tenía un gran porvenir en la empresa para la que trabajaba y estaba muy bien considerado. Yo no le acompañaba a sus viajes como hacía mi madre con mi padre y puede que por eso yo esté viva y él no.

Aquel había sido el punto de inflexión en la existencia de Elisabeth Poirier. Había quedado devastada por la pérdida, aunque lo que le había sumido en la desesperación fue el desconcierto por la situación en que su esposo la había dejado. Los meses siguientes a su muerte, descubrió con horror que no había previsto para ella ni la más remota seguridad ni asilo, la había dejado a merced de su rencorosa familia que la odiaba por ser inglesa. Si en algún momento llegó a sentir amor por Michel Poirier, murió el mismo día que tuvo que meter sus pertenencias en una maleta y enfrentarse a un futuro sin techo, familia ni dinero.

—Falleció en un estúpido accidente de carruaje, y puedo decir que a partir de aquel día mi vida se torció de manera inexorable. Todo empezó a ser... complicado. —Hannah suspiró y acalló la amargura que le traían los recuerdos—. La madre y la hermana de mi esposo se las ingeniaron para dejarme sin nada. Sola y en un país extraño, no recibí mucha ayuda. Viví malos tiempos hasta que una chica, Cecil, se me presentó en el mercado de Les Halles y me ofreció trabajo en la casa de sus patronos. Puedo decir que Cecil me salvó la vida, sin ninguna duda. Fue en esa casa donde conocí a lord Redcliff, solo que no me dijo quién era en realidad. —No pudo evitar una sonrisa melancólica—. Me persiguió durante dos semanas hasta que acepté ser su amante.

Hubo un silencio significativo entre ellas.

—¿Sabes que Shein Dereford no era conde hasta después de la guerra? —indicó *lady* Lauren—. El título fue un reconocimiento del Rey a su trabajo en la inteligencia británica. Redcliff había quedado en manos de la corona al morir el último heredero legítimo, y al parecer el Rey estaba deseando quitárselo de encima. Creo que hubiera sido una auténtica ruina si no fuera porque los Dereford ya estaban muy bien situados a nivel financiero cuando eso ocurrió.

—No, no lo sabía —respondió meditabunda.

Conde. Shein Dereford era un conde de su majestad, nada más y nada menos. Aquel hombre alto y formidable, con una espalda tan fuerte y ancha que parecía sostener el peso entero del mundo, era un aristócrata. ¿Por qué la buscaba, entonces?

No había cambiado tanto. El paso de los años había imprimido a su rostro una pátina de sabiduría y, a sus cabellos azabaches, unos atractivos reflejos plateados en las sienes y el flequillo, que aún peinaba como si fuera un chiquillo. Seguía siendo fascinante, sus ojos seguían siendo capaces de remover los más oscuros pensamientos en ella.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué te fuiste de París? —La pregunta la devolvió a la realidad y Hannah se concentró en terminar su relato.

—Una noche le escuché hablar con otro hombre. A lord Redcliff. Aquel tipo... burdo, le decía al conde que estaba cansado de su ineptitud. Que no podía seguir... —Se detuvo ante la crudeza del lenguaje que quería reproducir. Aquella había sido una conversación vulgar y cruel. No apta para los oídos de una dama— ... consintiendo que se acostara conmigo si no

les servía para llegar hasta mi patrón. Le dijo que yo no era más que una sucia espía. Yo. Una espía. ¿Puede creerlo?

Lady Lauren la miraba con la misma fascinación que un niño al escuchar el cuento más increíble que le hubieran contado nunca.

—No me imagino a nadie que pudiera cumplir mejor ese cometido que tú —concluyó.

—Bien, pues se equivocaba. Nada más lejos de la realidad. —Hannah sintió deseos de sonreír ante la falta de resistencia por parte de su señora para imaginarla en el papel de espía. Tenía que reconocer que solía ser bastante mandona en los últimos tiempos, pero es que se había cansado muy joven de ser manipulada por los demás y había aprendido lo necesario para llevar las riendas de cualquier situación. O no. A decir verdad, esta se le estaba escapando de las manos—. También le dijo que tenía que conseguir lo que fuera que creían que yo tenía o eliminarme.

—Con eliminar te refieres a... —Era lógico que a una joven acomodada le costase asimilar el hecho de que habían ordenado matarla. Debía ser todo un acontecimiento para ella estar escuchando una historia tan sórdida como había resultado ser la vida de su doncella.

—A matarme. Aquel hombre le ordenó hacer lo necesario para sacarme la información sobre el lord para el que trabajaba —Hannah se abstuvo de nombrarlo. No podía. No soportaba ni siquiera pensar en las tres sílabas de su título—, o de lo contrario tendrían que eliminarme; esas fueron las palabras exactas. Él no se negó. Solo le pidió algo más de tiempo, pero no se negó a cumplir la orden.

—Y volviste a Londres —adivinó su interlocutora.

Le respondió con un asentimiento de cabeza, aunque en su interior pensó que aquella frase en poco resumía lo que había ocurrido entre aquella noche y el día en que volvió a pisar suelo británico. No era tan sencillo como haber huido y vuelto a la patria. No exactamente. Hannah no había salido por su propio pie de la casa del lord, ni había tenido las fuerzas para huir hasta varias semanas después de aquel incidente. Pero su patrona y amiga no necesitaba conocer el calvario por el que había pasado, el dolor y las miserias a las que le había empujado aquella traición.

—Cuando llegué a Londres, me oculté, por si todavía el servicio secreto francés me estaba buscando. Entonces creía, y siempre he creído, que eran los franceses quienes me acechaban y que mi patrón trabajaba como espía británico en París. Fue la conclusión más lógica, teniendo en cuenta que yo creía que Shein Dereford era en realidad Jean Paul Levesque. Supongo que me equivocaba, que en realidad me consideraba una espía francesa, pues parece obvio que el conde de Redcliff trabajaba para la corona británica. O no. ¿Quién sabe?

Si algo poblaba la mente de Hannah eran las dudas, las preguntas. Se había creado un mapa mental bastante exacto de cuáles habían sido los porqués del acercamiento de su antiguo amante y cómo habían transcurrido los hechos a partir de ahí. Pero si lo único que

pretendían era obtener información sobre su patrón, no tenía sentido que hubiera seguido buscándola, ni que estuviera allí con la pretensión de disculparse. Los espías no se disculpan por hacer su trabajo, y, a fin de cuentas, ella había sido solo eso: una misión.

—Es increíble todo lo que me cuentas. Dios mío, Hannah, debió ser muy duro. —De repente, la joven pareció sobresaltarse, se detuvo y la observó confundida—. Disculpa, no sé si debo seguir llamándote Hannah.

Una especie de risa mezclada con melancolía se le formó en el pecho, pero no dejó escapar más que un bufido inconcreto. Era una duda razonable, tanto que ella misma no sabía cómo responderla.

—Tengo la sensación de que dejé de ser Elisabeth Cheever hace mucho tiempo —respondió al tiempo que reemprendía la marcha—. Cuando llegué a Londres yo ya era otra persona y creo que preferiría que me siguiesen llamando Hannah.

—El poco acento que tenías ha desaparecido por completo —apuntó su patrona con algo de desazón.

No debía olvidar que durante años había fingido ser una persona distinta ante sus empleadores, que había suplantado la personalidad de alguien inexistente y ocultado la propia. Era lógico que se sintiese herida por el engaño, y lo cierto era que no se había disculpado lo suficiente.

—Me gustaría que entendiera que cuando llegué aquí tenía la necesidad de ocultarme. Temía que pudieran dar conmigo. Tuve que inventarme un pasado, una vida entera. Tampoco sabía dónde iba a acabar y no podía confiar en nadie. Siento mucho haberle mentido. En verdad, me siento muy culpable por el modo en que la he tratado.

—Yo te hubiera apoyado —aseguró la vizcondesa con voz quejicosa—. Jamás te habría puesto en peligro.

Hannah se acercó lo suficiente para tomarla de las manos y, con toda la decisión que pudo reunir, le miró a los ojos.

—Lo sé. No lo he dudado nunca. Pero cuando la conocí lo suficiente para planteármelo, la mentira era tan grande que temí decepcionarla.

La joven no lo pensó dos veces y la rodeó con sus brazos. Era una mujer afable y cariñosa. A menudo, incluso le costaba refrenar esos ademanes dulces con el resto de la gente, pues las muestras de efusividad estaban muy mal vistas en las altas esferas.

—Supongo que lo entiendo —murmuró contra su hombro—. Pero me gustaría que, algún día, cuando estés preparada, me cuentes todo. —Se alejó lo justo para mirarla a los ojos—. Todo lo que te ocurrió. De algún modo, siento que no te conozco y eso me resulta muy extraño, teniendo en cuenta que durante mucho tiempo has sido la única familia que he tenido.

—No sabe hasta qué punto lo lamento, *milady*. Le prometo que con el tiempo le contaré todas y cada una de mis desventuras.

Se diría que, con aquello, su patrona se quedó conforme, porque asintió y se recompuso. La desenredó de sus brazos y le tiró de la mano para que continuase caminando con ella.

—¿Qué vas a hacer respecto a Redcliff?

—No sé si tengo alguna capacidad de decisión. Preferiría no tener que volver a verlo.

A aquello, *lady* Collington respondió con un ceño fruncido y un suspiro resignado.

—Ya te he dicho que mi esposo parece haber simpatizado con la causa del conde. Me temo que podría considerar la idea de pedirte que te reúnas con él.

Había una parte de ella, una minúscula parte, que quería ese enfrentamiento. Su alma reclamaba explicaciones, quería tener la satisfacción de reprocharle a Shein Dereford que la hubiera utilizado de aquella forma tan ruin. Pero la parte inteligente de su mente, la que la había mantenido con vida, le decía que se alejase de él todo lo posible.

La pregunta era: ¿podía una simple doncella frustrar las intenciones de un par del reino? Jamás se había visto en la situación, pero sabía que las personas de su clase siempre tienen que plegarse a los deseos de aquellos que ocupan un escalafón superior en la jerarquizada sociedad británica. Podía ser un invitado a la casa de sus amos o cualquier señor de copete con el que se cruzase por la calle. Si le daban una orden, debía cumplirla. Esa era su realidad.

Hannah sospechaba que lord Collington no la obligaría a reunirse con Redcliff, pero era de sabios prevenir para no tener que curar. Los evitaría, a ambos.

Capítulo 6

Lucas Gordon, cuarto marqués de Riversey, bajaba las escaleras de Nymhouse con la gracia de aquellos afortunados que saben que nada malo les aguarda al final de los escalones. Marcus había observado que existían dos tipos de personas: las que tienen miedo y las que no. En ocasiones —la mayoría según su experiencia— el grado de temor entre ambos extremos era inversamente proporcional al nivel adquisitivo de esas personas. Sencillo; la posición y el dinero ofrecen seguridad y, por ende, felicidad. Probablemente, muy pocos de sus pares se habían parado alguna vez a pensar en esa cuestión. Le constaba que no era el caso de su mejor amigo, Lucas Gordon, pues él, al igual que Marcus, había aprendido a valorar y cultivar la riqueza en su justa medida.

Le esperó al pie de la escalera mientras entregaba su abrigo impregnado de humo a Truller, su mayordomo. Había pasado dos horas visitando a uno de sus arrendatarios, el señor Wellesfield, a quien le había salido ardiendo un granero. Marcus le había prometido ayudar en los trabajos de reconstrucción porque los Wellesfield no tenían la culpa de que su hijo fuera medio tonto y se hubiera dejado un farol la noche anterior junto a la alfalfa. Y porque sabía que la incertidumbre y el temor por un cobertizo podía ser devastador para una familia malhadada como los Wellesfield, pero era una nimiedad para el vizconde de Collington.

Suspiró con un alto grado de resignación por las cosas que no tienen remedio y se topó de frente con la burlona sonrisa de Gordon. A veces, aborrecía el buen humor de su mejor amigo, otras muchas veces lo consideraba mejor que cualquier prescripción del médico.

—¿De dónde vienes? —preguntó Gordon al tiempo que le propinaba uno de esos saludos en la espalda que harían trastabillar a un hombre más menudo—. Bah, da igual —agregó de inmediato—, llevo oliendo el desayuno desde la puerta de mi habitación. ¿Están ya las señoras sentadas?

—Qué amable te has levantado. Le acabo de preguntar a Truller por ellas. Bajaron hace media hora. ¿Has despertado con hambre?

—Como todos los días —respondió su cuñado.

Marcus dejó que le adelantase y se quedó mirando la jovialidad con la que se movía su amigo. Desde que sabía que iba a ser padre hasta parecía que andaba de forma diferente, aunque, a decir verdad, la seguridad siempre le había sido connatural. Y en el caso de

Gordon, no solo el poder y el dinero habían jugado un papel importante. El marqués era un hombre alto y bien parecido; en sus tiempos de soltero había tenido que batallar con hordas de señoritas casaderas que querían convertirse en la cuarta marquesa de Riversey. A nivel fisiológico eran polos opuestos. Donde Marcus lucía tonos dorados, Gordon poseía un cabello oscuro azabache y unos ojos de un azul tan claro que pasarían por grises. En la complejión, sin embargo, podrían haber parecido gemelos.

Era la persona que con más facilidad le sacaba de quicio, pero también era quien mejor entendía los entresijos de su mente, de modo que toleraba sus maneras con bastante acomodo.

—Buenos días, hermana. Cariño... —saludó Marcus cuando entró en la salita. Fue hasta la mesa para darle un beso en la mejilla a su esposa.

—¿Has dormido bien, preciosa? —susurró Gordon a su propia esposa, lo bastante alto para que Marcus lo oyera—. ¿Nada de mareos esta mañana?

Megan había pasado el primer mes de embarazo algo indispuesta. Pero desde que habían llegado a Nymhouse, tres días atrás, se la veía muy lozana y saludable. Marcus suponía que, al igual que Lauren cuando estaba encinta, no dejaría de tener distintos síntomas durante todo el embarazo, pero aquellas indisposiciones mañaneras pasarían pronto, o eso esperaba; el carácter de su hermana no era tan dulce como el de su esposa.

—Me siento como una rosa —respondió ella—. Eso sí, me he levantado con un hambre atroz. Como te habías ido a cabalgar, preferí ir a buscar a Lauren para que me acompañase.

—Y encontraste a mi esposa con la misma hambre atroz que tú, ¿cierto? —terció Marcus. Nunca dejaban pasar, ni Gordon ni él, la oportunidad de bromear sobre el sano apetito de sus señoras.

—Pero si yo estoy aquí calladita sin ofender a nadie... —se defendió Lauren.

—Lo sé, cariño. Y estás preciosa esta mañana.

—Vale, te perdono —concedió ella con una sonrisa arrobada.

—¿No baja hoy lord Redcliff a desayunar? —intervino Megan.

—Imagino que sí —respondió Gordon—. Pasé la tarde con él visitando los terrenos de Rochester y me contó que le has permitido quedarse unos días —dijo, dirigiéndose a Marcus—. Me ha parecido muy comprensivo por tu parte.

—No estoy seguro de haber actuado del modo adecuado —reconoció—. Cuando hablé con él me pareció un hombre muy cabal, a pesar de esa locura de querer casarse con la doncella de Lauren. Pero es que, además, juraría que hay algo que no nos cuenta. Fue más bien la curiosidad la que me obligó a decir que sí.

—¿Sabe ya la afortunada doncella que Redcliff quiere convertirla en condesa? —inquirió Gordon con un brillo de placentera expectación en los ojos.

Marcus caviló durante un breve segundo y concluyó que de ser así ya les hubiera llegado algún rumor a través de Truller o McPeere. Miró a su esposa en busca de una confirmación a la que ella respondió con un encogimiento de hombros.

—Imagino que no ha tenido oportunidad —contestó dubitativo.

Gordon recibió la noticia con entusiasmo, palmeó y luego frotó sus manos, con la cara de un truhan cuando gana una partida de naipes.

—Perfecto. Hay que hacer lo imposible por estar presentes cuando eso ocurra —propuso con aire conspirador.

—Lucas... —le advirtió Megan, aunque con un brillo cómplice en los ojos.

—No, cariño. Lo digo en serio. Con el genio que tiene esa francesa, la declaración del conde promete ser todo un espectáculo.

Marcus resopló sin poder evitarlo. Su mejor amigo era un liante de primera categoría y no era extraño que quisiera disfrutar del vodevil en que podía convertirse la visita del conde. Miró de nuevo a Lauren, que se había quedado muy pensativa.

—Has dicho que nos oculta algo. ¿Crees que podría haber mentido sobre sus intenciones con Hannah? —preguntó ella con preocupación.

—No lo sé, querida. Tendremos que tenerle vigilado. De todos modos, es un conde de su majestad. No podemos echarle a la calle cuando su deseo es quedarse. Tendremos que transigir.

—Si de algo sirve mi opinión —terció Gordon—, tengo a Redcliff en alta estima. Lo conocí en Eton cuando era un crío y siempre me ha parecido un hombre excepcionalmente íntegro.

—Pero parece tan... —A Lauren le costaba encontrar las palabras— oscuro.

—No creo que albergue malas intenciones. —Le tranquilizó Gordon—. Es cierto que no es un tipo alegre, ¡qué diablos!, tiene un sentido del humor nefasto. Yo incluso diría que peca un poco de obtuso y es terco como una mula. Sin embargo, me atrevo a decir que es un hombre en quien se puede confiar. Digo yo que, si el Rey le otorgó un puesto en la inteligencia británica durante la guerra, nosotros podemos depositar en él algo de fe.

—Pues yo creo que es muy romántico que haya estado buscando a Hannah durante ocho años y de hecho no me parece un hombre obtuso. Al contrario, tiene un brillo de inteligencia en los ojos que me parece muy poco frecuente —añadió Megan.

Gordon se acercó hasta la mesa de la comida y comenzó a servirse un poco de todo, ante la falta de lacayos que sirvieran el desayuno. Marcus empezaba a notar que desde el revuelo de dos noches atrás, el servicio de Nymhouse andaba un poco desorganizado.

—Sírreme un plato, por favor —le pidió Marcus, que ya se había sentado junto a su esposa.

—Sírrete tú —fue la contestación que recibió.

No esperaba nada distinto que eso, así que miró a Lauren con resignación y se levantó para servirse.

—Querido —intervino Lauren—, prométeme que Hannah será nuestra prioridad. Que no permitiremos que ese hombre, por muy poderoso que sea, la coaccione.

—Lauren, cariño, es un maldito conde —retrucó mientras echaba en su plato una generosa cantidad de huevos escalfados y un trozo de pastel de durazno—. Lo único que puedo prometerte es que lo tendré vigilado y que velaré por los intereses de tu doncella. De todos modos, no me parece que tenga intención de causarle ningún mal.

—¿Y si te equivocas? Hannah tiene sus motivos para no querer saber nada de él.

—Sí, eso es cierto. —Megan se puso de su parte al instante, y acto seguido entrecerró los ojos y fulminó a su amiga—. No has tenido la bondad de contarme cuáles son esos motivos, cosa que me tomo como alta traición porque sabes de sobra que yo estaría deseando ponerte al tanto de cualquier cosa interesante que le ocurriese a Marly —añadió, refiriéndose a su doncella—, pero sin lugar a dudas, los Chadwick estamos de lado de Hannah.

—Tú ya no eres una Chadwick —protestó Gordon.

—¿Siempre es tan quisquilloso? —inquirió Marcus a su hermana solo para buscarle la paciencia a su cuñado.

—Yo no soy una cosa tan poco varonil, no digas bobadas. Pero aprecio el orden, y lo cierto es que mi esposa es una Riversey.

Cuando una mujer se casaba con un miembro de la aristocracia inglesa, no solo perdía su apellido de soltera, sino que el título de su marido pasaba a acompañar a su nombre. A Marcus le hubiera dado igual que Lauren conservara su apellido de origen, pues siempre le recordaba al apelativo cariñoso por el que la llamaba cuando estaba soltera: pequeña Malone; sin embargo, su cuñado, que era tremendamente orgulloso, gustaba de aquellas arcaicas costumbres.

—Megan Riversey... —musitó Lauren—. La verdad es que suena raro.

—Yo también lo pienso a veces —añadió la aludida con aire contemplativo y se encogió de hombros—. Me he acostumbrado, aunque casi todos me llaman *lady* Riversey, que suena mucho mejor.

—Desde luego Megan Chadwick tiene una cadencia y una consonancia que Megan Riversey no... —intervino de nuevo Marcus con indolencia.

—¿Queréis dejar de decir bobadas? —interrumpió Gordon con la paciencia ya perdida—. Me trae sin cuidado si os gusta la polifonía del nombre de mi esposa, pero os agradecería que lo utilizaseis como manda el derecho canónico. ¿Siempre tenemos que tener discusiones tan estúpidas en el desayuno?

Marcus y su hermana parecían dispuestos a azuzar mucho más el fuego en el momento en que la puerta del saloncito volvió a abrirse para dar paso a lord Redcliff. Curiosamente, le

acompañaba un lacayo, a pesar de que Marcus no había conseguido ver a ninguno desde que se había levantado.

Shein se masajeó las sienes antes de que el lacayo abriese la puerta. Había tenido la esperanza de ser el primero en llegar a la salita del desayuno, incluso se podría decir que había madrugado para lo que tenía por costumbre. No le gustaba el alboroto de aquellos Chadwick en horas tempranas de la mañana y se hallaba bastante molesto por las dificultades que le estaba suponiendo la oportunidad de hablar con Elisabeth. Mas su anhelado deseo matinal estaba destinado al fracaso, porque desde el exterior de la sala podía escuchar la diatriba de Riversey. Ese hombre siempre había sido demasiado efusivo y ruidoso para su gusto, pero era un hombre influyente y bien relacionado; un buen contacto que Shein se había preocupado de mantener a lo largo de los años. Además, poseía una cualidad que valoraba por encima de cualquier otra consideración: lealtad a raudales.

—Buenos días, caballeros. *Miladies...*

Los marqueses de Riversey fueron los primeros en responder con entusiasmo a su saludo. *Lady* Riversey le había parecido el día que la conoció una mujer de belleza formidable, pero a medida que avanzaban los días, hallaba nuevos aspectos de su persona que le parecían fascinantes. El semblante siempre risueño y audaz le confería una jovialidad muy atractiva; era una de esas personas que consiguen atraer la admiración de los demás sin proponérselo.

Sus anfitriones eran otro cantar. *Lady* Collington, quien le había resultado una mujer de delicada belleza y de dulce carácter el día que la conoció, se había tornado desconfiada y recelosa. No era del tipo de personas con destreza para ocultar sus emociones, y los almendrados ojos verdes se habían sombreado de inquina, al parecer de forma permanente.

Lord Collington seguía pareciendo más intrigado que cualquier otra cosa, pero había accedido a acogerle unos días más en su casa. Era todo cuanto podía pedir, dadas las circunstancias.

—Buenos días, lord Redcliff. Nos preguntábamos si hoy nos acompañaría a desayunar o nos habíamos adelantado en demasía a sus horarios —saludó su anfitrión.

—Oh, no, en absoluto —mintió—. Es la hora perfecta.

—Y cuéntenos, Redcliff, ¿cómo se está desarrollando su gesta de cortejar a la doncella?

Indiscreto. Había olvidado que Riversey era también un hombre tremendamente indiscreto.

—A decir verdad, milord, se me está antojando complicada, pero no pierdo la fe en mi capacidad de persuasión —respondió, sin ánimo para ofenderse o mostrarse esquivo.

Lady Collington intentó controlar un acceso de tos, de forma poco efectiva. Shein lo pasó por alto. Ya había comprobado que la lealtad de la vizcondesa estaba del lado de Elisabeth.

—Pues deberá darse prisa —añadió Collington—, mi querido amigo. La familia al completo volverá a Londres para el día de la Reina.

El decimoctavo de enero tenía lugar esta insigne celebración, momento en el cual la comitiva real llegaba a Londres tras el retiro otoñal para dar comienzo a las sesiones del parlamento y con ello a la temporada social londinense. Las buenas jornadas de caza ya habían quedado atrás y las familias de clase alta comenzaban a migrar de forma paulatina a la ciudad para acudir a la corte en el día de la Reina y comenzar sus habituales festejos sociales, que serían tibios hasta bien entrado marzo.

Shein se tensó con la vana esperanza de haber entendido mal o de que el término familia no incluyera a la doncella de la vizcondesa. Elisabeth no podía viajar a Londres en ese momento. No era seguro.

—Tenía entendido que este año las sesiones no comenzarían hasta febrero —dijo sin mucho convencimiento—. Además, no sabía que era necesario acudir a la corte a no ser que se tuviera a alguna debutante en la familia.

—Cierto. —Fue Riversey quien tomó la palabra—. Pero la marquesa ha estado indispuesta estos meses y no querríamos que pudiera tener complicaciones en su estado sin un buen médico cerca.

—¿Acaso no hay buenos doctores en el condado? —inquirió con un matiz molesto en la voz que no pudo evitar.

—No tan buenos como los que atienden a la familia Gordon en Londres —aclaró Riversey, a quien no le estaba gustando tener que explicar sus motivos.

—Vaya, entonces supongo que me parece una decisión muy acertada.

Le parecía una decisión paternalista y la mar de inconveniente, pero se cuidó de decirlo o dejarlo entender. Era sencillamente desastroso que Elisabeth anduviera pululando por Londres, pero era algo sobre lo que no podía prevenir a aquella molesta familia, que, sin proponérselo, le estaba complicando la vida de forma horrible. No es que le cayesen mal. No podría atreverse a decir tanto. Sentía una profunda admiración por *lady* Riversey y tenía que reconocer que había cierta afinidad entre Lucas Gordon y él. Los Collington, a pesar del papel protector que habían adoptado frente a sus intenciones con Elisabeth, eran personas afables y muy cordiales, que le habían recibido de muy buen grado desde que había llegado a las puertas de Nymhouse. Agradecía que Elisabeth hubiera acabado en una familia dónde era evidente que se la tenía en estima. Eran agradables, sí, pero cuando formaban aquel cuarteto en el que todos departían animadamente o se enfrentaban por el más mínimo detalle, le ponían nervioso. Por eso agradeció cuando un lacayo abrió la puerta que comunicaba con el pasillo y le notificó que su hombre de confianza había vuelto de Londres.

—Lord Redcliff —anunció el joven de aspecto infantil y porte espigado—, ha llegado un hombre que dice ser su ayuda de cámara, señor.

—Oh, sí claro, Belwin, mi valet —confirmó con indiferencia, a pesar de que por dentro casi se permite aplaudir—. Si no les importa, voy a reunirme con él. Debe traer noticias sobre el estado de salud de mi madre.

—No sabía que su madre se encontrara enferma —intervino Riversey—. Espero que no sea nada grave.

—No se preocupen —respondió—. Son, en su mayor parte, achaques de la edad. ¿Podría abusar de su hospitalidad y pedir que me acerquen una bandeja con té y bollos a mi habitación, Collington?

Que su madre gozara de una salud excelente no era algo de lo que pudieran llegar a enterarse sus interlocutores, pero eso no evitó que se sintiese incómodo por la pequeña mentira. Hacía meses que no visitaba a su familia, lo que todavía le provocaba mayor culpabilidad. Se prometió, en ese momento, que pronto iría unos días a Lincolnshire para felicitarles por el año nuevo.

Una vez que logró reunirse con su ayuda de cámara en su habitación, Shein se dejó caer en un pequeño sofá que se apoyaba contra el ventanal que daba a la fachada. Su dormitorio era sobrio pero lujoso. Las paredes adamascadas en tonos verde oscuro y las cortinas del mismo tono conferían a la pieza un aire muy masculino, que se veía incrementado por muebles robustos y de maderas nobles. Una gran cama central, un par de armarios y un secreter era todo el mobiliario presente, lo que daba la sensación de una gran amplitud en la estancia.

Belwin se quedó de pie junto a la puerta de entrada, aunque por el grado de confianza que siempre le había permitido Shein, se recostó contra el marco y cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Cuéntame. ¿Qué ha estado haciendo nuestro felón particular? —preguntó, ansioso por conocer las novedades que su ayudante traía de Londres.

—Ha estado ocultándose la mayor parte del tiempo. Se aloja en el hotel Redbury y se hace acompañar por dos matones que se alojan en una especie de establo, dos calles más abajo. Hasta ahora no ha establecido contacto con nadie. Aunque me he fijado en que uno de los empleados del hotel pasaba demasiado tiempo en su habitación. El tipo ha estado frecuentando agencias de empleo. Está claro que busca a la señora Poirier, pero dudo que tengan una pista fiable. Ni siquiera ha dado aún con el rastro de la familia Malone.

—Bien. Eso está bien. ¿Has dejado allí a Stevenson y Felham para que lo sigan vigilando? —Shein no quería perder de vista ni un solo segundo a Stonelake.

Casi lo pierde en Norfolk por el impacto que le supuso saber a quién andaba buscando. Pero, una vez que fue consciente del peligro que suponía su presencia en Inglaterra para Elisabeth, decidió que no estaba dispuesto a darle ni una pulgada de terreno. Desconocía cuál era su plan o su propósito, pero debía tener razones muy poderosas para haber abandonado su exilio en Francia con el único propósito de encontrarla a ella. Si el príncipe

regente se enteraba de que aquella rata andaba suelta por Londres podría mandarlo a colgar por sedición, y a pesar de ese peligro cierto, Stonelake andaba removiendo el pasado para encontrar a su antigua criada.

¿Por qué en ese momento concreto? Era algo que no podía dejar de preguntarse. Durante años, Shein se había asegurado de que Stonelake no abandonaba la seguridad de su residencia en París, pero, dos meses antes de Navidad, había conseguido enterarse de sus planes para viajar, y su sorpresa había sido mayúscula al comprobar que volvía a Inglaterra. ¿Y todo para buscar a una doncella? ¿Ocho años después de que esta desapareciese y de que a él nunca pareciera importarle? No. Imposible. Algo no cuadraba, y Shein estaba dispuesto a averiguar qué era.

—¿Está seguro de que anda buscándola a ella? —Belwin interrumpió sus pensamientos.

—Sí. Llegó a Norfolk buscando a Elisabeth. No se entretuvo en ningún sitio y fue directamente a la casa de esa mujer que la había criado. No puede ser una coincidencia. No ha hecho averiguaciones sobre nada más.

—Pero ¿qué podría tener ella tan importante como para que se arriesgue a pisar suelo británico?

Shein se martirizaba una y otra vez con esa misma pregunta. ¿Tendría algo que ver con el papel que había desempeñado Elisabeth como espía? ¿O se trataba de algo más personal?

Siempre la había mirado con codicia y eso era algo que Shein no había dejado de notar y de aborrecer. Había detestado el modo en que la seguía con los ojos, lo posesivo que se mostraba respecto a cualquiera que hablaba con ella, incluso de otros sirvientes. Eran celos. Shein conocía muy bien aquel veneno, pues él mismo lo había sentido cada vez que detectaba los sucios ojos de Stonelake sobre Elisabeth. Ojalá hubiera estado en posición de preguntarle a ella por el trasfondo de aquellas insidiosas miradas, pero se decía a sí mismo, una y otra vez, que su misión no podía verse empañada por la preocupación o los celos. Quizá incluso en eso se había engañado, quizá no se trataba de la misión y lo que ocurría es que no hubiera soportado saber que no era el único que disfrutaba de la dulzura del cuerpo de Elisabeth.

«Maldita sea», se regañó. No podía dejarse llevar por aquella rabia que le invadía, que nunca había desaparecido. Su prioridad actual era mantenerla fuera del alcance de ese bastardo traidor. Nada era más importante; ni siquiera la satisfacción de encontrar algún día las pruebas que delatasen la participación de Stonelake en la guerra podía compararse con el afán que sentía por proteger a Elisabeth de cualquier posible daño.

—Sea lo que sea que busca de ella, tenemos que descubrirlo antes de que él consiga averiguar su paradero.

—¿La ha interrogado? —Era la pregunta más lógica que podía hacerle su asistente.

—No. No he conseguido hablar con ella todavía y el tiempo no juega a mi favor, para ser precisos. La familia entera volverá a Londres en pocos días y no me gusta saber que los dos van a estar en la misma ciudad y que podrían encontrarse sin que yo pueda evitarlo.

—¿He de volver a Londres, entonces? —preguntó el joven muchacho a quien había tomado bajo su mando muchos años atrás en París.

—Aún no. Podría levantar sospechas que vuelvas a marcharte nada más llegar.

—No creo que a un vizconde le importe lo más mínimo las idas y venidas de un sirviente.

—Puede que a él no, pero lord Riversey es un hombre muy perspicaz. No quiero levantar más sospechas de las que ya tienen. —Se mesó el cabello de la nuca y concluyó—. Te quedarás conmigo hasta el día antes de que la familia se desplace a la ciudad. Mientras tanto, Stevenson y Felham se encargarán de mantenernos informados. Nos marcharemos los dos el día antes de su viaje y nos aseguraremos de que Stonelake no tenga la menor oportunidad de encontrar a Elisabeth.

Capítulo 7

—¡Esa maldita fémina tiene a todo el mundo en el bolsillo! —exclamó Shein Dereford el lunes cuando bajó a desayunar. Encontró a su anfitrión sentado plácidamente en la salita de desayunos, sin mayor compañía que un lacayo apostado en la puerta.

El vizconde de Collington le observó con escepticismo y dejó sobre la mesa el periódico recién planchado que estaba ojeando, mientras Shein se acercaba hasta la silla que le quedaba enfrente y se dejaba caer con aire desesperado.

—¿Qué problema le aqueja, amigo mío? —inquirió el vizconde con excelente humor.

—¡Elisabeth! Esa mujer es... es... imposible. ¿Puede creer que llevo tres días en esta casa sin lograr cruzarme con ella? Allá donde voy veo a los criados darse de ojos y correr de un lado para otro, probablemente para darle información sobre mi paradero e impedir que la encuentre. Me mienten descaradamente. ¿Me ha oído, Collington? ¡Sus criados me mienten! —Acompañó aquella protesta con una fulminante mirada al lacayo, que se quedó impasible mirando al infinito como si la cosa no fuera con él.

Iba. Desde luego que iba. Todos y cada uno de los lacayos, doncellas, jardineros y pinches de cocina estaban metidos hasta el cuello en aquel boicot.

—Cálmese, hombre. Puede que sean imaginaciones tuyas.

No lo eran. Shein estaba seguro de que bajo el techo de Nymphouse se había orquestado todo un complot para evitar que él pudiera encontrar a Elisabeth.

—Su mayordomo me ha enviado por error al invernadero. Eso asegura él. Después ha recordado que había visto a Elisabeth en el jardín y no en el invernadero. Los confunde, al parecer. Una fregona me ha derramado el cubo de agua apestosa en los pies, justo cuando había visto pasar esa odiosa cofia blanca que ella lleva. Incluso yo sé que una doncella personal no usa cofia. ¿Casualidad? No lo creo, Collington. Lo hace para que la confunda con las otras. Todo esto que le cuento ha ocurrido en lo que llevamos de mañana. En una semana me habré vuelto loco.

—Lo lamento, Redcliff, pero ya le dije que mi lealtad hacia mi esposa me impide interceder por su causa. Ya le permito que prolongue su visita en mi residencia y que alborote a todo el servicio...

—¡Yo no alboroto al servicio! —protestó malhumorado.

—No quisiera ser condescendiente, Redcliff, pero juraría que en este mismo momento está haciendo un completo alboroto de mi desayuno —respondió el vizconde apartando el periódico que acababa de leer y tomando una de las tostadas untadas con mantequilla que reposaban sobre un platillo de fina porcelana encima de la mesa.

Shein se dio cuenta de que se estaba comportando como un energúmeno, y que eso no casaba con la imagen que tenía de sí mismo, pero la sensación de impotencia que le generaba aquella situación no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Se obligó a tranquilizarse y a sincerarse con Collington.

—Lo lamento. Las... circunstancias con Elisabeth me tienen un poco fuera de mí. Siento haberle levantado la voz —se disculpó.

Con un asentimiento de cabeza, Collington le dio a entender que aceptaba sus disculpas y elevó la vista para enfocarla en el lacayo que aguardaba junto a la puerta.

—Tráigale un poco de té y tostadas a lord Redcliff, William.

Shein asintió para dar su conformidad y en cuanto el lacayo hubo salido en dirección a la cocina, se inclinó un poco sobre la mesa para hablar en voz más baja a su interlocutor.

—Y sus lacayos me persiguen. Todos ellos —apuntó.

Lord Collington sonrió y se limpió los restos de tostada de una de las comisuras de su boca.

—Mire, Redcliff, sé que tiene razón y que no se trata de imaginaciones tuyas. El servicio de esta casa es muy leal a la causa de la doncella de mi esposa. No le voy a engañar. Aunque no sea el ama de llaves, Hannah maneja los hilos de esta mansión con maestría y es una mujer que consigue lo que se propone. A veces, me pregunto si yo mismo no acabé casándome con mi esposa porque esa fue la intención de su bendita doncella. —Al decir aquello, el vizconde esbozó una sonrisa melancólica—. A pesar de la confianza que depositamos en ella, le confieso que me siento cada vez más en sintonía con su petición. Y no hablo de ese disparate de proponerle matrimonio. Déjeme decirle que me sigo oponiendo a ello y que no creo que lo haya reflexionado con objetividad. —Cuando estaba a punto de protestar, Collington levantó una mano pidiendo silencio para poder continuar—. Sin embargo, le secundo en su derecho de poder mantener una conversación con ella. Creo que, por el bien de esta santa casa, lo mejor sería que encontrásemos el modo de que ustedes dos hablen en privado. Lo que ocurre es que he prometido no interferir de ningún modo.

Shein se mesó los cabellos con ambas manos y se recostó contra el respaldo de la silla con un bufido resignado. Era notorio que su interlocutor estaba atado de pies y manos por la promesa a su esposa, pero también le estaba dejando entrever que no iba a ponerle las cosas más difíciles de lo que ya estaban.

—¿Y qué me sugiere que haga?

—Investigue, busque aliados, cree las situaciones para poder encontrarse con ella. Solo puedo decirle que no puedo obligar a Hannah Lubrelle a que mantenga una reunión con usted.

—Ella se llama Elisabeth —insistió con tozudez, aunque sabía que nadie más que él utilizaba su verdadero nombre.

—Quizá debería empezar por empatizar con su presa, querido amigo —añadió el vizconde en tono críptico—. Los criados, a quienes usted pregunta por ella una y otra vez, nunca dejarán de verle como una agresión externa si insiste en negar a Hannah lo que ella ha tardado tantos años en construir: su nombre y su reputación.

Shein se quedó como noqueado por aquella reprimenda. No se le había ocurrido pensar que su insistencia en desenmascarar a Elisabeth, su empecinamiento en perseguir a la muchacha en contra de su voluntad podía ser tomada como un ataque por parte del resto de miembros del servicio. Quizá había asumido con demasiada prontitud las soberbias propias de la aristocracia, creyendo que le asistía el derecho sobre su antigua amante y sobre cualquiera de aquellos pobres diablos que pertenecían a una clase inferior a la suya.

Estaba avergonzando a Elisabeth ante la gente que la había acogido y cuidado. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? ¿Desde cuándo se había convertido en un ser torpe y falto de estrategia? Vaya, sí que lo había complicado todo...

—Me temo que tiene usted toda la razón, Collington. En mi obcecación por verla y hablar con ella, he olvidado las más básicas normas de cortesía y respeto. Creo que tengo que volver a pedirle disculpas, milord.

—Venga, venga, amigo mío, no se fustigue. Si se para a pensarlo, todavía tiene más de diez días por delante para conseguir sus propósitos. Tenga paciencia, Redcliff. Estoy convencido de que todo esto es una cuestión de paciencia.

Como aquel pajarillo, Rupert, que tenía la señora Birmer en su casa de comidas en Downham Market. Así se sentía.

Rupert vivía en la que, sin duda, debía ser una de las jaulas más espaciosas y ornamentadas que un pájaro hubiera tenido la dicha de conocer. La señora Birmer reponía cada semana una tira de hiedra que enroscaba con maestría en los bordes de la jaula construida en madera con varales muy finitos. De ese modo, Rupert tenía una amplia visión de los márgenes del río Gran Ouse y podía sentirse casi en libertad. Además, Ashley Birmer tenía tal devoción por el ave, que también decoraba su hogar con alguna que otra fruslería como cordones de perlas y cintas de encaje.

Por muy hermoso que fuera Nymhouse, y lo era, Hannah empezaba a compararlo con aquella jaula al tercer día de su autoimpuesto encierro. No se atrevía a bajar al comedor del servicio, dónde habitualmente pasaba muchas horas cosiendo o haciendo arreglos a los tocados de la señora, porque el conde de Redcliff había tenido el valor de acudir allí a

preguntar por ella, al menos en un par de ocasiones. Eran pocos los señores que se aventuraba más allá de la puerta del paño verde [2], donde comenzaban los dominios del mayordomo y el ama de llaves. Ver a un aristócrata en una cocina era tan descabellado como encontrar a un león nadando en un lago, pero era evidente que aquel conde descarado no conocía los límites del comportamiento inglés.

Tampoco podía pasear con libertad por los jardines o por cualquier otro lugar, pues en cualquier momento podría encontrarlo, y no quería dar más molestias de las necesarias al resto del servicio, del cual siempre tendría que decir que había actuado del modo más eficiente que ella pudiera haber esperado. Los lacayos habían formado un auténtico equipo de vigilancia y tenían al lord perfectamente localizado a cualquier hora del día, se encargaban de mandarle informes y decirle cuáles eran los lugares seguros donde no se lo iba a encontrar.

A pesar de esa ventaja, pasaba la mayor parte del día como una auténtica prisionera, alternando la sala de estar del ama de llaves, donde era muy bien recibida en los últimos días, y los aposentos de *milady*, lugar donde se encontraba en aquel momento sin nada bueno que hacer más que observar a través de la ventana.

Y más le valdría no estar haciendo tal cosa, pues lo único que veía a través del cristal era la figura de Shein Dereford, que recorría la ladera de un lado a otro montado sobre un hermoso castrado negro como la noche. A pesar de no conseguir distinguir su rostro ni el contorno exacto de su cuerpo, en el fondo de su vientre notó un fulgor de reconocimiento.

No podría haber pensado que se trataba de otra persona, pues, aun en la distancia, el porte y compostura de aquel hombre eran inconfundibles. A los treinta y un años, cuando lo conoció, ya era un espécimen soberbio de su propia especie; la joven que ella era entonces había quedado muy impresionada por su complexión robusta y bien proporcionada, tan diferente del aspecto aññado y magro de su difunto esposo.

Hannah había descubierto el poder y la gracia que posee un cuerpo masculino, la belleza y los misterios que se ocultan bajo las capas de ropa. El atractivo de Shein Dereford siempre había residido en esa dureza de rasgos que ella había adorado; desde los cortes angulosos de su rostro atezado, suavizados por la poca dulzura que pueden encerrar unos ojos negros como la noche, hasta el misterio de sus expresiones, siempre indescifrables. Era como un enigma emocional e intelectual que cualquier mujer se sentiría tentada de querer resolver. Ella lo había intentado y hasta había creído conseguirlo, para después fracasar de modo rotundo.

Había esperado fervientemente que ningún hombre pudiera llegar a afectarle como lo había hecho su antiguo amante, y durante ocho largos años no se había equivocado. Pero Shein Dereford, conde de Redcliff, le afectaba de un modo mucho más rotundo de lo que había conseguido hacerlo Jean Paul Levesque. La madurez le había conferido una estela magnética, que le provocaba terribles estremecimientos en la boca de su estómago.

¿Cómo debía interpretar aquellos sentimientos? La noche en que se topó con él en el baile se quedó paralizada por el temor a haber sido descubierta, a que ese hombre pudiera desenmascarar su pasado o, aun peor, que tuviera la intención de detenerla por un supuesto delito de espionaje que no había cometido.

Pero aquel momento de pánico había pasado, y en los días siguientes su reticencia a encontrárselo iba disminuyendo. No se iba a negar lo evidente pues no era amiga de rodeos ni subterfugios: quería verlo. Esa era la realidad. Era estúpido, irracional, irresponsable y veinte adjetivos más igual de vehementes, pero inservibles a la hora de disuadirla.

Muy a su pesar había empezado a demorarse más de lo debido en el trayecto de su recámara a la de *milady*, incluso empezaba a plantearse volver a comer en la cocina. Porque ya no temía encontrarlo, porque incluso había una parte de ella que le impelía a buscarlo.

Le avergonzaba comprobar que no era la mujer mundana y calculadora que se había empeñado en ser. Aunque no se negaba sus propias emociones, sentía una profunda desilusión por el hecho de tenerlas. ¿Tan fácil resultaba para aquel hombre borrar el rencor de su alma? Porque tenía sobrados motivos para odiarle. De todas las inclemencias que había atravesado a lo largo de su vida, la sensación de desamparo que le sobrevino al escuchar cómo la había utilizado fue la más devastadora que había vivido hasta la fecha. Y eso, en una chica abandonada por su familia y sometida a las más duras condiciones de subsistencia, era mucho decir.

Claro que Shein Dereford había sido la primera persona que la había tratado con verdadera dulzura, la primera con quien había sentido que no necesitaría a nadie más que a él sobre la tierra para ser feliz. Por su vida habían pasado buenas personas, no muchas en realidad, pero nadie le había afectado de tal modo.

Tanto era así que, incluso después de la traición, seguía reconociendo que los meses de su idilio fueron los más felices de su vida.

Y de eso no podía esconderse en ninguna habitación. Lo más vital para ella, su fortaleza de carácter, no estaba a salvo en ningún rincón de aquella casa. Su determinación se tambaleaba, y el único modo de reconstruirla era enfrentar el problema de una vez.

A fin de cuentas ¿cuánto tiempo podía prolongarse aquella situación? El asunto empezaba a rozar lo absurdo y tampoco es que estuviese siendo muy productivo su tiempo ni su trabajo, pues la mente andaba la mayor parte del día enfrascada en los recuerdos, en las dudas y en los deseos.

Las preguntas se le agolpaban en la mente y a ninguna de ellas conseguía dar respuesta. ¿No sería mejor arrancar la postilla de una vez? ¿Acaso no quería respuestas?

Mientras observaba el ágil galope del jinete en la distancia lo decidió. Se habían acabado las evasivas. Al día siguiente —necesitaba tiempo para construir unas buenas defensas contra ese molesto sentimiento de euforia mezclada con nostalgia— se enfrentaría de una vez por todas a Shein Dereford, y que fuera lo que Dios dispusiera.

Paciencia. Shein no estaba cualificado para cultivar una paciencia con la que no había nacido ni para resignarse a otro resultado que no fuera el completo éxito de su misión. Tres días eran más que suficientes para que Elisabeth asumiese su presencia en Nymhouse y aceptase el hecho de que tenían que hablar, aunque, desde luego, se había propuesto actuar con algo más de tacto y no imponerse de forma tan rotunda ni a Elisabeth ni al resto de criados.

Hannah. Tenía que hacerse a la idea de que ella era, y quería ser, Hannah.

Quizá fuera ese cambio en su concepción de las cosas, o quizá que no había tenido suerte con anterioridad a la hora de elegir sus aliados, pero toda la cuestión había experimentado un cambio drástico cuando había conseguido entablar conversación con el jardinero de Nymhouse.

Todo había ocurrido de un modo fortuito, aunque el resultado era tan óptimo que parecía orquestado. Shein había utilizado el invernadero a modo de escape aquella mañana tras su conversación con Collington. Este había intentado animarlo invitándolo a visitar la feria de una pequeña localidad cercana junto a toda la familia, pero Shein no se sentía con ganas de someterse a las constantes reuniones y eventos que le proponían. Habría sido distinto si a ellos hubiera asistido Elisabeth, pero ni las partidas de mus ni de criquet, ni tampoco las cenas, eran adecuadas para la doncella de la señora. Así que había inventado excusas para librarse de ellas y dedicar todos sus esfuerzos a colarse en la habitación de Elisabeth.

«Hannah, ¡Maldición! ¡Acabarás metiendo la pata de nuevo!», se reprendió.

Se le había pasado por la cabeza en varias ocasiones —y justo esa misma mañana— forzar la cerradura, pues la puerta siempre estaba cerrada a cal y canto, pero la constante presencia de criados a su alrededor le había impedido llevar más allá su idea. El vizconde de Collington debía tener toda una legión de criados en Nymhouse, porque siempre había un lacayo, una fregona o una camarera a su alrededor.

Así que la frustración le había llevado hasta los apacibles pasillos del invernadero, dónde había conocido a Sam Clunning. Era casi un anciano, con los hombros encorvados, los ojos marrones llenos de sabiduría y una paciencia infinita que se apreciaba en su forma de hablar y en los pausados movimientos de sus manos.

—Usted es el joven que persigue a nuestra Hannah. —Había declarado.

—No me considero tan joven en realidad, pero sí, supongo que se refiere a mí. Shein Dereford, conde de Redcliff. —No estaba fuera de lugar una presentación formal.

—Me llamo Sam Clunning y, como puede ver, soy el jardinero.

—Sí, eso es lo que había imaginado. Es un placer conocerlo —respondió Shein, consciente de que se había establecido una especie de simpatía automática entre ambos. La sonrisa del hombre era afable y, a diferencia del resto del servicio, no le miraba como si pudiera darle muerte con los ojos—. ¿Le importa si me siento un rato aquí con usted? Puede que...

Hannah se sienta perseguida por mí, pero yo me siento un tanto acosado por los lacayos de esta casa. No me quitan el ojo de encima.

El viejo Clunning rio en voz alta y se limpió una mancha de tierra de la cara con la manga de la chaqueta de paño color crema que llevaba a modo de abrigo.

—Bueno, nuestra chica sabe cómo evitar a sus enemigos —aclaró el hombre con esa suspicacia preñada de sabiduría que tienen las personas mayores.

—Yo no soy su enemigo.

Shein se esforzó por elegir las palabras exactas que pudieran poner de su lado a quien, claramente, sentía un aprecio paternal hacia la muchacha. Usar su nombre y mostrarse humilde eran dos actitudes recomendables en aquel momento.

—Cometí muchos errores con Hannah —continuó— y no tuve el tiempo suficiente para enmendarlos. A veces el destino nos juega malas pasadas y yo... no lo hice bien. Nadie más que yo tuvo la culpa de que ella se alejase, pero, al menos, me gustaría poder explicarle todo lo que ella no sabe. —Aquello podría ser lo más sincero que había dicho en su vida.

Sam Clunning no le preguntó nada más ni volvió a referirse al motivo de su presencia allí. Se dedicó a narrarle cómo había conocido a Hannah Lubrelle y la gran admiración que sentía por ella. Era briososa y estoica, le había dicho, y Shein no podía estar más de acuerdo con esa observación. Con la misma paciencia que mostraba su interlocutor, Shein había escuchado su relato y había ido captando detalles sobre esa nueva mujer, que se le antojaba muy diferente de la joven despreocupada e inocente que él había conocido años atrás. Aquella Hannah, que había dejado de ser su Elisabeth, era una mujer decidida, fuerte y muy mandona, según el viejo; tanto era así que sus patronos en lugar de darle órdenes le pedían las cosas, como si de una de sus iguales se tratase.

Mientras podaba los injertos de rosales, Clunning le había contado que Hannah solía pasear mucho por aquel mismo invernadero. Era su lugar favorito, decía, aunque en los últimos días solo acudía mientras el resto de la casa cenaba, antes de que sus servicios fueran requeridos por la señora para los «rituales nocturnos de una gran dama», término con el que el hombre mayor quiso referirse de modo respetuoso al hecho de que una doncella había de desvestir a su señora.

A Shein le pareció muy evidente que, a pesar de la clara devoción del jardinero por la doncella, le estaba dando una pista de en qué momento podía encontrar a la muchacha y dónde localizarla, con la seguridad, además, de que ningún otro criado los estaría vigilando. La cena era un momento muy ajetreado en las cocinas y entre el servicio, lo que mantenía a la mayor parte de la casa entretenida, excepto a la doncella. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Capítulo 8

Aquella misma noche puso en práctica su teoría y, alegando un ligero malestar de estómago, aprovechó el momento en que los criados estaban retirando los platos del primer cambio para escabullirse. Fingió subir los peldaños de la escalera que conducían a sus aposentos, pero, en cuanto vio el recibidor despejado, salió disparado por la puerta principal y, bordeando la casa, llegó hasta la puerta exterior del invernadero. Entró con mucha cautela y comprobó que Clunning había dejado unas cuantas parejas de lámparas de aceite en lugares estratégicos en los que no molestaban al paso ni podían prender ninguna de las cuidadas plantaciones. El ambiente creado por la luz amarilla y el olor dulzón de la vegetación le sorprendió. Era un lugar encantador y no le sorprendía que aquel rincón de Nymphouse pudiera ser el favorito de Elisabeth, pues estaba seguro de que cualquiera podría olvidar las desgracias de su vida paseando por aquellos pasillos.

«Hannah. No lo olvides. Hannah», se recordó.

Se adentró con cautela por la pasarela central y llegó hasta una glorieta que daba acceso a un pequeño anexo en la pared lateral del cual no se había percatado esa misma mañana. Sus pasos le llevaron hasta una portezuela que daba a esa otra pequeña estancia donde pudo comprobar que se cultivaban los brotes nuevos.

Inclinada sobre uno de esos pequeños tiestos se encontraba el objeto de sus cavilaciones. Shein sintió como si un mazo le golpeará la boca del estómago al encontrarla, algo por completo absurdo, pues no suponía ninguna sorpresa que ella estuviese allí. Inspiró hondo para tranquilizar aquel estúpido acceso de pánico e hizo el suficiente ruido para que ella descubriese su presencia y se incorporase de golpe para mirarlo.

Los ojos azules de ella y los negros de él se quedaron anclados durante segundos que parecieron infinitos. Shein se dijo que era normal el agitado ritmo de su pulso y la euforia que le invadía el pecho, pues después de muchos años de extrañarla, por fin la tenía delante de nuevo. No parecía enfadada ni dispuesta a huir, solo resignada. Eso fue lo que concluyó por el parpadeo largo que ella no pudo evitar. Acto seguido, le regaló la mirada más altiva y arrogante que nunca le hubiera visto.

—Parece que no ha perdido usted facultades —soltó con un tono despectivo.

—En realidad, me ha costado tres días con sus largas noches conseguir encontrarla. Esa es toda una tacha en mi historial, señorita Lubrelle. —Shein se reafirmó en su intención inicial

de usar el nombre falso que ella había inventado. Tenía que conseguir su cooperación con cualquier arma a su alcance—. Le ruego que se apiade de mí y me permita dirigirle unas palabras antes de marcharse o de cerrarme alguna otra puerta en las narices o, peor aún, de que llegue una caterva de criados y la saque en volandas de este invernadero.

—He tomado las medidas que me han parecido oportunas. —Se defendió ella—. Aunque sería absurdo negar que no tenía mucha fe en conseguir esquivarlo eternamente. Así pues, diga lo que tenga que decir y márchese.

Parecía impasible, inalterable, cosa que le resultaba molesta en extremo. Prefería con mucho su temor o su encono que aquel frío desdén que parecía irradiar. Echando la vista atrás, Shein pudo suponer que era parte de su fachada; las pocas veces que discutieron en el pasado, se había topado con una adversaria formidable, que dejaba muy poco margen a la debilidad.

—Lo primero que ha de saber es que no tengo intención de marcharme de esta hospitalaria casa hasta que la familia viaje a Londres, de modo que sus prisas por perderme de vista van a tener que esperar. —El anuncio no pareció sentar muy bien a Hannah, pero solo lo demostró con una ligera inspiración indignada—. Y lo segundo, y principal, es que no he venido a detenerla ni a causarle ningún daño. Creo primordial dejar muy clara esta cuestión.

—Le agradezco mucho que no pretenda detenerme —escupió ella con soberbia— por unos delitos que no son más que una invención de su mente enfermiza.

—No son invenciones, querida. Puede que crea que no tiene ninguna responsabilidad por cumplir las órdenes del barón, pero, aunque se viese obligada a participar en sus planes, los delitos siguen siendo tales.

—¿Qué planes? —farfulló ella con furia contenida—. Nunca he sabido nada de ningún plan.

—Puede que no estuviera al tanto de la importancia que tenían sus pequeñas misiones —añadió en un intento conciliador—, pero no puede negarme que participaba en ellas, señorita Lubrelle.

—Le estoy diciendo que no sé de qué demonios está hablando. ¡Yo no colaboraba con el barón en nada!

Shein sintió que le hervía la sangre. Se había prometido perdonar los pecados de esa mujer, intentar evitar el asunto de la culpabilidad y centrarse en la reconciliación, pero aquella terquedad en negarlo todo empezaba a ser tan irritante como un sarpullido. Ella escribía las malditas notas cifradas y las llevaba al mercado. ¿Cómo podía seguir negando que fuera conocedora de la traición de Stonelake?

—¡Hablo de los soldados que perdieron la vida en los campos de batalla! —explotó sin poder remediarlo—. ¡Le hablo de eso! De la guerra. De los hombres que perecieron porque

esa rata para la que usted trabajaba delataba la posición de nuestro ejército, señorita Lubrelle. Todos ustedes mandaron a esos hombres a su muerte.

Elisabeth abrió los ojos como platos y dio un paso atrás como si hubiera recibido el impacto de algo. Se puso repentinamente pálida y comenzó a negar con un movimiento lento de su cabeza.

En aquel preciso momento, Shein supo que ella realmente no era consciente del papel fundamental que aquellas notas cifradas tenían dentro del entramado de la guerra. Podía ser consciente de que eran indicaciones para poder acceder al correo de Stonelake, pero no el contenido del mismo.

El barón enviaba cartas con instrucciones precisas sobre las estrategias de los ejércitos aliados y sobre las órdenes concretas dictadas por los altos mandos en batallas clave como la de Wagram. Stonelake las mandaba, a través de un testaferro, al mismísimo Napoleón, que tenía informantes debajo de cada maldita piedra, pero no podía hacerlo de forma directa, de modo que un intermediario del mercado de Les Halles recibía los mensajes cifrados de Elisabeth con las instrucciones sobre dónde encontrar las cartas.

De todas aquellas misivas, había borradores que obraban en poder del propio Stonelake. Shein había conseguido acceder a uno de ellos la noche en que consiguió arrastrar a Elisabeth para un encuentro clandestino en la biblioteca del barón.

Había intentado convencerse de que ella no era consciente del contenido de aquellas cartas, y que su papel se limitaba a cifrar los mensajes con las instrucciones sobre los puntos de recogida y entrega del correo que mantenía Stonelake con la inteligencia francesa. Eso, y llevarlos al mercado de Les Halles.

—Escúcheme, Elisabeth. —En aquel momento se sentía tan conmovido por el terror en los ojos de ella que olvidó su promesa de no volver a usar su verdadero nombre—. Eso era lo que trataba de decirle a mi jefe aquella noche. Que usted quizá no estuviese al tanto de lo que estaba haciendo, que quizá alguien la estaba obligando.

—Yo jamás hubiera... No hice nada. ¡Yo no participé en algo así!

—Teníamos pruebas, querida. Había documentos que la implicaban.

—¿Pruebas? —preguntó en un hilo de voz, como si de repente comprendiese que no se trataba de acusaciones infundadas.

Por un momento, pareció tan vulnerable que Shein sintió el impulso de avanzar y encerrarla entre sus brazos, pero afortunadamente aquel instante de debilidad duró solo un suspiro para ambos. Ella se recompuso de inmediato y reconstruyó sus defensas con una rapidez pasmosa.

—Ignoro cuáles podían ser esas pruebas —agregó con voz más calmada— ni quien las puso contra mí, pero no es más que una farsa. Todo es una farsa. Se lo hubiera dicho hace ocho años si me hubiera prevenido de lo que estaba ocurriendo. Por el amor de Dios, ¡le habría ayudado! —Un fugaz destello de tristeza cruzó aquellos hermosos ojos azules que

ardían, prendidos por la furia—. Pero claro, era más fácil pensar que la pobre pordiosera que venía de las calles no era más que una rata traidora.

—No diga eso. —Shein notó una punzada de culpabilidad en el pecho.

—Pero es la verdad. No me dio la oportunidad de demostrar mi inocencia. Me usó y después me desahució. Me hubiera eliminado de ser preciso.

—Jamás la hubiera puesto en peligro —juró—. Jamás le hubiera hecho daño. Por Dios, Elisabeth, creí que al menos eso lo entendería.

—Yo solo entendí que acataría las órdenes —Tanto el semblante de la joven como su tono volvían a ser indescifrables. Estoica, había dicho Clunning de ella; sin duda, Shein no podía más que darle la razón al jardinero—. Eso fue lo que oí, que necesitaba más tiempo y que después haría lo que tuviera que hacer.

—¿Pero no pensaba hacerlo! Solo quería que ese maldito imbécil saliera de allí para que... —Se detuvo antes de reconocer que se había sentido acorralado aquella noche.

—Para que yo no descubriese que me estaba traicionando —añadió ella con absoluta calma—. Fue para nada, Jean Paul. Yo no tenía esos documentos, fueran cuales fueran.

—Está bien, la creo. De verdad. —Lo cierto es que nunca había pensado que la joven tuviera acceso a las cartas y así se lo había intentado comunicar a su superior en muchas ocasiones. Pero aquel hombre obcecado nunca le quiso escuchar—. Y, por favor, deje de llamarme Jean Paul. Sabe que me llamo Shein.

—Usted no deja de llamarme Elisabeth, y yo ya no soy esa persona.

—Sí, lo siento. —Porque para ser sincero, se le había vuelto a escapar un par de veces—. Tiene razón. La llamaré Hannah y usted me llamará Shein, ¿de acuerdo?

El gesto de indiferencia que le dedicó mientras giraba hacia su izquierda para salir de la pequeña sala acristalada causó en él la desagradable sensación de que se le agotaba el tiempo.

—No veo el motivo para que tengamos que seguir llamándonos de algún modo —aclaró mientras echaba a andar—. Me gustaría que se fuese... milord.

—No. —Shein le impidió que diera un segundo paso al agarrarla del brazo y sujetarla contra él—. No hemos terminado de hablar. Por favor, Hannah, necesito que comprenda.

Con ojos gélidos, Hannah miró primero la mano que le sostenía y después a su rostro.

—Lo comprendo. Usted tenía todos los motivos para dudar de mí e hizo lo que tenía que hacer en nombre de Inglaterra. No le culpo, milord. Es un peso del que puede sentirse exonerado. Actuó con honor —agregó con una mirada cargada de intención—, y ahora le ruego que vuelva a hacerlo y se olvide de todo esto. Márchese. Si es verdad que cree en mi inocencia, déjeme tranquila y no vuelva.

—No. No puedo hacer eso. No voy a hacerlo.

—¿Piensa arruinarme la vida otra vez? —Con un tirón, Hannah se desprendió del asimiento de su mano.

—No quiero arruinarle nada. Solo estoy aquí para aclarar las cosas y, puede que, si me da la oportunidad, para enmendar los errores que cometí con usted.

Hannah bufó ante aquellas palabras que para él estaban suponiendo un auténtico esfuerzo. Desnudar su alma y suplicar no era algo a lo que estuviese acostumbrado, pero estaba poniendo todas sus cartas sobre la mesa y pidiendo una jugada de gracia.

—Por favor, no me haga reír. ¿Pretende hacerme creer que le importa un comino lo que yo piense de usted? —Aquel desdén otra vez. Shein estaba a punto de cogerla por los hombros y zarandearla—. Si de verdad quiere enmendar sus errores, hágame el favor de irse de esta casa y dejarnos a todos en paz.

Con toda su fuerza de voluntad, hizo un último esfuerzo por apelar a la ternura que sabía que existía dentro de aquella mujer titánica que le enfrentaba con tanto rencor.

—No podría alejarme de usted más de lo que he podido dejar de buscarla en todos estos años. —Se acercó con mucha cautela y levantó una mano. Rozó con el pulgar su perfectamente esculpida mandíbula y tuvo la inmensa dicha de comprobar que ella aceptaba la caricia. Sus ojos se quedaron suspendidos, los unos en los otros por un ínfimo instante de entendimiento—. No quiero volver a perderla.

La magia se rompió como una lámpara de fino cristal tallado al caer desde el techo. Hannah se apartó con la incredulidad dibujada en la cara.

—¿Acaso pretende retomar nuestro acuerdo? ¿Se ha vuelto loco? Puede que su ego haya crecido en la misma proporción que su estatus social, pero le aseguro que, en lo referente a mí, no tiene ningún motivo para alimentarlo.

—No le creo.

Hannah lo fulminó con la mirada, se apartó unos pasos y se apoyó contra la puerta abierta que daba paso al invernadero principal. Cruzó los brazos, se le quedó mirando por un segundo y después sonrió con altanería.

—Claro. No soy más que una burda traidora... ¿cierto? Sin embargo, milord, créame en este punto: usted no es más que un mal recuerdo del pasado y un bache incómodo en mi presente. No tiene nada que enmendar. No me interesa.

Shein hervía a fuego lento, pero no se había pasado años sirviendo como diplomático y espía para Inglaterra sin aprender un par de trucos, y, desde luego, no iba a caer en el error de dejarse llevar por las técnicas evasivas y provocadoras de ella. Era buena en los enfrentamientos verbales. Siempre lo había sido. Aunque tenía que reconocer que se había convertido en una mujer más dura, más fortalecida. No podía esperar obtener una victoria si se enfrentaba a ella por las bravas, pero tampoco iba a consentir que negase el único punto de encuentro que existía entre ellos: la mutua atracción. Shein sabía que continuaba allí, en algún rincón de aquellos ojos azules e insondables, enterrada entre brumas de ira y orgullo.

Se acercó con semblante adusto, intentando mantener una mirada fría sobre ella, haciéndole creer que no había emociones bullendo por debajo de la piel. Cuando solo un paso los separaba, ella dudó por un segundo, pero de inmediato le encaró, elevó la barbilla con obstinación y le ofreció su mirada más rebelde.

—Y tú créeme cuando te digo que no voy a parar hasta recuperarte. Hasta hacerte entender que nada podrá volver a separarme de ti —susurró con una voz ronca que ni siquiera reconoció como propia.

Al menos, consiguió dejarla conmocionada por un precioso segundo. No necesitaba más. Hannah le miró con esos ojos hermosos llenos de sorpresa y solo una exhalación de aire tuvo tiempo de abandonar los labios entreabiertos antes de que Shein la tomara por la nuca y la acercara hasta unir sus bocas, al tiempo que ella colocaba las manos en su pecho con la vana intención de impedírselo.

El beso fue como una marea intoxicante que en seguida le sumergió en el recuerdo de otros tantos besos que habían compartido. El sabor de ella no había cambiado, esa composición única de aromas y texturas seguía siendo más genuina que el mejor de los licores fuertes, como volver a casa después de un interminable viaje por el desierto. Aquellos labios húmedos y carnosos se entreabrieron más para recibir el envite de la boca masculina y Shein los rozó con la lengua, primero en el centro, después en una de sus comisuras; un encantador gemido femenino fue su recompensa.

«Oh, señor».

Era como una droga. Tan deliciosa, tan suya. Jamás nada le hacía sentir tan bien como aquel momento de absoluta perfección que eran sus besos. Con el brazo libre, Shein le sostuvo la cintura. El toque fue ligero, prudente, pensado solo para afianzar la cercanía de sus cuerpos, pero sin llegar a imponerse. Hannah no estaba del todo entregada, no podía arriesgarse a asustarla.

Se obligó a mantener la mente fría, a pesar de que todo su cuerpo clamaba por el delirio del olvido, y la presionó lo justo para que se dejara llevar por el beso. Saboreó sus labios con ternura pero con insistencia hasta que ella le permitió atravesar con la lengua la barrera de los dientes. Solo fueron un par de incursiones, solo lo suficiente para rozar la lengua de ella con la suya y probar ese sabor más intenso que era tan parte ella.

Supo el instante exacto en que el beso iba a concluir. Hannah se apartó bruscamente y le miró con una expresión que cabalgaba entre la lujuria más desnuda y el enfado más enconado. Se quedaron así por un breve instante. Ella, fulminándolo con la mirada. Él, jadeando con un hambre tan profunda que le dolían hasta los huesos.

—Maldito seas —farfulló Hannah un segundo antes de alzar las dos manos hasta apresarle los mechones de la nuca y atraerlo hacia ella con un desenfreno que dejó a Shein perplejo y entusiasmado.

Le tocó a él sentir la invasión de la lengua femenina, fue su cuerpo el que estalló de deseo cuando aquella mujer arrebatadora se pegó contra su pecho con una exigencia sexual innegable. Hannah era fogosa; habían compartido devaneos que harían desmayar a alguna que otra cortesana. Casi había olvidado que a ella le gustaba tomar las riendas, que podía ser tan pecaminosamente dominante como irredentoramente sumisa.

Shein la agarró por las nalgas y la apretó con fuerza a su cuerpo, maldijo las capas de ropa que le impedían sentir el calor de su centro, que imposibilitaban tomarla con una sencilla y directa embestida. Porque solo con aquel beso sus cuerpos estaban preparados para aquello. No le cabía duda de que ella podría recibirlo en aquel mismo instante con absoluta comodidad.

Podía hacerlo. Podía levantarle las faldas, rasgar su ropa interior y tomarla contra la pared, no sería la primera vez que la urgencia les obligase a ello, pero sería el más estúpido de los hombres si permitiese que aquella lujuria explosiva echase por tierra sus más nobles intenciones.

Dando un puño contra el marco de la puerta por la insatisfacción a la que se sometía de forma voluntaria, separó su boca de la de Hannah, aunque lo acompañó de un empujón de sus caderas contra ella.

—No me creo que solo quieras perderme de vista —masculló con rabia contenida.

—Esto no significa nada —escupió ella con la respiración atascada y los labios insoportablemente seductores debido a la fricción de los besos.

Shein terminó de apartarse y la miró con infinita satisfacción.

—Para mí lo significa todo.

Sin darle tiempo a soltar alguna réplica mordaz, Shein Dereford, conde de Redcliff, emprendió la retirada con toda la elegancia que le permitía la euforia que lo embargaba en aquel momento. No podía calificarse más que de absoluto triunfo lo que acababa de ocurrir. Ella no solo no había sido capaz de evitar su beso, sino que había roto la barrera de la contención y le había pedido más. Señor, no podía sentirse más exultante ni más aliviado. Aún le quedaba una oportunidad para conquistar de nuevo a esta nueva Hannah Lubrelle, y por todos los cielos que le parecía la misión más atractiva y alentadora de toda su vida.

Capítulo 9

«¡Demonio de hombre!».

No podía creer la facilidad con que había sucumbido a los avances seductores de ese engreído de Redcliff. ¿En qué momento había perdido el norte? Oh, bien, sí que lo sabía. Había conseguido mantener el tipo hasta que él le había hablado de las pruebas que tenía contra ella. Aquel instante de confusión había conseguido hacerle bajar la guardia, y, aunque había intentado mostrarse igual de fría después, no le había sido posible.

Se le ablandó el corazón cuando él le dijo que había querido protegerla y se le fundió como lava cuando le advirtió que había venido a recuperarla. Por el amor de Dios, ¿quién podía mantenerse incólume ante aquella declaración?

A lo largo de los años, creía haber adquirido la capacidad de controlar plenamente sus emociones. Hannah no lloraba con facilidad, no se conmovía con naderías, no se lamentaba por lo inevitable y no se rendía a los encantos de ningún hombre por muy apuesto que fuese. Podía decirse que había erigido toda una fortaleza en torno a sus debilidades femeninas. ¡Menudo fracaso! Lo ocurrido la noche anterior le demostraba que podía resistir con entereza la seducción de cualquier lacayo, mozo de cuadra o señorito de alto copete que pretendiera llevársela a la cama, mas nada tenía que hacer frente a quien le había enseñado todo cuanto sabía del placer y el pecado.

Por más que le pesase reconocerlo, no había el más leve rastro de indiferencia en ella cuando se trataba de Shein Dereford. Podía sentir muchas cosas en cuanto a la presencia del conde en su vida, pero, desde luego, nada se acercaba a la apatía.

Shein Dereford. Si incluso el nombre sonaba distinguido, atractivo, con presencia.

No lo amaba. Bajo ningún concepto podía seguir amándole, pero era evidente que la atracción y el deseo por él seguían tan vivos como la última noche que compartieron.

Era esta una debilidad que no debería sorprenderle. ¿Acaso no había añorado el contacto de su piel por las noches, el calor de sus besos, el peso de aquel cuerpo masculino sobre el suyo? Ni siquiera la traición, ni tampoco el dolor, habían permitido que olvidara el placer y la seguridad que le ofrecían los brazos de Shein Dereford.

Tal vez si nunca lo hubiese conocido, ella seguiría siendo la viuda inocente e ignorante que Michel Poirier había hecho de ella. Los pocos amantes que había tenido después tampoco habían sido brillantes en las lides amorosas. Sin embargo, Redcliff se había cruzado en su

camino y había despertado en ella a una criatura sensual y decidida que nunca había vuelto a ser la misma.

Si se paraba a pensarlo, ese hombre la había transformado en todos los sentidos posibles. Ya no era la joven viuda de Michel Poirier, pero tampoco había quedado nada de la muchachita descarada y ansiosa de vida que había compartido la cama con Shein Dereford ocho años atrás.

Maldición, si tenía que ser justa, debía reconocer que el conde no era el culpable de aquel último revés. No del todo. Él la creía culpable de todas aquellas cosas horribles.

«Oh, Dios mío. Esos hombres», se lamentó.

Hannah dejó a un lado el bastidor de bordado y se tapó la cara con las manos. Desde que se ocultaba del conde, no hacía otra cosa que bordar y coser. Había realizado más arreglos y reestructuraciones en el vestuario de *milady* en esos cuatro días que en el resto del invierno. Se suponía que aquello le ayudaba a calmarse, a mantener la mente distraída, pero ¿cómo podía dejar de pensar en él y en las cosas que había descubierto la noche anterior?

Pruebas. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no llegaron a rebasar las pestañas. Redcliff había dicho que tenían pruebas contra ella y a Hannah no le cabía la menor duda de que era cierto. No le costaba imaginar que el barón hubiese ideado la manera de perjudicarla con sus maquiavélicos planes o que hubiera falsificado cualquier documento con tal de inculparla y tener un arma contra ella.

Ojalá hubiera estado más atenta. Ojalá no hubiera tardado tanto en darse cuenta de la maldad que encerraba ese hombre. Si la complacencia por su idilio con Redcliff no le hubiera nublado la vista, tal vez habría sido capaz de prever la codicia y perversión de Stonelake.

El día en que todo fue descubierto, Hannah conoció de primera mano aquella iniquidad que lo convertía en un ser despiadado y demente. Ya nunca volvería a ser incauta ni descuidada. Había aprendido la lección del peor modo posible.

Había culpado a su amante, porque la había expuesto.

Al fin y al cabo, Stonelake se había puesto fuera de sí cuando había descubierto el idilio que ella mantenía con el diplomático francés llamado Jean Paul Levesque, y si había logrado enterarse de aquel idilio fue porque había tenido que huir de su nidito de amor con menos ropa de la que le hubiera gustado. Sí, había sido fácil culpar a Shein Dereford.

Y aún lo hacía. Pero el rencor había cambiado, se había retorcido.

¿Justificaban aquellas pruebas que la hubiera usado? ¿Acaso ella no hubiera hecho todo lo que estuviera en su mano para detener aquella guerra? ¿Habría odiado a un hombre que traicionaba a su país? ¿La había odiado él?

Sus pensamientos quedaron en suspenso cuando la puerta de la recámara se abrió y *lady* Lauren entró en la estancia sujetándose una charretera del vestido de paseo con aire concentrado.

—Hannah, podrías... —*Lady* Collington se detuvo cuando miró hacia ella y vio a Hannah rodeada de bastidores de bordado, vestidos a medio coser y enaguas zurcidas.

—Dígame, *milady*, ¿qué desea? —preguntó solícita.

—Por Dios, Hannah, ¿pretendes completar todos los pedidos que te hice en esta semana?

—Y algunas cosas más, si me lo permite *milady*. Recuerdo que antes de Navidad me dijo que pretendía regalar algunas de sus enaguas más viejas a la señora McPeere y a Judith. He pensado que podía adaptarlas para su tallaje y ya les he tomado medidas. Pero todo esto no reviste ninguna prisa. ¿Qué le ha ocurrido a su vestido?

Lady Lauren se acercó hasta la silla y le mostró el desgarró en su vestido.

—Judith tenía que llevarse a Eric al jardín, pero el niño se ha agarrado tan fuerte a mí que me ha desprendido una de las charreteras en su intento de esquivar su suerte —explicó con resignación y un cierto matiz divertido.

—Ese niño tiene una fuerza impropia de su edad —musitó Hannah, no sin cierto orgullo—. Está bien, *milady*. Creo que deberíamos cambiarle de vestido y pondré este en el primer puesto de mis tareas.

Se levantó y fue hasta el armario de dónde sacó dos modelos distintos para que la señora eligiese. Ella señaló un vestido de mañana sencillo, de muselina color añil y corte imperio. Siguiendo el proceso por tantos años aprendido, desvistió con cuidado a su señora, apreciando el tacto del terciopelo burdeos del vestido de paseo con charreteras. Si no hubiese sido doncella, a Hannah le hubiera gustado ser costurera. Hubiera sido un sueño poder regentar un pequeño negocio que le permitiese comerciar con las más finas sedas y lanas; esculpir con metros y metros de muselinas y encajes los cuerpos más esbeltos y distinguidos de la alta sociedad londinense; elaborar complejos y refinados tocados para adornar los hermosos cabellos de las jóvenes debutantes... Adoraba aquel oficio tan noble y creativo, y le congratulaba que su señora le dejase elaborar algunos sencillos complementos para su vestuario. Sí, si Hannah no hubiera sentido verdadera adoración por su familia de adopción, hubiera hecho todo lo posible por dedicarse a la moda.

—Hannah, no hace falta que te mates a coser —le aconsejó—. Sé que intentas mantenerte distraída y pasar el máximo tiempo posible encerrada en esta sala, pero... bueno... no parece que lord Redcliff tenga intención de rendirse, querida. Por mucho que cosas, el hombre no se va a evaporar.

—Estoy convencida de que rendirse es lo último que tiene en su mente —corroboró.

—¿No piensas que quizá sería mejor... que cruzaras ese puente de una vez? —insinuó *lady* Collington sin la menor intención de presionarla.

Hannah suspiró con resignación. Ya había decidido no mentir nunca más a su señora, y, a fin de cuentas, *lady* Lauren era la única persona a la que podía confiarse.

—Anoche estuve paseando por el puente —explicó siguiendo la analogía de ella.

—¿Perdón? —Hannah terminó de bajar hasta los pies el vestido burdeos y *lady* Lauren levantó primero una pierna y luego la otra para salir del ruedo de la falda. Hannah lo elevó por las hombreras y lo llevó hasta la cama para depositarlo sin que se arrugase demasiado.

—Que anoche me encontré con lord Redcliff en el invernadero.

Su señora se giró y la miró con mucha intensidad. El brillo de expectación y regocijo que encontró en sus ojos le sacó una involuntaria sonrisa. Por algún motivo, los lores de aquella mansión estaban viviendo el reencuentro con su antiguo amante como una tragicomedia de Drury Lane, aunque supuso que no podía culparlos. Ella hubiera disfrutado mucho del espectáculo si fueran otros los protagonistas.

—Y... todo fue... ¿bien?

El corazón de Hannah comenzó a latir con más brío al recordar el encuentro en el invernadero. Había sido incapaz de demostrar la indiferencia que le hubiera gustado que él creyese que sentía y, para colmo, había descubierto que lord Redcliff había actuado con honor al intentar demostrar la culpabilidad de una mujer a la que consideraba una traidora a la corona de Inglaterra, con pruebas fehaciente en su mano... La noche no podía haber sido más desastrosa, concluyó.

—Me trató bien —dijo, sin embargo—. Ahora estoy casi convencida de que no ha venido aquí para ocasionarme problemas.

—No, no creo que ese sea su propósito... —musitó ella sin dejar de mirarla. Le pareció que había algo más detrás de esas palabras, pero no tenía intención de preguntar a su patrona por cada una de las conversaciones que había mantenido ella con Redcliff. Eso solo conseguiría enredar más su cabeza. A saber lo que iba contando el conde a sus anfitriones.

—Es... complicado, *milady* —explicó mientras volvía junto al espejo. Se situó detrás de ella y levantó el vestido por encima de la cabeza de la dama para ponérselo—. Parece que lo que hubo entre nosotros sigue... vivo de algún modo. Y creo que él pretende recuperar eso.

—¿Y tú? —preguntó *lady* Lauren muy bajito cuando el vestido hubo caído sobre su cuerpo. Hannah tomó las mangas y las colocó para que ella pudiera introducir primero un brazo y luego el otro.

—Da igual lo que yo quiera.

—Eso no es cierto —protestó su interlocutora.

—Sí, en este caso sí que lo es. Cree que traicioné a mi país, *milady*. Me culpa de cosas horribles —explicó Hannah mientras abrochaba los botones de perlas en la espalda del vestido. Sintió un leve escozor en la nariz al recordar los crímenes de aquella guerra, en la que aquel desalmado de Stonelake había vendido secretos para obtener beneficio y venganza.

—¡Pero está equivocado! Tienes que hacerle entender que eres inocente.

—Él no confía en mi inocencia. ¿Cómo podría cuando al parecer tiene pruebas que me incriminan directamente?

La vizcondesa se tensó y se giró hacia ella justo cuando Hannah acababa de abrochar el último botón de la hilera.

—¿Qué pruebas podría tener contra ti? Tú no hiciste nada.

La fe ciega que procesaba su patrona por ella fue como un bálsamo cálido para su corazón. Aquella mujer no se plantearía ni en mil vidas que Hannah pudiera haber cometido algún acto ruin en toda su existencia.

—El barón para el que yo trabajaba entonces poseía ciertos documentos que me involucraban. No sé de qué manera, pero lord Redcliff está completamente convencido de que yo era una espía francesa.

—Debe haber un error. Tienes que decírselo. Puede que lo haya interpretado mal.

Hannah dejó escapar una risa que era mitad desánimo mitad cinismo. Había reflexionado durante toda la noche respecto a cualquier documento que hubiera pasado por sus manos durante los meses que trabajó en la casa del barón y estaba convencida de que ninguna cuestión de importancia había estado a su alcance. Y tampoco podría haber sido consciente de ello pues Hannah, en aquel entonces, ni siquiera sabía leer o escribir. Podría haber tenido delante de sus narices una carta de la Reina que no se habría dado cuenta.

—Si en algo conozco a lord Redcliff, le aseguro que ha llegado hasta el fondo de la cuestión. Si el barón quiso incriminarme, es probable que las pruebas que pesan contra mí puedan llevarme incluso a prisión.

—Pero, no lo entiendo. —Su señora le tomó una de las manos con absoluto terror—. ¿Por qué iba a querer incriminar a una criada ese hombre? ¿Qué tenía que ver el barón con todo lo demás?

Hannah hizo un gesto hacía el pequeño sofá junto a la ventana y *lady* Lauren accedió. Ambas se acercaron hasta él y se sentaron.

—Por lo que me contó ayer lord Redcliff, ese hombre, que era un lord inglés, trabajaba para el bando francés y por su culpa murieron muchos soldados. Ahora recuerdo parte de la conversación que escuché la noche que hui de él y empiezo a entender algunas cosas. El hombre que ordenó matarme le decía que necesitaban aquellos documentos, que no podían seguir permitiendo que el barón desvelara las estrategias de los aliados. Necesitaban las pruebas para encarcelarlo y creían que yo podría obtenerlas.

—¿Pero cómo entras tú a formar parte de eso? ¡Por Dios bendito! —Lauren parecía cada vez más confusa, algo que también sentía la propia Hannah.

—Le hablaré de mi antiguo jefe. Era un hombre muy ambicioso, pagado de sí mismo. Aunque no lo decía, odiaba a un país que le había repudiado. En la mansión todo el mundo sabía que el propio rey Jorge lo había desterrado. Quizá eso lo había llevado a desconfiar de

todo el mundo. Nos miraba con recelo todo el tiempo, incluso a su propia esposa; a veces le gritaba cosas horribles. Era muy excéntrico y no le gustaba que le tocasen, llevaba guantes incluso para comer y hasta había prescindido de su ayuda de cámara. Miraba a todo el mundo con desprecio, pero a mí... a mí me miraba de otra manera.

—Hannah —musitó *lady* Lauren con horror.

—¡No! Nunca llegó a... no me tocó de esa manera, pero... no dejaba de vigilarme un momento. Se ponía hecho una furia si algún lacayo me sonreía o me hablaba al oído. Podía mirarme durante minutos enteros, pero jamás me tocaba.

—Dios mío. —Los ojos de *lady* Lauren se llenaron de lágrimas.

—Era... un demente, *milady*. Fue mucho después que lo entendí. Si lord Redcliff dice que hay pruebas de mi implicación, debe ser que él las puso ahí para tenerme a su merced. No me sorprendería en absoluto.

—Oh, Hannah. —La vizcondesa la rodeó con sus brazos en un intento por darle ánimos, supuso. Era difícil explicar a una jovencita tan protegida como Lauren Collington que para Hannah todo aquello ya estaba más que enterrado en el olvido.

—Tenemos que contárselo a lord Redcliff —sugirió *lady* Lauren—. Él nos creerá. Sé que siente un gran aprecio por ti y...

—¿Y después qué? —interrumpió—. Yo no quiero marcharme de Nymhouse, *milady*. No voy a ser la querida de ningún lord. Si me permite decirlo, esta es mi familia, y a no ser que tenga una orden de arresto, me importa muy poco lo que piense de mí ese hombre.

—Oh, Hannah, no creo que eso sea del todo cierto.

Le dieron ganas de lanzar una patada indignada contra el suelo, pero no era más que la verdad. Le importaba, claro que le importaba. Pero no volvería a mostrarse vulnerable ante él, no volvería a exponerse al dolor de que le volviese a fallar. Hannah se había reconstruido una vez. Puede que Dios no le diera una segunda oportunidad.

—En la vida hay que elegir, supongo —sentenció—. No voy a cambiar todo cuanto tengo aquí por satisfacer el capricho de un conde que mañana bien podría aburrirse de mi compañía. —De repente, un temor tomó forma en su cabeza—. Aunque tal vez ya no tenga un lugar en sus vidas. No sé si después de todo lo que le he contado sigo teniendo un hogar aquí.

Lady Lauren la miró de hito en hito.

—Oh, vaya, ¿tú que dirías respecto a eso? —preguntó enfurruñada.

—*Milady*, ya ha visto la vida que he llevado y, además, —Se llevó las manos a las sienes y las masajó. Levantó la vista y se encontró con aquellos ojos verdes de su amiga que le miraban con desaprobación— aún hay cosas que no sabe de mí.

—Sé que no eres una traidora y sé que tienes un corazón de oro. Sé que has cuidado de mí en los peores momentos de mi vida y que me has sido leal incluso cuando no tenía dinero para pagarte tu salario. Sé que nada de lo que hicieras en el pasado puede cambiar eso.

Si hubiera sido una mujer más susceptible a las emociones, se habría echado a llorar ante aquel honesto parlamento; a pesar de no serlo, se sintió profundamente conmovida por el cariño de su señora.

—Gracias, pero ciertamente no estoy a la altura de la distinción que precisa la doncella personal de una aristócrata como usted. Si alguien descubriese mi pasado, es obvio que pondría en evidencia el buen nombre de su familia.

—Pero todas esas cosas de las que te acusa lord Redcliff son inciertas —insistió *lady* Lauren.

—Pero hay otras tantas que no lo son. —Hannah suspiró. Si aspiraba a que le permitiesen seguir en su puesto, debía poner todas las cartas sobre la mesa. Era el momento de contar toda la historia—. Cuando la madre y la hermana de mi esposo me negaron el sustento, me vi abocada a vivir en refugios y edificios abandonados. Viví en la calle, *milady*. —Ante la mirada alarmada de su ama, tuvo que aclarar—: No me prostituí, pero sí que fui una mendiga y... una ladrona. No tenía más que la ropa que pude conservar. Vendí mis vestidos más elegantes y eso me permitió comer durante algunas semanas, pero se acabó pronto. Fue entonces cuando aprendí a mejorar mi aspecto, mis peinados, mi apariencia. Me ponía mis mejores galas y me paseaba por el mercado de Les Halles. Los tenderos estaban demasiado ocupados vigilando a los pequeños y harapientos chiquillos para desconfiar de una chica con buen aspecto. Ellos jamás me descubrieron.

—No me parece que hacer todo cuanto esté en la mano de una para sobrevivir sea un hecho deleznable. Muy al contrario, creo que mi admiración por ti ha vuelto a crecer, Hannah —añadió *lady* Lauren con una sonrisa tan tierna como lo era ella misma—. ¿Cómo llegaste a trabajar para el barón?

—Los tenderos no se imaginaban que yo podía ser una ladrona, pero había una mujer que visitaba el mercado con frecuencia y que era mucho más suspicaz. Cecil me interceptó un día en el que estuve a punto de ponerme en evidencia. Me sujetó la mano para que no cogiese un precioso alfiler del que me había encaprichado y me llevó a la calle. Cecil Gutier trabajaba en la casa de un lord inglés y me propuso que fuese a solicitar un empleo. Una de las doncellas se había quedado embarazada de un lacayo y la acababan de despedir. A partir de aquel día, ella se convirtió en mi ángel de la guarda; incluso velaba para que pasara el menor tiempo posible en compañía del barón.

—Detesto a ese hombre —anunció *lady* Lauren con énfasis.

—Oh, sí. Yo también lo detesto.

Lady Lauren se levantó y se sentó en una banqueta que había junto a su tocador para que Hannah pudiera retocarle el peinado. Hannah se levantó y la siguió.

—En fin, nada de lo que me has dicho me hace suponer que tenga algún motivo para prescindir de tus servicios, así que no quiero volver a escucharte decir semejantes sandeces. Ahora bien, creo que deberías tomar una decisión respecto a lord Redcliff.

—*Milady*, ya la he tomado y se la he explicado. Lo que ocurre es que, por algún motivo, no es la que quería escuchar. ¿Me equivoco? —insinuó Hannah mientras reemplazaba las horquillas que se habían aflojado por otras nuevas para fijar el peinado de su señora.

—Como diría mi esposo, es un maldito héroe de guerra. Creo que eso habla muy en favor de su honor. Y, si es cierto que existen esas pruebas en tu contra, te vendría bien tener un aliado para eliminarlas y poder limpiar tu nombre, dado el caso.

Hannah cerró los ojos con pesar y se detuvo a meditar durante unos segundos. ¿Estaría realmente en peligro? ¿Había alguna posibilidad de que alguien más estuviera al tanto de aquellas pruebas? No quería, bajo ningún concepto pedirle ayuda a Redcliff. Y, desde luego, no pensaba alimentar las ensoñaciones románticas de *lady* Lauren. No necesitaba un protector. No necesitaba a Shein Dereford. Lo quería lejos de su vida. Pero, mal que le pesase, tendría que tener una charla con él para saber en qué situación se encontraba. Si esas pruebas seguían siendo una fuente de problemas para ella, al menos convendría estar preparada.

Capítulo 10

Ver al conde de Redcliff pululando por Nymphouse comenzaba a convertirse en un hábito agradable. Hannah tenía que reconocer que, desde el encuentro en el invernadero, días atrás, él había moderado notablemente su soberbia y se conducía de un modo mucho menos impetuoso. Derrochaba cordialidad y buen humor con todo el mundo, incluido el servicio. Además mostraba un respeto absoluto por los espacios de Hannah; no la abordaba en la cocina ni había vuelto a seguirla al invernadero, aunque empezaba a ser frecuente encontrarlo con una media sonrisa por cualquier pasillo o sala.

En cada una de esas ocasiones, el corazón de Hannah daba un brinco y su mirada se disparaba a la infinitud de arruguitas que se formaban en el extremo de sus ojos. Antes apenas habían estado ahí, o quizá no se había fijado, pero resultaban muy atractivas. Hacían pensar en un hombre risueño que ella nunca había conocido, le hacían creer que había secretos que descubrir en él. La cuestión era que cada aspecto de Shein Dereford le resultaba nuevo y fascinante.

También era cierto que el nivel de hostilidad de Hannah había mermado. No es que estuviera dispuesta a retomar su relación con el conde, pero desde que sabía los motivos que él había tenido para traicionarla, no podía culparlo con tanta ligereza.

Si ella hubiera trabajado como agente de la corona británica y hubiera tenido pruebas fehacientes de la traición de uno de sus compatriotas habría hecho todo lo posible por sacarlo de la circulación y encarcelarlo. Al menos, Shein Dereford nunca había tenido la intención de mandarla al cadalso, según sus propias palabras. Había intentado protegerla, aseguraba. Y, si se paraba a pensarlo, durante los meses que duró su relación, nunca la presionó o coaccionó para que se acercase al barón y obtuviese aquello en lo que él y su socio parecían tan empeñados.

Todo aquello pesaba en el corazón de Hannah a la hora de mantener su resentimiento contra Shein Dereford, hasta el punto de que había empezado a responder a sus sonrisas y a desear aquellos insignificantes encuentros casuales. Lo que, a todas luces, era una soberana estupidez.

No debería congratularse tanto por las buenas sensaciones que le despertaba la presencia del conde, pues no había forma humana —ni divina— de que pudiera aceptar volver a ser

su amante. Eso solo le causaría más dolor a largo plazo. Entonces, ¿qué hacía analizando los beneficios de tenerle cerca?

Como fuere, tenía una conversación pendiente con él. Necesitaba saber hasta qué punto podía estar en peligro si los papeles que la incriminaban llegaban a manos indeseadas. Peor aún, la pregunta de si él llegaría a delatarla con esas pruebas le corroía el alma. Lo había estado posponiendo varios días, pues no tenía mucha confianza en que ambos consiguieran mantener las formas en el caso de que tuvieran un encuentro privado. También porque, en realidad, le atemorizaba un poco retomar aquella conversación.

Tendría que encontrar el modo de exponerle sus temores, pensó mientras observaba el aspecto que lucía.

Había estado probando ella misma unos nuevos hierros para rizar el pelo. Era un invento que el hermano menor de lord Riversey había creado con una aleación de hierro y cobre, y que este había regalado a la marquesa. *Lady* Lauren quería probarlas y había decidido que antes de arriesgarse a chamuscar cualquier mechón de su señora, practicaría durante la fase de aprendizaje con su propia melena.

El resultado le parecía encantador. Hannah solía ser bastante austera en sus peinados, pero hoy se había esmerado en crear una prolija maraña de bucles que luego había recogido en un moño alto, sin demasiada perfección. El resultado le parecía desenfadado a la par que elegante. Y lo más importante: no se había quemado el pelo.

Era domingo y estaba de visita el primo del vizconde, Henry Miller, que era capellán. Por ese motivo, en lugar de acercarse al pueblo a escuchar misa, iban a celebrar una ceremonia íntima para la familia y el servicio en una pequeña capilla que había cerca de Nymphouse y que estaba asociada a la propiedad de los Collington. Hannah se puso su vestido más nuevo, uno que combinaba falda de tafetán azul a rayas con el corpiño en terciopelo de un tono índigo más oscuro y la manga muy ajustada. El escote era cuadrado y generoso, festoneado por una fina puntilla de algodón añil. Era muy favorecedor y cumplía a la perfección el patrón de la moda imperialista.

Una vez que se sintió satisfecha con su aspecto, bajó al invernadero para intentar convencer a Sam Clunning de que la acompañara al oficio. El pobre Sam era un poco escéptico respecto a todo lo que un hombre pudiera poner en duda, y la existencia de Dios era uno de los aspectos en los que Clunning no acababa de tomar una decisión.

—Ah, señorita Lubrelle, se ve tan bella como una primula —dijo en aquel tono adorable que le caracterizaba, nada más verla.

—Oh, vaya, sí que debo verme bien para ser merecedora de semejante comparación. Al fin y al cabo, se trata de su flor más admirada.

—Es que cuando se quita ese uniforme gris es cuando me acuerdo de que no es más que una niña.

Hannah rompió a reír y se inclinó para rodearle el hombro a modo de abrazo. Le hubiera dado uno completo y también un sonoro beso en la mejilla, pero, aunque lo sintiera tan cercano, Sam Clunning no era un miembro de su familia y no sería adecuado.

—Le prometo que tengo cinco canas. Me las he contado —respondió ella.

—¿Y a dónde se dirige tan acicalada?

—Había pensado acudir al oficio dominical y sentía el deseo de ir acompañada del hombre más apuesto de la hacienda.

—Pues tengo entendido que hay cierto conde bastante bien parecido solicitando el puesto.

—Acompañó las palabras con un pequeño guiño de sus ancianos ojos.

Si hubiera sido otra persona quien le mencionase a Redcliff, le habría agitado el buen humor, pero le encantaba la picaresca de Clunning y casi estaba esperando que le hiciera algún comentario mordaz.

—Como si yo no supiese a quien dirigir mis afectos. Su cautivadora mirada no tiene parangón, Sam. No me irá a decir que declina sus atenciones hacia esta humilde jovencita canosa porque se siente intimidado por el título de un nuevo contrincante.

El viejo jardinero rio con ganas y le acarició la mejilla con sus dedos arrugados y bastos.

—Es usted tremenda, jovencita. Hablando de pretendientes. Siempre tengo que tener a alguno husmeando por aquí. El invierno pasado fue ese joven herrero de Rochester. Y ahora es un conde quien la corteja. A eso lo llamo yo prosperar.

Hannah se echó a reír de nuevo. Le encantaba porfiar con Clunning. Era un hombre afable, con un gran sentido del humor, y le había regalado a Hannah tardes inolvidables con una taza de té en la mano, una selva de flores como telón de fondo y miles de pequeñas travesuras compartidas.

—Él no me corteja, señor Clunning. Él... —dudó—, bueno, lo que ese lord pretende no es apto para que una señorita de mi refinamiento lo comente, ni para que un viejo adorable como usted lo escuche.

—¡Ja! Me temo que estoy curado de espanto —dijo con aquel poso de confianza que dan los años—. Me cae bien tu conde.

—No es mi conde —corrigió ella un poco turbada por cómo había sonado eso—. Solo es un recuerdo del pasado. Y no tiene intenciones honorables, créame.

—A mí me parece un hombre de honor, y habla de usted con absoluto respeto. No habría tenido el valor de comportarse de otro modo en mi presencia.

—Bien. Me alegra saber que habla bien de mí, pero de ahí a un cortejo y a una propuesta honorable... Es absurdo, mi querido señor Clunning.

Hannah se quedó pensativa y Sam no añadió nada más.

—El conde y la doncella —dijo pasado un segundo con una carcajada amarga—. Parece el título de una de esas absurdas novelas góticas que lee la condesa de Haverston.

—¿La madre de milord? —preguntó Sam.

—Ajá. Le gusta mucho una que se llama *La jovencita locuaz que encontró a un señor callado*. Es grotesca, en mi opinión, pero resulta que la señorita Lusy, que así se llama la protagonista, siempre parece ser el ejemplo perfecto de cómo no hay que hacer las cosas; por eso la cita tanto la condesa.

—No parece muy coherente que le guste una historia concreta si solo encuentra ejemplos negativos en ella.

—Yo creo que la usa a modo de manual de conducta para regañar a sus hijos, yerno y nuera —argumentó Hannah pensativa—. Por ejemplo, le he oído decirle a *lady* Megan que «solo a la señorita Lusy Wintherton se le ocurriría decir una cosa tan inapropiada»; y a *lady* Lauren le soltó que no era lógico hablarle a un niño como si fuera un adulto y que ni la mismísima Lusy Wintherton les hablaba así a sus hermanas pequeñas.

—A esa mujer le encanta regañar.

—Sí, sí que le encanta. Y se le da muy bien, a decir verdad. Siempre tiene una réplica punzante para todo, pero ese mismo filo perverso es lo que la hace tan especial y distinguida.

—Usted siempre la ha admirado —afirmó el hombre mayor.

—Me gustan las mujeres que ganan su poder y saben utilizarlo —corroboró Hannah.

La admiración por la condesa de Haverston era un sentimiento compartido por todo el mundo. Era toda una matrona en la sociedad londinense. Su palabra era ley, y eso solo podía conseguirlo una mujer con arrestos y la mente muy fría. Podría habérsela tachado de frívola e insensible si no demostrara continuamente el amor incondicional por cada miembro de su familia. Como condesa era formidable, como matriarca era titánica.

Por el pasillo central del invernadero se escucharon unos pasos que se aproximaban. Solo por la cadencia y la fuerza de aquellas pisadas Hannah intuyó quien era el responsable de ellas. En los pocos días que llevaba en Nymphouse, había desarrollado una excelente capacidad para notar cada aspecto de su persona. Era consciente de su forma de caminar, de su aroma entremezclado con el resto de olores que pululaban en el aire, del lugar a donde apuntaba su mirada. Podía captarlo en la oscuridad de un pasillo, sentir su presencia a través de una puerta. Era consciente de él a cada momento del día.

—Buenos días, señorita Lubrelle —saludó. Hannah se levantó junto a Clunning y le observó. Se había parado a unos pasos de ellos con las manos en la espalda y una expresión indescifrable. Lucía formidable con un traje *tweed* estilo Harris en tonos verdes y amarillos que le sentaba como un guante y le daba un aspecto rural muy atractivo—. Está usted radiante, querida.

Un leve rubor acudió a las mejillas de Hannah, quien estaba de sobra acostumbrada a galanteos. La diferencia esta vez era que se había esmerado en lucir de aquella manera, porque era la primera ocasión en que Shein Dereford la veía sin el traje de doncella, ya fuera con uniforme francés o inglés. Además, este era su mejor vestido; un regalo

maravilloso de sus patrones en su último cumpleaños. Había querido deslumbrarlo desde que se había levantado y era su propia vanidad satisfecha la que le coloreaba las mejillas.

—Es muy amable, milord.

—¿Presumo que acudirá a misa esta mañana?

—Esa es mi intención, señor —respondió un tanto turbada por la mirada fija de Redcliff.

—Y yo creo que voy a poner a escalfar unos huevos para desayunar —interrumpió Sam Clunning, quién durante unos segundos se había esfumado de la mente de Hannah.

Redcliff pareció salir del trance y extendió la mano para saludar al jardinero.

—Discúlpeme, buen hombre. Me temo que la señorita Lubrelle me ha deslumbrado.

—Ya me he dado cuenta de que ni me había visto. No se preocupe, milord. Lo cierto es que tengo mucho que hacer esta mañana.

—¿No vendrá a misa? —medio gritó Hannah cuando el viejo Sam ya se iba, nerviosa, de pronto, ante la perspectiva de quedarse sola con el conde.

—Que venga Dios a verme a mí. Dígame que estoy en la cocina.

—Eso ha sonado bastante blasfemo, ¿no le parece? —preguntó Redcliff, divertido.

—Ha dicho cosas peores, me temo —farfulló Hannah, también divertida.

—Realmente se ve muy hermosa, Hannah —insistió con voz grave.

—Es mi mejor vestido —explicó.

—Algún día la veré vestida como una reina, se lo prometo.

A Hannah casi se le detuvo el corazón por la intensidad de aquella sentencia. La dijo tan convencido, con tanta naturalidad.

Resultaba fácil dejar que palabras gentiles como aquellas anidaran en una parte dormida de su corazón, aquella que se permitía anhelar y soñar, la que había esperado silenciosa, la misma que ocasionalmente le había oprimido el pecho por las noches.

Aborrecía aquella facilidad de él para conseguir que olvidara años de perseverante transformación. Ya no era una jovencita soñadora y no podía permitir que un hombre — que este hombre— la embaucara con promesas que escondían futuros desengaños.

—Me dirigía a la capilla —anunció bruscamente al tiempo que se giraba para enfilear el pasillo lateral hacia su destino.

Era aún demasiado pronto para misa, pero poco le importaba. Tenía cosas que hablar con el conde, pero eso tampoco parecía tener el suficiente peso en aquel momento. Por algún motivo, sentía pánico de quedarse a solas con él.

—¡Espere! —La asió del brazo para detenerla—. Quería..., me... gustaría... que aceptase un presente.

Hannah se le quedó mirando sin saber qué decir. Redcliff respondió con una sonrisa insegura y le mostró un cofre de plata que escondía un momento antes tras la espalda.

—¿Qué es eso? —preguntó con un matiz arisco que incluso a ella le sorprendió.

—Un regalo, ya se lo he dicho. Por favor, ábralo. Es muy sencillo, pero pensé que se negaría a llevar algo más ostentoso.

Hannah se recompuso de la impresión que le causaba el hecho de que le ofreciese cualquier cosa y, sin saber muy bien por qué, tomó el cofre de su mano y se quedó mirándolo un instante. Iba a rechazarlo de inmediato, pero la curiosidad por saber qué podría él haberle comprado barrió cualquier prudencia.

Con algo de inseguridad, abrió el cofre y encontró un delicado collar de perlas. Eran pequeñas, nacaradas, de un blanco puro. Formaban una hilera sinuosa y deslumbrante sobre el terciopelo burdeos del interior del cofre. El broche era apenas un garcillo plateado que unía ambos extremos de la ristra. Era muy hermoso.

—No puedo aceptarlo —dijo con voz apagada. Le costaba hilar los pensamientos de su cabeza. ¿Por qué le regalaba algo así?

—Por favor, no diga eso. Ya ve que es un collar sencillo. Es algo que una jovencita podría llevar en su puesta de largo. Es un regalo del todo inocente, se lo aseguro.

¿Cómo podía ser inocente cuando su corazón estaba a punto de pararse por la emoción que le había causado? El peligro de aquel collar no estaba ni en su apariencia ni en su valor, sino en los hilos que tocaba en la resolución de Hannah. Hizo acopio de todo lo que sabía sobre protocolo y normas sociales y se lo lanzó a la cara:

—¿Sabe lo inadecuado que es esto? —preguntó enojada—. ¿Por qué lo hace?

—Quiero que tenga algo mío.

Lo que quería era marcarla. Hacerla claudicar bajo el peso de aquellas perlas. Los hombres poderosos hacían ese tipo de cosas, y estaba claro que Redcliff había asumido sin problemas los rigores de su nueva posición. Menudo déspota arrogante. No podía confundirse más si creía que podía subyugarla con joyas. Era el primer paso para una relación del tipo que Hannah se negaba a mantener de nuevo.

—¿Por qué? —insistió.

En lugar de contestarle de inmediato, se acercó hasta ella y sacó el collar de la caja, tendió las manos hacia su cuello con la clara intención de ponérselo, pero se detuvo justo unas pulgadas antes de tocar su piel para mirarla. Buscaba su consentimiento, pero Hannah se negó a dárselo. Empinó la barbilla y le fulminó con la mirada.

—¿Es que no me ha oído? —siseó.

—Vamos, Hannah, no sea tan arisca, se lo ruego. —No lo dijo con petulancia, sino con un tono de súplica que le hizo estremecer—. Es muy importante para mí que lo acepte.

La cercanía de aquel hombre era intolerable. La debilitaba con ese tono tan grave y sutil, con el aroma que desprendía a la altura del cuello, donde la camisa y la corbata se ajustaban para ensalzar la orgullosa barbilla. Lo vio tragar en seco y la congoja que estaba sintiendo se incrementó.

No dijo que sí, pero tampoco encontró la voz para detenerlo. De modo que los dedos de Redcliff rodearon su cuello y su rostro se aproximó un poco más. Oyó el clic del cierre y se sobresaltó un poco, pues se había perdido por completo en la negrura de los ojos de él.

Los dedos masculinos se recrearon sobre su piel. Notó los pulgares acariciar la piel de su nuca, desde el hueco detrás de las orejas hasta las vértebras de la columna. La respiración se le detuvo y corrientes de frío y calor la recorrieron de arriba a abajo. Era increíblemente agradable, pero tenía que detenerlo, lo antes posible.

Él continuó acariciándola de aquel modo tan lento y seductor hasta que Hannah empezó a preguntarse si en realidad sería capaz de decirle que parase.

Tal era su ausencia de control que cuando los labios de Redcliff se posaron sobre los suyos, lo único que hizo fue abrir la boca para recibirlo y sujetarse de su levita para combatir la sensación de mareo.

El intercambio era tierno, suave, seductor. La lengua del conde la exploraba con infinita calma, al mismo tiempo que los dedos recorrían su cuello, su barbilla y la fina piel de las clavículas. Hannah temblaba por dentro. Era incomparable el sabor de ese hombre, la forma en que sus bocas se amoldaban a la perfección, el hambre que conseguía despertar en ella con solo una mirada fija de aquellos ojos negros. Pero lo cierto era que debía poner fin de inmediato a aquel desatino. Cuanto antes.

Iba a hacerlo cuando la ternura masculina dio paso a energías más voraces y pronto se descubrió tironeando de los cabellos de Redcliff para profundizar las incursiones de su propia lengua. Él la cogió en vilo y la llevó hasta una mesa de trabajo cercana, la depositó encima con cuidado y se apartó un poco. Le acarició con la punta de la nariz y fue repartiendo besos minúsculos por sus mejillas, su mandíbula, después por su cuello y también por todos aquellos recovecos que antes había acariciado con tanta delicadeza.

Hannah contuvo la respiración cuando notó el dorso de unos dedos acariciando la piel expuesta de su escote. Bajó la mirada y comprobó como esa mano fuerte y morena recorría su piel con exquisita lentitud. ¿Era todo tan erótico como le parecía a ella?

Deseó que no fuera tan sutil, deseó que perdiera el control, que tirase del escote y envolviese las manos alrededor de sus pechos desnudos, que le levantase la falda y se internase entre sus piernas.

Como siempre, ese hombre la despertaba a niveles que no podía comprender.

También deseaba en un rincón perdido de su cerebro que parase, que la liberase de aquella lenta seducción a la que no era capaz de negarse. Por Dios, se estaba exponiendo a que la descubrieran allí, como toda una casquivana.

Iba a decírselo cuando él la cogió con fuerza de la cintura y empezó a descender los besos desde la columna de su cuello hasta las elevaciones de sus pechos. Tomó aire y esperó con impaciencia el avance de la boca masculina, porque sabía que era del todo inadecuado, pero también sabía que lo necesitaba tanto como respirar. No había mucha distancia entre el

borde del vestido y sus pezones, por lo que, cuando los labios llegaron allí, Hannah ardía tanto como si él se los estuviera acariciando.

«Solo un segundo más», se prometió.

Enredó los dedos entre las guedejas húmedas de su cabello. Él debía haber tomado un baño, pensó. Su aroma desprendía trazas de jabón, se le colaba por las fosas nasales y añadía una sensación confortable y familiar al tumulto de emociones. Mientras su cerebro se dedicaba a memorizar aquellos pequeños detalles de Shein Dereford, su cuerpo ardía bajo las atenciones masculinas. Los pechos se sentían cada vez más llenos y sensibles por el efecto combinado de su boca húmeda y el roce suave de su mandíbula recién afeitada. El lugar por donde la tenía sujeta en su cintura ardía en el calor que desprendía el abrazo, y, justo debajo, su feminidad enloquecía de ganas de llevar las pasiones al siguiente nivel.

—Tienes que parar. —Se oyó decir sin convencimiento.

Parar era lo último que quería, pero sabía que se estaba exponiendo a mucho más que ser vista en semejante devaneo sexual. Permitir que Shein Dereford la sedujera, era como dibujar una diana en su pecho y afilarle las flechas.

—Tienes que parar —repitió, y esta vez acompañó las palabras de un empujón.

Shein no la soltó, pero dejó de besuquear sus pechos y escondió la cabeza en la curva de su cuello. Hannah quedó encerrada en un abrazo muy confortable en el que ambos fueron capaces de recuperar el ritmo normal de sus respiraciones.

—¿Sabes que tu aroma sigue siendo el mismo? Juro que me he despertado muchas noches creyendo que lo percibía a mi lado. —Hannah sintió que el pecho se le desbordaba de emoción al escuchar esas palabras.

Tomó la cabeza de Shein entre sus manos y le observó durante unos segundos, sin saber qué decir.

Cómo explicarle lo mucho que le había extrañado, cómo confesar que nada ni nadie había conseguido conoverla del mismo modo que él. Al margen del pasado, del tiempo y de la razón, la inmarcesible verdad era que Hannah solo había amado una vez en su vida, y había sido a este hombre, al que, probablemente, todavía amaba.

—Tengo que llegar a tiempo a misa —dijo, sin embargo.

El Shein Dereford impetuoso y arrogante de los primeros días no habría aceptado con tanta elegancia el giro dramático de su encuentro íntimo; por eso le sorprendió tanto a Hannah que él simplemente suspirase con resignación y le obsequiase con un beso en la frente.

Un beso en la frente. Nada más. Y nada menos.

Fue tan dulce y le trajo tantos recuerdos que tuvo un pequeño acceso de melancolía.

En las noches parisinas, cuando Hannah se quedaba a dormir en la pieza donde él se alojaba, siempre dormían abrazados; era algo que a ella le fascinaba, pues le constaba que no eran muchos los hombres que prefieren compartir la cama con una mujer que dormir a

pierna suelta. Pero Redcliff siempre le pedía que se quedase y la envolvía entre sus brazos, hablaban durante largo rato y ella recibía tiernos besos en la frente mientras iba cayendo en los brazos de Morfeo. Parpadeó rápido y con fuerza para ahuyentar aquellos recuerdos tan agridulces.

—Está bien —concedió Redcliff—. Por ahora puedo conformarme con el hecho de que aceptes mi regalo.

¡Ah, las perlas! Ni se acordaba de ellas. No tenía sentido discutir de nuevo la cuestión, sobre todo porque apenas le quedaba tiempo para ir a su habitación a dejarlas antes de acudir a la capilla. No pensaba pasearse con ellas. No tenía la más mínima intención de usarlas, por varios motivos que le hicieron hervir la sangre al recordarlos.

Sin percatarse de la tormenta que había desatado al recordarle el dichoso collar, Redcliff se inclinó con una leve reverencia a modo de despedida.

—La veré en la capilla, señorita Lubrelle.

Hannah decidió en ese instante que se sentaría detrás de él durante la misa, así no le daría la posibilidad de observarla durante todo el oficio. Tenía que recordar que no debía ponerle las cosas fáciles a ese hombre. Ni una sola vez más.

Capítulo 11

Se sentía perverso escuchando misa cuando unos minutos antes había estado en el invernadero seduciendo a Hannah. Era la primera vez en su vida que se dejaba llevar por sus lascivos pensamientos en medio de una homilía, pero eso era lo que estaba haciendo. Mientras el capellán parloteaba sobre los fuegos del infierno, en su mente Hannah no lo había detenido y aún continuaba sentada en la mesa del invernadero, completamente desnuda.

Ella no le rechazaba, que Dios se apiadase de él, no oponía resistencia cuando la besaba, no había conseguido inmunizarse contra aquel fuego fatuo que seguía ardiendo intacto entre ellos. Podría haberle cruzado la cara, tenía todo el derecho; o usar su bien afilada lengua para crisparle y conseguir que perdiera los papeles; pero Hannah no había hecho nada de eso, y Shein estaba convencido de que ella era tan vulnerable a él como el mismo Shein lo era ante ella.

Eso no significaba que Hannah se hubiera transformado con los años en una mujer sumisa o dócil. Todo lo contrario. Había que tratarla con mano izquierda o corría el riesgo de salir chamuscado de aquel juego de seducción.

Estaba sentada dos bancos justo detrás de él, por lo que no podía mirarla sin que el resto de parroquianos se percatase. Eso no impidió, por supuesto, que se volviese un par de veces para observar su blanco rostro envuelto en aquellos bucles dorados que caían por sus sienes con exquisito descuido. A Shein le importaban muy poco los límites del decoro y, dado que iba a casarse con una doncella, estaba seguro de que jamás formaría parte de la élite aristocrática londinense. Quizá era mejor ir preparando el terreno para que los chismorreos le antecudiesen.

Nada le importaba lo que pudiera opinar el *beau monde*. Había recibido una importante carga patrimonial con el título de Redcliff y tenía la intención de adecentar sus propiedades y dedicarse a la expansión agrícola. Sus padres siempre habían explotado con relativo éxito una gran finca en Lincolnshire, entre otros fructíferos negocios. Shein había crecido en aquel ambiente tranquilo, imbuido de una filosofía del esfuerzo que su padre había pretendido sembrar en todos sus hijos. Cuando los Dereford se habían aventurado en la producción de velas de aceite *spermaceti* a gran escala, Shein se había quedado al cargo de Cottondrove y no podía negar que habían sido años muy satisfactorios. Después llegó la

guerra y le propusieron participar en misiones de inteligencia, oferta que aceptó con entusiasmo. Era aún muy joven y no tenía cargas familiares, por lo que se lanzó de cabeza en aquella aventura.

Pero la guerra, por fortuna, había terminado, y puestos a elegir un camino en la vida, Shein prefería volver a la vida retirada y pacífica de terrateniente.

Tenía grandes ideas para mejorar la rotación de cultivos y un socio de Texas le iba a enviar una maquinaria revolucionaria que aumentaría notablemente su productividad.

Pasaría mucho tiempo, por tanto, en Hertfordshire, condado donde se ubicaba su finca de campo; un lugar con grandes posibilidades, pero con un estado actual cochambroso. Tenía mucho trabajo que hacer, y eso lo mantendría alejado de Londres y del escándalo que estallaría cuando se casase con Hannah.

Empezaba a sonarle bien aquel nombre, y comenzaba a sentir una nueva fascinación por la mujer en que se había convertido. Al desbordante deseo que sentía por ella, se habían añadido nuevos sentimientos con los que, tenía que admitir, se sentía bastante cómodo. Hannah era una mujer resuelta, altiva, formidable. Aquel aire de desafío, unido al atractivo más sereno y maduro que le habían conferido los años, lo llevaba al límite de su aguante. Cada vez le resultaba más difícil detenerse cuando la tenía entre sus brazos. Había sentido dolor físico cuando ella le había pedido parar en el invernadero. Se juró a sí mismo que algún día le haría el amor en aquel sitio, solo para resarcirse de sus anteriores intentos frustrados.

Cuando se quiso dar cuenta, la misa había terminado y él tenía una erección del demonio que procuró cubrir con el guardapolvo que vestía.

Todos los criados salieron en primera instancia de la capilla y él se vio entretenido por los marqueses de Riversey.

—La mañana no podría haberse quedado más hermosa —decía *lady* Riversey justo en el portón de entrada.

Lo cierto es que había amanecido nublado, y Shein había llegado a pensar que llovería, pero la niebla se había ido disipando y en aquel momento el sol brillaba e infundía una cálida sensación primaveral.

—Desde luego, nadie lo hubiera pensado con los días tan grises que hemos tenido —añadió el marqués.

—Probablemente, solo es la calma que precede a la tempestad —terció Shein.

—Oh, vaya, lord Redcliff, es usted un poco cenizo. ¿Sería demasiado pedir que tuviera un poco de fe y se uniese a nuestras esperanzas de que hoy luzca un día soleado? —preguntó *lady* Riversey con una deslumbrante sonrisa que a Shein no le quedó más remedio que devolver. La marquesa era una mujer bellísima y encantadora.

—Por supuesto que confío en que tengamos una jornada soleada —confirmó—, pero mañana... Mi hombro me dice que se avecinan cambios.

Shein se masajeó la articulación que llevaba varios días más acartonada de lo normal.

—¿Su hombro le habla, milord? —preguntó ella con una musical risita.

Era bellísima y encantadora, sí, pero, para disgusto de Shein, adolecía del mismo sentido del humor que su esposo. No se podía hablar en serio con los marqueses y, en menor medida, tampoco con los Collington.

—Herida de bala, *milady*. Es el mejor termómetro que existe —dijo al tiempo que se daba un par de golpecitos con la mano contraria para recalcar sus palabras.

Por el rabillo del ojo distinguió el terciopelo azul del corpiño de Hannah. Verla con aquel atuendo le provocaba verdadera delectación y una moderada euforia. Nunca había tenido oportunidad de estudiar su aspecto fuera del vestido de doncella —si descontaba su fascinante aspecto en estado de desnudez— y tenía que admitir que ella podría ser una excelente y distinguida condesa; tenía el porte y la elegancia necesarios.

Para Shein, la distinción era un estado de la persona y no una cualidad del título. Por ejemplo, *lady* Riversey podría haber sido panadera y habría deslumbrado al mismísimo rey Jorge.

—Oh, Dios mío. Eso debió doler mucho —dijo esta.

—Me avergüenza reconocer que perdí el conocimiento. Cuando desperté, la bala ya estaba fuera.

Su actual ayuda de cámara se había abalanzado sobre él en medio del fuego cruzado en una trifulca en París y el impacto al caer contra el suelo le había dejado noqueado, aunque eso no impidió que una bala le alcanzase a la altura del hombro, por debajo de la clavícula. Belwin se lo llevó de aquella ratonera y un buen médico le curó la herida del hombro. Le debía mucho a Belwin, sin duda.

—Oh, bueno, descuide; sigue siendo nuestro héroe nacional favorito —aseguró ella con una sonrisa encantadora.

—Querida, yo soy tú héroe mundial favorito. Procura no olvidarlo —terció Riversey.

Megan Riversey puso los ojos en blanco y cogió a su marido del brazo para avanzar hasta donde estaba su hermano con *lady* Collington. Shein los siguió, sin perder de vista a Hannah, que charlaba animadamente con Truller, el mayordomo. ¿Sería demasiado inapropiado que se acercase a hablar con ella? Porque era la única persona con quien le apetecía hablar en realidad, por muy vivaracha que pudiera parecerle la marquesa.

—Megan, ¿qué te parece si salimos a dar un paseo cuando volvamos a casa? —preguntó *lady* Lauren—. ¡Hace un día tan maravilloso!

—¿Sabes qué sería una gran idea? —Planteó su cuñada con entusiasmo—. ¡Un pícnic!

La vizcondesa respondió a esa sugerencia con un brillo complacido en los ojos, que rápidamente dirigió hacia su esposo.

—¿No es una gran idea? —le preguntó.

Marcus Chadwick parecía dudar de la propuesta, así que la vizcondesa redobló sus esfuerzos.

—Por favoooooor. Hace tanto que Eric no tiene oportunidad de disfrutar del aire libre...

Si aquel blando de Collington era capaz de negarle algo a su esposa —cuestión de por sí dudosa—, estaba claro que era una capacidad que perdía por completo cuando se trataba de su hijo, pues la propuesta fue rápidamente aceptada.

—Está bien.

—Oh, es maravilloso —exclamó *lady* Lauren con un saltito de alegría—. Voy a buscar a Judith para decirle que nos acompañe.

Mientras las señoras se dirigían a buscar a la niñera del muchacho, Shein se quedó un rato más con el marqués y el vizconde. No entendía por qué tenían que arrastrar a aquella jovencita con ellos a una simple comida campestre. ¿Acaso cuatro adultos no podían cuidar de un solo niño?

Hannah aún no se había marchado. Estaba hablando con el primer lacayo, un jovencuelo que a Shein le caía antipático. Era solapado y engreído; un tipo muy alto y huesudo con mirada sibilina. ¿Estaba agarrando a Hannah del brazo? Shein estiró un poco el cuello para poder apreciar si así era, pero un abrupto golpe en la espalda lo distrajo.

—Disimule un poco, hombre. —Era el marqués, con su habitual descomedimiento quien le increpaba.

—No sé a qué se refiere —respondió con una mirada que decía a las claras lo que pensaba de sus intromisiones.

—Venga, Redcliff —intermedió lord Collington—. ¿Qué me dice de ese pícnic? Le aseguro que los emparedados de mi cocinera le harán recuperar la fe en la humanidad.

—¿Y quién dice que la haya perdido?

El marqués bufó y se llevó la palma abierta a la cara con gesto derrotado, como si Shein fuera medio tonto y no entendiera la broma. La entendía y, a su modo, había intentado seguirle el juego, pero estaba claro que no se había hecho entender.

—Deduzco que un pícnic es una distracción demasiado superflua para nuestro héroe nacional. —Fue Riversey quien contestó a Collington—. Nuestro conde prefiere con mucho devorar periódicos del año pasado que pasar tiempo al aire libre, ¿me equivoco?

Ir de excursión con aquel cuarteto le apetecía tanto como sufrir un sarpullido en sus partes, eso era un hecho. Ya tenía bastante con sufrir el humor de Riversey cuando no le quedaba más remedio que compartir el mismo espacio con él. Desde luego que no iba a ir, mucho más teniendo en cuenta que, si toda la familia iba a estar fuera, él tendría el camino un poco más llano para interceptar a su presa en la mansión.

—Judith está indispuesta —dijo *lady* Collington, quién acababa de incorporarse de nuevo al grupo—. Por lo visto ha pasado una noche terrible, pero Hannah se ha ofrecido a suplirla y acompañarnos para hacerse cargo de Eric.

—De hecho, nada me apetecería más que probar uno de esos emparedados que consiguen redimir a toda la raza humana —se escuchó decir al conde de Redcliff.

Dos horas después, Shein comprendió con absoluta claridad por qué aquellas dos parejas necesitaban la presencia de una niñera. No dejaban de hacerse arrumacos, mientras jugaban a cricket, mientras comían o mientras recolectaban hongos. Los señores no perdían detalle de cada pestañeo de las señoras, y ellas no dejaban de coquetear con sus propios maridos. Shein se hubiera sentido francamente incómodo entre tanta demostración afectiva si no hubiera sido por la presencia de Hannah.

Había vuelto a ponerse el uniforme, por lo que ya no eran visibles las perfectas y deliciosas elevaciones de sus pechos, pero el uniforme se ajustaba a su talle de tal modo, que un hombre podía intuir cada pulgada de carne bajo las telas. Era un día bastante caluroso para el mes de enero, por lo que ninguno de ellos había necesitado abrigo más allá de las telas gruesas de lana de sus trajes.

Ella se había sentado en un rincón alejado, con una mantita infantil dónde había desparramado varios juegos de madera con los que entretenía al pequeño Eric. Hannah y él no dejaban de parlotear, y ella se veía radiante cuando reía de las cosas que decía el pequeño. Shein la imaginó rodeada de sus propios hijos y la congoja se apoderó de su pecho. Sería maravillosa su vida junto a aquella mujer... si conseguía convencerla.

Como quiera que los Collington y los Riversey estaban entretenidos en sus cosas, que en aquel momento consistía en una nueva partida de cricket, se acercó hasta Hannah y se sentó en un extremo de la manta sin decir nada. Por supuesto, ella se percató enseguida; la repentina rectitud de su espalda no dejó lugar a dudas.

—No estará enfadada conmigo, ¿verdad, querida?

—De ningún modo, lord Redcliff —contestó ella sin volverse a mirarlo.

—Eso me cuesta creerlo —continuó—. Podría ser cierto que no se ha enojado por mis avances de esta mañana, o que no me guarda rencor por invadir ese santuario que es para usted el invernadero con mis atenciones; pero me cuesta creer que no haya al menos un modo en el que esté enfadada conmigo.

—Por si acaso, yo no tentaré a la suerte —Le dirigió un mirada directa y determinada—, si fuera usted, milord.

—Me temo que la prudencia no es una de mis virtudes, querida Hannah —respondió Shein con una sonrisa. Con ella le resultaba fácil bromear. Le gustaba encontrar aquellas miradas enconadas; buscarlas y provocarlas era suficiente motivo para vivir.

Ella volvió a girarse y a concentrar su atención en el niño. Le ayudó a poner una pieza de madera sobre otra, negándose a seguir con la conversación.

Shein estudió con minuciosidad la curva de su cuello y el modo en que ella había recogido los abundantes bucles artificiales sobre su cogote. Hannah tenía unas preciosas ondas

naturales en su melena oro viejo, pero aquellos rizos no eran suyos. Los había creado con algunos de esos hierros terroríficos que usaban las mujeres para su arreglo personal. Shein recordaba el día que una doncella había quemado el cabello de su madre con uno de esos hierros; la mujer juró que jamás volvería a dejar que le arrimasen uno de esos artefactos a la cabeza. Con la temperatura que alcanzaban, a Shein le extrañaba que no se hubieran producidos más desafortunados incidentes. Estaba embelesado en aquellos finos cabellos que se escapaban del recogido a la altura de la nuca y que quería acariciar con los dedos, cuando Hannah se volvió bruscamente para mirarlo.

—¿No tiene nada mejor que hacer que mirar jugar a un bebé con su niñera? —preguntó con patente incomodidad.

—La estaba imaginando rodeada de sus propios hijos, jugando con ellos en un lugar tan bucólico como este.

A eso, ella respondió abriendo los ojos como platos y sonrosándose de un modo delicioso.

—No diga sandeces —musitó, de pronto incómoda.

—¿Me permitiría acompañarla a dar un paseo, señorita Lubrelle? —sugirió para cambiar de tema.

Ella se le quedó mirando como si le hubieran crecido cuernos en la frente y a Shein volvió a parecerle muy graciosa la facilidad con que conseguía sacarla de sus casillas.

—No creo que sea lo más indicado, lord Redcliff. Estoy aquí para cuidar de lord Eric y no para distracciones inadecuadas como dar paseos con un conde.

—Se lo ruego, Hannah. En algún momento tendremos que hablar. Sabe que no voy a desaparecer por arte de magia, ni hoy, ni mañana.

—No puedo. Tengo que hacerme cargo del niño.

Shein llevó los dedos a los labios y emitió un fuerte silbido que, de inmediato atrajo la atención de los padres del muchacho. *Lady Collington*, quien acababa de conseguir un punto de partida, se aproximó a ellos riendo e ignorando las protestas de su cuñada, que la acusaba de haber estado practicando en secreto.

Mientras Hannah lo miraba horrorizado, Shein se centró en obtener el favor de su anfitriona, que, si bien había rebajado su nivel de hostilidad en los últimos días, seguía siendo una clara detractora de cualquier acercamiento hacia su doncella.

—*Lady Collington*, estaba invitando a la señorita Lubrelle a dar un plácido paseo por la arboleda, pero me temo que sus obligaciones con el pequeño Eric la tienen completamente absorta. Rechaza mi ofrecimiento, y con ello me parte el corazón.

La vizcondesa le observó con ojo crítico durante un par de segundos, pero en seguida el buen humor de su reciente victoria acudió a su sonrisa.

—Me temo, lord Redcliff, que la compañía de mi cuñada no le está sentando nada bien. Aprecio una nueva tendencia al melodrama.

—Me declaro culpable de todos los hechos —respondió encantado con aquella nueva complicidad.

—Oh, está bien. Creo que ya es hora de que mi pequeño futuro vizconde aprenda a jugar al cricket, ¿verdad, tesoro?

Y cogiendo al pequeño en brazos se lo llevó junto al marqués de Riversey, quien de inmediato se lo arrebató y empezó a zarandear al muchacho por los aires.

—Eso ha sido grotesco. Le ha silbado usted a la vizcondesa de Collington como... como... si fuera una oveja.

—En realidad, les he silbado a todos —aclaró, tomando la mano de Hannah para ayudarla a levantarse—. La vizcondesa ha sido la única tan amable como para responder a mi llamada, consciente, imagino, de lo desesperado de mi situación.

Ella se le quedó mirando con una expresión insondable y el ceño fruncido. Shein no sabía si lo estaba estudiando o si pensaba decir algo, pero, viendo que no se decidía, cogió una de sus manos, la apoyó sobre su brazo e inició el paseo.

—Me doy cuenta de que en realidad no podría decir cuándo habla usted en serio y cuándo bromea. Ni siquiera sé si tiene la capacidad de bromear —dijo ella por fin.

Shein la miró con intensidad y se maravilló una vez más de lo preciosos que eran sus ojos azules del color de los zafiros, sobre todo cuando lucían aquella expresión ingenua. La mayor parte del tiempo, Hannah era una mujer segura, firme, impertérrita; pero había algunos momentos en que podía atraparla con la guardia baja y aquel gesto indeciso y adorable.

—Todo lo que tenga que ver con usted me lo tomo muy en serio, Hannah —aseguró con firmeza y se dio el gusto de comprobar que ella se sonrojaba de nuevo con incomodidad.

—Hay algo que me gustaría preguntarle —anunció como si acabase de decidirlo.

—Lo que quiera. —Lo dijo con su tono más solemne.

—Esas pruebas de las que dispone contra mí... ¿alguien más tiene conocimiento de ellas?

Shein comprendió que ella había tenido que estar preocupada por el asunto. La conversación había quedado en suspenso aquella noche en el invernadero. Hannah no había vuelto a mencionar nada relacionado con el pasado de ambos, y Shein se había cuidado de que la charla no tomara esos derroteros. Su mayor empeño era olvidar el pasado y lograr que, de algún modo, ella también pudiera olvidarlo. Pero, obviamente, había cuestiones que preocupaban a Hannah, y Shein no podía olvidar que su mayor enemigo aún podía suponer un peligro para ellos. Necesitaba que Hannah volviera a confiar en él y, con ese propósito, se dispuso a sincerarse, en la medida de lo posible.

—Nadie más que yo. Miles Walpole tuvo un desafortunado accidente meses después de su desaparición y falleció. Nadie más sabía siquiera de su existencia.

El gesto de alivio no le pasó desapercibido, aunque por la expresión de Hannah aún no había resuelto sus preocupaciones.

—¿Entonces mi seguridad no corre peligro?

—En lo referente a una acusación por traicionar a la corona, puede estar tranquila. Nadie, excepto yo, conoce su historia en París. Nadie ha oído hablar de Elisabeth Poirier y mucho menos de Hannah Lubrelle. —Esto era así por el exclusivo empeño de Shein. Fue crítico y reservado en sus comunicaciones con Castlereagh en todo momento con el único fin de preservar el anonimato de Elisabeth.

—No a menos que usted las utilice contra mí. —A Shein le molestó la desconfianza, pero entendió que ella aún tenía sobrados motivos para dudar de su lealtad.

—Yo no haría tal cosa.

—¿Incluso aunque me niegue a aceptar sus atenciones? —preguntó con tono desabrido.

—Hablaba muy en serio cuando le dije que jamás le haría daño. Quemé esas pruebas hace años, Hannah —confesó.

Aquello consiguió sorprenderla. Se paró en seco y le observó con extrañeza, como si no pudiera creer lo que él había hecho para protegerla. Bendita fuera su inocencia, Hannah no tenía ni idea de lo que Shein Dereford estaba dispuesto a hacer para tenerla a su lado. Encontrarla, recuperarla, había sido el motor de su vida en los últimos ocho años. La necesitaba a un nivel físico que le había impedido ser un hombre completo durante todo aquel tiempo y a un nivel espiritual que jamás había logrado entender. No se paraba a analizar los porqués de las cosas, pero su mente y su cuerpo eran adictos a aquella mujer y no había modo humano o divino de que volviera a perderla.

—Hay algo que no acaba de comprender —explicó con gravedad y con el resuelto propósito de convencerla—. Incluso entonces, cuando me sentía furioso por su participación en el delito de traición, nunca estuve dispuesto a permitir que nada malo le ocurriese. Habría vendido mi alma al diablo antes que ver su hermoso cuello rodeado por una soga.

Capítulo 12

A Hannah le faltaba el aliento y le temblaban las manos. Su mente se esforzaba por relativizar lo que acababa de oír. Su afirmación no podía ser tan rotunda como le había parecido. No era más que una estratagema, se decía una y otra vez. Y aun así no dejaba de oír en su cabeza cada declaración: «habría vendido mi alma al diablo», «jamás le haría daño».

Con un esfuerzo que estaba más allá de lo humano, fingió sentirse ofendida por esas palabras en lugar de conmocionada y le volvió la cara. Continuó caminando, aunque sin darse cuenta, se fue en otra dirección. Él la siguió e intentó tocarle el brazo, pero Hannah se desasíó con facilidad.

—Ahora sí que se ha enfadado, me temo. Pues es la verdad, aunque le incomode oírlo —añadió él, ufano.

—Ja —respondió casi por instinto.

«No le escuches. Es un embaucador. Solo quiere... ¿Qué demonios quiere?».

Ese era el auténtico quid de la cuestión. ¿A qué venía tanto empeño en que lo perdonara? ¿Todo aquello, tanta insistencia, solo para volver a acostarse con ella? No tenía el más mínimo sentido. Podía tener a cuántas mujeres desease. Era un «maldito» héroe de guerra, por el amor de Dios.

Tenía que haber algo más y por eso no se podía fiar de él, ni de que hubiese eliminado las pruebas. ¿Acaso creía que iba a caer ciegamente en sus lisonjas y mentiras? ¿Cómo se atrevía a intentar inutilizar sus defensas de esa manera?

Estaba a punto de girarse para increparle cuando él se paró justo a su espalda y la sujetó con ambas manos de la cintura. Hannah sintió como si una corriente de aire cálido la golpease ante la cercanía de aquel cuerpo masculino. Su primer impulso fue buscar a sus patrones, pero habían parado junto a un gran sauce que le tapaba la visión.

—Hannah, necesito que me creas o todos los sacrificios que he hecho para encontrarte no habrán servido para nada —añadió con un irrefutable tono autoritario.

Redcliff afianzó las manos en su cintura y se aproximó un poco más hasta que la espalda de Hannah estuvo apoyada contra su pecho. Ella no tuvo la fortaleza necesaria para apartarse o regañarle. Se sentía condenadamente bien de aquel modo. Sus palabras habían sonado demasiado convincentes, además.

—No puedo confiar en ti —refutó ella justo cuando sintió la nariz de él acercarse a su nuca y acariciarla. Hannah se mordió el labio inferior con fuerza para no gemir. Su cuerpo se estremeció con el aroma de Redcliff, el tono oscuro y grave de su voz, el aliento cálido contra su oído.

—Haré lo que quieras para que me creas. Lo que me pidas.

Lo único que quería, lo que de verdad clamaba su corazón era olvidarse de todo y entregarse a los brazos que la rodeaban, besar, acariciar y respirar su piel. «Te quiero a ti. A ti». Maldita fuera su alma. ¿Por qué no podía olvidarlo? ¿Por qué no podía odiarlo?

—Lo que quiero es que me deje continuar con mi vida —dijo, sin embargo—. ¿No lo entiende? Quiero vivir en el campo, tener responsabilidades, quiero cuidar de una familia, de Eric.

—Entonces viviremos en el campo y tendremos muchos hijos y podrás cuidar de todos ellos. Y de mí. Y yo cuidaré de ti.

Aquellas palabras, aquellos sueños, sonaron como puñales.

—Calle, ¡ya basta! —exclamó Hannah, aunque no hizo el menor esfuerzo por abandonar el abrigo de su abrazo. Tan solo se revolvió un poco, lo que hizo que Redcliff la apretara más fuerte y enterrase la nariz en su cuello.

—Mi pequeña bruja. Me estoy volviendo loco.

Las manos apretaron con fuerza su cintura y subió con una lentitud demoniaca hasta colmarse con sus pechos.

—No puedo olvidar esto, la sensación de fundirme contigo, la calidez de despertar enredados...

Hannah sujetó las muñecas de Redcliff mientras aquellas manos continuaban su exploración. No lo detuvo, no era eso lo que deseaba. Se recreó en la sensación de los dedos recorriendo sus pechos, las yemas se detuvieron en sus pezones, rozándolos hasta ponerlos erectos. Gimió y apretó con fuerza los antebrazos al tiempo que se impulsaba en las puntas de sus pies para encajar su trasero en el hueco entre las piernas masculinas. Anhelaba notar su dureza, pero las capas de ropa no lo permitían.

—Hannah —gimió él junto a su oído un segundo antes de atrapar el sensible lóbulo entre los dientes y tirar. Después lo acarició con la punta de la lengua. Solo un toque, que de inmediato se desplazó al sensible punto bajo su oreja.

Allí se demoró durante varios segundos, justo en aquel punto que conseguía estremecer su cuerpo entero desde las raíces del cabello hasta las corvas de sus rodillas, el mismo que le hacía perder la consciencia incluso para no darse cuenta de que él había conseguido desabrochar los botones delanteros de su vestido y acariciaba la fina piel que había descubierto. La mano continuó avanzando por debajo de las capas de tela y arrastrando una lengua de fuego por su cuerpo hasta que consiguió colmarse con uno de sus pechos, que acarició con un matiz de dureza, con exigencia.

—Dios... —Hannah se retorció y mordió su labio inferior para no gritar.

—Dime que no has extrañado esto. ¿Has vuelto a sentir este placer, amor mío? ¿Esta locura?

No. Nada podía compararse al toque de ese hombre. Nadie podría conseguir como él que quisiera ofrecerse como un sacrificio pagano. En aquel momento solo quería olvidarse de todo, girarse contra su cuerpo fuerte y cálido, recostarse en aquel árbol y ofrecerse para él, dejar que la devorase.

Shein le exigió una respuesta apretando entre los dedos el guijarro de su pezón al tiempo que clavaba los dientes por encima de su clavícula.

—No. Sabes que no —confesó enajenada.

Aquella rendición arrancada por la fuerza le valió que sacase la mano de su vestido, la girase y se apoderase de su boca con tal frenesí que incluso trastabillaron hasta que la espalda de Hannah topó contra el tronco del árbol. El impacto fue incómodo, pero eso no impidió que se sujetase a los cabellos sueltos de Shein y lo empujase más adentro contra su boca. Lo exploró con su lengua, degustando el aroma único que tantas veces había imaginado sentir en las noches solitarias. Lo repasó con sus labios, con sus dientes y él se dejó hacer, como si le estuviera regalando aquella pequeña victoria, como si fuera consciente de toda el hambre que ella había ido atesorando. Un júbilo salvaje la recorría.

—No puedes negar esto, Hannah —gimió él cuando Hannah se desplazó para saborear la piel de su garganta—. No importa lo que ocurriera. No importa cuánto hayamos luchado contra ello—. Shein volvió a buscar la fina piel de su pecho entre las capas de tela de su vestido—. Nos pertenecemos.

—Yo no te pertenezco —replicó altanera, aunque no podía estar más de acuerdo. Así había sido siempre, incontenible, explosivo, como si dentro de ellos habitasen dos seres hechos puramente de energía y deseo que solo tenían que presentirse para abandonar sus límites corpóreos; como si la piel y la razón no pudieran contenerlos.

«Mi amor», el pensamiento la golpeó con fuerza.

No. No. No podía permitirse aquello.

—Detente —ordenó.

En lugar de eso, él volvió a besarla con ardor y la envolvió entre sus brazos para acallar aquellas subversivas protestas. Lo hacía a menudo, cuando discutían por algún motivo estúpido. Sabía muy bien como despistarla de sus propósitos y desposeerla de su voluntad.

—No, no, no.

Al fin consiguió apartarlo, empleando toda su fuerza. Le empujó por los hombros hasta enfocar los ojos en los suyos. Era la viva imagen de la lujuria frustrada; jadeaba y la fulminaba con la mirada, aunque se cuidó muy bien de manifestar su enfado por la interrupción.

—Virgen santa. Acabarás conmigo —se limitó a decir.

—¿Era esta la conversación que tanto empeño ha puesto en mantener, milord? —Rehízo las defensas todo lo rápido que pudo y volvió a colocar entre ellos las barreras del trato formal.

—No. No me acuses por esto. No te he traído para seducirte. Es algo que no puedo controlar —aseguró con la respiración aún agitada y los labios deliciosamente hinchados.

—Y el motivo por el que me niego a estar a solas con usted, milord. Siempre acabamos igual —dijo con falsa indignación—. Me convence para hablar, pero acaba empleando sus tácticas de manipulación conmigo.

—¿Manipulación? ¿Yo? Pero si eres tú la que soborna criados y me pone en cuarentena. Y no creas que no me doy cuenta de que ahora intentas hacerte la damita ofendida para que me sienta culpable.

«Conque esas tenemos, ¿eh?», Hannah no estaba dispuesta a ceder terreno.

—Es que debería sentirse culpable. Yo lo único que hago es protegerme, pero usted lo único que busca es meterse en mi cama.

—Eso no lo voy a negar —reconoció con la sonrisa torcida—, aunque no es lo único que quiero.

Hannah se indignó de un modo terrible por aquella arrogancia y sin poder evitarlo sacó las garras.

—Pues le puedo asegurar que se puede congelar el infierno antes de que vuelva a convertirme en su prostituta particular.

Con aquella bonita y contundente frase consiguió borrarle la estúpida sonrisa de superioridad de la cara. A cambio recibió una mirada plagada de ira, una que prometía represalias. Hannah no iba a amilanarse. No iba a montarle un numerito. Sus patrones no estaban tan lejos. Además, la furia no permitía espacio al miedo.

—Una cosa es que pueda ponerme tan caliente como...

Shein le tapó la boca con la mano antes de que pudiera terminar. Hannah podía ser muy soez y directa, y él ya había tenido oportunidad de comprobarlo en el pasado. La miró como si pudiera desmentir su mezquindad a fuerza de fulminarla con los ojos.

—Maldita seas. No hagas eso. No pretendas ahora hacerme creer que solo se trata de eso. Si quieres odiarme, hazlo, pero no conviertas esto en una farsa. No me mientas con esto.

«¡Tú me mentiste en todo!». Si hubiera podido lo hubiera gritado, pero no era la mano de Shein lo que se lo impedía, sino su propio orgullo. Jamás le dejaría saber hasta qué punto le había devastado aquel engaño, jamás le confesaría que se había permitido soñar y que había sufrido hasta querer morirse cuando supo que no era más que un peón en su partida de ajedrez.

—¿Es que no puedes perdonarme? —farfulló con los ojos negros tan vulnerables que a Hannah se le resquebrajó la ira y a él se le aflojó la mano—. Te juro por lo más sagrado que no iba a cumplir esas órdenes. Jamás te habría hecho daño. Solo le dejé pensar a aquel

estúpido que sí. No me importa lo que hicieras, ni quien fueras. ¡Eso es el pasado, maldita sea! ¿No puedes olvidarlo todo como intento hacer yo?

De repente, la aplastante realidad, esa que se había empeñado en ignorar durante los últimos quince minutos, le sobrevino encima como la copa entera de aquel árbol. Nada había cambiado. Shein la consideraba una maldita espía y aquella malsana obsesión había estado a punto de matarla. Lo que acababa de ocurrir no era amor, no era el perdón ni la redención. Solo lujuria. Aquel instinto animal que solo él sabía despertar.

Y, en el fondo, también entendía que él no tenía más culpa que ella en su desgracia. Estaba tan indefenso contra la pasión que bullía entre ellos como la propia Hannah. Incluso más, si era cierto que ese había sido el motivo por el que la había buscado todos esos años, Shein era otra víctima, la otra cara de la misma moneda.

No eran sus palabras de aquella noche lo que no podía perdonar, sino el daño irreparable que había sobrevenido después. La noche que la quebró para siempre.

—Puedo perdonarte en la misma medida en que tú puedes creer en mi inocencia —dijo derrotada—. Da igual que te perdone. Eso no cambiaría nada.

Shein la miró con el mismo desánimo que ella sentía y, por primera vez desde que llegó a Nymhouse, Hannah vio cómo su determinación se resquebrajaba.

—Hannah... —musitó dejando caer la frente contra la suya, sin que ella tuviera deseo ninguno de negárselo.

—Lord Redcliiiiiff. —La voz de *lady* Lauren les sacó de la burbuja en que se habían visto inmersos—. ¿Sería tan amable de sacar a mi doncella de detrás de ese árbol? Mi esposo dice que es poco decoroso y empieza a hacer frío.

Al menos, aquellas palabras consiguieron sacarles una sonrisa; una muy cansada y abatida.

—Vamos —Redcliff le tomó la mano, le dio un tierno beso en la punta de los dedos y después la soltó y salió para que *lady* Lauren lo viese.

La entretenida tarea de preparar el equipaje de *lady* Collington fue una ocupación muy agradecida por Hannah al día siguiente de su encuentro campestre con Shein. Intentaba concentrarse en la cantidad de detalles que no podían ser olvidados, en la correcta forma de doblar cada una de las prendas para que sufrieran las menores arrugas posibles durante el viaje. Y, a decir verdad, su mente se mantenía ocupada con esos menesteres, pero no podía ignorar la sensación de vacío que hacía mella en su estómago. No era tristeza ni rabia, estaba segura, no tenía la suficiente fuerza para ser molesta ni tampoco era incapacitante, sino más bien como una especie de agujeta dejada por el torbellino de emociones de los últimos días. Hannah se dijo que era una mezcla de resignación y de fatalidad.

No podría olvidar a Shein. Jamás. No podía odiarlo, ni tampoco evitar buscar su contacto a la menor oportunidad. Ser consciente de que había generado cierto tipo de dependencia

hacia él era un revés difícil de asumir, porque si en algo había luchado denostadamente había sido en su independencia, profesional y sentimental. Y, sin embargo, se hallaba en el punto en el que tenía que reconocer que no podía ni quería resistirse a él.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó Leslie Cleyton.

Había otras dos doncellas del servicio ayudándola a empaquetar todo el vestuario de su señora. Aún faltaban cuatro días para que se marcharan a Londres, pero el guardarropa de *milady* era tan extenso que necesitaba varias jornadas para mover toda la ropa que necesitaría para la temporada. Además, a Hannah le gustaba que todo se doblase con minuciosidad y que cada prenda fuera planchada antes de ser guardada. Las prisas no eran buenas en lo que al cuidado de aquellos costosos trajes se refería.

Por eso había aceptado la ayuda de las dos muchachas para seleccionar y disponer en los baúles todo lo que su señora pudiese necesitar en los próximos meses en Londres. Mandy Norton era un poco más pequeña que ella, pero muy bien proporcionada y atractiva. Leslie Cleyton, quien la miraba con los ojos marrones abiertos de par en par, era una ratita de campo, menuda y anodina.

—¿Qué? —respondió, sin recordar qué era lo que le había preguntado.

—Se ha quedado ahí parada, mirando a no sé qué lugar remoto... Diría que se le ha ido el santo al cielo —dijo la chiquilla sonrojándose—. Le he preguntado si necesitaba ayuda con los abrigos.

—Oh, eso. Sí, puede que tengas razón, pero el baúl de la señora está casi completo con estas últimas capas.

—Es por ese conde tan apuesto, ¿verdad? —preguntó la muchacha con ojos soñadores.

Hannah mostró su sorpresa por la audacia de la muchacha con un levantamiento de cejas y una expresión sorprendida. No es que la chica no tuviera razón, pero resultaba elocuente que una jovencita de dieciséis años encontrase atractivo a un hombre de casi cuarenta. Era el porte, se dijo, o quizá aquel cabello que empezaba a ser canoso pero que todavía tenía un vigor fascinante, aunque lo más probable es que la muchacha se sintiese atraída por la apabullante personalidad de lord Redcliff; el maldito hombre era capaz de hacerle temblar las rodillas a cualquier chiquilla con aquellas miradas penetrantes y sus demoledores silencios. La criada interpretó su callada respuesta como un error de cálculo por su parte y se disculpó de inmediato.

—Lo siento, señorita. No debería haber dicho tal cosa. Lo siento de veras. He sido una deslenguada.

—No creo que la señorita Hannah se ofenda —terció Mandy Norton—. No tienes que andar disculpándote por todo, Leslie. Pensarán que eres una pobre lerda. Es lógico que sientas curiosidad por la relación del conde con la señorita Lubrelle. Toda la casa siente esa misma curiosidad.

Hannah miró a Mandy con desaprobación por aquella respuesta descarada, e iba a contestarle cuando la propia Leslie salió en su defensa.

—Pero eso es asunto de la señorita Hannah, y nosotros no deberíamos cuchichear.

¿Así que el servicio cuchicheaba sobre ella? Vaya, por Dios. Pero si había intentado ser discreta.

—Bueno, no todos los días un aristócrata anda tras las faldas de una doncella. Es todo un acontecimiento. ¿Te imaginas que la señorita Hannah acabe casada con un conde?

—Eso no... —Hannah se sintió impulsada a intervenir, pero las muchachas estaban demasiado enfrascadas en su conversación para escucharla.

—No te burles de mí, Mandy Norton. Hasta yo sé que un conde no se casaría con una doncella.

—Pero podría convertirla en su amante. ¡Sería escandaloso y delicioso! —dijo entusiasmada, mientras Leslie, escandalizada se tapaba la boca con ambas manos.

—¡La señorita Hannah no haría eso! —protestó.

—Yo... —balbuceó la aludida, con incredulidad. ¿Acaso olvidaban que estaba allí mismo? ¿Se había vuelto invisible?

—Pues yo me iría con él al fin del mundo. Estaría más que dispuesta a que un hombre como él me solucionase la vida y me colmase de caprichos —dijo con un suspiro soñador.

El acceso de celos porque aquella fresca de Mandy Norton deseara a Shein fue la gota que colmó el vaso.

—¡Suficiente! —chilló, al tiempo que fulminaba a Mandy con los ojos—. Te aseguro que no querrías esa vida, muchacha tonta, y cuídate mucho de ir diciendo ese tipo de sandeces por ahí o de insinuarle a los hombres para conseguir un protector. Podría salirte mucho peor de lo que piensas.

—Lo siento —dijo Mandy con aire contrito.

—Yo también lo siento, señorita Lubrelle —añadió una compungida Leslie—. No debí mencionarlo.

—Tranquila, Leslie. Es cierto que no deberías cuestionar a nadie sobre asuntos privados, pero entiendo que te despierte la curiosidad. Mi talante distraído se debe a que no me gustan nada los viajes tan largos, y no me apetece viajar con amenaza de lluvia. El conde de Redcliff es solo un invitado de los señores, y no deberíais chismosear sobre él, porque, además, os aseguro que no hay nada entre ese señor y yo —mintió—. Y, ahora, bajad esas sombrereras al vestíbulo y pedidles a cuatro lacayos que vengán a bajar estos dos baúles.

Leslie y Mandy lo hicieron de inmediato y Hannah se dedicó a guardar las últimas prendas en el baúl de *lady* Lauren. Aquel amago de vacío en su estómago volvió con fuerza y amenazó con sacarle algunas lágrimas que se negó con obstinación a verter. En unos días abandonarían Nymphouse, y lord Redcliff desaparecería de su vida. Podía ir a visitarles en Londres, obviamente, pero las doncellas no coincidían con las visitas del té o con los

invitados a cenar. En Londres podría desintoxicarse de él. Sí, así ocurriría. Solo tenía que aguantar unos días más y después todo volvería a la normalidad.

Capítulo 13

—¿Ha conseguido algún avance? —preguntó Belwin desde la puerta de la biblioteca, donde Shein se encontraba escribiéndole una carta a su administrador.

Se había propuesto planes ambiciosos para sus propiedades y, puesto que andaba inmerso en el proceso de conseguir que Hannah aceptase ser su condesa, no podía dedicar el tiempo que le gustaría a sus proyectos financieros.

—Cierra la puerta. —Belwin ya lo estaba haciendo cuando buscó con su mirada al ayuda de cámara—. Si te refieres a los motivos de Stonelake para buscarla, no. No he hecho ningún avance.

Había llegado allí con la intención de ganarse la confianza de la muchacha y averiguar qué motivos podía tener el barón para querer localizarla, pero le había faltado valor para explicarle que no había sido el único que andaba buscándola. No sabía si Stonelake era una amenaza para ella o un rival para Shein, pero algo se le retorció dentro al pensar en contarle que aquel hombre con el que había convivido, que había estado prendado de ella, andaba cerca.

—¿Y respecto a su... condesa? —Tuvo el atrevimiento de preguntar.

Shein le fulminó con la mirada y esa fue toda la contestación que el hombre necesitó para darse cuenta de que se había extralimitado. Los avances que Shein hiciera en su propósito de convertir a Hannah en su esposa entraban en el ámbito privado de su vida y bajo ningún concepto permitiría que fuera objeto de chisme entre sus empleados.

—¿Hay noticias de Stevenson? —preguntó en cambio. Shein llevaba varios días deseando en silencio que Stonelake se aburriese de buscar bajo las piedras.

—Me temo que no le van a gustar.

Se tensó como la cuerda de un laúd sin poder evitarlo. Odiaba estar fuera de juego, retirado en el campo sin poder tomar parte de la acción. Ya que había encontrado a Hannah no había ningún motivo por el que no pudiera eliminar a esa rata de la faz de la tierra. Debería haberse ido a Londres de inmediato y encargarse de él. Pero no había sido capaz de alejarse de ella después de tantos años separados, y ahora se iba a arrepentir, porque estaba seguro de que no quería oír lo que Belwin tenía que contarle. No obstante...

—Suéltalo.

—El barón ha visitado en persona la vivienda de los vizcondes de Collington en Londres.

—Merde...

La había encontrado. Maldición, ¿cómo demonios la había encontrado? El hombre había salido de Norfolk sin un miserable dato acerca de ella.

Shein le había visto salir furioso aquella tarde de la casa de la señora Ashley Birmer y ordenar a tres matones que registraran toda la zona. Incluso había puesto vigilancia para averiguar quién entraba y salía de la destartalada propiedad. Él había tenido que esperar, bien entrada la noche, a que el hombre apostado en la fachada de enfrente se cansase de clavar los ojos en la puerta de madera y se distrajese con las jovencitas que empezaban a deambular por la calle para poder introducirse en la casa por una ventana lateral.

Cuán inmensa había sido su sorpresa cuando la señora Birmer le había relatado lo que aquel «engreído sabidillo» había ido a buscar allí.

—La cosa va mejorando. —Había dicho la mujer de avanzada edad con una sonrisa pícara al encontrarlo apoyado sobre la mesa de la cocina—. Los hombres que me visitan son cada vez mejor parecidos. Iba a cenar unas gachas, ¿quiere?

—Será un placer acompañarla. —Había accedido porque la señora parecía encantadora, porque tenía que camelársela y porque no había comido nada desde el almuerzo.

—¿Qué buscaba ese hombre que ha venido esta mañana? —Shein esperó a haberse terminado las gachas y contarle parte de su vida a la afable mujer antes de ir al grano.

—¿Y por qué debería contárselo?

—Le seré sincero —dijo con aquella sonrisa que había cultivado y perfeccionado para seducir señoritas—. Ese hombre es un asesino y estoy empeñado en que pague por todos sus crímenes.

—¿Crímenes, dice? —La señora Birmer había empalidecido al escuchar la acusación.

—Es un hombre despiadado, mi querida señora. Y mi único propósito en la vida es verlo balancearse de una soga.

—Dios mío. Mi Elisabeth.

Shein recordaba perfectamente cómo se le había parado el corazón. La vista se le había nublado y por segundos enteros había perdido la noción de la realidad. Cuando fue capaz de volver a articular una palabra, cuando su mente hizo las conexiones necesarias, Shein le rogó durante lo que parecieron siglos a aquella asustada mujer para que le contara cualquier cosa que supiera sobre Elisabeth. Al principio se había negado, incluso le había pedido que se fuera, pero cuando Shein le puso al tanto de los crímenes de Stonelake y del daño que podría hacerle a la señorita Cheever, a la anciana no le quedó más remedio que acceder. Para tranquilizarla, le dijo que él apreciaba a Elisabeth, que la había buscado durante años, que la protegería. Y así fue como descubrió que ella había regresado aquel invierno de 1809 a Inglaterra, que se había marchado a Londres a servir y que había tenido la suerte de encontrar a una familia, los Malone, que la trataban muy bien.

Había salido de aquella casa en un estado de confusión y euforia que le habían impedido dormir durante noches, sin poder creerse que el destino le hubiera permitido encontrarla y preguntándose con inquietud cuál era el motivo por el que Stonelake también la buscaba.

Finalmente, él la había encontrado. Quizá por culpa suya.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó en tono iracundo—. ¿Qué diablos ha descubierto?

—No lo sabemos con exactitud. La carta de Stevenson no ofrece muchos datos. Al parecer tiene un grabado de ella. Alguien la habrá reconocido, supongo.

—¿Y ahora sabe que está aquí?

—No lo creo. Stonelake no se ha movido del Redbury. Supongo que habrá preguntado por los Collington y que el mayordomo no ha querido decirles dónde están. Ese tipo no despierta confianza, precisamente, y el servicio del vizconde es muy discreto, tanto el de aquí como el de Londres.

—Eso precipita nuestros planes, entonces. Tendremos que marcharnos a Londres mañana mismo. Prepáralo todo y déjame solo, por favor.

Shein bullía de rabia y frustración. Había llegado a abrigar la esperanza de que Stonelake no consiguiera averiguar nada y se rindiera, que desapareciese de sus vidas para siempre y que Hannah nunca tuviera que volver a recordarlo. Todo eso había quedado en una vana ilusión.

Media hora y dos vasos de *bourbon* después, Shein Dereford estaba mucho más calmado, su confianza más restituida y su determinación meridianamente clara: tenía que eliminar a Stonelake.

Llevaba varios días dándole vueltas al asunto y creía tener el modo de deshacerse de él sin demasiada alharaca. Lo que le gustaría en realidad es poder llevarlo ante la justicia por todos sus crímenes, pero después de años de investigarle y perseguirle, no había obtenido pruebas fehacientes que demostrasen su implicación en el delito de alta traición. Sabía cómo ocultarse, eso no se le podía negar.

Lo que Shein Dereford se estaba planteando no era muy ortodoxo, pero, dados los problemas que había generado ese hombre y los que todavía intentaba provocar, tenía que desechar cualquier escrúpulo para poner a salvo a Hannah.

No sería el primer criminal que ingresaba de forma clandestina en un barco prisión con destino a Australia. Shein tenía los contactos necesarios en uno de esos barcos para conseguirle un pasaje a Stonelake y pensaba utilizarlo.

Viajaría a Londres el día siguiente, lo buscaría y lo metería en el primer navío que saliese de Inglaterra. Estaba decidido. Con ese plan en mente cerró los ojos y se dejó mecer por sus instintos vengativos hasta que un fuerte trueno le despertó.

Era una suerte que hubiera empezado a llover después del mediodía. Los Collington y los Riversey habían decidido viajar esa misma mañana a Chatham. El primo de lord Collington,

el capellán, volvía a casa, y todos habían acordado que sería encantador ir a hacer una visita a la tía Mirthe.

Habían salido muy temprano para las costumbres inglesas (después del desayuno) con la intención de almorzar en casa de los Miller y estar de vuelta para la cena, pero dado el chaparrón que estaba cayendo desde hacía dos horas, tendrían que quedarse a pasar la noche.

Era una tormenta más propia del verano que de comienzos de año. El estruendo de los truenos era tal que incluso Shein sentía un pequeño regocijo en el estómago cuando la biblioteca en la que se hallaba quedaba iluminada por la luz del relámpago y luego sentía cómo toda la estancia retumbaba al llegar el sonido.

El agua golpeteaba contra los cristales y los ladrillos, contra el empedrado del patio y las tejas grises del techo de Nymhouse, creando una atmósfera sonora que le trajo al recuerdo otras tardes en París.

Cerró los ojos de nuevo y, ayudado por el efecto del *bourbon*, evocó el rostro de Hannah, perlado de sudor bajo su cuerpo. Pudo escuchar de nuevo el sonido de sus jadeos por encima de la lluvia, los susurros en el oído cuando le pedía que le hiciera el amor de una vez. Adoraba el modo en que ella le sujetaba las nalgas y levantaba sus caderas para exigir que la tomase, adoraba el gemido de triunfo que escuchaba cuando lo hacía.

Los días de lluvia no había forma de sacarla de la cama. Ambos sabían que podía llegar tarde en aquellas ocasiones, que nadie esperaba que deambulase por París en medio del aguacero para coger una pulmonía. Y pasaban todo aquel tiempo entre las sábanas de su pequeña pieza alquilada. Tocándose, amándose.

Incluso con la certeza culpable de estar engañándola, aquellos eran algunos de los momentos más felices que Shein podía recordar en su vida. Hannah riendo y tirándole de la ropa para desnudarlo, Hannah montada sobre sus caderas tomándolo a su ritmo y manera, Hannah dormida sobre su pecho y con las piernas enredadas con las suyas. Su perfume, que siempre asociaba en los recuerdos al olor de la tierra mojada.

Shein tomó un último trago de su vaso de *bourbon* para sofocar el pequeño acceso de tristeza que le sobrevino. Empezaba a hacerse mayor y a creer que cualquier tiempo pasado fue mejor. Era muy propia la nostalgia de la gente mayor.

La necesitaba. Tenía que recuperarla a cualquier precio. Los recuerdos de aquellas noches le atormentaban, se repetían en su mente una y otra vez, como una advertencia de lo que no podía permitirse perder. Era la única mujer para Shein y no iba a renunciar a ella por nada del mundo.

¿Estaría observando la lluvia en ese momento?

Se levantó del sillón y, sin analizar mucho la idea, enfiló el camino hacia la habitación de Hannah. Los criados a los que encontró no le siguieron, habían dejado de hacerlo en los

últimos días, quizá porque ella ya no temía encontrarlo como antes. Debería. Shein Dereford solo le estaba dando una tregua.

Cuando llegó al pasillo del servicio se topó con una jovencita de apenas dieciocho años que iba cargando con un cubo y unos trapos. Casi tropieza con ella. La sujetó por el brazo para evitar que pudiera caerse y al elevar los ojos se le quedaron clavados en el cuello de la muchacha.

Se le detuvo el corazón por un segundo, sin poder dar crédito a lo que veía.

—¿De dónde has sacado ese collar?

Lo llevaba bien oculto bajo el cuello del vestido, pero este le quedaba un poco grande y al tirar Shein de la prenda, había dejado al descubierto la tira de perlas blancas. El rostro de la chiquilla se demudó de pánico.

—Es mío, milord. ¡Lo juro!

—¿Quién te lo ha dado? —exigió al tiempo que aumentaba la presión sobre aquel brazo regordete.

—Le juro que no lo he robado. ¡Es mío! —insistió, tozuda.

—Eso ya lo has dicho. Quiero que me digas por qué lo tienes tú. ¿De quién procede? Vamos, muchacha.

—No puedo, milord —gimió ella—. Por favor, por favor, suélteme.

Shein lo hizo. La soltó y dejó que la muchacha se zafase de su mano. Ella cogió rápidamente el cubo y soltando una ristra de «lo siento» se alejó por el pasillo hasta la última habitación.

Shein se paró con toda la rabia contenida frente a la puerta del dormitorio de Hannah. Golpeó varias veces y después abrió. No estaba allí. Llevado por la furia dio un puño contra la puerta que la estampó contra la pared e hizo salir asustada a una chica joven de la habitación de enfrente. La joven le miró primero con horror, pero al reconocerlo esbozó una sonrisa simpática y le hizo una pequeña reverencia.

—Lord Redcliff...

—Disculpe si la he asustado —dijo arrepentido—. Estoy buscando a la señorita Lubrelle.

—Puede que esté en la habitación de *milady* con los preparativos del equipaje —le explicó con las mejillas sonrosadas. Para ella debía ser todo un acontecimiento que un lord subiese a la buhardilla a buscar a una doncella.

—Ah, sí, cierto. Los vizcondes viajarán en unos días, ¿no es así? —Lo que significaba que Shein tenía poco tiempo para localizar a Stonelake y asegurarse de sacarlo de circulación antes de que la familia regresara.

—¿Quiere que vaya a buscarla, milord?

—¿Qué? —dijo Shein distraído—. Oh, no. Yo mismo la localizaré. Gracias, señorita...

—Norton. Mandy Norton, su señoría.

—Gracias, señorita Norton.

Shein llegó a la puerta de los aposentos de *lady* Collington. Giró el picaporte de porcelana con mucho cuidado y se asomó por la rendija que quedó entre las dos hojas. Hannah estaba asomada a la ventana. Observaba la furiosa tormenta que se había desatado tras el almuerzo y que había ennegrecido por completo el día. A ella le gustaba observar la lluvia. Por un momento, se sintió completamente hechizado. Se olvidó de Stonelake, del collar, del pasado; olvidó que ella era una doncella y que él le había hecho daño. En aquellos preciosos segundos, solo existió esa delicada mujer que parecía una acuarela ante sus ojos.

—Te siguen gustando las tormentas —dijo al tiempo que abría la puerta por completo.

Pasaron unos segundos de silencio sin que se oyese otra cosa que el clamor de la lluvia.

—Parece como si Dios se enfadase con nosotros y rompiese el cielo solo para demostrarnos que está ahí —murmuró con aire ausente.

Shein entró en la habitación y cerró la puerta sin apartarse de ella. Se apoyó y se quedó mirando el perfil de Hannah recortado contra la luz que proyectaba una única lámpara de aceite sobre una cajonera alta. Desde fuera solo entraba oscuridad. Parecía tan vulnerable, con los brazos envueltos alrededor de su cintura, tan inocente y joven como la chica que había conocido en París. Temía asustarla, pero la rabia que había sentido al ver el collar de perlas envolviendo el cuello de aquella insignificante muchacha volvió a hacerse presente.

—Dime, querida, ¿cómo una simple fregona de Nymhouse puede permitirse un collar de perlas igualito al de mi madre?

Hannah se volvió con una expresión estupefacta en el rostro. Inspiró hondo un par de veces y luego la sorpresa de su cara dio paso a la fatalidad.

—No me dijiste que fueran de tu madre.

—Pues lo eran.

—¿Y cómo iba yo a saberlo? —explotó—. ¿En qué estabas pensando? Hay que tener poco juicio para regalarle una joya familiar a una mujer insignificante como yo.

—¡Tú no eres insignificante! —bufó con la paciencia diluyéndose en la furia—. Y en su momento me pareció una buena idea. ¿Cómo iba a imaginar que te desharías de él? ¿Qué clase de mujer regala el presente de un hombre a otra persona?

—Una que está harta de que la manipulen, ¿quizá? —Se atrevió a decir con los brazos puestos en jarras.

—¡No intentaba manipularte!

—¡Ja! No nací ayer, ni me crie como una de esas tontas muchachitas que harían cualquier cosa por que un hombre las cubra de chucherías mientras ellas le calientan la cama —exclamó en aquella postura tan maternal—. ¡No puedes comprarme!

—Maldita seas. ¿Es que siempre tienes que pensar lo peor de mí? —contestó indignado, dando un paso hacia ella.

—¿Acaso no pretendías embaucarme? —gritó furibunda—. ¿No pensaste que esas perlas me ablandarían?

—¡Quería que tuvieras algo mío! —gritó también, avanzando hasta que solo un palmo separaba sus narices—. Quería...

—¡Marcarme como al ganado! ¡Eso es lo que querías!

Shein se quedó de piedra cuando Hannah, además de soltarle esa lindeza, le dio un fuerte empujón en el pecho. Con aquel rostro iracundo, con los ojos azules tormentosos y encendidos por la rabia, con las mejillas rojas de encono y la respiración jadeante le pareció la cosa más hermosa y sensual que había visto en toda su vida y se dispuso a hacer realidad lo que llevaba ocho años soñando.

Capítulo 14

La transformación en el rostro de Shein unida a la postura rígida de su cuerpo, hizo retroceder a Hannah un paso. Su propio enfado se disolvió en gran medida ante aquella expresión pétrea. Existía una línea muy fina que separaba lo aceptable de lo excesivo, y ella la había sobrepasado. Se había alejado tanto de esa línea que no podría volver a ella, aunque quisiera. «Ay, Dios», Shein parecía tatuado en piedra. Avanzó hacia ella el paso que les separan tras el empujón; su rostro, una máscara inescrutable. Hannah creyó que se le descompondría el estómago por un sinfín de emociones latentes que no sabía diferenciar. Había temor, sí, pero estaba sepultado bajo capas de sensaciones más turbulentas. Se irguió como pudo y lo esperó, siendo consciente del poder que exudaba aquel cuerpo mientras se le acercaba.

—Marcarte —repitió él con voz ronca y oscura, casi pegado a su cara—. No imaginas los aspectos en que me gustaría marcarte.

Cualquier mujer más ingenua se habría desmayado de miedo, tal era la ferocidad de la cara que la enfrentaba; pero Hannah conocía a ese hombre. Cierto que habían pasado muchos años, sin embargo reconocía las líneas tensas junto a las comisuras de su boca, el brillo encendido de esos ojos negros, la inflexión exacta del arco de sus cejas que anunciaba sus emociones. Cualquiera otra mujer solo habría notado la furia, pero ella sabía interpretar más allá.

Por eso no se sorprendió cuando dos manos fuertes y cálidas envolvieron su rostro mientras el tiempo parecía ralentizarse. Los labios del conde de Redcliff fueron suaves e inquisidores, dolorosamente tiernos y con un ligero sabor a licor cuando la tocaron. Frotaron los suyos con una erótica exigencia, arrastrando la caricia de una comisura de la boca a la otra. Él se tomaba su tiempo, la saboreaba y la debilitaba; Hannah no supo o no quiso hacer nada por detenerlo.

Si había llegado a sentir algo de miedo, segundos antes, toda esa emoción se había transformado en un furioso anhelo en el mismo instante en que sus palmas le habían arropado el rostro. Oh, qué sabor tan prodigioso era el de aquel hombre, qué deleite recorría su cuerpo ante el toque de sus manos. La pasión despertó en cada fibra de su cuerpo, como si hubiera estado encerrada durante eones en la caja de Pandora, junto a todos los males del mundo, viciada de ellos y desesperada por volver a respirar el aire.

Hasta el punto de que aquel apacible beso merodeador empezaba a crispar su paciencia. ¿Por qué se refrenaba? Shein no era un hombre delicado ni gentil, nunca había sido apocado ni lento. Casi desde su primer encuentro, había sido voraz y dominante, no rudo, pero sí intenso y decidido. Quería eso, decidió. Quería que le hiciera el amor como si el mundo fuera a consumirse antes de que ellos pudieran llegar a amarse lo suficiente.

Se separó un segundo y miró alrededor. Estaban en el dormitorio de su señora, pero ella jamás lo utilizaba más que para vestirse, pues dormía desde el primer día en la habitación del vizconde. No era el mejor lugar, pero Hannah tomó su decisión. ¡Se sentía tan eufórica! Allí estaba él, con la respiración agitada, los dulces ojos negros encendidos, las mejillas ruborizadas por el deseo, y una expresión de ternura que no se correspondía con los instintos que acababan de despertar en ella. Le dirigió una mirada decidida, y ese fue todo el aviso que le proporcionó.

Con descaro, le lamió primero el labio inferior y después el superior. Disfrutó del estremecimiento masculino, pues sabía que Shein pocas veces dejaba traslucir sus debilidades, y se prometió que obtendría muchos más esa tarde.

Dejó que una de sus manos se posase sobre el pecho masculino y fuera descendiendo hasta la cinturilla del pantalón, mientras sus dientes apresaban el labio inferior de Shein, que era ligeramente más grueso que el otro. Él cerró los ojos y gruñó, pero no hizo nada para detenerla. Parecía decidido a mantener impertérrito, pero sus esfuerzos se vieron reducidos a ceniza cuando Hannah acarició su pene por encima de la tela del pantalón y lo apretó con firmeza. Nada podía detenerla de su objetivo de provocarlo hasta que perdiese ese dominado control.

Las manos de él, que aún tenía envueltas alrededor de su rostro, la sujetaron con decisión y Hannah perdió toda noción de la realidad cuando Shein tomó la propiedad de su boca. Sintió su lengua caliente invadirla, con un matiz de desesperación que le supo a gloria. Las estocadas largas y profundas de su lengua le daban tal sensación de mareo que se perdió en el beso durante minutos, hasta que sus manos recordaron seguir explorando aquel cuerpo robusto y cálido. Frotó la erección de Shein con la yema de sus dedos mientras la otra mano viajaba a los botones de su camisa, que desabrochó para poder introducirse y tocar la piel caliente de su pecho.

Shein debió recordar que él también tenía botones a su alcance y con frenética demanda comenzó a tirar de los que había en la delantera de su vestido, desde la base del cuello hacia abajo.

—Oh, señor —gruñó Shein.

Hannah se sintió orgullosa de hacerle perder la calma, mientras él seguía tironeando de los botones hasta que llegó al de la cintura y le separó ambas partes del vestido, sin dejar de arrasar su boca en ningún momento. Tiró con bastante fuerza del corsé y la camisola, hasta que Hannah pudo notar como una palma abierta y cálida le envolvía un pecho.

«Oh, señor. Nada es como esto», gimió en silencio.

La sensación de ser tocada por él era la gloria en la tierra. No había un placer comparable. Negarlo había sido la cosa más estúpida que jamás había intentado.

Shein se desprendió del beso con fiereza y la miró con tanta intensidad que Hannah pensó si estaría haciendo algo mal. Mantuvo un brazo alrededor de su espalda y pasó el otro por detrás de sus rodillas hasta cogerla en vilo, como un esposo carga a su esposa en la noche de bodas.

Una emoción turbia y cálida le inundó el pecho mientras él la conducía a la cama y le susurraba lo preciosa que era contra la curva del cuello. Su aliento allí la hizo estremecerse e inundarse de una ternura que no tenía nada que ver con la fiebre que había sentido unos segundos antes. Oh, aquel hombre la desbarataba.

Shein la depositó con delicadeza sobre el colchón de plumas y con una rodilla hincada junto a ella la observó en una especie de fascinada contemplación. Sus ojos recorrieron su figura desde los tobillos, que ella sabía que estaban al descubierto, hasta los botones abiertos de su vestido y los pechos expuestos por encima de la tela de su camisa interior.

—Me embelesas —musitó.

Cerró los ojos con un gesto de contención y comenzó a desabrocharse la camisa y a desprenderse de ella. Hannah sintió renacer el hambre al contemplar aquel pecho esculpido que había perdido un poco de su firmeza con los años, pero que seguía provocando en ella los más prohibidos pensamientos. Quería besar y lamer toda esa piel, delinear con la lengua cada músculo y contorno.

Se incorporó y se lanzó a cumplir sus deseos al mismo tiempo que sus manos volaban hasta la cinturilla del pantalón que cubría el resto de aquella anhelada anatomía.

Shein le tomó la cabeza entre las manos con un gruñido de rendición y la dejó explorar un rato, pero cuando Hannah estaba a punto de alcanzar la piel más allá de la tela del pantalón, la sujetó con fuerza y la obligó a separarse.

La observó durante unos segundos, metió una mano por debajo del pelo, la sostuvo por la nuca y la atrajo hasta unir ambas bocas. La besó con ternura, aún con un pie en el suelo y la rodilla contraria sobre la cama, inclinado sobre ella como un águila sobre un ratón de campo. Después, empleó sus manos en la difícil tarea de desprender de su cuerpo el vestido de manga larga mientras seguía entreteniéndola con aquellos besos mitad ávidos mitad dulces, hasta que estuvo desnuda de cintura para arriba.

La boca abandonó la suya y la mano la empujó hacia el colchón, colocada bajo sus pechos. Se tumbó sobre ella y capturó de nuevo sus labios durante un breve instante en el que todos sus pensamientos volvieron a disolverse.

Notó que el peso de Shein recaía sobre un lado y que con la mano contraria descendía hasta sus tobillos para levantarle la falda.

La boca también imitó ese descenso, dejando caer besos y roces de los dientes por su cuello y por aquel punto tan sensible sobre su clavícula que solo Shein, en sus treinta años de vida, había sabido localizar y estimular. Se entretuvo allí hasta que consiguió alcanzar con aquella mano inquisidora la curva de su nalga, que había estado buscando denodadamente entre las enaguas y el vestido.

Hannah emitió un suspiro de placer y se maravilló por lo que aquel gesto posesivo le hizo sentir. Cuando Shein la tocaba así despertaba una suerte de lujuria incontrolable en ella.

—Dios, por favor, Shein, quítame este maldito vestido de una vez. —Quería notar toda aquella piel cálida y masculina fundirse con la suya. Quería envolver las piernas alrededor de aquellas caderas y experimentar la dicha de ser llenada de nuevo por él.

Shein se separó un segundo de la piel de su escote y esbozó una sonrisa satisfecha sin siquiera elevar la vista hacia ella. En lugar de eso se aproximó a su pecho, dejó caer primero su aliento cálido...

—Espacio, Hannah...

Y después un soplo enloquecedor de aire helado de su boca.

—Suave y bonito, preciosa.

Los labios cubrieron por completo el pezón y Hannah se retorció con angustia bajo el cuerpo de su amante, con las piernas bloqueadas por las capas de tela y el peso de él.

Aquel tono tranquilo, la agonía de placer que le provocaba esa lengua y la frustración por no poder obtener el desenfreno que quería de él, le vapulearon una plétora de sensaciones incontrolables que se manifestaron en un grito angustioso.

—Por favor —suplicó a su torturador, que lo único que hizo fue pasar a castigar el otro pecho al mismo tiempo que recorría con los dedos la parte interna de sus nalgas.

Estaba cerca, muy cerca del punto donde Hannah sentía que confluía toda su desesperación y necesidad, pero no alcanzaba o no deseaba tocarla todavía. Ella lo necesitaba, necesitaba que la tocara y calmara el fuego que la estaba volviendo medio loca. El muy canalla había vuelto a girar las tornas y a ponerse al mando. Intentó rebelarse para recuperar algo de control y obtuvo un gemido muy satisfactorio de Shein cuando logró envolver su mano alrededor de la erección que pujaba contra los pantalones.

Él no la detuvo, la dejó seguir explorando e incluso se permitió un vistazo a su rostro, satisfecho al parecer con la expresión de triunfo que encontró allí.

—Oh, cielo. Eso me gusta. Me gusta mucho —dijo justo antes de apoyarse sobre su codo libre para observarla. Cerró los ojos con deleite y sacó la mano de debajo de su falda. La puso sobre su cintura y fue subiendo por su torso hasta envolver un pecho.

Hannah se retorció de placer y frotó con más brío el pene de Shein que cada vez se sentía más duro e hinchado, lo que hizo que él gimiera y tomara entre los dedos índice y pulgar el brote erecto de su pezón. Lo apretó y lo hizo rodar entre sus dedos para desesperación de Hannah, que no creía poder soportarlo mucho tiempo más. Tenía que distraerlo, pensó, y se

dedicó a pelearse con las presillas de la cinturilla del pantalón porque necesitaba más, necesitaba el tacto, el calor y la tersura que tantas veces había recordado en sueños.

Shein la observaba con expresión diabólica y la dejaba hacer mientras seguía entretenido con aquel lastimoso pezón que no dejaba de mandar descargas de hambre a la unión de los muslos de Hannah.

—Maldito hombre... —gimió justo en el momento en que al fin pudo rodear el pene con sus dedos.

—Oh, Dios —exclamaron ambos con los ojos cerrados.

Era glorioso sentirlo de nuevo y para él también lo era, porque detuvo sus pellizcos y se movió un poco para dejarle espacio a sus decididos movimientos. Hannah lo aprovechó de inmediato y se hizo un hueco en los pantalones para recorrer de arriba a abajo aquella fuente de placer. Shein dejó caer la frente entre sus pechos y gimió.

—Eso es el cielo, preciosa. —Su voz sonaba gutural, cavernosa.

Era el momento de Shein. «Es el sueño de todo hombre», le había explicado una vez. Nada complacía más a cualquier varón sobre la tierra que las manos y la boca de una mujer adorando su miembro. Y ella estaba decidida a complacerlo.

Palpó con mucho cuidado la punta erecta y comenzó una lenta fricción que sabía que lo enloquecería. Hannah adoraba aquella piel tan fina y delicada. Le parecía la única cosa vulnerable que alguna vez había tenido el hombre que gemía contra sus pechos, la única porción de poder que ella había obtenido como mujer. Cuando Hannah era quien le proporcionaba placer a él, Shein se convertía ante sus ojos en un ser sumiso que suplicaba por la liberación, un súbdito dispuesto a dejarse llevar por cualquiera que fueran sus más oscuros deseos.

—A mí también me gusta. Me encanta lo suave que eres aquí.

Hannah notó una euforia recorriendo cada vena de su cuerpo y el calor le fundió las entrañas al recordar la placentera agonía que era tenerle dentro. Sin ser consciente de ello, reprodujo con sus manos los movimientos de esa unión tan anhelada.

Shein maldijo y jadeó con fuerza. Acto seguido rodeó uno de sus pechos y se lo introdujo con fiereza en la boca. Lo absorbió y lo lamió con fruición, lo que hizo a Hannah incrementar las caricias.

Shein se separó y rugió su aprecio.

—Eres una auténtica sirena —la acusó justo antes de sujetarle la muñeca y obligarla a parar.

Hannah refunfuñó por el gesto y él se echó a reír.

—No puedo darte ni un pequeño margen de dominio porque lo arrasas todo.

Aún riéndose, se incorporó y se levantó de la cama. Sujetó la cintura de sus pantalones y se sacó los zapatos con la punta del pie contrario para después terminar de bajar la tela que

lo cubría y mostrarse ante ella en todo su esplendor varonil. Era imponente con aquellos muslos tan gruesos y aquel magnífico pene apuntando hacia ella.

—¿Vas a dejar de torturarme por fin? —preguntó con tono juguetón.

Él se acercó y con un par de tirones se deshizo de las faldas y las enaguas. Solo quedaron las pantaletas. Shein se inclinó y besó su pubis por encima de la tela, dejando salir todo su aliento e infundiendo un calor en Hannah que no hacía más que incrementar el que ya la quemaba. Pronto las pantaletas también fueron retiradas y entonces a Hannah solo le quedaron las medias y los zapatos.

Shein se retiró y tomó uno de sus pies, deshizo la lazada de los cordones y dejó caer el zapato al suelo, bajó la media y también la lanzó al suelo con lenta parsimonia.

—Nunca dejaré de torturarte... —Y sonó como una promesa.

Siguió retirando el otro zapato y la media. Después besó el puente de su pie e hizo que Hannah se arqueara como un gato. Con una sonrisa felina se tendió sobre ella y le susurró al oído:

—... pero he esperado esto durante ocho años. Lo he soñado miles de noches, me ha atormentado días enteros y voy a disfrutar de cada segundo.

Haciendo honor a ese juramento, tomó su cara entre las manos y ayudándose de los pulgares le abrió la boca para recibir un beso impregnado de ternura. Saboreó la fina piel de los labios y arrastró los dientes por ellos. Hannah temblaba por el sinfín de emociones que latían justo debajo de la piel. Notaba el leve fulgor de un anhelo que iba mucho más allá de la necesidad física. Y sí, también deseaba recuperar todos aquellos años de ausencia de caricias.

Enredó los dedos en su cabello y le obligó a profundizar el beso. Se adentró con su lengua y encontró la de Shein. La lamió y saboreó, al tiempo que elevaba las caderas para aumentar el contacto. Podía notar la erección masculina contra la parte interna de su muslo y se frotó contra ella.

—Bruja —la acusó él con una sonrisa oscura bailando en su voz. Se apartó lo justo para mirarla de arriba a abajo y reprodujo ese movimiento con una mano, desde su garganta hasta que se cerró sobre su sexo—. ¿Me necesitas dentro, cielo?

Aquello la hizo gemir de ansiedad. De pronto, sintió vergüenza y le miró completamente desvalida. Le necesitaba de tantas formas que ni siquiera podría empezar a explicarlo. Le acarició las sienes y sintió tal ternura que los ojos se le cuajaron de lágrimas.

—Mi preciosa muchacha —dijo entonces Shein, dándose cuenta de su apuro.

Se colocó encima de ella con exquisito cuidado. Sujeto una de sus piernas y se rodeó la cadera con ella, de modo que Hannah pudiera amoldarse mejor a la unión de sus cuerpos. La penetró lentamente y sin dificultad, observando cada detalle de su expresión. Hannah tampoco cerró los ojos en ningún momento. Grabó en su memoria aquel rostro tan amado

mecido por el placer y gimió con fuerza cuando el bajo vientre de Shein golpeó contra su monte de Venus y él estuvo completamente enterrado en ella.

Shein la poseyó con estocadas largas y suaves al principio, sin decir una sola palabra, pero sin apartar los ojos de los suyos ni un momento. Salía de ella casi por completo y volvía a penetrarla hasta el fondo con lentitud, en un baile atávico y delicioso. Agarró sus muñecas y le elevó los brazos por encima de la cabeza, lo que hizo que ella tuviera que arquearse y pegarse más a él. Sintió sobre sus pezones las cosquillas que le causaba el vello del pecho masculino y le encantó aquella sensación.

Ni siquiera en sus sueños o en sus recuerdos, el sexo había parecido tan sublime, tan ardiente. Tener a Shein Dereford encima, poseyéndola de aquella forma tan tierna, era más de lo que se había atrevido a desear en todos aquellos años de soledad. Irguió un poco la cabeza para intentar besarle y él lo facilitó bajando la suya. Shein imitó con la lengua las estocadas de su pene, que de inmediato se volvieron más cortas y rápidas. Hannah comenzó a jadear dentro del beso y a apretar sus piernas alrededor de las caderas masculinas. La agonía creció dentro de ella con el incremento de las embestidas de aquel cuerpo inclemente, hasta el punto de que empezó a arquearse contra ellas, elevando las caderas para conseguir más, mientras él apretaba con fuerza sus muñecas y la devoraba con su lengua.

Una serie de fuertes latidos comenzaron a explotar en su sexo y tuvo que desprenderse del beso para gritar. Se retorció y gimió repetidamente, tan cerca de alcanzar la culminación que quiso llorar de angustia.

—Ahí vas, cariño... —susurró Shein mirándola con satisfacción, justo en el momento en que salió casi por completo de ella y la bombeó con varias estocadas fuertes que la lanzaron al orgasmo más desolador que hubiera tenido en su vida.

Hannah sollozó y se retorció mientras todo su cuerpo se encendía como un farol y las oleadas de placer se sucedían entre sus piernas, donde él no dejaba de bombear. Shein no disminuyó ni un ápice su ritmo y su salvaje demanda, haciendo que los sensibles músculos de Hannah continuaran mandándole descargas hasta que al fin se quedó muy quieto sobre ella y su rostro se contrajo en esa mueca que era una parte de dolor y dos de absoluto delirio. Entonces, Hannah pudo descansar y disfrutar del vaivén suave de sus cuerpos durante unos segundos más en los que se dio cuenta de que amaba aquello con toda su alma.

Capítulo 15

Despertó envuelta en el confortable calor de unos brazos masculinos, con la sensación de estar en casa. No era una emoción familiar para Hannah. El hogar le había rehuido toda la vida. El arraigo solo era para ella un concepto efímero. Y, sin embargo, en aquel momento lo reconoció con absoluta certeza. Sabía que no había dormido mucho porque aún había la misma luz que cuando cerró los ojos. Le entraba un sueño muy dulce después de hacer el amor con Shein; al parecer, era algo que no había cambiado con los años.

Debería estar arrepentida, pensó, pero lo único que sentía era una especie de paz interior, un sosiego que hacía mucho que no sentía. Notaba el cuerpo liviano, satisfecho; la mente despejada, silenciosa, sin mandatos ni imperativos cruzando sus pensamientos. No había remordimiento ni acusación dentro de su cabeza, solo aceptación y plenitud.

El movimiento de una pierna de Shein la hizo consciente de que la imagen de ellos, de la parte inferior de sus cuerpos, se reflejaba en el espejo del vestidor de *lady* Lauren. Solo alcanzaba a vislumbrar cuatro gemelos, dos femeninos y dos masculinos, enredados hasta el punto de que costaba diferenciarlos. Le gustaba esa imagen. La amaba. Las piernas fuertes, alargadas y peludas de él envuelta con las suyas, más blancas y torneadas. En París siempre dormían enredados. Hannah caía en los brazos de Morfeo después de cada encuentro, y a Shein le gustaba dormir con ella, abrazarla y besar su nuca o su frente en aquella dulce duermevela. Siempre despertaba en medio de una maraña de miembros, acurrucada contra el pecho o la espalda de Shein, respirando su aroma y notando la humedad de su piel.

No tenía ningún sentido decirse que aquello no era lo mejor que le había ocurrido en su vida.

Desde el momento en que Shein había entrado en la habitación y le había preguntado por la tormenta, había dejado de negarse que quería estar con él, se había rendido a la evidencia. El deseo que sentía por él nunca se agotaría, era inmarcesible y siempre volátil. Incluso en aquel instante, con su cuerpo aún saciado, la simple contemplación de sus cuerpos unidos le provocaba un apetito descarnado. Acarició distraída el muslo que pesaba sobre el suyo durante unos instantes, preguntándose si aquel despertar sensual sería pasajero. Después concluyó que, ya que había traspasado el límite de permitirse la seducción, poco importaba cuántas veces fueran.

—Pequeña seductora... —dijo Shein con voz somnolienta, enterrando la nariz entre su cabello.

—Oh, así que estás despierto.

—Si me permitiera el lujo de dormirme podrías tener la tentación de marcharte —explicó al tiempo que la rodeaba más fuerte entre sus brazos, pegando su pecho contra la espalda de Hannah.

—Mmmmm —ronroneó ella—. No era marcharme lo que se me estaba pasando por la mente.

Para demostrar sus palabras, se arqueó contra él, dejando que sus nalgas rozaran los muslos de Shein, lo que le permitió comprobar que él volvía a estar excitado.

—Ah, cielo... —Envolvió uno de sus pechos con una mano, riendo por las insinuaciones de ella e iniciando un reguero de besos por su hombro. Hannah quería volverse para poder abrazarle también, para besarle y volver a hacerle el amor. Y eso hizo. Se giró y se encontró con la exultante cara del hombre que le había conducido a la locura más deliciosa pocos minutos antes. Se mostraba orgulloso y complacido.

—No acabo de creerme que por fin te tenga en una cama, desnuda y suave, pegada a mí —confesó Shein.

Hannah rio. Rio complacida. Realmente feliz y dichosa. Por primera vez en mucho tiempo, nada pesaba en su corazón. No había cabida para el miedo o las normas sociales en aquel santuario que habían construido. Protegida por esa dicha, se sentía poderosa, capaz, decidida. Se incorporó sobre un codo al mismo tiempo que con la otra mano obligaba a Shein a tumbarse del todo. Pegó la boca a su pecho y se deleitó con el sabor de él, tan masculino y delicioso. Siguió los contornos de su pectoral y enredó las puntas de los dedos en el vello que bajaba desde el pecho hasta su estómago. Desprendía ese calor que solo generan los cuerpos después del sueño o del placer. Sabía a piel macerada con algodón y jabón.

Este era el hombre más perfecto jamás creado, era la esencia misma de la masculinidad, el reflejo de las necesidades femeninas; era el complemento perfecto de sí misma, y nada podía compararse a la dicha de sentirse unida a él.

La impaciencia por volver a amarlo comenzó a tomar las riendas y se dijo que ya había tenido preliminares de sobra en la primera ronda. Se elevó y se puso de rodillas, consiguiendo que Shein la observara con ojos ávidos desde su boca hasta la unión de sus muslos. Sin dilación, se montó a horcajadas sobre las caderas masculinas y ayudándose con una mano lo introdujo en su interior.

—Joder, cielo —gimió él, encantado, con aquella expresión de puro deleite que le encontraba siempre que se producía la penetración.

Hannah inició un suave vaivén de sus caderas y él la observó, extasiado, al tiempo que acariciaba sus rodillas.

—Me encanta verte así. Eres la mujer más sensual que he visto en mi vida —gimió con una mueca de placer cuando Hannah se impulsó fuerte contra su pelvis—. Móntame, cariño.

Le agarró ambos pechos con las manos y los masajeó suavemente.

—Sin prisa, pequeña.

Las cosas que él decía en la cama... la volvían loca. Cada vez que escuchaba aquella voz tomada por la excitación le recorrían escalofríos. Shein comenzó a apretar sus pezones, a hacerlos rodar entre sus dedos, mientras la debilitaba con aquella mirada fija tan hipnotizante. Hannah comenzó a sentir como crecía el ansía dentro de ella y aumentó el ritmo de sus caderas. Necesitaba la liberación con una urgencia devastadora y cuando llegó sintió que explotaba dentro de ella un calor descomunal.

—Eso es, preciosa. Dios mío, eres un sueño —susurró él, sin perderse un detalle del despliegue pasional de Hannah.

Shein esperó a que ella dejara de gemir y jadear, y cuando estaba a punto de derrumbarse contra su pecho, la agarró por las caderas y comenzó a embestirla desde abajo. Hannah se agarró a sus muñecas y gritó por las desgarradoras sensaciones que aún seguía sintiendo tras el orgasmo. El ritmo que él impuso fue frenético, desesperado y en pocos segundos los catapultó a ambos hacia la liberación. El mundo volvió a desintegrarse a su alrededor mientras ella caía agotada hacia delante.

—Jamás podré saciarme de esto —dijo tomándole la cara entre las manos y besándole con dulzura en los labios—, de ti. No sé cómo he podido soportarlo todos estos años —suspiró—, pero ya no tendré que hacerlo más.

—Ah, ¿no? —rio Hannah.

—No. No volveré a privarme de ti —anunció muy complacido.

Hannah se tensó por la promesa en aquellas palabras. Era cierto que se había dejado seducir, pero eso no significaba que aceptase retomar su relación. En verdad, no sabía que significaba todo aquello, pero desde luego no implicaba una capitulación firmada y estampada en su frente con el derecho de propiedad de Shein Dereford sobre ella.

—Eso es... —dudó qué decir—, ¿precipitado?

—Yo no lo calificaría así después de ocho años —respondió con una amplia sonrisa.

Era tan hermosa su sonrisa, tan masculina e inusual. Shein no era un hombre risueño, nunca lo había sido. Encontrarse con aquella muestra de alegría en su adusto rostro era todo un acontecimiento y, aunque Hannah vendería su alma al diablo por ser el motivo de muchas más —de todas ellas—, se veía obligada a corregirle de su error.

—Me refiero a que estás dando cosas por sentadas y...

Shein se impulsó sobre un codo y con la otra mano capturó su cuello para hacerla bajar. El hecho de que estuviera hablando, unido a la sorpresa de aquel tirón inesperado, dejó su boca indefensa para el ataque de la lengua masculina, que de inmediato se enredó con la suya, seductora, persuasiva, concienzuda. Su mente perdió todo hilo de cordura y los

muchos peros de su cabeza se disolvieron como el jabón en el agua. Lo único de lo que Hannah fue consciente a partir de ahí fue del sabor intenso de la lengua de Shein, del calor que desprendía su pecho y, no sin cierta sorpresa, de la dureza que volvía a inflamarse dentro de ella.

—Aquella primera noche en el invernadero —dijo él, interrumpiendo el beso—, te hice una promesa; te he hecho varias y cumpliré con ellas aunque me vaya la vida entera.

—Aún sigues dentro de mí —respondió ella en un jadeo. Ninguna otra cosa sobre la faz de la tierra parecía tener importancia en ese momento. ¿Cómo podía él hablar de promesas o de cualquier otra cosa cuando seguían unidos?

—Lo sé —fue su respuesta socarrona. Y, de nuevo, esas miles de arruguitas en torno a sus ojos captaron la atención de Hannah.

Shein se las apañó para girar los cuerpos de ambos y tenderse encima de ella, arremetiendo contra su cuerpo como si no acabaran de saciar sus lujurias unos segundos antes.

—¿Recuerdas lo que te prometí, Hannah?

—No. Sí —barbotó ella, meneando la cabeza, en aquella confusión que produce el anhelo de una nueva liberación. Ella no quería hablar. Quería más. Quería que Shein se moviera, que la vapuleara de nuevo. Pero no lo hacía. Solo se mecía y la observaba.

—Hannah, ¿recuerdas?

Ella se quejó con un gruñido y suspiró, resignada.

—No recuerdo las palabras exactas —farfulló con un momentáneo enfado infantil.

—Cariño, desde que llegué a esta casa no he dejado de explicarte mis motivos. —Le hizo notar con un tono concienzudo—. Y no solo no han cambiado, sino que se han reforzado. No volveré a renunciar a ti, ¿me entiendes?

Hannah asintió con la cabeza, un poco aturdida. Le gustaba el modo en que sonaban esas palabras, todas las veces que las decía, pero el problema radicaba en que no las creía.

—Pero...

—Nada de peros —interrumpió con su voz de barítono, tapando su boca con dos dedos—. Te he buscado durante lo que me parece media vida. Si tengo que atarte o secuestrarte para mantenerte a mi lado, no dudes que lo haré.

¿Acaso eso no sonaba malditamente bien? La había buscado. Todo ese tiempo. Ella había estado escondida, oculta tras la identidad que se había creado, pero él no se había rendido y al final había dado con ella.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Hannah entre esos dedos, de pronto intrigada por el asunto y sorprendida por no haberlo cuestionado antes.

Que la pregunta no le había gustado fue algo que quedó muy claro por el modo en que se cerró su expresión. Tardó varios segundos en contestar, mientras un sentimiento de fatalidad se cernía sobre ella.

—Eso es algo que no puedo explicarte... ahora. —Hannah entrecerró los ojos y maldijo la evidencia—. Sé que tenemos que hablar de ello, pero no en este momento.

Pero ¿por qué?, se preguntó en silencio. Debería ser una cosa sencilla de explicar. No tenía por qué ocultárselo. A menos que no hubiese sido sincero, a menos que sus razones para haberla buscado no fueran tan honestas como esas sandeces de querer recuperarla.

Hannah apartó la cara porque no quería que se diese cuenta de lo decepcionada que se sentía, pero él se lo impidió con una mano. La sujetó por el costado de su rostro y la obligó a enfrentar su mirada.

—No. Hannah, escúchame. Sé que no parece justo, pero no quiero mentirte. No voy a volver a mentirte. Y... en este momento no puedo explicarte algunas cosas. —Hannah se removió con la intención de separarse—. ¡Pero lo haré!

—¿Y por qué no puedes contármelo ahora? —le interpeló.

—Porque antes tengo que solucionar un asunto... en Londres. Mañana. —A pesar del enfado, Hannah no pudo evitar la tristeza que la invadió ante aquella inesperada marcha—. Te prometo que tengo mis motivos para callar. Confía en mí.

—Apenas me has explicado nada. No sé qué has hecho durante todos estos años... ¿Cómo voy a confiar en ti?

—Buscarte —interrumpió Shein enmarcando su rostro entre las manos—. Mandé hombres a todos los puertos y ciudades. Pregunté a todos los que podían saber de ti, incluso a tu suegra y a tu cuñada. Pero te evaporaste de la Tierra. Fue fruto del azar que diera con tu rastro el mes pasado.

—¿Cómo?

—Cielo, eso no puedo decírtelo aún —lo dijo con una expresión contrita pero inflexible. Hannah respondió con una mueca disgustada y otro intento de zafarse—. No puedes ni imaginar las ganas que tengo de terminar con todos los secretos, solucionar todo lo que nos separa y poder empezar desde cero. Si no creyera que el pasado vendrá antes o después a explotarnos delante, te metería ahora mismo en un carruaje y te arrastraría hasta cualquier rincón perdido del mundo. Pero antes, tengo que asegurarme de que estamos a salvo.

Y que la condenaran si el hombre no utilizaba las más estupendas palabras para embaucarla.

—¿A salvo de qué? —insistió, porque al fin y al cabo ella era Hannah Lubrelle y había luchado durante media vida para ser inmune al embeleco.

Una exhalación impaciente salió directa del pecho de Shein, lo que le dio una buena medida de que empezaba a cansarse de preguntas.

—Tendrás que esperar, cariño —anunció solemne.

Conque esperar. Bien, si Hannah tenía que esperar, aquel asno arrogante también tendría su espera. ¿De verdad pensaba que iba a sonreírle y aceptar sus condiciones sin una sola explicación? ¿Creía que era tonta? ¿Que no podía entender? Los hombres siempre creen

que las mujeres deben ser protegidas de la verdad, como si su propia vida no estuviese implicada en ello. Hombre imposible.

—Sal de mí —ordenó.

—Hannah...

—Sal-de-mí —repitió con un matiz belicoso encerrado entre capas de templanza. No iba a ponerse histérica, pero tampoco iba a capitular.

Shein lo hizo. Una vez más, se replegó y cumplió con su petición. A Hannah no se le pasó por alto que él la había buscado en cada ocasión, que la había seducido con cuántas mañas conocía, pero siempre que ella le había pedido parar, él no se había resistido. Sumisión. No era algo que hubiera visto antes en ese hombre. Por un segundo, estuvo a punto de retractarse, invadida por la ternura que le provocaba, pero hizo acopio de orgullo y se levantó de la cama. Cuando Shein le contara la verdad, compartiría su cama. Eso ya estaba decidido. No tenía sentido seguir negando que deseaba ser su amante, pero para llegar a ese punto tendría que conseguir que confiara en él; y, por el momento, nada indicaba que pudiera conseguirlo. Mientras estuviera en desventaja, no estaba dispuesta a aceptar.

Se vistió lo más rápido que pudo, mientras él se quedó tumbado sobre el colchón, con las manos mesando el cabello de su cabeza. Cuando cogió la manilla de la puerta, las palabras admonitorias de él le acompañaron mientras abandonaba la habitación.

—Respeto tu enfado, Hannah, pero no volverás a esconderte de mí, ¿entiendes? No me voy a rendir, cariño.

«Maldito. Maldito. Maldito».

Hannah salió de la habitación dando un portazo que le sentó de maravilla a su orgullo herido.

Capítulo 16

Si el carruaje se transformase como por arte de magia en una bañera humeante, el conde de Redcliff no manifestaría ninguna queja. Tampoco protestaría si las eficaces y talentosas manos de Hannah Lubrelle fueran las encargadas de repartir por su cuerpo algún bálsamo restaurador, aunque a decir verdad se conformaría con su sola presencia.

Ni lo uno ni lo otro ni lo tercero era posible en aquel momento, y Shein se maldecía por ello.

Había pasado la noche dolorido, insatisfecho y frustrado como muy pocas veces en sus casi cuarenta años de vida. Había gozado por dos veces del cuerpo de Hannah, había cumplido anhelos largo tiempo guardados, pero aquel último intento abortado era lo único que su mente era capaz de recordar. Se dolía por ella, de un modo que evidenciaba alto y claro una cuestión esencial: Shein pertenecía a esta mujer. Él quería pertenecerle, qué demonios.

Había conocido la lujuria en sus múltiples formas, a veces incluso con algún tinte depravado. Nunca había escatimado en placeres ni se había negado caprichos. Y con el peso de la experiencia, y el más alto grado de sinceridad, tenía que admitir que nada era comparable al más leve contacto con el cuerpo de Hannah, con su boca. Esa boca que lo atormentaba.

Con ella no había descanso, no había lánguida satisfacción. A cada momento la deseaba, incluso mientras estaba dentro de ella le parecía que aún no la tenía lo suficiente. Tenía que ser por tan larga espera, se dijo. Aquella añoranza reprimida durante ocho años había ocasionado en él una dependencia. Una demencia, quizá. Era la única explicación posible. No quería combatir esa dependencia, en todo caso. No había motivo. El ímpetu y la desesperación se mitigarían cuando pusiera una alianza en torno al dedo de aquella esquiva y tumultuosa mujer.

Sellaría sus destinos. Se convertirían en esa unión indisoluble, y, entonces, Shein podría descansar de aquel miedo ilógico de perderla. Podría escuchar cada noche —o cada mañana, o cada tarde— la música celestial de sus gemidos sensuales, sus gritos angustiosos al llegar a la cima, disfrutar de su interior resbaladizo llevándolo a la locura, palpar cada rincón suave de su cuerpo.

Ese sería su objetivo en la vida: deleitarse en el placer con el cuerpo de Hannah.

Tenía que parar o Belwin notaría su estado de turbación. Incluso sus mejillas debían ser un manifiesto evidente de sus lascivos pensamientos. Se removió incómodo en el sillón del carruaje y subió uno de sus pies calzado con Hessianas al asiento de enfrente, pero Belwin no parecía prestarle atención. Mejor. No tenía ánimo para charlar. Se sentía alterado, pero también pesaroso mientras se dirigían hacia Londres, en un viaje que duraba ya once horas.

La había dejado muy enfadada, tanto que ni siquiera se había atrevido a pedirle que pasaran la noche juntos. Era lo que había creído que ocurriría después de tenerla por primera vez, era lo que había deseado con fervor en las postrimerías de aquel indescriptible encuentro carnal. Incluso después del segundo. Pero todo se había torcido.

Había vuelto a defraudarla y a permitir que lo apartara, pero bajo ningún concepto podía explicarle cómo la había encontrado. Mentir no era una opción tampoco. No quería más mentiras entre ellos y prefería, con mucho, que se fuera preparando para cuando llegara el momento de las revelaciones.

Así que se había comido cada ruego que le venía a la boca y la había dejado marchar con aquella última mirada fulminante que podría haber sido la causa de muerte de un hombre más débil.

Razones tenía la muchacha. Shein no lo negaba. Él mismo hubiera ardidado de cólera si ella se hubiese negado a contestar sus preguntas, si sintiera que tenía secretos hacía él. Pero Shein no podía contarle aún como la había encontrado, porque primero tenía que deshacerse de Stonelake. Cuando sentase a Hannah para explicarle todo, esa rata inmunda ya no formaría parte de sus vidas. No iba a permitir que hubiese obstáculos entre ellos.

Hannah creía que quería convertirla de nuevo en su amante, y saber lo equivocada que estaba le proporcionaba una perversa satisfacción. Anhelaba el momento en que le dijera que quería casarse con ella. Iba a escuchar algún impropio, lo sabía. Ella tenía una lengua muy afilada, una preciosa y deliciosa lengua afilada. El corazón galopó en su pecho. Otra vez la lujuria asomaba la cabeza.

«Señor, qué cruz», se lamentó.

—Exactamente, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó de pronto Belwin, en una interrupción que Shein agradeció con toda el alma.

—Enviaste a Stevenson la nota para que nos esperase en el Redbury, ¿cierto? —Belwin asintió—. Lo principal es dejar a Stonelake fuera de juego.

—¿Podemos pegarle, entonces? —No era a eso a lo que se refería, pero...

—Sí, desde luego que podemos. No obstante, lo primordial es que nos deshagamos de esa rata. No tenemos pruebas contra él —dudo que algún día las tengamos—, y ya que la justicia no se convertirá en soga alrededor de su gaza, al menos libraremos a Inglaterra de su tóxica presencia.

A Belwin pareció gustarle la idea. Sobre todo, la parte de poder pegar al barón. Sacó una caja de rapé de su chaleco y preparó un pellizco sobre el dorso de su mano. Shein no

entendía cómo podía gustarle que le entrasen cosas por la nariz. Tenía que ser molesto, y desagradable. «Dios no ha hecho las narices como conducto de entrada», solía pensar.

—Vamos a matarlo, pues —supuso el hombre con llaneza.

Era tentador. Se imaginaba a sí mismo estrangulando con sus manos aquella cara asquerosa picada por la viruela y no le producía más que satisfacción. Pero ni siquiera un conde puede quitar una vida con impunidad.

—Tendremos que privarnos de ese placer, viejo amigo. Aunque estoy seguro de que los presos que se dirijan a Australia darán buena cuenta de ese petimetre. Será como una manzana cubierta de caramelo para ellos.

—Me gusta cómo piensa, milord. Así pues, ¿tiene un plan para meterlo en uno de esos barcos-prisión?

—Tengo un amigo, que es mejor que tener un plan —explicó Shein acomodándose en el confortable asiento de su nuevo carruaje—. El superintendente de uno de esos barcos me debe un favor.

—¿Y por qué no hicimos eso desde un principio?

—Pues, en primer lugar, porque no se me ha ocurrido hasta ahora. Y, en segundo lugar, porque tenía que asegurarme de que la señorita Lubrelle estuviera a salvo.

—¿Y necesitaba dos semanas para asegurarse de...

—El caso es que ahora tenemos la oportunidad y los medios para borrarlo del mapa —interrumpió con recelo. No iba a reconocer ante su asistente que no había sido capaz de separarse de la mujer—. Esa sabandija ya ha respirado bruma londinense demasiado tiempo.

Esa misma bruma les dio la bienvenida un instante después cuando las ruedas del carruaje cambiaron el sonido de la tierra pisada por el cloqueo de los adoquines. La tarde moría cuando atravesaron Peckham y les llegó el olor de tierra mojada que antecedió a la lluvia londinense. Shein descorrió la cortinilla de su *landau* y observó la hilera de faroles de gas que escoltaban Queen's Road.

Como en una regresión a sus tiempos de espía, Shein acusó un temblor en la boca del estómago al pensar en la misión que se avecinaba.

Le carcomía la impaciencia por reunirse con Stevenson y recibir los últimos informes sobre Stonelake. Tal era su prisa que incluso se planteaba no pasar por Woolhaven, su residencia en Londres, antes de ir al Redbury, donde se alojaba el barón.

Pero si bien había avisado a sus hombres de confianza de su vuelta a la ciudad con antelación, no había tenido la misma deferencia con el servicio de su mansión en la ciudad. Y, ya que la noche podía complicarse, haría bien en permitirse un mínimo aseo, un cambio de ropa y un frugal tentempié.

Se bajó del carruaje con la sensación de entumecimiento que solo doce horas de viaje ininterrumpido pueden ocasionarle a un cuerpo. Se desperezó y rugió con absoluta falta de

elegancia ante la atenta mirada de Belwin, que, en un exceso de confianza, imitó su desahogo.

Cuando atravesó la puerta de su residencia, le sorprendió encontrarla modestamente iluminada y acondicionada. El vestíbulo desprendía la fragancia de las rosas que tanto gustaban al ama de llaves, la gran lámpara de araña lucía decenas de velas que arrancaban iridiscencias doradas al damasco que recubría las paredes. La madera del artesonado había sido pulida horas antes, pues se percibía olor a linimento bajo el aroma floral predominante. Aunque la evidencia más palpable de que ya le esperaban era la presencia de su mayordomo junto a la puerta preparado para recibirle.

—Milord, bienvenido —saludó el hombre delgado y canoso, que acudió presto a tomar sus abrigos, guantes y sombreros.

—¿Acaso me esperaba, Worth? —preguntó, de pronto contento porque todo hubiera sido dispuesto sin previo aviso.

—Una visita nos advirtió de su llegada, milord.

—¿Una visita? —Eso le gustó menos. Se desprendió del abrigo, se lo extendió a Worth y siguiendo la tácita indicación de su mirada hacia la biblioteca, dio los pasos que lo separaban de la puerta abierta.

Si a alguien no esperaba encontrar en su apartamento al llegar era a Stevenson, acompañado de Felham. Y no lo esperaba porque les había ordenado específicamente que no se movieran del Redbury. Los años de entrenamiento le permitieron anticipar la funesta noticia.

—Stonelake ha desaparecido.

Horas después, cuando casi rayaba el alba, Shein regresó a su residencia fatigado y frustrado. La rata se había esfumado. No había rastro de él en ninguno de los lugares donde se les había ocurrido buscarle.

—Milord, de verdad que lo lamento. —Se disculpaba Felham cada poco tiempo.

—Ya te he oído. Varias veces. —Shein no había dejado de hablarle en tono desdeñoso desde que se los encontró en su casa. Y lo cierto es que se le antojaba injusto—. No es tu culpa, al menos no del todo. —Ante la mirada expectante del joven procedió a explicarse—. Ese hombre es zorro viejo. Era difícil que le tuvierais vigilado durante mucho tiempo sin que se diera cuenta. Podría haber sido una cuestión de días y lo habéis convertido en semanas. Por eso os dije que fuerais discretos, invisibles; pero no todo estaba en vuestra mano. Yo mismo puedo jactarme de saber cuándo alguien anda tras de mí. No sería honesto si no le admitiera las mismas capacidades a mi enemigo.

Shein se acercó al aparador de su despacho al que Worth les había hecho pasar a su llegada y llenó cinco vasos de *brandy*. El mayordomo aún seguía apostado junto a la puerta de la calle y, al igual que ellos, llevaba toda la noche en vela.

—¡Worth, ven aquí! —llamó.

Cuando entró el adusto jefe de servicio de Woolhaven, Shein repartió los vasos.

—Esto es lo que tenemos. Stonelake, el tipo al que vigilábamos y hemos perdido de vista —aclaró en beneficio del mayordomo—, no se ha ido muy lejos. Lo más probable es que haya invertido las posiciones y ahora esté vigilándonos. Eso quiere decir que todo el servicio debe estar atento a quien entra o sale, quien pasea por la calle o quien sigue los pasos de la gente que vive o trabaja aquí. —Esta orden también la dirigió a su criado de mayor rango—. Felham, tú busca un par de hombres y encárgalos de vigilar por turnos la casa de lord Collington. La rata la tendrá en su punto de mira, dado que no ha conseguido averiguar gran cosa por ese lado. Enviadme alguien en cuanto la familia vuelva a la ciudad.

Una de las primeras acciones de aquella noche, había sido averiguar qué podía haber descubierto Stonelake en su visita a la casa del vizconde. El mayordomo, que ciertamente era discreto, había sido parco en palabras. Sí, le había dicho al visitante que sus patrones no estaban en la ciudad. No, no le había mencionado dónde se encontraban ni por qué motivo. No, tampoco le había comunicado cuándo volvería la familia. Y no, a lord Redcliff tampoco podía confirmarle nada más porque no podía estar seguro de que fuera de fiar. Un poco soberbio le había parecido, pero, para sus fines, buena era esa soberbia.

—Stevenson, tu vuelve al Redbury y organiza a un par de hombres para que busquen en otros alojamientos de la ciudad. Hasta las ratas necesitan una madriguera donde dormir.

Se fue hacia la caja fuerte que ocultaba el cuadro de su abuelo en el frente de una chimenea que nunca se encendía y, sin ninguna desconfianza, introdujo la clave. Sacó dos bolsas de efectivo y le lanzó una a Stevenson y otra a Felham.

—Con eso tendréis suficiente para encontrar hombres competentes. Nada de rateros. Quiero buenos centinelas —advirtió mientras dirigía una mirada a su valet y hombre de confianza—. Confío en ti, Belwin, para que me mantengas limpio de sombras.

Si alguien podía descubrir a cualquier secuaz de Stonelake que tuviera en él su punto de mira, ese era Belwin. El joven había sido su aprendiz en París por muchos años y sabía cómo adosarse a él sin ser percibido por terceras personas. Belwin podía garantizarle libertad de movimientos, que era lo que Shein necesitaba para preparar el pasaje de Stonelake a bordo del barco prisión con destino a Australia, encontrar a la maldita rata y, con suerte, evitar que Hannah se viese involucrada en el medio.

—Y ahora, caballeros, vayan a sus respectivos puestos. Yo me voy a la cama. Les aconsejo que descansen unas horas también. Mañana la actividad va a ser frenética.

Capítulo 17

—No tiene ningún sentido de la medida, si me lo preguntas.

Marcus Chadwick observó atónito el lujoso carruaje color ébano que ocupaba la acera contraria, justo en el momento en que el suyo se detenía. Le había parecido muy elegante y moderno la primera vez que lo vio en Nymhouse e incluso observó entonces la cuidada talla del blasón de Redcliff en las puertas laterales. Prácticamente le había rogado para que le contase quién había sido el orfebre que la había creado, con la intención de encargarse con el escudo de Haverston; a su padre le encantaría contar con un blasón así en sus propios carruajes.

—¿Quién, querido? —preguntó su esposa.

—El pretendiente de tu doncella —explicó Marcus asomando de nuevo la cabeza por la ventana del carruaje.

Lauren se movió en su asiento y se acercó para mirar a través del mismo cristal que él y comprobar el flamante vehículo tirado por dos rucios brillantes y lustrosos que les agudaba.

—¿Nos está esperando? Pero ¿cómo sabía que llegaríamos justo hoy y justo a esta hora?

Marcus se encogió de hombros, porque en realidad no tenía ni la más remota idea, aunque, dado lo pertinaz del cortejo del conde, no dudaba de que hubiera averiguado hasta el último detalle de su viaje.

—A lo peor se ha instalado en nuestra casa —bromeó—. No me extrañaría que hubiera tomado el mando del servicio y que cuando llegemos ni siquiera seamos ya los vizcondes de Collington.

Lauren rompió a reír con aquel sonido musical que le calentaba el corazón. La miró feliz y le sonrió a su vez.

—No creo que quiera despropiarte de nada, bobo.

—No, solo de una doncella —añadió Marcus mientras cogía a su esposa y la sentaba en su regazo.

Lauren suspiró satisfecha y envolvió sus delicados brazos en torno a su cuello.

—Empiezo a querer que nos despropie de ella —admitió su esposa.

—¿Disculpa? ¿He oído bien? —La miró con ensayada sorpresa.

Lauren le frunció el ceño por ese sarcasmo y empezó a jugar con los cabellos de su nuca. Si eso no era una provocación, Marcus no había aprendido nada de su esposa en esos últimos años.

—Ella lo ama, Marcus. Buen Dios, no imaginas el modo en que le afecta. —Mientras escuchaba atento, el vizconde contorneaba la cintura de su mujer con ambas manos. Tenía un talle tan estrecho y precioso—. No es la misma desde que él ha vuelto a su vida. Hay un... brillo en sus ojos, una esperanza que antes no estaba ahí. Su sonrisa es más amplia y se le ha dulcificado el carácter. Si no es amor, yo no sé qué es.

Ah, el amor. Bendita condena. Marcus besó a Lauren en la mejilla. Las ganas de empezar a besar cada centímetro de su piel de alabastro fueron instantáneas.

—Bien sabe Dios que esa francesa necesitaba que le dulcificaran el carácter. —Marcus se preguntaba si tendrían tiempo para un breve interludio en la puerta de su casa mientras los lacayos descargaban el equipaje—. Entonces, ¿ya confías en Redcliff?

—Hace el mismo tipo de tonterías que hacíais Gordon y tú. —Matizó el golpe bajo con un encantador gesto de su dedo índice acariciándole la barbilla. Marcus le sonrió porque tenía toda la razón. Se había comportado como un tonto al principio de su relación—. Con la diferencia de que él ha dicho que se casará con Hannah porque no puede vivir sin ella. Esa es una solemne declaración, si me lo preguntas.

Cuando el cochero golpeó la pared del carruaje para que supieran que ya habían puesto la escalerilla para que bajase la vizcondesa, Marcus abortó su intención de meter las manos por debajo de las faldas de su mujer y le dio en su lugar un beso diminuto en la adorable punta de su nariz.

—Bien, querida, vayamos a ver si ese hombre ha ocupado ya nuestros aposentos. Deberías advertir a Hannah de que Redcliff la espera.

Marcus ayudó a su esposa a bajar del carruaje y se encaminó hacia la casa, mientras Lauren se dirigía al carruaje donde viajaban la doncella y la niñera junto con su pequeño diablillo de hijo.

A Hannah se le aceleró el corazón cuando escuchó el anuncio de *lady* Lauren. Una indeseada euforia le recorrió el esófago como las burbujas del buen champán, y se maldijo por tan escasa constancia. Aún estaba enfadada con él. No era lógico, por tanto, sentir tamaña alegría por verlo.

Hombre inoportuno. ¿Por qué no podía dejar que se acomodase antes de comenzar de nuevo a hostigarla? ¡Qué desconsiderado!

Bajó del carruaje siendo consciente de un pequeño temblor en las piernas. Lo que le faltaba. ¿Tenía que afectarle de esa manera? Le parecía muy injusto. Si había gracia divina, ella debería mantener su furia intacta, como una capa inquebrantable de protección. ¿Y qué

era lo que tenía? Bien, pues una descascarillada patina de orgullo resquebrajado que no engañaba ni siquiera al bendito lord Eric.

Desde que había decidido darle una oportunidad a su historia con Shein Dereford, su resolución se había ablandado, pero eso no significaba que fuera a dar muestras manifiestas de debilidad. Entró en la mansión, tan enfadada que sus botines de tacón plano resonaron en el mármol como canicas, solo para comprobar que el conde de Redcliff entraba con lord Collington en la biblioteca y le dedicaba un simple y flemático asentimiento de cabeza antes de cerrar la puerta ante sus narices.

Aquello la dejó estupefacta.

Con lo decidida que iba ella a increparle por su falta de decoro. ¿Cómo se atrevía a dejarla allí plantada como una seta? Dos días enteros sin verla y ni siquiera le saludaba; porque un cordial asentimiento de cabeza no era la bienvenida que una podía esperar del hombre que prometía contra sol y luna, viento y marea, que no iba a dejarla nunca jamás en toda su existencia.

Ja.

Inspiró hondo y se obligó a controlar el carácter. Era cierto que lo que más le apetecía era entrar en aquella sala y estrellarle algún objeto de porcelana en la cabeza —lo mismo le valía un jarrón que una fuente—, pero las doncellas no estrellan cosas en las cabezas de los aristócratas. De modo que tragó nudos de bilis y se encaminó con porte majestuoso hacia su habitación. La mitad del servicio la miraba, así que al menos el espectáculo sirvió para alguien, ya que el principal receptor de toda aquella soberbia estaba encerrado con su patrón y se lo estaba perdiendo.

—Es usted un poco demasiado insistente ¿no cree? —le preguntó lord Collington nada más entrar en la biblioteca—. Siéntese. ¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias.

Shein tomó asiento en una butaca amplia forrada de seda verde. La estancia era muy luminosa y acogedora. La presencia de la madera en paredes y muebles le confería calidez, lo que unido a la elegancia de tapices y arreglos florales ofrecía el marco perfecto para los miles de libros que ocupaban los estantes de una magnífica librería hasta el techo.

—Dígame que no ha venido a pedirme la mano de Hannah, se lo ruego —imploró Collington con aquel humor tan característico suyo—. Desprenderse de una inestimable doncella no es el mejor recibimiento para un hombre que ha cruzado medio país.

Shein sonrió, porque a fin de cuentas empezaba a cogerle el gusto a aquellas afirmaciones exageradas que hasta podían resultar graciosas según a quién se preguntase.

—Me temo que no ha llegado el momento de hacer partícipe a Hannah de mis intenciones, menos aún teniendo en cuenta un pequeño contratiempo del que he venido a hablarle.

Shein había decidido que Collington debía estar al tanto de lo que estaba ocurriendo pues podía sospechar de inmediato si descubriría a los hombres que vigilaban su casa. Que tuviera muchas ganas de volver a ver a Hannah había sido una cuestión secundaria.

—Ah. Usted dirá. —Se veía que tenía ganas de seguir bromeando, pero debió darse cuenta por su expresión que no era una buena idea.

—Hay algo que no puedo contarle a Hannah, algo relacionado con su seguridad. He pensado que si hablaba con usted podría tomar medidas para protegerla.

—¿Es una protección que debería extender a mi esposa? —La preocupación de Collington por su esposa fue tan instantánea que a Shein le sorprendió no haber tenido en cuenta los daños colaterales. Extraño, pensó; siempre analizaba cada aspecto de sus investigaciones, por superfluos que fueran.

—Podría ser —lamentó no poder tranquilizarlo al respecto, pero era imprevisible lo que pudiera llegar a hacer Stonelake si daba con Hannah.

—Le escucho —dijo sucintamente.

—Stonelake está en Inglaterra. En Londres. —La cara sorprendida de Marcus Chadwick dio paso enseguida a otra de absoluto rechazo—. O lo estaba hasta hace cuarenta y ocho horas. Dos de mis hombres le vigilaban, pero perdieron su rastro. Verá, Collington, me veo obligado a reconocer que el mérito de haber encontrado a la señorita Lubrelle no me es imputable. Fue Stonelake quien dio con su rastro. Yo le seguía a él y, a pesar de que él no ha descubierto su paradero hasta hace unos días, lo cierto es que nunca habría podido hallarla si esa maldita sabandija no hubiera vuelto a Inglaterra para localizarla.

—¿Por qué la busca? —Collington miraba el diseño de una lámpara de sobremesa con auténtica concentración. Lo más probable era que estuviese analizando los peligros de este nuevo contratiempo. A Shein le gustó mucho la capacidad de aquel hombre para ponerse en guardia de forma tan inmediata. Habría sido un buen agente, se dijo—. ¿Cree que podría albergar la intención de hacerle daño?

—Desconozco sus motivos o sus intenciones. Hannah asegura no saber nada de la actividad de Stonelake como espía, por lo que no me ha dado ninguna pista de por qué andaría tras ella.

—¿Cuándo dice que ella asegura no saber nada es porque no le cree? —Acompañó la pregunta con un alzamiento de ceja bastante elocuente. Era obvio que ya conocía la respuesta.

—Collington, Hannah tomaba parte de ello —advirtió con pesar—. Escribía de su puño y letra indicaciones para el contacto del barón, las llevaba al mercado y después volvía a casa con las manos vacías. No iba allí a comprar. Nada justificaba su presencia en Les Halles más allá de su labor como correo. Dudo que supiese para qué eran esas indicaciones con exactitud. —Se pasó las manos por el rostro con aquel cansancio infinito que le invadía cuando analizaba las acciones de ella—. Y, sin embargo, debía saber que no era normal ese

tráfico de mensajes. ¿Cómo podía no entender que las instrucciones se transmitían cifradas para enmascarar un correo clandestino? No tiene sentido negarlo, no me cabe en la cabeza. Créame, me he devanado los sesos, pero cuando he hablado con ella se cierra en banda a reconocerlo, y yo solo quiero dejar atrás el pasado.

El vizconde, que había estado deambulando por la habitación, se sentó con gesto apesadumbrado. Shein pensó que, por primera vez, empezaba a ser consciente de los delitos en los que Hannah había incurrido, o quizá empezaba a entender el tormento de Shein un poco mejor.

—Le entiendo, pero, de algún modo, creo que debió haber un malentendido. Hannah es una mujer de una lealtad incuestionable. Si actuó de modo deshonesto, solo pudo deberse al desconocimiento o la coacción.

Era admirable la confianza que mostraban los Collington hacia Hannah. En ningún momento, en los últimos días, habían mostrado el más leve rastro de duda respecto a la inocencia de ella. A Shein le gustaría tener esa fortaleza de carácter, esa ceguera tan cómoda, pero la posibilidad de que la muchacha pudiera esconder su verdadera personalidad le corroía el alma. La cuestión era que cuando le había dicho que no había participado en nada de aquello, la había creído. Su rostro había estado tan conmocionado, tan dolido, que en el fondo de su corazón supo que no hubiera sido capaz de tamaña atrocidad.

Si no fuera un hombre tan desencantado de la bondad humana, puede que hubiera mantenido ese grado de lealtad hacia la mujer que había conseguido afectarle como ninguna otra desde un primer instante. Su razón y sus emociones libraron una batalla épica durante aquellos primeros días en los que empezó a conocer a Elisabeth Poirier, y se dijo que era imposible que aquella dulce criatura fuera partícipe de un despiadado espionaje contra el ejército inglés. Había sido finalmente su interiorizado espíritu de espía el que le había permitido mantener la desconfianza, pues le era necesaria para completar con éxito su misión. En aquel momento, ante la axiomática certeza de lord Collington, se sentía terriblemente humillado.

—Desde luego hay algo que no cuadra —reconoció—, pero ya ni siquiera aspiro a descubrirlo. Mi única preocupación, ha de entender, es mantenerla segura y bien alejada de ese infame traidor.

Marcus Chadwick carraspeó y se incorporó en su asiento con aire decidido.

—Por supuesto, por supuesto. Dígame en qué puedo ayudarlo.

—Su principal preocupación será tener los ojos bien abiertos. Verá...

Shein le resumió, grosso modo, las líneas de acción que él y sus hombres habían iniciado dos días atrás, omitiendo sus intenciones de meter a Stonelake en un barco prisión. Era una decisión poco ortodoxa y del todo ilegal que ningún aristócrata compartiría ni encubriría. Shein no iba a justificar su flagrante delito ante nadie. Le valía con la paz de su conciencia,

la cual estaba felizmente reconciliada con cualquier resolución que les librase del barón de por vida.

Pidió al vizconde que incrementase la presencia de lacayos, que estos estuvieran capacitados para la defensa de todos los miembros de su familia y que no dejase de estar alerta respecto a cualquier extraño que les rondase. Así mismo, le informó de la presencia de sus propios hombres en las inmediaciones y se los describió minuciosamente para que lograra distinguirlos.

—Debería poner a todo el mundo en cuarentena —opinó Collington—. No me parece inteligente dejar que mi esposa y mi hijo salgan de casa, ya sea con escolta o sin ella.

—Eso levantaría sospechas en su familia, ¿no cree?

—¿Me está diciendo que quiere que le oculte todo esto a mi esposa? —preguntó con sus cejas enarcadas—. Ni hablar.

—Sabe que *lady* Collington se lo contaría a Hannah de inmediato.

—¿Y por qué demonios quiere mantenerla en la ignorancia? Yo creo que sería mejor que ella misma estuviese prevenida del peligro que la acecha.

Era lógico que el hombre se mostrase contrario al engaño. Ya había notado su gran sentido de la honestidad antes. Para lamento de Shein, ni siquiera podía ser sincero con él pues no iba a reconocer ni bajo tortura que tenía miedo de que Hannah tuviera algún interés en reunirse con Stonelake.

—Me temo que en este punto tengo que ser inflexible, Collington —aseveró—. No puedo permitirme que Stonelake se ponga en contacto con Hannah y eche por tierra investigaciones que llevan años intentando fraguarse. Sé que su confianza es ciega en su doncella, pero seríamos unos ineptos si no cubriésemos nuestras espaldas. La realidad, es que no sabemos el grado de conocimiento de Hannah respecto a las actividades del barón, ni las armas que podría utilizar él para obtener su cooperación. Caminamos por terreno desconocido, y poner a Hannah sobre aviso podría convertirse en un error que yo, al menos, no podría perdonarme. Si ella saliera dañada por intentar reunirse con Stonelake...

—Está bien, está bien —interrumpió Collington, visiblemente molesto—. Le doy una maldita semana para que lo solucione, pero ha de saber que esto no me gusta ni un pelo, Redcliff.

—A mí tampoco, amigo mío, a mí tampoco.

Capítulo 18

A cambio de mantener su secreto, por un tiempo máximo de siete días, lord Collington le obligaba a acudir todas las mañanas al desayuno para darle cuenta de sus avances. Después de compartir tan excelso momento matutino con los vizcondes, se quedaba a solas en la biblioteca con su nuevo aliado y le ponía al día de sus escasos progresos en la localización de Stonelake. Sin lugar a duda, las ratas sabían mucho de esconderse.

Durante esas visitas, le resultaba imposible ver a Hannah, con lo que volvía a acudir todas las tardes para la hora del té. Como su única excusa para visitar Ginger Hall era la observación de esa augusta costumbre inglesa, disfrutaba de idílicas tardes en compañía de un selecto grupo de matronas de la alta sociedad inglesa hasta que conseguía deshacerse de todas aquellas cotorras y podía escaparse por los pasillos de la mansión en busca de su preciosa pretendida.

Hannah lo recibió la primera tarde con cajas destempladas. Le volvió el rostro nada más entrar en la sala de juegos del pequeño heredero de Collington y le pidió amablemente que no invadiese las dependencias privadas de sus señores. Después de disculparse, al menos una docena de veces, por todos los pecados cometidos y por cometer, ella le permitió quedarse a jugar un rato con lord Eric —como ella lo llamaba—, aunque lo trató con frío desdén no solo aquella tarde, sino todas las demás.

Cualquier intento de acercamiento por su parte era aplastado por una inclemente Hannah con despiadada prontitud, y, aunque a menudo se sulfuraba por la terquedad de la joven, no era menos cierto que disfrutaba de todo aquel despliegue de despecho femenino. Ella lucía tan adorable con aquel rictus enojado; sus cejas se veían más adustas, sus jugosos labios más comprimidos, su espalda tan recta como un mástil, pero sus ojos no podían ocultar el pequeño atisbo de alegría cuando se encontraban cada tarde. Ya podía decir una y cien veces que la exasperaba, Shein sabía que en su fuero interno esperaba con anhelo sus visitas.

Cuando acudía a Ginger Hall, que era el nombre de la residencia de los vizcondes en Londres, siempre esperaba que en algún momento Hannah volviera a retomar el asunto que les había hecho discutir en su retiro navideño, pero ella solo mencionó de forma fugaz el asunto un par de días más tarde, cuando Shein le estaba explicando las responsabilidades que había asumido junto al título de Redcliff.

—Y como la finca tiene una buena producción, a pesar de su mal gobierno en los últimos años, he decidido invertir allí la mayor parte de mis esfuerzos. Si te digo la verdad, el regente se ha librado de una buena calamidad cediéndome ese título —explicó mientras ella bordaba unas flores de esas de trompetillas en un paño fino destinado a ser pañuelos para el pequeño Eric.

Los vizcondes habían salido esa tarde a tomar el té a la residencia de los Tilberton. Al principio, Hannah había aducido que no debía recibirle por ese motivo, pero, tras unos minutos de persuasión, le había permitido quedarse en la sala de costura con las puertas abiertas de par en par. Shein se moría por robarle un beso o una caricia, pero era muy consciente de su precaria situación con ella. Forzar un acercamiento solo podía ser contraproducente.

—No imaginaba que pudiera atraerle una vida de terrateniente.

—Ah, ¿no? —respondió con una sonrisa sincera mientras se paseaba por la estancia. De vez en cuando, ella le miraba exasperada y después dirigía sus ojos hacia la silla desocupada junto a la mesa de costura. Debía ponerle nerviosa que no dejara de moverse, pero no tenía deseos de sentarse—. ¿No me crees capaz?

—Le he pedido en reiteradas ocasiones que no me tutee, y no, no lo imagino viendo pasar los días en el campo. Los hombres de acción suelen huir de cosas así.

—Estás ante un hombre nuevo, Hannah. —Y remarcó con énfasis el uso de su nombre de pila. Disfrutaba de aquel gesto remilgado de desaprobación que aparecía en su rostro al tutearla. No iba a renunciar a tan sencillo placer por mucho que se lo pidiera—. Creo que he cumplido con creces lo que cualquier hombre le debe a su país y a su rey. No es mi deseo seguir exponiendo mi vida ni la de aquellos a quienes aprecio. Además, ya te he dicho que las propiedades asociadas al título demandan mucha atención. Prácticamente, he recibido una ruina en ciernes. Solo con recuperar los bienes embargados ya tengo ocupación para el resto de mis días.

—¿Tan grave es el estado financiero del mayorazgo? —preguntó ella con sincera preocupación. En seguida debió recordar aquella bobada de que las mujeres, menos aún las pertenecientes al servicio, jamás hablaban de cuestiones económicas con hombres, porque su cara se encendió de rubor y bajó la vista a su bordado con aire contrito—. Lo siento, no debería...

—No tienes que preocuparte por ello —interrumpió, en un intento de tranquilizarla. No le molestaba hablar de dinero ni de sus finanzas con Hannah. A decir verdad, le gustaba hablar con ella de cualquier cosa. Era una mujer inteligente y muy despierta—. Tengo suficientes caudales para recuperar todos esos bienes. Ese, sin duda, ha sido el motivo por el que el monarca me ha ofrecido el caramelo envenenado con tanta alegría. Le dije que no deseaba pertenecer a su hipócrita aristocracia, pero se empeñó en que era yo quien le hacía un favor. Por tanto, no me dio más opciones que aceptarlo, y, a fin de cuentas, sé que puedo

volver a convertir aquellas tierras en una finca productiva, pero he establecido un programa financiero a largo plazo.

—Esos no son temas de conversación adecuados para tratar conmigo, milord. —A Shein no le agradaba aquella reserva tan propia de su estatus de doncella. Su fogosa Hannah no estaba creada para encorsetadas fórmulas de protocolo servil. Sería una gran condesa, se recordó, formidable incluso.

—No me llames así, te lo ruego. Y sí, son temas que puedo tratar contigo porque no tengo nada que ocultar al respecto y porque confío en ti.

—No estoy muy de acuerdo con eso. —Shein no podría haber asegurado si lo había dicho con resentimiento o con pesar.

—¿No crees que confíe en ti?

—Puede que en algunos aspectos, pero no en otros —respondió ella sin apartar la vista de su bastidor de bordado.

—Hannah... —Sabía por qué lo decía. Ella no podía olvidar que se había negado a explicarle el modo en que la había encontrado, así como tampoco había sido capaz de demostrarle absoluta lealtad. Su naturaleza desconfiada se lo impedía y aquello era una brecha abierta entre ellos. Era algo que carcomía a Shein, pero por el momento no podía remediarlo—. No imaginas cuánto deseo terminar con los secretos. Dame sólo unos días, te lo ruego. Cuando resuelva todo esto nos sentaremos y hablaremos. Tenemos mucho que aclarar, y toda una vida para hacerlo.

El acercamiento de aquella tarde resquebrajó un poco el frío hielo que se había establecido entre los dos. Antes de marcharse, Shein incluso se permitió acercarse hasta ella y darle un casto beso en la frente que duró algunos segundos más de lo necesario. Tocar la delicada piel de su sien con los labios fue un placer tan cálido e inesperado, que él mismo se sorprendió de cuánto había extrañado su contacto.

Después de aquello, Hannah rebajó su nivel de hostilidad y poco a poco fue permitiendo una mayor fluidez de sus encuentros. Las visitas se extendían por horas enteras y la comodidad entre ellos iba en aumento. Shein no había vuelto a acercarse, con el consiguiente sufrimiento de cada fibra de su cuerpo, que clamaba con deseo ante la sola visión de Hannah. Le ayudaba mucho el hecho de estar muy ocupado el resto del día. La búsqueda de Stonelake no ofrecía resultados, pero tampoco descanso.

En el día de la Reina, que tuvo lugar el decimoctavo de enero, Shein experimentó uno de los días más angustiosos de su vida. Aunque había dispuesto todo un equipo de vigilancia en puntos estratégicos de la amplia avenida Pall Man y había asignado al nuevo y fornido lacayo de los Collington que vigilara a Hannah durante todo el festejo, sufrió tal amalgama de preocupación que le dejó agotado. Tanto *lady* Collington como las mujeres del servicio que acudieron al desfile real fueron advertidas de la presencia de un grupo de carteristas muy violentos. Les dijeron que se hacían pasar por respetados burgueses, que parecían

incluso personas distinguidas, pero que eran tremendamente soeces y desconsiderados con las damas. A Shein le hizo gracia el modo en que Hannah apretó su ridículo contra la cadera durante todo el desfile hasta casi traspasarse la piel. No existía ningún grupo de carteristas, pero Collington y él convinieron que sería prudente crear un poco de alarma y desconfianza en las señoras, para que de algún modo también estuvieran alerta ante posibles intentos de acercamiento por parte de desconocidos.

Tras aquella ajetreada jornada, en la que no vieron señal alguna de la presencia de Stonelake, el vizconde se las apañó bastante bien para evitar salidas indeseadas, alegando algunas canas nuevas. Hannah no había abandonado la residencia para nada más que una visita a Haverston Manor, y cuando *lady* Collington salía siempre la acompañaba su marido. Eso permitió que él y su grupo de hombres pudieran dedicarse a la infructuosa búsqueda de la rata de alcantarilla que, tenía que reconocerlo, se ocultaba con maestría.

Shein no se engañaba. Él no había desaparecido. Podía sentir su presencia en el cogote. Se sabía observado cada vez que entraba o salía de Ginger Hall. Era cuestión de tiempo que aquel infame traidor diera un paso al frente. A Shein solo le cabía esperar que, cuando eso ocurriese, no le pillase desprevenido. Era la vida de Hannah lo que estaba en juego, se temía. No podía cometer ni el más mínimo error.

Tiza. Era un aroma sutil que asomaba por encima del olor natural de linos, sedas, terciopelos y algodones; aún más difícil de hallar por la intensa fragancia de los lirios que protagonizaban los arreglos florales del salón de *madame* Suilier. Había que tener una desarrollada pituitaria para reconocerlo. Hannah Lubrelle la tenía. Inspiró hondo y sus fosas nasales captaron aquella miscelánea maravillosa que, en conjunto, la hicieron entrar en calor mucho mejor que el efecto de la chimenea.

Tal vez porque una familiar sensación de complacencia se adueñaba de ella cada vez que pisaba un salón de costura, era con seguridad uno de sus lugares favoritos, después del invernadero de Nymphouse y del cuarto de juegos de lord Eric. Curioso como los lugares pueden transmitir emociones tan esenciales como la paz o la pertenencia.

Los vívidos verdes, los apagados añiles y los súbitos rojos rodeaban las paredes del salón como arañazos horizontales dispuestos en hileras desde el suelo hasta el techo. Damascos, cachemiras, *moirés*, rayas y cretonas explotaban ante sus ojos como un corrillo de críos que quieren ser vistos los primeros. Su experta atención se dividía y fragmentaba, analizaba cada tejido para hallar las combinaciones perfectas que consiguieran realzar los tonos verdes y rojizos del semblante de *lady* Lauren.

Madame Suilier, con el exquisito gusto acostumbrado, sacó dos rollos de telas azulinas, uno de rico terciopelo francés, el otro de exótico calicó.

—Oh, *madame* Suilier, es realmente fascinante —gimió *lady* Lauren fascinada con el primero, tocándolo con reverencia—. Es como tocar... como tocar... Oh, no hay palabras para esta suavidad.

A Hannah le picaban las manos por palpar aquel género, pues incluso a la vista resultaba evidente su delicado tacto, pero nunca se inmiscuía en las decisiones de su patrona hasta que le pedía consejo. Se mantenía en un discreto segundo plano hasta que ella le preguntaba si ese color o aquel tejido eran de su agrado. Para entonces, Hannah ya tenía en su mente un mapa bastante exacto de las telas que más favorecerían su tez marfileña y, dado el paso, se convertía en un miembro más del experto equipo de asesoramiento.

—Vaya por Dios, ese damasco lo llevaba *lady* Blythe en la cena de los Carsiston. ¿Es un diseño suyo? —preguntó *lady* Riversey, que las acompañaba para encargarse de un nuevo guardarropa adaptado a su estado de gestación.

Madame Suilier torció el gesto con desaprobación y un segundo después suspiró.

—Les ruego que no me juzguen por ese modelo. Fue... decisión personal de *lady* Blythe.

—¿Por qué? ¿Qué tenía de malo? —preguntó *lady* Lauren mientras una de las chicas de *madame* les servía una taza de la tisana más deliciosa de todo Londres.

—Oh, bueno, era sin duda un diseño fastuoso y elegante —aclaró *lady* Megan—, pero no era una combinación muy favorecedora para la pobre *lady* Blythe.

Madame puso los ojos en blanco y fue a por dos nuevas muestras de tela que desplegó sobre la mesa.

—Yo sugerí algo más... chic, pero *lady* Blythe no se deja aconsejar, me temo.

—¿Tan horrible era? —preguntó de nuevo *lady* Lauren con asombrada inocencia. Su señora era tan bondadosa que le costaba incluso considerar que alguien pudiese vestir horriblemente mal.

—Oh, no es culpa suya, desde luego —la tranquilizó *lady* Megan—. Ese naranja sin duda habría realzado unas facciones más contundentes y patricias. Quizá unos ojos más vivaces —añadió pensativa—. Oh, ¿a quién pretendo engañar? Con ese tono amarillo zanahoria de su pelo, la combinación era un absoluto insulto a la vista.

Y con aquel destructivo juicio, *lady* Riversey se echó una pasta a la boca y renegó con la cabeza como si acabara de concluir que aquella pobre chica no tenía solución.

—Oh, *c'est ma chance* [3]... —musitó la francesa.

—Bueno, el cabello a veces dificulta un poco las cosas —murmuró *lady* Collington, apesadumbrada por su propia naturaleza pelirroja.

—Oh, vamos —protestó su cuñada—, no puedes estar pensando darte por aludida. Tienes una melena que es la envidia de medio Londres.

—Los pelirrojos no somos... —opinó la vizcondesa.

—Lo tuyo no es un pelirrojo corriente, querida —interrumpió la intrépida *lady* Riversey—. Es bermellón. Nutrido, brillante y radiante. No te permito que te compares con el descolorido zanahoria de *lady* Blythe.

—*S'il vous plait* [4], señoras —interrumpió *madame*, incomoda. Era obvio que no deseaba cuchicheos en su salón, sobre todo teniendo en cuenta que era a la hija de un duque y prometida de otro a quien le estaban cortando el vestido—. Podrían elegir este tejido para un primoroso vestido de tarde, *je peux suggérer*. [5]

—Ese terciopelo es perfecto para combinar con el bonete que me está haciendo Hannah. Oh, ¡las cintas! —exclamó *lady* Lauren, con un vistazo en derredor—. ¿Dónde las tengo?

Lady Collington solía preferir los diseños de Hannah para sus tocados y sombreros a los elaborados por costureras y sombrereras. No es que no fueran modelos fascinantes los que ofrecían las más reputadas diseñadoras de Londres, pero ella sostenía que nadie conseguía mejores resultados que su propia doncella, pues era la que mejor intuía y complacía sus gustos. Holgaba decir que eso enorgullecía hasta el extremo a Hannah Lubrelle, quien encontraba en los sombreros y tocados de su señora una justa compensación a su vocación frustrada de costurera. En aquel momento, estaba creando un bonete de paseo de inspiración francesa con unas cintas que lord Collington había traído el invierno anterior de un viaje a Irlanda.

—Creo recordar que no las hemos bajado del carruaje, *milady* —explicó Hannah.

—Vaya, ¿te importaría ir a por ellas, Hannah? Quiero que *madame* Suilier las vea y que le expliquemos el diseño del bonete. Sin duda, me gustaría tener un traje de paseo con este terciopelo.

—Como guste, *milady*.

Hannah salió a la calle Bond Street por la puerta principal y se detuvo a contemplar el vistoso escaparate del taller de *madame* Suilier. En las grandes ventanas de arco acristalado que custodiaban la puerta, la francesa había expuesto con cuidadoso orden los tejidos más lujosos y extravagantes de su colección: su arsenal pesado. Era una explosión de colores tal, que Hannah se quedó mirando extasiada. Así permaneció unos segundos, en jubilosa fascinación, hasta que le llamó la atención la campanilla de un carrito de caramelos empujado por un señor rechoncho y astroso que desentonaba en medio de la calle más elegante y estilosa de Londres.

Aunque de un modo distinto, los colores de las golosinas le llamaron la atención, si bien el principal foco de su interés era el modo en que desentonaba aquel hombre desgreñado con el espléndido género que ofrecía.

—No recuerdo que fueras golosa —dijo una voz conocida a su espalda.

—Sigo sin serlo —aclaró con una sonrisa complacida, sin volverse. Le gustaba que él recordase detalles sin importancia sobre ella: que le gustaban las tormentas, que no era muy aficionada al dulce...—, pero a lord Eric le chiflan.

Se giró y le echó una mirada de arriba abajo. Redcliff estaba elegantísimo con el sombrero de copa y un pañuelo verde anudado con maestría al cuello, que asomaba por el hueco de las solapas de su gabán. Tuvo que contener un suspiro arrobado.

—¿Quieres llevarle algunas? —ofreció galante. Hannah pasó por alto el hecho de que siguiera tuteándola. Ya le había reprendido por aquella falta de decoro en otras ocasiones, pero el conde parecía dispuesto a hacer oídos sordos.

—Si las comprase usted, ¿no sería en realidad un regalo suyo?

Redcliff frunció el ceño, pensativo, y a ella le hizo gracia la expresión. En los últimos días, una especie de tregua se había establecido entre ellos. Hannah era una mujer con carácter, eso era innegable, pero también era cierto que sus resentimientos no solían durar mucho, razón por la cual había terminado tolerando con bastante facilidad las visitas diarias del conde —incluso disfrutando de ellas, aunque eso jamás saldría de su boca—.

—Puedo regalártelas a ti y después tú hacer con ellas lo que desees. Te autorizo a traspasar mi regalo. Esta vez —añadió en el último instante con algo de rencor.

Debía estar recordando el collar de perlas que, obviamente, Hannah había recuperado antes de abandonar Nymphouse. No era algo que le hubiera contado a lord Redcliff, pero las perlas de su madre volvían a estar en manos de la mujer a la que él se las había regalado, como era de justicia. Hannah se arrepentía lo indecible por aquel paso en falso, pero no estaba dispuesta a reconocer que había sido un arranque de ira ni que había rogado a la chica nueva para que se las devolviera.

—No me atrevo a regalarle nada sin previo permiso de sus padres, y no me gustaría que se desperdiciaran. De modo que... declino su ofrecimiento, milord. —Acompañó la negativa de una radiante sonrisa—. Pero le agradezco mucho el detalle, de igual modo.

Como respuesta, el conde le devolvió la sonrisa y con una mano en su espalda la guio hasta la fachada de la tienda.

—¿A dónde te dirigías? Y, ¿por qué estás sola? —Adoptó tal tono de reprimenda que Hannah no pudo evitar sonrojarse por el exceso de protección.

—Iba al carruaje a por unas cintas que hemos olvidado. *Lady Collington* quiere combinarlas con un tejido de *madame Suilier* y por ese motivo las ha traído, pero nos las hemos dejado bajo el asiento, así que me dirijo al carruaje a por ellas —explicó, muy consciente del toque de aquella mano en su espalda.

—¿Me permite acompañarla?

—Claro.

Con la guía segura de la mano de Redcliff, Hannah caminó en dirección al carruaje, que aguardaba en la esquina de las traseras al salón de moda de *madame Suilier*, en una calle perpendicular a Bond Street.

—¿Y usted que hace por aquí? No me estará siguiendo, ¿verdad? —preguntó ella en tono suspicaz, sin ocultar la sonrisa.

La que obtuvo por respuesta se congeló en el rostro de lord Redcliff con una brusquedad que puso a Hannah los pelos de punta. Tras unos segundos de cauto silencio en los que el conde no dejó de vigilar el lado contrario de la calle, giró bruscamente y la empujó de vuelta a la tienda, de un modo tan exigente que ella andaba obligada.

—¿Qué está haciendo? —preguntó consternada por aquel cambio brusco de actitud al tiempo que intentaba no tropezar en el remolino que formaban sus faldas y su abrigo.

El conde no le contestó; por el contrario, incrementó la presión sobre su espalda y sobre el brazo que le sostenía. Parecía que pronto echarían a correr si nadie lo remediaba. Pero fue el pétreo rostro de Redcliff lo que en verdad hizo saltar las alarmas dentro de su cabeza. ¿Qué podía haber ocurrido para que, de repente, estuvieran huyendo de vuelta a la tienda? ¿Era por su insinuación de perseguirla? No, no podía ser eso.

—Pero ¿por qué corremos? —insistió, cada vez más preocupada. No obtuvo respuesta tampoco esa vez.

Se dijo a sí misma que muy grave tenía que ser la cosa para que el impasible conde de Redcliff hubiese entrado en pánico con semejante rapidez. Como el hombre decidido que era, la conducía por la acera esquivando a todo aquel que se iban encontrando, como si estuviesen escapando de la peste española. Se dijo a sí misma que todo se aclararía en cuanto entrasen en el salón de modas e intentó calmarse con eso, pero se quedó de piedra cuando pasaron por delante de la puerta del taller de costura sin detenerse.

—¡Nos hemos pasado! —gritó al aire, mirando en dirección al seguro habitáculo de la tienda.

—No puedes ir a por las cintas, ni a la tienda —explicó muy serio, lo que hizo que Hannah también entrase en pánico—. Sígueme.

¿Cómo si tuviese otra elección! No podría impedir que aquel hombre la arrastrase a cualquiera que fuera su destino ni aunque le crecieran dos piernas nuevas, tal era la fuerza con que la arrastraba. Y porque se daba cuenta de la futilidad de resistirse, tampoco lo hacía. Lo acompañaba de buena gana, aunque eso no significaba que no quisiera saber qué era lo que estaba pasando. Por Dios, se estaba poniendo histérica.

—¿De qué está hablando? —preguntó de nuevo, después de tropezar por segunda vez con el bajo de su vestido—. No puedo irme con usted sin avisar a *lady* Lauren. ¿Es que no se da cuenta?

—No hay tiempo para eso. Tenemos que irnos de aquí. Ya veremos el modo de avisar a *lady* Collington después.

Hannah comenzó a mirar nerviosa en todas direcciones. Redcliff no dejaba de volver la vista atrás, pero ella era incapaz de localizar el motivo por el que huían como dos perseguidos por la policía montada. Lo que acaba de decirle era cierto; no podía ni plantearse abandonar a su señora sin darle razón de sus intenciones, y eso solo conseguía incrementar su malestar y su preocupación.

—Pero ¿por qué? No pienso ir a ningún sitio —se rebeló.

—Hannah, no discutas y ven conmigo —ordenó él con gesto severo y un fuerte tirón de su brazo.

Hombre arrogante. ¿Es que nunca daba explicaciones? Si no estuviera convencida hasta los tuétanos de que algo malo iba a ocurrir o estaba ocurriendo, le daría la patada en las espinillas que se merecía y lo dejaría plantado en medio de la calle más concurrida de Londres.

Llegaron a un carruaje de punto y Redcliff abrió la portezuela estrellándola contra el armazón.

—Sube —la instó.

—¡De ningún modo! —se negó ella—. Esto es ridículo. No puede...

—Por Dios, Hannah, haz lo que te digo —bramó él, perdida la compostura y sin dejar de mirar hacia el lado contrario de la calle—. Ya nos ha visto, maldición.

Hannah siguió la dirección de sus ojos una vez más y, en esa ocasión, localizó el motivo de tanta angustia y tanta orden autoritaria. Solo la impresión de ver la imagen que conformaba sus peores pesadillas fue la responsable de que el conde de Redcliff consiguiera meter a una conmocionada Hannah Lubrelle en el carruaje.

Capítulo 19

Se había puesto tan rígida al ver a Stonelake que casi parecía que era una escultura de piedra lo que tenía enfrente. Minutos después de subir, aún permanecía sentada con las manos sobre el regazo y el semblante pálido e inexpresivo. Shein golpeó el techo del vehículo para que se detuviese y aprovechó la aparente parálisis de Hannah para bajarse y darle unas indicaciones al cochero del lugar al que debía dirigirse. Lo mejor sería alejarse del bullicioso Londres, distanciarse lo suficiente para asegurarse de que Stonelake no había podido seguirles. Tenía una pequeña propiedad en las afueras, una de las primeras viviendas que adquirió su padre con las ganancias de su fábrica de cera para velas. Era modesta, pero siempre había un reducido número de criados que la mantenían abierta y atendida. Era su mejor opción, un lugar que les daría cobijo hasta que decidiese qué hacer. No podía llevarla a Woolhaven; era probable que la tuvieran vigilada.

No podía creer que esa maldita rata de alcantarilla estuviese tan cerca. Lo habían buscado por cada tugurio de Londres y habían sido incapaces de dar con algún rastro durante toda una semana. Tal y como imaginaba Shein, los observadores se habían convertido en observados, y, durante todo ese tiempo, Stonelake les había llevado ventaja. Probablemente, vigilaba la mansión de los Collington y tenía pleno conocimiento de cada paso de Hannah. Por eso estaba en Bond Street, porque, al igual que él, seguía todos los movimientos de la muchacha a la espera de una oportunidad para hacerse con ella.

No dejaba de preguntarse una y otra vez cuál podría ser el motivo por el que ese hombre ansiaba ver a Hannah hasta el punto de exponerse a ser arrestado.

Miró a la joven que tenía en frente y se dio cuenta de que ella no tenía la respuesta. Buen Dios, estaba conmocionada.

¿Era terror lo que había teñido sus ojos justo antes de subir a la berlina? Se había preguntado en numerosas ocasiones cómo afrontaría ella el hecho de saber que Stonelake la estaba buscando.

No tenía constancia de en qué términos se habían separado sus caminos en París. Solo podía acertar a decir que ella había desaparecido la misma noche que descubrió el papel que jugaba en la misión de Shein, pero nunca pudo averiguar si lo hizo por voluntad propia o la obligaron a ello.

Desde luego, si había temido en algún momento que Hannah sintiera alegría al reencontrarse con Stonelake, el silencio de la muchacha y su semblante pálido le daban una clara muestra de que se había equivocado. Eran miedos absurdos, siempre lo había sabido. Fuera cual fuese la relación que la muchacha había mantenido con su antiguo patrón, no creía que pudiera existir ninguna lealtad de ella hacia él. Aunque tampoco había esperado lo que tenía ante sus ojos: una Hannah amedrentada.

—Cielo, ¿te encuentras bien?

Ella no contestó, y fue ese mutismo lo que consiguió que Shein comenzara a sentirse de verdad preocupado por su estado emocional. ¿Tan fuerte había sido la impresión? Se veía realmente diminuta y vulnerable, como encogida en la rigidez de su postura sentada. En un intento por confortarla, cubrió sus pequeñas manos con una de la suyas para infundirle ánimo y calor. Fue en aquel momento cuando ella salió del trance y las retiró con brusquedad.

—Tú sabías que él estaba ahí —le acusó con voz átona—. Lo sabías.

Ella parecía tan desilusionada que le dolió su mirada. Por nada del mundo iba a dejarle pensar que él no haría cualquier cosa más allá de lo humano por protegerla.

—Cariño, si yo hubiera sabido dónde estaba ese miserable jamás se habría acercado a menos de diez manzanas de ti —juró. Y era la más absoluta de las verdades que había dicho nunca.

Aquellos redondos y asustados ojos azules le observaron durante unos segundos, como midiendo la veracidad de sus palabras. Primero un leve ceño, y después una honda inspiración le dijeron que no había salido bien parado en el veredicto.

—Se te da bien la dialéctica, Redcliff. Siempre usas palabras contundentes como esas para hacerme olvidar el hecho de que no haces más que engañarme y utilizarme. No te has sorprendido. ¡No me digas que no estabas al tanto!

Entendía su estado de ánimo y creía saber lo que podía estar pensando de él en aquel instante. Nada bueno. Seguro. Se mesó los cabellos y decidió que tenía que intentar ser franco con ella.

—Si te refieres a su paradero en Londres, sí, lo sabía. Hace un mes que volvió. Era justo ese el problema del que te dije que tenía que encargarme. Él te está buscando, Hannah, y como que hay un Dios que no pienso permitir que te ponga las manos encima.

Ella retrocedió en el asiento de modo casi imperceptible, como si la hubiera golpeado. Shein supuso que, a ojos de Hannah, acababa de reconocer una nueva traición.

—Antes de ponerte furiosa conmigo y acusarme de mil y un crímenes, has de saber que hacía todo lo posible por eliminarlo de tu vida. Intentaba ponerte a salvo, maldita sea —gruñó con los dientes apretados.

—Ocultádomelo —susurró.

—Sí. Y no conseguirás que me arrepienta de ello.

Eso era una mentira como un templo, pues se sentía muy culpable de sus actos en ese momento. Pero también era cierto que había hecho todo aquello para protegerla.

Si tenía que ser sincero, tampoco era falso que había un motivo egoísta para su silencio; temía como el infierno que Hannah tuviera algún interés en volver a ver a aquel miserable desalmado. Después de ver el terror en su dulce rostro, se sentía el hombre más estúpido del mundo por lo que, obviamente, eran celos infundados.

Hannah permaneció en silencio durante lo que le parecieron siglos. No conseguía calmar el errático palpitar de su corazón. El traqueteo del carruaje comenzaba a descomponerle el estómago, o tal vez era su propio miedo el que le estaba licuando los intestinos. Por más que se decía una y otra vez que aquello no podía estar pasando, cada fibra de su cuerpo le gritaba que había llegado el momento de rendir cuentas. Cecil le había advertido en París de que su patrón la estaba buscando. Aseguraba que su obsesión por ella no había disminuido un ápice tras su desaparición...

Ella no lo había creído, pero el barón estaba en Londres; la había encontrado. Se había convencido a sí misma de que aquel interés desaparecería, pues nada había ocurrido entre ellos para que semejante obsesión perdurase. Y, sin embargo...

Procuró concentrarse en su respiración. Era todo cuanto podía hacer por controlar el monstruoso espanto que amenazaba con desbordarse en cualquier momento; estaba en el temblor de sus manos, en las lágrimas incipientes de las cuencas de sus ojos. De pronto, recordó el sabor de la sangre en su boca y gimió en su interior, sepultando el recuerdo. El dolor volvió a su carne, a sus huesos, a su alma.

«No. No. No. Ahora no».

No podía derrumbarse ante Shein. Él no sabía. Este hombre, al que amaba de una forma absurda, estaba intentando protegerla, aunque, una vez más, lo hacía de la forma incorrecta. Mintiendo. Ocultando. ¡Maldito fuera! Ella podría haberse preparado para ese momento si tan solo él hubiera tenido la gentileza de advertirle del peligro.

Decidió concentrarse en lo que ocurría fuera del carruaje. Observó que estaban muy lejos de la zona comercial donde habían iniciado su ruta, casi en las afueras de la ciudad.

—Tienes que devolverme a Londres —ordenó, sin entender muy bien qué era lo que él se proponía.

—Técnicamente estás en Londres. Solo nos hemos alejado unas millas. —Parecía molesto. A Hannah no podía importarle menos su mal humor. Sus propias emociones estaban sujetas por un hilo muy fino.

—No puedes hacer lo que te venga en gana conmigo.

—¿Quieres que él te encuentre? —explotó— ¿Es eso lo que quieres? Porque estaba malditamente cerca de encontrarte.

¿Eran celos lo que flotaba en esa mirada? ¿Se atrevía a estar celoso? ¿Que el demonio se lo llevase!

—¡Eso no es asunto tuyo! —Hannah recordaba con dolorosa claridad quién le había empujado a las fauces de Stonelake. Ciertamente que había dejado de culparlo por aquello, pero que pensase que ella tenía algún interés en reunirse con su agresor... No le ponía las cosas fáciles, precisamente.

—¡Todo lo que tenga que ver contigo es asunto mío! —le espetó enfurecido sujetándola por la mandíbula. No ejercía fuerza, pero no hacía falta. Podría haberse sentido intimidada si no fuera porque dentro de ella reverberaba una rabia que a duras penas conseguía no escupir.

—¡No! ¡No lo es! ¡Te crees con todos los derechos, pero no tienes ninguno!

A pesar de su mejor juicio, el tono de la conversación se había ido elevando hasta que ambos se estuvieron gritando. Parecía que iban a sacarse los ojos en cualquier momento por las miradas aceradas que se cruzaban, pero, antes de que pudiera explotar todo aquel furor contenido, el carruaje se detuvo y Shein suspiró agradecido.

—Ya hemos llegado.

¿Llegado a dónde? ¿No acababa de decirle que la devolviese a Londres?

—Da la vuelta. No me voy a bajar aquí —insistió.

—Ya está bien, Hannah. —El tono del conde era de esos que no admitían réplica—. Deja de comportarte como una cría. Volver a Londres sería un peligro en este momento. Aquí estarás segura. Baja de una maldita vez.

Hannah le miró de hito en hito. Nunca en su vida había levantado una mano a nadie, pero en aquel momento tuvo que sujetarse una con la otra para no lanzarse encima de Redcliff y molerlo a tortazos. ¿Cómo se atrevía a tacharla de infantil? ¿Quién se creía para hablarle de aquel modo?

Sin esperar respuesta y con toda la distinción de un aristócrata de abolengo —cosa que no era—, Shein Dereford se bajó del carruaje con la espalda recta, movimiento grácil y rostro adusto, mientras una desconcertada Hannah se esforzaba por no ponerse a gritar de frustración. Acto seguido volvió a asomarse dentro y le tendió una mano para que bajara.

—No pienso quedarme aquí —siseó por última vez.

El orgullo le obligaba a rebelarse. Era una actitud absurda, lo sabía. Si Stonelake estaba en Londres, lo más seguro para ella era mantenerse a un continente de distancia, pero, contra toda lógica, necesitaba oponerse a todo lo que Redcliff le impusiera. El motivo muy bien podría ser que estaba muerta de miedo; sus nervios tan destrozados que lo mismo podría ponerse a gritar y patear que a reír como una loca. Se sentía perdida y ansiosa como muy pocas veces se había sentido en su vida y era su enojo lo único que la sostenía en aquel momento.

—Cielo, no me pongas a prueba. —La mano seguía extendida en espera de que ella la aceptase.

—No te atrevas a ser condescendiente conmigo, cretino.

El insulto fue recibido con una sonrisa que apenas llegó a curvar los labios masculinos. La mano paciente pasó a la acción e intentó sujetarla de la muñeca para obligarla a salir. Con su otra extremidad libre, Hannah le dio un manotazo que resonó en el habitáculo del carruaje y que sorprendió a ambos por igual.

—La madre que te parió —gruñó Redcliff al tiempo que metía medio cuerpo en la berlina y la agarraba por la cintura. Hincó un hombro en su estómago y la saco por la fuerza del carruaje, echándosela al hombro.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, canalla! Bájame ahora mismo al suelo. Maldito seas. ¡He dicho que me bajes! —bramaba mientras le golpeaba las nalgas con las manos, que era lo único que tenía a su alcance.

Pero el conde continuaba andando con ella ante la atónita mirada de dos mozos de cuadra y un estirado mayordomo que se encontraban en la puerta de una residencia elegante y compacta estilo tudor.

—¡Desgraciado! ¿Cómo te atreves? No me pienso quedar aquí contigo. ¡Bastardo! ¡Sinvergüenza! —La palmada que el conde le dio en el trasero no le picó gracias a las capas de ropa, pero le sentó tan mal como si le hubiera picado.

—Cállate, fiera. Estás haciendo un espectáculo —ordenó con voz calma, mientras ella se removía con renovadas fuerzas.

Nunca en su vida había tenido tantas ganas de chillar y pegar a alguien. Ojalá tuviera la fuerza necesaria para hacerle tragar aquellas palabras. ¡Era él quien estaba dando un espectáculo!

De ese innoble modo la transportó hasta lo que parecía un salón de visitas: con la cabeza apuntando hacia el suelo, el culo en pompa y las piernas sujetas para que no pudiera patearle como deseaba.

—Ahora vamos a hablar de una maldita vez. —Con sumo cuidado, la dejó caer al suelo. Aún no la había soltado del todo, por lo que Hannah todavía intentaba zafarse de sus brazos. Podría hacerle daño, pensó, golpearle, pero en realidad toda aquella furia era más para sí misma que para él. A pesar de todo lo que escupía por su boca, le aterrorizaba que Stonelake pudiera encontrarla y en un rincón profundo de su razón, solo quería que Shein la abrazase muy fuerte.

—Ya basta. ¡Basta! —gruñó Shein. La agarró con fuerza por los hombros y la sacudió en tanto sus ojos la fulminaban. A Hannah se le quebró la voz y la fuerza.

—Te odio —siseó con un dolor que no comprendía.

También le odiaba; de algún modo. Odiaba la debilidad que le hacía sentir, la necesidad tan grande de amor que despertaba en ella. El vacío de su alma solo se intensificaba cada vez que, como en ese momento, le miraba y veía en él todo cuanto quería y no podía tener.

No era justo ni decente escupirle su odio, porque no era él la causa. Su propia vulnerabilidad era la fuente del dolor. Él lo único que hacía era brillar como una rabiosa luz a su alrededor. Lo único que estaba haciendo en aquel momento era protegerla de la persona que más daño le había hecho en toda su vida, ocultarla, esconderla, y ella le declamaba su odio, que era una absoluta falacia.

Tampoco importaba, supuso, pues él no pareció creerla. Incluso se diría que sintió placer al escucharla, porque, con una medio sonrisa pagada de sí mismo, la tomó por la nuca y la obligó a un beso devastador. Hannah quiso resistirse a aquel beso como lo había hecho con su protección, pero Shein no le dio oportunidad de rechazarlo. No era gentil ni delicado. La asoló con absoluta decisión, penetrando en su boca con desesperación.

Él emanaba un calor que reconfortaba el frío y asustado corazón de Hannah; su lengua le ofrecía un consuelo que no fue capaz de rechazar más allá de los primeros segundos; aquellos brazos la envolvían de tal modo que ella sintió que al fin podía rendirse. Cuando supo la batalla ganada, Shein disminuyó su demanda al mismo tiempo que Hannah rebajaba su resistencia, y pronto el beso se convirtió en una búsqueda mutua de conexión. La dulzura y la negra lujuria se mezclaban de un modo tan incomprensible que ella apenas era capaz de pensar.

Shein dirigió con su diestra mano la cabeza de Hannah para poder recorrer cada rincón de su boca con avidez en tanto la otra mano le agarraba la cadera y la pegaba contra él para que pudiera notar cuán excitado estaba. Sus ojos se volvieron en blanco por detrás de los párpados cerrados. ¿Cuántos días habían pasado desde que lo tuvo adentro? ¿Por qué se sentían como años? ¿Cómo podía añorarlo tanto?

Incluso a través de las capas de ropa podía notar su dureza contra el estómago. Regio. Dominante. Exigente. Tal y como a ella le gustaba. Tal y como lo amaba.

Era obvio que había dejado de oponerse, de modo que los dedos que aprisionaban su cuello fueron descendiendo en una cálida caricia hasta el frente de su abrigo. Shein desabrochó los tres botones que le separaban de la muselina del vestido y, sin dilación, volvió a subir hasta envolver uno de sus pechos. El calor se extendió por toda ella, disolviendo el poco frío que aún conservaba en su cuerpo del paseo en carruaje.

Él rompió el beso y apoyó la frente contra la suya. Acercó el pulgar hasta la corona de su areola y lo acarició con fruición hasta que Hannah gimió y le fallaron un poco las rodillas. Las miradas se encontraron —en la suya solo había aceptación— y entonces él la agarró con ambas manos de las caderas y la empujó unos pasos hacia atrás, hasta que su trasero reposó con alguna superficie. Una mesa, creyó notar cuando apoyó una de sus manos para sentirse más firme.

Shein le despojó del abrigo, sin dejar de observarla. Si le estaba pidiendo permiso para algo, estaba claro que Hannah Lubrelle estaba muy lejos de negarle el consuelo de la carne en aquel momento. Lo deseaba con una fuerza arrolladora, sin remordimiento ni rencor, vencida por tantas emociones que había desistido de querer entenderlas. Convencido de su cooperación, comenzó a levantarle la falda y a acariciar con prisa sus muslos, sus glúteos. Las manos de Shein amasaban cada pulgada de piel como si el tiempo le corriese en contra, mientras Hannah se agarraba a sus hombros para no desfallecer, cosa poco probable dado que las poderosas caderas masculinas la tenían anclada a la mesa.

Apartándose un poco para darse espacio, él llegó hasta la apertura de sus calzones y, sin ningún preámbulo, la penetró con un dedo. Hannah gritó y se arqueó con sorpresa. Dios del cielo, era demasiado para soportar. El aire era un bien escaso, la razón una verdadera ausente. Su cuerpo producía calor en oleadas, mientras el aroma de Shein le calaba hasta el alma. Quería fundirse con ese olor, convertir su propia piel en una extensión del cuerpo de él.

Adoraba aquella vehemencia con que la tocaba, aquella explosión de deseo que él parecía no poder controlar. Así recordaba la pasión entre ellos, ingobernable, como una furiosa tormenta lanzada por Dios para demostrar su poder.

—Mi preciosa seductora, estás preparada para mí... —¡Oh! Y aquellas palabras que la encendían.

Cuando el dedo la abandonó, Hannah sintió la pérdida y lo manifestó con un quejido de protesta. Él la besó con un hambre desoladora al tiempo que sus manos se esforzaron en desabrochar los botones traseros del vestido. En su desesperación, Redcliff parecía haber perdido toda habilidad para la tarea. Frustrado, la giró contra la mesa y atrapando ambos extremos del vestido tiró de ellos. Las cuentas de botones salieron disparadas e inmediatamente la boca masculina estuvo allí, cálida y posesiva. Besaba, lamía y mordía su piel; enviaba, uno tras otro, miles de estremecimientos por el cuerpo de Hannah, cuyas rodillas parecían de gelatina.

Notó que se desabrochaba los pantalones y le levantaba la falda por detrás. Hannah jadeó medio frenética, mientras se hacía consciente de cómo eran apartadas las capas de ropa, de cómo sus calzones se deslizaban hacia abajo. Sabía lo que se proponía y estaba muy lejos de querer impedirlo. Shein comenzó tanteándola, pero en cuanto se supo posicionado la embistió con fuerza, hasta enterrarse por completo en ella. Ambos gimieron por el placer.

—Santo Dios, cariño —susurró Shein en su oído.

«Sí. Sí. Sí», gruñó el cerebro de Shein.

Al fin estaba dentro de ella de nuevo. Habrían merecido la pena mil años de tortura por vivir ese momento. Ella lo envolvía tan cálida, lo apretaba tan firme en su agarre.

No era aquel el modo en que le hubiera gustado hacer las cosas, pero deliraba por poseerla, por calmar aquel espíritu salvaje, por dominar aquella rebelión femenina. Señor, cómo adoraba estar dentro de ella. En la misma medida que amaba poder enterrar la nariz en la curva de su cuello, respirar su aroma único, sentir con los labios el latido de su corazón en aquel punto tan delicado y suave.

Con una mano, fijó la cadera de Hannah para poder conservar el control de su unión, en tanto la otra viajaba hasta colmarse con uno de sus magníficos y prietos pechos. Hubiera querido tener la paciencia de desvestirla para poder sentir el contacto de aquella piel tan blanca y delicada que cubría sus senos, para poder pellizcar sus pezones a su antojo hasta hacerle perder la razón, pero las prisas le habían traicionado. Se conformó con poder recorrer su nuca con la boca, con besarla y arañar su delicada piel con el borde de los dientes. Comenzó a embestir con estocadas lentas, cortas y profundas en su cálido centro. Quería alargar el momento todo lo posible, pero dudaba que tuviera el carácter para la tarea.

—Se siente bien, ¿pequeña? —Le asustaba un poco hacerle daño, perder el control hasta el punto de olvidarse del placer de ella.

—Más. Necesito más —gimió con aquella voz cantarina que le apretó las pelotas.

—¿Más cómo, cariño? ¿Más duro? ¿Más rápido?

—¡Más todo!

Y Shein se lo dio. Le habría dado todo cuánto le pidiese, pero tratándose de sexo y de que ella le demandase la culminación, Shein era un devoto esclavo de sus deseos. Llevó la mano de su cadera hacia delante y buscó entre sus pliegues el delicado brote de su placer, al tiempo que incrementaba el ritmo y la fuerza de sus penetraciones. Ella le aferraba como un puño, flexionaba sus músculos internos para retenerlo más adentro, más apretado, hasta que Shein creyó que iba a explotar antes de poder llevarla al éxtasis. Eso no podía ser, pensó frenético mientras bombeaba sus caderas contra aquel cuerpo lujurioso. Frotó el clítoris con vigor y lo combinó con un pellizco moderadamente fuerte en su pezón que la hizo romperse en gemidos y oraciones. La vaina que tan tierna le acogía pulsó y se contrajo con deliciosos espasmos que le empujaban a abandonarse. Shein esperó cuanto pudo, porque no quería perderse ni uno solo de esos abrazos íntimos, pero llegado el punto en que ella lanzó atrás sus caderas, no pudo contenerse más.

Se dejó ir con dos poderosas y largas embestidas que trajeron centellas a sus ojos cerrados y un torrente de liberación a su muy atormentado pene. Su cuerpo entero se estremeció y un dolor sordo se le instaló en el pecho cuando supo que había vaciado toda su lujuria en aquel cuerpo desmadejado. Solo que, esta vez, no solo su lujuria había encontrado la puerta de la liberación. El dolor en el pecho persistía, como si al llegar al éxtasis, una grieta profunda se hubiese abierto en el corazón de Shein. El furioso

intercambio había activado todos sus miedos, sus frustraciones; el terror al no encontrarla, la soledad, el silencio, los dolorosos recuerdos.

Salió de ella y la giró contra su pecho. La abrazó con fuerza, con aquella sensación de pérdida tan real que aún no lograba vencer martilleando sus venas. La besó con fiereza y una vergonzosa falta de tacto, a la que ella no opuso resistencia.

—Me abandonaste —la acusó, vencido por la ansiedad—. Huiste de mí.

El sollozo de Hannah le congeló el pecho. Intentó separarse para ver su rostro, pero ella se lanzó contra su pecho y lo abrazó con fuerza. Estaba temblando, y eso le asustó como el demonio. ¿Por qué se había dejado llevar de aquel modo? ¿Cómo podía tratarla tan mal después del increíble regalo que ella acababa de darle?

—No a ti —musitó temblorosa entre sus brazos—. No de ti.

Shein la abrazó con firmeza, pero sin excesiva fuerza. Dejó que ella llorase mientras él acariciaba su cabello y frotaba su espalda.

—Lo siento, princesa. Soy un bruto.

—N-no es... p-por eso. Es... es...

—Shhh, tranquila. No llores, mi amor. Cálmate —suplicó con cierta congoja. Se sentía el más estúpido de los hombres por aquella explosión de orgullo herido.

Pasados unos minutos, la respiración de la muchacha se fue calmando y su cuerpo también fue perdiendo tensión. Shein la tomó en brazos y se sentó, con ella sobre el regazo, en el sofá que reposaba frente a la chimenea. El hogar estaba apagado y sus ropas estaban deslavazadas. Pronto empezaría a hacer frío allí, pero no quería moverse hasta que Hannah lograra calmarse un poco.

—¿Qué ocurre? ¿He sido demasiado brusco? —le preguntó al tiempo que limpiaba las lágrimas de sus mejillas y la miraba con infinita ternura. ¿Qué pocas veces la había visto llorar! ¿Había habido alguna?

—No. No sé lo que me pasa. Es q-que, han sido muchas cosas... hoy. Y estoy... ¡n-no lo sé! — Para Shein fue evidente que a Hannah no le agradaba verse en aquella situación. Era tan orgullosa su pequeña fiera.

—Bien. Estás un poco desbordada. Es muy lógico, cariño. —Con eso, llevó su cabeza hasta apoyársela en el hombro y le dio un beso en la frente—. Creo que, si te parece bien, me gustaría que subiéramos al dormitorio. Podría seducirte con un baño y...

—No —le interrumpió ella, alejándose con gesto inseguro—. Yo... no quise... Me parece que no te hubiera abandonado.

Shein no pudo evitar mostrarse perplejo ante aquello. No entendía muy bien lo que quería decir, pero recordó lo que ella le había dicho antes: «No a ti». Se arrepentía sobremanera por aquel reproche; había sido fruto de la pérdida de compostura propia del post-orgasmo. No obstante, no quería perder la oportunidad de escuchar alguna explicación por su parte.

—¿Solo te lo parece? —preguntó con una sonrisa alentadora.

—Creo que al día siguiente habría estado furiosa y habría ido a pedirte una explicación — explicó ella mientras limpiaba las últimas lágrimas de su rostro.

Shein la reacomodó sobre su falda y le dio un pequeño beso en los labios. Quería animarla para que le contase su parte de la historia, aquella que era un completo misterio para él.

—Pero no ocurrió así, ¿verdad? —Casi dolía hacer aquella pregunta, pero la hizo—. ¿Por qué no volviste?

Los vivaces ojos azules de Hannah se llenaron de pronto de dolor y desánimo. Negó con la cabeza en un gesto tan derrotado que Shein fue consciente de lo poco que le importaba en realidad seguir en la ignorancia.

—Cariño, no hace falta que...

—No. Quiero... necesito que lo sepas.

—Está bien, pero no quiero que te sientas mal.

—Es inevitable. —En un intento por recomponerse, Hannah se levantó y se sentó a su lado, en lugar de permanecer sobre su regazo. Imaginaba que estar a tres pulgadas de la cara de otra persona no invitaba precisamente a la confesión—. Cuando te escuché aquella noche... solo quise salir de allí. Me puse el abrigo sobre la ropa interior y me fui.

—Lo recuerdo. —Shein jamás había podido desprenderse de aquel vestido.

—Cuando llegué a casa... él... estaba furioso porque había descubierto nuestra relación. Me dio un bofetón y me caí. —Shein se tensó como si le hubieran clavado un puñal en el costado al pensar que aquel bastardo se había atrevido a tocarla, pero se obligó a la medida. Ella empezaba a confiar en él lo suficiente para contarle su historia; no podía interrumpirla. Hannah miraba su propia falda, incapaz de enfrentarle—. Entonces vio en qué condiciones había llegado... sin vestido y eso. Me... él...

«No. Dios mío, no». Por primera vez en mucho tiempo Shein se congeló de pánico. La habitación pareció diluirse ante sus ojos y lo único que podía ver era el rostro desconsolado de Hannah, pero convertido en una máscara de terror. «No, por favor. Eso no».

—¿Abusó de ti, Hannah? —se obligó a preguntar sin saber cómo podía contener la rabia. Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Me pegó. Mucho. Me... daba patadas mientras estaba en el suelo. Muchas. M-me desmayé.

Las lágrimas amenazaron con desbordar los ojos de Shein, cálidas y picantes. Miró al techo, tragó saliva y las contuvo lo mejor que pudo. Se moría de rabia, de dolor y de culpabilidad. Oh, Dios, ¡cuánta culpa le asfixiaba! Se descomponía por dentro. Y, a pesar de ello... sentía alivio. No la había violado, y el alma de Shein se santiguaba por ello. No hubiera podido soportarlo, no hubiera vuelto a tener descanso si aquella noche ella hubiera sido quebrada de esa forma irreparable. Se permitió un segundo para agradecerle a Dios que hubiera velado por ella, pero acto seguido el resto de la historia se adentró en su mente como un veneno oscuro: esa bestia inmundada le había pegado, hasta casi matarla.

—Lo mataré —juró en voz baja, casi para su colete.

—Por eso tuve que irme —explicó ella un tanto apurada, sin dar importancia a lo que Shein acababa de decir—. No podía permanecer en algún lugar donde él...

—Shhh. Calla. —Lo que menos necesitaba Shein para hundirlo más en la culpa era que ella se disculpara por haber huido. La abrazó con una fuerza medida, porque si se hubiera dejado llevar por la rabia que sentía la habría aplastado contra su pecho—. No es necesario que digas más. Ya me hago una idea. No tienes que decir nada más.

A fin de cuentas, Shein no podía soportar escuchar más.

Pasara lo que pasara, no permitiría que Stonelake dejara de pagar por aquel daño. Nunca había sido un hombre vengativo; no había creído serlo; quizá nunca tuvo un motivo de peso. En aquel momento supo, con meridiana claridad, que era capaz de sesgar una vida, que incluso podía ansiarlo. Un tipo como ese solo podía causar mal en el mundo; se había permitido dañar lo que él amaba, a aquella mujer valerosa y vulnerable, demostrando con ello la bajeza de su carácter. No podía permitir que volviese a hacerlo. No podía consentir que Stonelake siguiese haciendo daño.

Capítulo 20

—¿Dónde demonios se habrán metido? —bramó Marcus Chadwick, paseando a zancadas por el vestíbulo de su casa de Mayfair.

—Hace más de dos horas que no sabemos nada —arguyó Lucas Gordon—. ¡Charles!

El mayordomo se personó en un instante ante ellos. Era un hombre alto y espigado que rondaba los cincuenta. Su paciencia era legendaria, así como su condescendencia. Aquellos ojos marrones del color del té siempre parecían ofrecer consuelo y comprensión, pero también podían lucir desdeñosos, como en ese momento. El viejo Charles parecía pensar que estaban haciendo un escándalo de la cuestión.

—¿Sí, mil...

—¿Qué ha sido de ese inútil de Peter? —interrumpió furibundo su cuñado—. ¡Hace más de una hora que se fue!

—Él está intentando localizar al inspector de Bow Street que ustedes solicitaron, milord.

—Esto no nos lleva a ningún sitio. Voy a salir a buscarlas —anunció Marcus con el corazón en un puño. Solo con pensar que ese desalmado de Stonelake pudiera haberles hecho algún daño, se le helaba la sangre. Su cuñado y amigo no lucía mejor semblante. Él también debía estar arrepintiéndose de no haber puesto escolta a sus esposas. ¿Cómo demonios había dejado que Redcliff les complicara así la vida? Si algo le pasaba a Lauren o a su hermana tendría que matarlo.

—Será lo mejor —coincidió Gordon—. ¡Charles! Dígale a Peter que está despedido.

—Lord Riversey, Peter no trabaja para usted —le recordó Charles con prudencia.

Lucas Gordon miró de arriba a abajo al mayordomo. El viejo Charles caminaba por el abismo sin saberlo. Daba gracias porque su cuñado no tuviera una naturaleza violenta o tendría que buscar otro mayordomo.

—Pues tráigame mi abrigo. ¿No ha oído que salimos?

En el momento en que Charles —resignado con el genio de ambos aristócratas— se disponía a buscar los abrigos, la puerta de la mansión se abrió para dar paso a la marquesa de Riversey y a la vizcondesa de Collington.

Gordon se puso ante su mujer en dos zancadas, la tomó por los hombros, la zarandéó y le gritó:

—¿Dónde demonios estabais? ¡Llevamos una hora buscándoos!

—Te recuerdo que estoy embarazada. —Fue la respuesta de Megan, a la que su esposo reaccionó con un abrazo.

—Estábamos preocupados —confesó lord Riversey.

—Te mandé una nota —recordó Lauren a Marcus mientras se quitaba los guantes y se los daba a Charles.

De inmediato, fue hasta él y se envolvió ella misma entre los brazos de Marcus, que reaccionaron solos ante su cercanía.

—Te diré una cosa, querida. Estoy harto de tus notitas. No puedes evaporarte de la Tierra y esperar que me conforme con una notita. —Fue incapaz de disimular el retintín de esa última palabra, pero la acompañó de un sonoro beso en la frente de su amada—. La próxima vez que desaparezcas o te aventures en una de estas insensateces te encerraré.

—¿No estás exagerando? —le espetó su hermana, que no soportaba aquellas declamaciones dominantes tan propias de los hombres de la familia.

—Y a ti también te encerraré —amenazó, soltando a Lauren.

—¿Con qué derecho? —bufó Megan.

—Todavía soy tu hermano, mocosa, por muy casada que estés. No dudo ni por un momento que salir en pos de Hannah fue idea tuya.

—Y ¿qué querías? ¿Que nos olvidásemos de ella sin más? Ya deberías saber que yo no abandono a mis amigas a su suerte. Nuestro deber era seguirla e intentar recuperarla.

La nota de su esposa les comunicaba que Hannah había desaparecido misteriosamente. La habían visto con un hombre que respondía a la descripción de Redcliff, pero ellas no sabían que también podía tratarse de otro secuestrador mucho más peligroso. Marcus no tenían intención de decírselo en aquel momento, pero su cuñado no tenía tanta medida como él.

—Estás rematadamente loca, mujer —terció Gordon furioso—. ¿Sabes el peligro que habéis corrido? Si ese malnacido de Stonelake hubiera querido haceros daño, se lo habrías puesto en bandeja. Lo que deberías haber hecho es venir hasta aquí y pedir ayuda. Pero no. Tú tienes que lanzarte como una descerebrada en una persecución que seguro que ha sido tan temeraria como todos tus otros planes. ¡Estás embarazada, Megan, por el amor de Dios!

Marcus miró a su esposa, que empezaba a divertirse con la trifulca hasta que escuchó el nombre de Stonelake. Le dirigió una mirada inquisitiva y Marcus supo lo que iba a preguntar antes de oírlo.

—Querido, ¿qué tiene que ver ese horrible barón con todo esto?

—¿Barón? ¿Qué barón? —preguntó Megan, que no sabía gran cosa acerca del pasado de Hannah.

Cuando consiguió calmar los ánimos de todos, Marcus se ocupó de contarles a Lauren y a Megan las noticias que Redcliff les había comunicado casi una semana atrás. Al contrario de lo que podría haber esperado, su esposa se mostró comprensiva con el hecho de que se lo hubiera ocultado. Megan, por el contrario, tuvo mucho que decir al respecto; aunque la

mayor parte de su ira y sus reproches tuvieron como destinatario a Gordon, quien los aceptó con pragmática indiferencia.

—Estoy segura de que el hombre que se llevó a Hannah era Redcliff y no ese barón. — Lauren lo decía con un convencimiento poco discutible.

—¿Por qué estás tan segura?

—Las mujeres a las que preguntamos nos dijeron que ellas se habrían ido gustosas con él. Era muy apuesto, aseguraban. Además, un chiquillo nos dijo que el señor le había querido comprar caramelos a Hannah y que ella le estaba sonriendo.

—¿Y no podría sonreírle a Stonelake? —aventuró Gordon.

—No con las cosas que me ha contado de él. Hannah le tiene miedo, creo —aseguró Lauren.

Había cosas, partes de la conversación con su doncella, que Lauren no le había contado ni siquiera a él. Era muy celosa con la confianza de sus seres queridos, muy leal. Pero si estaba convencida de lo que decía, para él era suficiente prueba.

—Bien, así que está con Redcliff —concluyó—. Hemos de suponer que algo ha pasado para que hayan desaparecido juntos sin mandar aviso. Es lógico pensar que se han topado con el barón y Redcliff se la ha llevado para ponerla a salvo.

Se miraron entre ellos y asintieron.

—Entonces, ¿simplemente nos desentendemos? —La sugerencia de Gordon no le parecía del todo disparatada, pero la expresión en el rostro de su esposa le indujo a creer que no era eso lo que iban a hacer.

—No, de ninguna manera. ¿Verdad que no vamos a dejar a Hannah a su suerte, querido? —preguntó con ojitos esperanzados.

—Claro que no, cielo. ¿Cómo se te ocurre, Gordon?

Su cuñado le puso los ojos en blanco, consciente de su actitud adulatora con Lauren.

—¿Y cómo los encontramos? —preguntó Megan.

—Tú, de ningún modo. —La amonestó su marido—. Marcus y yo podríamos averiguar dónde podría haberse escondido Redcliff. Tiene varias propiedades en Londres, según recuerdo. No creo que se hayan ido muy lejos, porque su principal preocupación, si se han topado con Stonelake, habrá sido la de alejarse lo antes posible. No creo que la intención sea ir muy lejos, sino escapar muy rápido.

—Bien pensado. Empezaremos por ahí. —Marcus se levantó dispuesto a empezar la búsqueda y el resto le imitó.

—Yo voy —dijo Lauren.

—Yo también. —Se oyó decir a Megan.

—De eso nada —sentenció Gordon.

—Eso ya lo veremos.

Algunas horas después de su confesión, Hannah empezó a notar que el agua de la bañera se enfriaba. Shein permanecía a su lado, sentado en una silla, junto a la tina. Le había enjabonado el pelo y el cuerpo, la había mimado de una forma adorable y se había encargado de hacerla sentir muy bien.

Una parte fundamental del peso que había aprisionado su alma durante años ya no estaba allí. De algún modo, al confesarle a Shein su dolor y su vergüenza, se había liberado de miedos silenciosos que le habían condicionado en su vida sin ser consciente de ello. Hannah había creído tener todos esos demonios bajo control, pero era evidente que se habían anquilosado en algún lugar oculto de su mente para salir en el momento más inesperado. En ese instante, ya no lograba detectarlos. Shein estaba con ella, para protegerla, para adorarla, para mimarla; y era todo cuanto le importaba. Ni siquiera el futuro incierto tenía la capacidad de preocuparla en aquel instante. Estaba cansada de negar su amor, su necesidad de él. No le importaban ya ni el pasado ni los errores que habían cometido. Habían pasado ocho años, y lo único que sobrevivía en su corazón era el amor. Y la pasión. De un modo arrollador, sobrevivía la pasión.

Siguiendo las indicaciones de Shein, salió de la bañera y se dejó envolver en un suave paño de lino. Él la cargó en brazos con delicadeza y la llevó hasta la alfombra que descansaba ante la chimenea, donde ambos se sentaron. El calor la envolvió de inmediato, mientras dos fuertes manos se dedicaban a la tarea de secar su cuerpo con minuciosidad.

—Creo que... deberíamos volver a ser amantes —dijo, buscando sus ojos.

Shein detuvo el lento circular de sus manos sobre la piel húmeda. La miró a su vez con una expresión inescrutable. ¿No era lo que quería? ¿Habían cambiado sus motivos? Por un momento, se sintió tentada de retirar su oferta. Aquella nueva resolución era muy frágil, muy reciente para soportar un revés.

—¿Eso es lo que deseas, mi amor? —preguntó él con calma y continuó acariciándola—. Después de lo que has sufrido por mi culpa...

—No. No hagas eso —suplicó, tuteándolo de nuevo, porque si iba desnudar su alma no tenía sentido lo contrario—. No te culpes por lo que solo es producto de la mente enfermiza de otro hombre.

—No puedo dejar de hacerlo, Hannah —reconoció con auténtico pesar—. Mira lo que he provocado.

—Aquello pasó hace mucho tiempo. Y en absoluto es culpa tuya, como tampoco es culpa mía. —Puesto que él seguía con aire distraído, probablemente empeñado en convencerse de su parte responsable, Hannah le tomó las manos y le obligó a enfrentar sus ojos—. Soy yo quien sufrió el daño y solo yo decido quien es el responsable, ¿entendido? No podemos permitir que él gane de esa forma también. Si lo que hizo logra volver a separarnos habrá ganado, y no pienso consentirlo. No otra vez. Ya nos culpé a ambos durante mucho tiempo

y, aunque creo que eso me ayudó a ser capaz de reconstruir mi vida en un principio, ahora no puedo dejar de preguntarme qué habría ocurrido si hubiera acudido a ti.

Shein hizo el amago de contestar pero ella se lo impidió llevando una mano hasta sus labios.

—Tampoco tiene caso —continuó— que nos preguntemos lo que podría haber sido de nosotros si hubiéramos obrado de modo distinto. Eso ya no tiene vuelta atrás. Tomé decisiones y, probablemente, me equivoqué. Me duele lo que hemos perdido, pero no pienso tolerar que tú ahora recorras ese camino de culpa. El único responsable fue Stonelake, con sus mentiras, sus traiciones y su locura. No le dejes que nos robe este momento, Shein.

Para reforzar su postura, Hannah se rodeó bien el cuerpo con la toalla de lino y se acurrucó contra el cuerpo de su amante. Él lo era. Todavía no habían llegado a un acuerdo, pero por muy contradictorios que fueran los sentimientos del conde en ese momento, sabía que no la iba a rechazar.

—¿Te hizo... mucho daño?

Ah, no. Él no necesitaba saber eso. Sería una absoluta inconsciente si le explicara los pormenores de sus lesiones o las irreversibles consecuencias derivadas de la paliza. Aquellas tremebundas semanas quedarían para siempre entre Cecil y ella. Cecil. Bendita fuera su alma. Si no hubiera alertado a la baronesa de lo que ocurría, no habría salido con vida de esa casa; tal era la demencia con que se había ensañado aquel desequilibrado. La pobre muchacha se sentía tan culpable por haberle buscado el empleo que la llevó a una casa segura, en las afueras de París, cuidó de ella aquellos primeros días de delirio por los dolores y la fiebre; la alimentó a la fuerza incluso... Bendita fuera. La extrañaba.

—Gracias a Cecil Gutier la cosa no llegó a mayores. Ella me sacó de la casa y me dio cobijo. Un médico curó mis heridas, y, unas semanas después, ambos me ayudaron a embarcarme hacia Inglaterra. Se portaron muy bien conmigo. Ojalá pudiera devolverles todo el bien que me hicieron.

Aquel amable señor incluso le había ofrecido acogerla en su hogar. Era viudo, rondaba la cuarentena y tenía tres hijos. Cuando Hannah se derrumbó al conocer las consecuencias de sus lesiones, él le propuso un decente matrimonio de conveniencia. Dijo no importarle que ella no pudiese darle hijos, pues ya tenía más que suficientes. Lo importante, aseguraba, era que Hannah era una buena mujer y necesitaba la protección de un hombre bueno. Cosas de Dios, solía decir. Pero ella no podía soportar permanecer más tiempo en aquel país que tantas desgracias le había deparado. Sabiendo que ya no era apta para el matrimonio y que jamás volvería a amar, decidió volver a Londres para servir. Se dijo que podía tener una buena vida como doncella o institutriz. Lo demás fue sencillo; Cecil y el buen doctor se encargaron de falsificar unas muy buenas recomendaciones que le abrieron las puertas de Holbrook House.

—Hablé con esa chica. La recuerdo. Me dijo que simplemente te habías esfumado. Te protegía de mí.

—Me protegía de todo. No sabíamos hasta qué punto alguno de vosotros podía dañarme, pero, sobre todo, me ocultaba del barón. Él seguía empeñado en buscarme, según Cecil. Parece que finalmente me encontró —señaló con amargura—. Fue así como tú me encontraste, ¿verdad?

Ante esa pregunta trascendental, que él había intentado esquivar en una ocasión anterior, Shein suspiró y la pegó un poco más a su cuerpo.

—Me pasé cerca de cuatro años solicitando informes clandestinos a contactos que estaban al margen de los dominios de Castlereagh —explicó Shein mientras le acariciaba el brazo desnudo con una ternura sobrecogedora—. Al principio, con Walpole respirando en mi nuca fue imposible recabar información. Cuando él murió tuve más margen para indagar, pero no conseguí nada, ni con el servicio de Stonelake ni con mis informantes. Te evaporaste. Después de cuatro años me rendí. No dejé de investigar, de preguntar o seguir cada posible pista, pero dejé de creer que podía encontrarte. Me quedé en París y asumí otras misiones. Por tonto que pueda parecerme, no quería volver sin ti. El pasado invierno recibí orden de trasladarme a Londres y me concedieron el título de Redcliff. Me olvidé por un tiempo de Stonelake, hasta que me llegaron noticias de la gente que dejé vigilándolo. Volvía a Inglaterra. Cuando llegó al *alien office* [6] lo estaba esperando. Fue siguiéndole a él que di contigo. Yo desconocía tus raíces, no sabía dónde buscar en Inglaterra, pero él sí lo sabía. Le seguí hasta Norfolk.

—¡Norfolk! ¿La señora Birmer está bien? —preguntó sobresaltada.

—Lo está. No debes preocuparte por ella. El barón no logró sacarle nada, pero a mí me puso tras la pista de los Malone. Y aquí me tienes.

Ella se incorporó y trabó la mirada con la suya. Era tan atractivo, tan varonil y seductor. Su amplio torso solo estaba cubierto por la camisa blanca, que le confería algo de mesura a aquellos rasgos tan oscuros de sus ojos y su cabello. Era como un ángel caído, un pecado hecho carne, a su entera disposición.

—Te tengo —susurró—. Al fin te tengo.

Sus manos viajaron solas a los botones de la camisa impoluta. Siendo consciente de que los movimientos de sus brazos aflojaban el nudo de la toalla, siguió con la tarea hasta que la camisa mostró el amplio pecho cubierto de fino vello masculino, y el lino que la envolvía cayó en torno a sus piernas. Los ávidos ojos de Shein no perdieron detalle de cada porción de piel descubierta.

El corazón de Hannah golpeteaba con fuerza dentro del pecho, como si no pudiera esperar a cumplir con el siguiente latido. Ella quería ir despacio; disfrutar de la intimidad y la dulzura que antes se habían negado, por lo que se obligó a acariciar aquella piel tersa y atezada. Recostándose sobre sus codos, Shein le ofreció plena libertad para tocarle y

desnudarle. Hannah lo hizo con la mayor de las veneraciones, sin perder de vista los tormentosos ojos negros que observaban cada uno de sus movimientos. Aunque parecía imperturbable, la respiración de Shein empezaba a ser más cadenciosa y profunda, el bulto de sus pantalones no dejaba lugar a dudas de lo que escondía aquella expresión cerrada. Solo por la satisfacción de hacerle perder la compostura, Hannah arrastró su mano por el muslo masculino hasta colmarse con su erección. Una respiración entrecortada fue su primera recompensa, a la que siguió un cuerpo tenso y un gemido gutural cuando ella arrastró una de sus uñas por toda la longitud del pene.

Lo normal a esas alturas sería que Shein la hubiese detenido para tomar las riendas, pero aquella noche parecía dispuesto a complacer cualquiera de sus caprichos. No tenía que compensarla por nada, y Hannah hubiera adorado igualmente que la tumbara contra la alfombra y se adentrara en ella sin control, pero no iba a ser quien se quejase por esta ofrenda pagana de virilidad. Se veía tan irresistible con aquella pose arrogante y sumisa a la vez.

Había extrañado... Sí. Sin duda eso era lo que amaría hacer en ese momento. Se incorporó sobre sus rodillas, dejando caer la poca tela que la cubría al suelo, le dirigió una mirada de advertencia y comenzó a desabrochar sus pantalones. Shein cerró los ojos por un instante, como quien quiere mantener a raya emociones turbias y los abrió con una determinación feroz. Elevó las caderas para ayudarla en la tarea de desnudarlo y sonrió con traviesa satisfacción cuando ella le separó las piernas y se puso de rodillas entre ellas.

El poder que ostentaba en ese momento le hacía sentir eufórica y con ganas de juego, de modo que, para hacerlo sufrir un poco, se inclinó para ponerse a gatas y avanzó hasta poder unir sus bocas. Le acarició con un beso lento, lleno de provocación y promesas. Él mantenía los codos apoyados en la alfombra, inclinado hacia atrás, ofrecido a sus deseos; y ella lo amaba por eso. Oh, señor, cuánto amaba a ese hombre.

La única parte de sus cuerpos que se tocaba eran los labios, y sin embargo el resto de la piel ardía como si el fuego de la chimenea les estuviera cubriendo. El centro de Hannah palpitaba, anhelaba, pero aún faltaba mucho para eso.

Fue dejando un camino de besos por la afilada mandíbula, por la piel más suave de su garganta, se detuvo a mimar sus tetillas planas y oscuras, mientras una de sus manos se apoyaba estratégicamente en la parte superior de su muslo. Podía notar la tensión del cuerpo masculino. Shein estaba completamente envarado, como si lo tuvieran montado sobre un potro de tortura, empeñado en mantener la compostura y en no suplicar.

Divertida con su juego, pero impaciente por su premio, Hannah al fin tuvo ante sus ojos la excitada erección de su amante. Se veía francamente necesitada de atención, con un brillo preseminal en la punta morada que fue su primer objetivo. Sacó la lengua con timidez y recogió el fluido que le dejó un gusto salobre en la boca. Shein gimió por lo bajo y dio una breve sacudida a su cadera, pero después se quedó quieto. Con una última mirada

compasiva, Hannah tomó el pene entre las manos y lo llevó a su boca, para darle paz a su amante y para reencontrarse con el placer de amarlo de ese modo.

—Buen Dios... —gimió una voz ronca y dolorida, al tiempo que el cuerpo bajo sus labios se contraía y se elevaba.

Hannah empujó con una mano para que se relajara y comenzó a lamerlo con delicadeza. Aún tenía el sabor de su anterior encuentro, pero solo duró unos segundos, y luego fue el familiar aroma de su piel más íntima el que inundó su olfato y su gusto. Hannah suspiró y se regodeó en la sensación de aquella seda contra su lengua. Se desplazó hacia la punta y se deleitó con la especial delicadeza de aquella zona más blanda, más suave, que hizo retorcerse y gemir a Shein. No lograba explicarse cómo él podía contener las ganas de sujetarle la cabeza —eso siempre lo ayudaba en la tortura— o empujar para llenarle la boca. Le sorprendía aquella sumisión que le estaba regalando, le emocionaba hasta tal punto que se prometió darle un placer inolvidable.

Las tímidas tentativas y los besos fueron dando paso a acometidas más directas. Hannah lo introdujo poco a poco hasta donde su mandíbula le permitía, sin dejar de acariciar con la lengua los recovecos más sensibles. Sus dedos trabajaban la fina piel de las ingles y su propia garganta emitía gemidos y ronroneos que sabía que estaban poniendo a prueba la resistencia de su amante. Él la había instruido, muchos años atrás, en el arte de la felación. Hannah no lograría olvidar ni en mil vidas aquella erótica tarde en la que le indicó como un licencioso maestro todas las técnicas para hacer disfrutar a un hombre con su boca o con sus manos. Shein casi nunca se lo pedía, pero ella no dudaba que era su modo favorito de llegar al orgasmo.

En ese momento, resistía por pura terquedad. Se estaba retorciendo bajo su boca, intentando disfrutar de cada roce de su lengua, negado a dejarse llevar por la succión que ella ejercía sobre su pene. Pero hasta para eso la había instruido bien. Lo recorrió todo él en sentido ascendente y atrapó entre los dientes la dolorida cabeza, la chupó con fuerza varias veces hasta que Shein gritó y volvió a metérsela en la boca para recibir el pulso de su liberación.

Shein no le agarraba el pelo, pero podría arrancar hebras de la alfombra de la fuerza con la que se prendía a ella. Encogió las caderas y las lanzó hacia ella un par de veces mientras gemía y recitaba, con los ojos cerrados con fuerza y el cuerpo perlado de sudor. Era un espectáculo digno de alabanza y Hannah se sintió realmente bendecida por poder darle su amor de ese modo.

Cuando al fin se calmó, ella lo dejó ir y se tumbó sobre su cuerpo. Aún agotado, él la abrazó y la besó en la coronilla. Hannah disfrutó de aquel sencillo silencio que solo comparten los amantes, muy similar a la satisfacción plena, tan completa en sí misma que ni siquiera las palabras caben.

—Eres una mujer terrible. Has disfrutado torturándome —dijo pasados unos minutos, cuando su respiración recuperó un ritmo normal.

—Estoy exultante de felicidad, en este momento. No podría sentirme más satisfecha.

—Eso pienso refutarlo —dijo incorporándose. La levantó con pasmosa habilidad y la llevó hasta la cama.

—¿Puedes? —preguntó Hannah riendo—. ¿Ahora?

No es que pusiera en duda las capacidades de su amante, pero acababa de darle una soberana paliza de la que le había llevado minutos recuperarse. No podía estar preparado tan pronto. Cuando Shein la tiró sobre la cama y pudo echarle un vistazo, comprobó que sí podía.

—Por Dios, me tienes como un colegial en celo. Juro por el cielo que serás mi ruina.

Aunque, en realidad, durante las siguientes horas, fue Shein quien llevó a Hannah a la ruina, alguna vez más.

Capítulo 21

Podía notar la luz a través de los párpados, pero se negaba a abrir los ojos a un nuevo día. Cabía la posibilidad de que todo fuera un sueño. Quizá estaba dormida en ese momento, y, entonces, el suave calor que notaba en su espalda y el comfortable abrazo que la envolvía podrían no ser reales. Despertar junto a Shein era algo que había anhelado durante lo que parecía una vida entera. La seguridad y la satisfacción que la llenaban en ese instante perfecto era todo a cuánto había aspirado alguna vez. Por tanto, no era del todo irracional el pequeño atisbo de miedo a romper la magia del momento abriendo los ojos.

Se obligó a mantenerlos cerrados cuando una mano juguetona, que descansaba sobre su muslo, comenzó a subir por la curva de su cadera con parsimoniosa lentitud. Seguían cerrados cuando sintió cosquillas en el vientre al pasar los dedos masculinos por su ombligo. Y los cerró con más fuerza cuando aquella cálida palma envolvió con descaro su pecho. Era el más perfecto de los paraísos. Ni siquiera en sus sueños había sido tan bueno.

—He tenido que hacer algo que llena de júbilo a nuestro señor para merecer este despertar. —La voz de Shein por las mañanas era pastosa y somnolienta; casi más sensual y estremecedora que en su estado normal. Era obvio que compartían el mismo sentimiento. Sonaba muy complacido consigo mismo.

—Tengo miedo a despertar —confesó ella.

Un fuerte brazo la ayudó a volverse y quedó tumbada boca arriba. Con renuencia, abrió un poco una de sus pestañas y comprobó que él la observaba, inclinado sobre ella. Era una imagen tan hermosa que se obligó a abrir ambos ojos.

«Ay, Dios, qué guapo es», gimió para su coleteo.

—No has de tenerlo. Nada va a volver a separarnos, pequeña.

Con aquel juramento que su alma absorbió como un animal sediento, procedió a darle un beso de buenos días. Eran aquellos besos diferentes a todos los demás que ofrecía Shein Dereford. Algo así como una patente propia que solo podía ser disfrutada por las dichosas mujeres que despertaban a su lado. Era suave y profundo, de una calidez que casi quemaba. Era también posesivo a la vez que tierno; con un sabor más intenso y familiar.

—Buenos días —le susurró cuando hubo terminado.

—Buenos días —respondió ella medio obnubilada.

«Te amo. Te amo. Te amo».

Mantener en secreto aquellas palabras trajo una sonrisa traviesa a su cara que resultó gustarle mucho a Shein.

—Ah, como he echado de menos esta carita por las mañanas. —La sonrisa se le amplió.

—¿Qué más has echado de menos?

—Mmmm. —Shein enterró la nariz en su cuello y sujetó con una mano su cadera—. Quieres que te regale el oído, ¿eh, granujilla?

Ambos se echaron a reír y retozaron unos segundos, sus cuerpos compartiendo el calor de aquellos primeros instantes de la mañana.

—Está bien. He echado de menos oír esa risita tuya, dormir abrazado a ti, las largas noches de sexo...

A pesar de la confianza que había entre ellos, Hannah no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rubor. Él se las besó y la contempló de un modo inusual, con una sonrisa bastante seria.

—Cariño, júrame que nunca volverás a dejarme.

El corazón le latió con fuerza en el pecho y sintió el deseo de gemir de felicidad. No había ninguna promesa que tuviera más ganas de cumplir. También era cierto que tenían que acordar ciertos aspectos de su relación. Quizá podía resultar un poco frívolo hablar de condiciones en aquel glorioso momento, pero había cosas que a Hannah le gustaría dejar establecidas.

—Shein, hay cosas a las que tendré que renunciar y lo haré gustosa, de verdad. Estar a tu lado es algo que me hará muy feliz, lo sé. Pero te ruego que no me obligues a vivir en Londres. Podrías llevarme a esa finca que dices que vas a restaurar. Creo que podría ser feliz Hertfordshire.

Shein frunció el ceño. Le pasó un dedo por la frente con gesto contrariado, como si no lograra entender alguna de sus palabras.

—¿Por qué no quieres vivir en Londres?

—Tú tampoco querías, ¿recuerdas? Me dijiste que te gustaría recuperar la producción de tus tierras y dedicarle tu tiempo.

—Ya. Pero quiero saber por qué rehúyes tú vivir en Londres. A ti te gusta la ciudad.

Era obvio que el conde de Redcliff, en su infinita sabiduría masculina, no se había parado a pensar en las particularidades del puesto que le proponía desempeñar. ¡Hombres!

—Aquí soy la doncella de *lady* Collington. Todo el mundo la conoce y a mí también. No puedo avergonzarles convirtiéndome de forma pública y notoria en la amante de un hombre, por muy conde que sea. Además, tendría que dejar de verlos. —Aquello la afligía sobremanera. Casi conseguía empañar su felicidad—. Y prefiero estar lejos para no pensar constantemente en ello.

Shein cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Te preocupas sin necesidad. Por mi culpa. Tendría que haber tenido el valor de decírtelo antes.

Con aquellas misteriosas palabras se levantó de la cama y fue hasta donde habían caído sus ropas el día anterior. La imagen de sus nalgas blancas en el oscuro fondo verde de las paredes le fascinó. Era un hombre bello, bien proporcionado. Sus piernas eran alargadas y poderosas, su torso amplio y fuerte. Hannah podía ver las líneas de sus gráciles músculos, cómo giraban y se contorneaban con cada movimiento. Contuvo un suspiro de adoración femenina y sonrió cuando él volvió a la cama y se tumbó a su lado, recostado sobre un codo.

—Lo que te pido, amor mío, es que seas mi esposa, no mi amante.

Una burbuja de risa nerviosa emergió de su garganta, pero se obligó a tragarla cuando vio como Shein depositaba sobre su pecho un anillo con un diamante bordeado por pequeños zafiros. Algunas partes de su cuerpo se habían quedado paralizadas: su cerebro, su corazón, su lengua...

—Si no supiera que careces del sentido del humor, pensaría que estás bromeando —soltó al cabo de unos segundos.

—Perdona, preciosa, pero he mejorado bastante en eso del humor —dijo con un guiño pícaro—. Mas, en este caso... Hablo totalmente en serio, Hannah. Cásate conmigo.

Hannah abrió los ojos de par en par. ¡Lo decía en serio!

—¿Te has vuelto loco?! ¡Yo no puedo ser tu esposa!

—Si vas a salirme con esa tontería de que los condes no se casan con doncellas...

Levantándose de la cama, Hannah se envolvió en una sábana y se paró frente a la cama con los nervios de punta. Le miró y comprobó que Shein parecía molesto por su respuesta, pero no debería haber esperado otra cosa.

—¡No es una tontería! —le gritó. No sabía por qué estaba gritando, pero, de repente, le pareció fundamental calmarse y hablar con mesura. No quería ser grosera, pero tenía que quitarle esa loca idea de la cabeza—. Cariño, no puedes hacer tal cosa. Eso simplemente... no se hace. El rey se enfurecería contigo, la sociedad te repudiaría. Sé que intentas compensarme por lo que me ocurrió, pero no tienes ninguna obligación moral conmigo.

—¡Bobadas! No intento compensarte por nada. Ese anillo lo compré hace seis años, para que lo sepas. Me recordó a tus ojos y me prometí que algún día lo pondría en tu dedo. —Diciendo eso, cogió el anillo, que había caído sobre las sábanas al levantarse ella tan precipitadamente; se levantó tan desnudo como lo estaba antes y se paró delante de ella. Le cogió la mano por la fuerza y ante la atónita mirada de Hannah, se lo insertó en el dedo adecuado—. Y juro por Dios que ningún título, ni rey, ni petimetre de Londres va a impedírmelo.

Hannah miró el anillo con los ojos desorbitados. Lo había comprado seis años atrás, con el firme objetivo de proponerle matrimonio; aun cuando no sabía nada de ella y la consideraba una espía, una traidora. Unas indeseadas lágrimas acudieron a sus ojos y tuvo

que menear la nariz para contenerlas. Shein la amaba. Puede que él no se diese cuenta o que nunca dijese las palabras, del mismo modo que ella evitaba decirlas, pero la había amado desde el principio y la prueba palpable de ello era el frío aro de oro que envolvía su dedo anular.

—Es precioso —susurró—, pero...

—¡Nada de peros! —protestó él.

Unos golpes en la puerta les sobresaltaron, e impidieron a Hannah explicarle a Shein Dereford porque debía replantearse la opción del matrimonio.

Se vistieron todo lo rápido que pudieron para bajar a calmar a la furiosa visita que se había presentado a primera hora de la mañana. El mayordomo, que según pudo averiguar se llamaba Huges, les comunicó que el marqués de Riversey y el vizconde de Collington estaban en la gran sala acusando al señor conde de secuestro. Exigían verle de inmediato, a él y a su prisionera. Todo eso lo contó el mayordomo, Huges, con absoluta indiferencia, de ese modo en el que solo un flemático mayordomo inglés puede hacerlo.

Bajaron las escaleras a toda prisa, y, antes de que un lacayo les abriera la puerta de la sala, Shein le tomó de la mano y le dedicó una mirada alentadora. Ella le sonrió, y así entraron en la estancia donde les esperaban las familias Gordon y Chadwick, en todo su bullicioso esplendor.

La animada conversación se detuvo, y cuatro pares de ojos les observaron. El marqués y el vizconde les esperaban parados de pie, con sus habituales arrogantes posturas de aristócratas, mientras *lady* Collington y *lady* Riversey se hallaban sentadas en un sofá junto a la ventana con el pequeño lord Eric entre ambas. El pillastre la miró y le dedicó una sonrisa de pequeños dientes nacarados.

—*Anna, teno u ballo* —comunicó entusiasmado.

Efectivamente, entre sus manos tenía un caballo de madera al que volvió de inmediato toda su infantil atención. A Hannah le hubiera gustado que saliera corriendo hacia ella y le echara los bracitos al cuello, como solía ocurrir cuando pasaba algunos días sin verla, pero nadie —ni siquiera su madre— era rival contra un nuevo juguete. Se conformó con aquella sonrisa y se concentró en el resto de invitados. Atrapó la mirada de *lady* Lauren que lucía una sonrisa pícara. Los ojos esmeralda iba alternativamente de sus respectivos rostros a las manos unidas entre Shein y ella. Hizo el amago de soltarse, pero él se lo impidió con un férreo apretón.

Al menos, el competente mayordomo del conde le había conseguido un elegante vestido de lana azul que le hacía parecer más distinguida. Eso le aportaba un toque de seguridad que Hannah agradecía en esos momentos.

—Caramba, Redcliff, menudo alboroto has liado. —Fue el saludo de lord Riversey.

—Señores, *miladies* —respondió Shein—, déjenme disculparme por mi desconsiderado comportamiento. Iba a enviarles una carta esta misma mañana para informarles de toda la situación.

—¡La situación! —bufó lord Collington—. Usted llama situación a secuestrar a la doncella de mi esposa.

—Ella parece estar muy entera, Marcus —añadió Riversey con sonrisa burlona.

A decir verdad, los únicos que parecían tomar en serio la situación eran lord Collington y Shein. Se medían con la mirada, y parecía algo más serio que el hecho de que ella hubiese desaparecido con el conde. Mientras, los demás lucían distintos grados de diversión en sus rostros. Y luego estaba ella, que se debatía entre la vergüenza, la conmoción y la resignación.

—Imagino que se toparon con Stonelake —supuso su patrón con acierto.

—Así es. Estaba en Bond Street. Temí que pudiera tener a varios de sus hombres apostados en la calle y que hubiese dado la orden de atrapar a Hannah. No es del tipo descuidado; no se dejaría ver a menos que estuviese a punto de asestar algún golpe.

—Después de casi una semana era obvio que tenía que estar cerca de dar algún paso al frente —terció lord Riversey.

¿Una semana? ¿Stonelake llevaba tras ella toda una semana?

—Lo que debería haber hecho, sin embargo, era entrar a la tienda y hacer todo lo posible por devolverlas a las tres a casa. Dejé a mi hermana y a mi esposa desprotegidas, Redcliff. —Ese era el motivo del auténtico enfado de lord Collington, supuso Hannah.

—Yo no estaba solo en las tareas de vigilancia. Había al menos seis lacayos vigilando la tienda, el carruaje y los alrededores. También hay un nutrido grupo de hombres ahora mismo en esta finca, Collington. Le aseguro que cubro mis espaldas, y las de todos los aquí presentes. No obstante, lamento mi intempestiva actuación. Les pido mil disculpas, *miladies* —añadió con una leve reverencia.

Lady Riversey le ofreció una coqueta sonrisa y una inclinación de cabeza a modo de respuesta. Era obvio que para ella y su esposo toda la situación resultaba tremendamente divertida. Era una mujer bastante alocada y alejada de los cánones del decoro y la buena conducta. A Hannah siempre le había caído muy bien la mejor amiga de *lady* Lauren, y, en aquel momento, no pudo evitar devolverle la sonrisa pícaro que les dedicaba a ambos.

—Se comportó como un auténtico idiota —ladró lord Collington, que aún se veía muy molesto—. ¿Se da cuenta de que ha puesto en entredicho el buen nombre de Hannah y el de mi propia familia al llevársela de ese modo delante de testigos?

A Hannah se le congeló la sonrisa con la certeza de lo inevitable: los rumores ya habrían comenzado.

—Eso no debería suponer un problema —argumentó Shein y adoptó su tono más solemne, lo que provocó un ligero temblor en la boca del estómago de Hannah—. Lord Collington le ruego que me conceda...

—Redcliff, no... —siseó en voz baja, aunque fue en balde.

—... la mano de la señorita Hannah Lubrelle en matrimonio.

Caras sorprendidas y respiraciones contenidas acompañaron a aquellas palabras. La primera conmocionada era la propia Hannah, quien no había esperado que Shein fuera tan directo y poco sutil.

—De modo que sigue decidido con ese enlace —respondió el vizconde, claramente importunado—. *Los tontos corren hacia donde los ángeles temen aventurarse.*

Hannah comprendió que Shein le había confiado a lord Collington aspectos que a ella no le había revelado, como la presencia de Stonelake en Londres o su intención de proponerle matrimonio. No le molestaba aquella complicidad, notó con asombro. Muy al contrario, por algún motivo absurdo, le parecía importante que aquellos dos hombres se tuvieran confianza. También comprendió, por aquella alusión al poema de Alexander Pope, que su patrón, con toda la lógica aristocrática imaginable, se oponía a ese matrimonio.

—Cariño, habíamos acordado que no te interpondrías —habló *lady* Lauren por primera vez. «Fascinante», pensó. Parecía que todos allí conocían de antemano las intenciones de Shein.

—También habíamos estado hablando sobre el hecho de que él no confía en su inocencia, cariño. Te recuerdo que ese te parecía motivo suficiente para objetar —le dijo su marido sin girarse a mirarla. Sus ojos nunca abandonaban la cara de Shein. Resultaba bastante intimidatorio, a decir verdad.

A Hannah había dejado de importarle lo que Shein tuviera contra ella. Había resuelto enterrar el pasado —como él le había pedido—, pero en aquel momento se sintió muy agradecida por la defensa de los Collington. La lealtad es un bien escaso en el mundo, y ella tenía mucha suerte de haberlos encontrado.

—Bien. Eso es algo que tenemos que aclarar, como es lógico y normal —anunció *lady* Lauren. Dejó a su hijo sobre las faldas de su cuñada y se levantó—. Lord Redcliff, usted se empeña en considerar a nuestra Hannah una espía, y no estamos en absoluto de acuerdo con eso.

—Ya he dicho en varias ocasiones que no me importa el pasado de Hannah ni su estatus social ni ninguna otra consideración. Será mi esposa y mi condesa, con su consentimiento o sin él.

Un hormigueo de excitación le recorrió el pecho. Escucharle defender esa decisión la llenaba de orgullo, aunque era obvio que su amante caminaba en los límites de la buena educación esa mañana.

—Eso es muy honorable de su parte —añadió su señora—. Pero sigue sin creerla cuando ella le dice que no tuvo nada que ver en base a unas pruebas que se niega a compartir con nosotros y con ella misma. Comprenda que eso es algo que no podemos tolerar.

—Aunque no creo que tengan derecho alguno a entrometerse —Y de nuevo Redcliff pisaba la frontera del decoro—, y pese a que ya les he dicho a todos ustedes que la participación de Hannah en el espionaje no me importa lo más mínimo, no tengo ningún inconveniente en explicarles nada. Nunca me he negado a compartir información, *milady*, más bien creo que nunca me preguntaron por las pruebas que pesaban contra ella. Se dedicaron a negarlas con absoluto fervor, tanto como me gustaría a mí poder hacerlo, créame.

Hannah se vio obligada a reconocer que Shein podía ser un poco exasperante. Lord Collington le estaba fulminando con los ojos por aquella respuesta solapada; la hermana del susodicho, sin embargo, parecía a punto de ponerse a aplaudir.

Shein recorrió la estancia con la mirada y localizó una silla vacía. La llevó hasta ella y la hizo sentarse.

—Si tu familia nos va a someter a un tercer grado, será mejor que te pongas cómoda, cariño.

Eso fue secundado por un suspiro de *lady* Megan y un encogimiento del corazón de Hannah. «Su familia». Él los consideraba su familia, a esta gente maravillosa. No a los padres despreocupados ni a los hermanos egoístas que la habían abandonado, sino a este quinteto adorable que, en cierto modo, la apreciaban y protegían. Era una tontería emocionarse por ello, pero no pudo evitarlo.

—Empezamos a sospechar de ella porque era la encargada de acudir al mercado —comenzó a explicar Shein. Hannah no podía creer que, por primera vez, iba a escuchar una explicación por parte del hombre que había sido su amante y aspiraba a ser su esposo—. Sabíamos que ese era el salvoconducto que utilizaba Stonelake para enviar indicaciones sobre su correo clandestino. En ese correo, el barón ofrecía información detallada de estrategias y posiciones de las tropas inglesas, pero no era seguro enviarlo a través de su contacto en Les Halles. Sin embargo, sí que podía mandar regularmente una serie de indicaciones para explicarle el modo de acceder a las cartas. Esos eran los mensajes que tú llevabas al mercado, querida —añadió con una mirada compasiva en su dirección—. Las instrucciones que te mandaban escribir tenían ese objetivo.

—¡Pero si Hannah no sabía escribir! —protestó *lady* Lauren—. ¿Ve como está equivocado, lord Redcliff? Yo le enseñé a leer y a escribir cuando volvió a Londres, ¿verdad que sí, Hannah?

Pero ella estaba muy lejos de poder responder. Era tal la conmoción, que apenas escuchaba. ¿Por ese motivo la habían considerado una espía? ¿Por las listas de la compra?

—No es posible. Eso no es posible —insistió Shein, categórico—. Ella escribía las notas.

—¡Le digo que no! —refutó de nuevo su señora.

Aquella confianza hizo vacilar a Shein, quien se acercó hasta su silla y se arrodilló ante ella.

—Cariño. —Le tomó las manos entre las suyas—. No entiendo nada. ¿Es cierto lo que dice *lady Collington*?

Hannah solo asintió. Aún intentaba entender todo aquello.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Y las notas que me mandabas a mí? Me citabas para vernos y me mandabas mensajes firmados por ti. Era la misma letra.

Aquello no podía estar pasando. Era imposible que los recados que ella llevaba al mercado fueran para delatar a soldados. «No. No. No».

—Hannah... —insistió el conde.

Las cartas. Ella enviaba cartas a Shein. Le decía cuántas ganas tenía de verle, que aquella noche no podía salir o que le había gustado el pañuelo bordado que le había regalado. Pero no las escribía. No podía.

—Las escribían por mí —musitó.

Shein palideció por un instante y después tragó saliva, sin apartar la mirada de la suya.

—¿Quién?

—Cecil —confesó medio ausente—. Me daba vergüenza que supieses lo ignorante que era y ella se ofreció a ayudarme.

—Madre de Dios. ¿Y ella era quien cifraba los mensajes?

—¡Eran listas de la compra!

—Cariño, no eran...

—¡Claro que lo eran! —De repente, todas las implicaciones de aquella conversación le parecían inaceptables. No podían estar en lo correcto. No. Cecil no—. Ella no me hubiera hecho eso, Shein. ¡Me salvó! —le gritó con el corazón apretado en un puño por una aprensión inefable—. ¡Sabes que me salvó! Ella no me traicionaría. ¡Ella no lo hizo!

Shein la forzó a un abrazo al que Hannah se resistió, porque sería tanto como reconocer que tenía razón.

—Shhh. Tranquila, Hannah. Shhh. Mi amor, lo siento.

En aquel momento su cabeza era como un tambor. Cada toque de la baqueta, un recuerdo, una idea. Una parte de ella se empeñaba en unir las piezas, la otra le impelía a emborronarlo todo para no llegar a la dolorosa verdad. Cecil Gutier la había utilizado. Antes de llegar Hannah, era quien iba a encargar la compra al mercado, y, cuando llegó ella, le pidió que la relevase porque había asumido nuevas funciones en la casa que le demandaban mucha dedicación. Hannah había estado encantada de ayudarla en eso. Sin ser consciente de ello, la había convertido en una criminal. ¿Cecil era una espía? ¿Había mandado hombres a la muerte? ¿La buena y compasiva Cecil?

—Hannah, Hannah —musitaba Shein, con la cabeza enterrada entre su cabello suelto—. ¿Podrás perdonarme?

—No fue culpa tuya. —Intentó tranquilizarle, aunque ella misma se sentía confusa.

—Lo fue. Claro que lo fue. Debería haber visto quién movía los hilos.

Hannah se separó y le tomó la cara entre las manos.

—Deja de culparte de una vez. Tú luchabas por un noble motivo, hiciste lo que tenías que hacer y yo... —sonrió con amargura— fui una tonta. Me dejé engañar por todos vosotros.

—Eso cuesta creerlo. —Se oyó murmurar a lord Riversey.

Hannah profundizó su sonrisa. No le faltaba razón al marqués. Hannah Lubrelle no se dejaría engañar tan fácilmente, pero aquella chica sólo era Elisabeth Poirier, una joven viuda e ignorante.

«Ay, Cecil. ¿Cómo pudiste?», se lamentó amargamente.

Parecía increíble que la misma persona que le había salvado la vida la hubiera traicionado de forma tan vil. Por suerte, ya no era Elisabeth, sino Hannah. Pese a la impresión inicial y a todos los reveses que había recibido en esos días, era una mujer más fuerte y resuelta de lo que había sido años atrás.

—Eso siempre se interpondrá entre nosotros, ¿verdad? —preguntó Shein con desánimo.

—No, claro que no —le aclaró con un intento de sonrisa alentadora que más bien debió verse como una mueca. Sentía la cara rígida, acartonada—. Comprendo por qué me lo ocultaste y, honestamente, no puedo decir que hubiera actuado de forma distinta a como lo hiciste tú. A fin de cuentas, no me conocías, y lo poco que sabías de mí no te daba motivos para confiar.

—Entonces, ¿me perdonarás?

—Creo que podré hacerlo —reconoció, aunque lo cierto es que no sentía que tuviera nada que perdonarle.

—¿Y te casarás conmigo?

—Otra vez con eso —suspiró—. Es del todo impos...

—No aceptaré un no por respuesta —la interrumpió—. Ya ves que soy capaz de secuestrarte y perseguirte hasta el resto de tus días.

—¿Acaso no entiendes que no es adecuado que te cases con una doncella? Podrían incluso arrebatarte el título.

—¿Acaso no he explicado ya que me importa un comino ese título? —respondió el flamante conde exasperado—. Hannah, he vivido diez años como un nómada; ocho de los cuales los he pasado añorando una única cosa, a ti. Se lo que puede proporcionarme el poder, el dinero... nada de eso puede compararse con tenerte a ti.

Aunque por un momento le había parecido que estaban solos en el mundo mientras escuchaba aquellas celestiales palabras, lo cierto era que los acompañaban cuatro adultos y un bebé. Por suerte, el pequeño Eric estaba la mar de entretenido con su caballito de

madera, pero el resto del público se hizo visible tras aquella declaración con algunas toses masculinas y los aplausos fervorosos de *lady* Riversey.

Shein se puso rígido, se levantó, tiró de ella con una mano y, fulminando a los presentes con su mejor mirada de aristócrata, la llevó hasta las puertas del vestíbulo que daban al jardín mientras mascullaba algo sobre una panda de entrometidos. Las abrió y la envolvió con un brazo para salir al exterior.

—Hannah, por Dios, deja de torturarme —solicitó cuando la tuvo sentada en el borde de un banco de piedra—. Acepta mi propuesta.

—No quiero torturarte. Es solo que no entiendo por qué no puedes aceptar otro tipo de acuerdos. Seríamos muy felices en esa finca tuya si...

—Mis hijos no serán bastardos —protestó mientras se sentaba a su lado muy enfurruñado.

La resolución de Hannah se desinfló cuando comprendió que este era el momento de sincerarse. No había previsto ocultarle a Shein su problema, ni mucho menos, pero había esperado estar en un estado más calmo cuando tuvieran esa conversación.

—Nunca... —dudó—. Nunca podré darte hijos.

Shein se puso rígido, y su espalda retrocedió una pulgada casi imperceptible.

—¿De qué estás hablando?

—Aunque es cierto que temo el escándalo que estallaría si me convirtieras en condesa, el principal motivo por el que me niego a serlo es que no podría cumplir con mi principal cometido. —Porque ese era el objeto de las mujeres que se casaban con aristócratas, les gustase a ellos o no—. No puedo darte un heredero, Shein. Soy estéril.

Hannah se compadeció del hombre que tenía frente a ella, que la miraba sin entender y en cuyos ojos flotaba un halo innegable de decepción.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo el médico que me atendió aquella noche. —Hannah respiró hondo. Sabía que iba a asestarle un golpe que le iba a doler—. Me dio varias patadas en el vientre, Shein. Sangré y...

Él se levantó como un resorte y rugió. Se llevó las manos al pelo mientras daba grandes zancadas de un lado a otro. Estaba furioso, tal y como había esperado que se pondría cuando se enterara.

De pronto se paró en seco y la miró con auténtico terror en los ojos.

—¿Estabas embarazada? —preguntó con un hilo de voz.

—¡No! —exclamó con énfasis. Aquello sí que no hubiera podido superarlo—. No, por Dios. Te lo juro. Nunca me quedé embarazada; teníamos mucho cuidado. Lo sabes. —Aquello tampoco había conseguido tranquilizar a Shein. Respiraba como si estuviera a punto de asfixiarse y en sus ojos brillaba una furia como nunca antes le había visto—. Por favor, cálmate. No te lo tomes así, te lo ruego.

—¿Cómo quieres que lo tome?! —gritó—. Lo buscaré y lo mataré. Maldito bastardo desgraciado. Lo mataré. ¡Lo mataré!

Como él seguía paseándose como un hombre desquiciado, Hannah se obligó a mantener la calma. Alguien tenía que ser la parte cabal de aquel episodio de sus vidas.

—Entiendo que estés furioso, pero no tiene sentido que arruines tu vida matando a un hombre por algo que ocurrió hace ocho años y que ya no tiene solución. Tampoco es posible que te cases con una mujer que no puede darte un heredero y que además...

—Yo ya tengo un heredero. Eso es lo que menos me importa, maldita sea —le gruñó molesto al tiempo que se detenía para mirarla enojado.

Nada podía haber sorprendido más a Hannah que aquel anuncio. Lo miró con los ojos como platos y boqueó varias veces antes de poder hablar.

—¿Tú tienes un hijo? —graznó con la voz desafinada.

—Hermanos, Hannah. —Y por primera vez desde que habían bajado de la habitación un rastro de humor apareció en su rostro—. Tengo dos hermanos.

—¿Dos hermanos? —preguntó perpleja, porque, al fin y al cabo, jamás se había planteado nada sobre la vida de este hombre al que amaba con toda su alma. ¿Cómo era posible que no supiera algo tan importante?

—Y dos hermanas —añadió acercándose a ella y arrodillándose frente al banco donde ella permanecía sentada—. También tengo un padre y una madre, por si te lo preguntas.

—Increíble —susurró, sin ser capaz aún de sacudirse la conmoción.

A Shein parecía hacerle gracia su estado de turbación, porque dibujó una sonrisa en su cara y le acarició la mejilla.

—Aunque no los tuviera a ellos, daría igual. Redcliff es un título que nunca he pedido. Me importa un comino, querida. Si el Rey se encoleriza porque me haya casado con una doncella francesa y no pueda generar un heredero para el condado, que se quede con el título y se lo regale a otro pobre desgraciado. Yo me quedo contigo.

—Shein... —susurró, dejando caer su frente sobre el hombro de él.

—Di que sí, te lo ruego.

¿Podía decir que sí? ¿Qué motivos le quedaban para seguir negándose? Shein sabía toda la verdad. No le importaba su humilde cuna, ni su pasado, ni su infertilidad. La amaba, aunque jamás lo hubiera puesto en palabras; y ella lo amaba a él de una forma que no creía posible.

«Sí. Di que sí. Vamos, dilo», se ordenó mentalmente.

—¿Me... concederías un tiempo para calmarme y pensar? —dijo, sin embargo—. Yo... estoy un poco aturdida, Shein. Mi cabeza va a explotar y...

—Está bien, mi amor. Si eso es lo que necesitas, tendré paciencia —añadió con gesto serio—. Haré lo mejor para ti, aunque me desquicie tener que esperar.

Era muy injusto, lo sabía. Pero ¿cómo podía tomar una decisión tan relevante para sus vidas en un momento en el que tenía los nervios crispados por tantas emociones?

—Tal vez cuando localicemos al barón —sugirió— y todo esto haya...

—Te doy dos días, Hannah Lubrelle. —A Hannah le entraron ganas de reír ante aquella nueva interrupción. ¡Menuda paciencia!—. Necesitas estar segura de tus decisiones y puedo ser comprensivo, pero no vas a posponerlo de forma indefinida. Y debo advertirte que si la respuesta es «no» te secuestraré de nuevo y te llevaré derecha a Gretna Green.

—Allí la novia también tiene que dar el sí, querido.

—Puedo lograr cosas que te sorprenderían —sostuvo con una mirada tan arrogante que a Hannah no le cupo la menor duda.

Capítulo 22

Mientras *lady* Collington y *lady* Riversey tomaban el té en la sala contigua, Hannah se disponía a escribirle una carta a la señora Birmer. Shein había salido a enseñar la finca a sus invitados varones, pues había prometido darle espacio y no atosigarla hasta que tomase su decisión. También había dictaminado, en un alarde de intransigencia, que ella no abandonaría aquella casa hasta que aceptase comprometerse. Sus patrones podían —y debían— volver a Londres, había dicho, pero Hannah era una prisionera a todos los efectos.

Según la apreciación del conde, le estaba dando tiempo para tomar una decisión cuando lo único que le ofrecía, en realidad, era tiempo para aceptar que tenía que casarse con él.

Aquel tonto despotismo la divertía. En otros momentos, se habría rebelado contra él, pues nunca había sido una mujer dócil ni condescendiente, pero su decisión era casi irrevocable a esas alturas; necesitaba reconciliarse con ella, pero estaba tomada.

Sí. Iba a decir que sí.

Se le encogió el pecho al pensarlo. ¿Era posible que aquello estuviera ocurriendo? ¿Sabrían vivir con las consecuencias de esa transgresión social?

Se sentó a la mesa de taracea donde la tarde anterior Shein la había tomado con tanto ímpetu y se sonrojó al recordarlo. Era una bobada, pues no había nadie con ella y tampoco era que antes de eso fuera una beata, pero a veces el regocijo también traía consigo esa especie de rubor culpable.

Se concentró en la carta que tenía que escribir a Ashley Birmer. Era la única persona que se había preocupado por ella en su infancia y quería tranquilizar a la pobre mujer tras las visitas que había estado recibiendo. Le extrañaba incluso que no le hubiera llegado una carta suya avisándole de las indagaciones de Stonelake y de Redcliff, pero era una señora muy mayor, y podían ser muchas las causas por las que no se decidiera a hacerlo. Shein le había asegurado que la dejó en perfectas condiciones y que le prometió llevarla de visita cuando la encontrase. Eso la tranquilizaba, aunque se consideraba en la obligación de enviarle noticias.

Escuchó la risita de lord Eric mientras sacaba del cajón el papel de escribir y se giró a mirar hacia la sala, pero estaban en un ángulo de la estancia que le quedaba fuera de la visión. Al volver la mirada al papel sobre la mesa, le llamó la atención una sombra, entre la librería y la salida al pasillo, que no había visto antes.

Un frío sepulcral la invadió cuando se dio cuenta de que era un hombre lo que se ocultaba en aquella sombra. No creyó que fuese Shein ni por un momento. Tampoco necesitó ver su rostro para presentir quién la observaba.

El miedo se diluyó en una corriente helada que caló sus huesos y los recorrió de punta a punta. De pronto, respirar, latir, no eran las acciones sencillas y mecánicas que recordaba.

Como en una pesadilla, las facciones enjutas de Stonelake se materializaron ante sus ojos, despertando en Hannah unos demonios que creía haber destruido tiempo atrás. Las cejas rectas y crueles, los ojos hundidos y la barbilla afilada que siempre le había parecido siniestra. No había cambiado mucho en aquel tiempo, si acaso estaba algo más orondo que la última vez que lo vio.

—Oh, querida señorita Cheever. Veo que se acuerda de mí —conmino en voz muy baja, casi entre susurros, mientras salía de las sombras y dejaba ver que iba armado.

Hannah no podía reaccionar, no era capaz de mover un sólo músculo ni de articular la más mínima palabra. Volvió a escuchar el griterío infantil proveniente de la salita y sus ojos, solo sus ojos, volaron hasta la puerta abierta.

—Tch, tch, tch. Yo que tú no les metería en esto, hermosa —avisó Stonelake con aquel tono calmado y frío que le hacía estremecer de miedo—. No dudes que estoy dispuesto a eliminar a todo aquel hombre, mujer o niño que se interponga en mi camino.

Aquello consiguió, como nada más podría hacerlo, que Hannah saliera de su parálisis y que se enfadara a un nivel muy profundo.

—¿Qué hace aquí? —masculló.

¿Cómo se atrevía a amenazar a las personas que amaba? ¿Por qué tenía que presentarse en aquel momento de su vida?

—He venido a por ti, hermosa —dijo acercándose con pasos lentos.

—Lord Redcliff... —Pretendió advertir.

—Señorita Lubrelle —interrumpió acercándose cada vez más a ella—. Te llamas así ahora ¿verdad? —Hannah asintió, templando el mal humor que la invadía—. Ni lord Redcliff ni nadie va a impedir que vengas conmigo. Y te aconsejo que me obedezcas lo antes posible, o tus amigos tendrán un final muy trágico y desagradable.

Al terminar la amenaza, el barón ya estaba junto a ella y apuntaba a Hannah con el revólver a solo un suspiro de su cabeza.

—Vas a levantarte ahora mismo y vamos a salir por el jardín —explicó mientras deslizaba el cañón del arma por su cara—. Si haces el más mínimo ruido, ellas van a entrar, puede que con el pequeño heredero de lord Collington, y te prometo que tengo balas para todos.

Hannah contuvo un gemido, que era mitad furia y mitad temor, mientras se levantaba despacio. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo podía detener aquello sin poner al resto en peligro? Una sensación de absoluta fatalidad anidó en su estómago cuando el barón colocó la pistola a su espalda y le empujó con ella en dirección al pasillo trasero. Iba a marcharse con ese

hombre. ¡Santo Dios! ¿Y si nunca volvía a ver a Shein? «No, por favor. No lo permitas», oró en silencio.

Salir de la casa les llevo unos escasos segundos, en los que Hannah se sorprendió de que le respondieran las piernas. Debía asegurarse de que las personas que le importaban no sufrieran ningún daño, pero no podía ponerse a merced de aquel demente. Tenía que encontrar la forma de librarse de él antes de que su secuestro fuera irreversible. La opción de no volver a ver al hombre que amaba se presentaba ante sus ojos como un futuro desolador. ¿Y si aquel loco planeaba matarla?

La condujo hasta la zona de los establos. Allí, detenido junto al costado de la gran edificación, había un *landau* conducido por un tipo cuya profesión podría ser cualquiera menos la de cochero. La hizo subir al interior a punta de pistola con malos modos y se sentó en frente de ella, sin soltar el revólver. El carruaje comenzó a desplazarse de inmediato, aunque a un ritmo lento, notó Hannah con desesperación. Stonelake no volvió a dirigirse a ella hasta que perdieron de vista la fachada gris piedra de la propiedad.

—Bien, querida, ahora que hemos dejado atrás a todos esos adorables estúpidos, hablemos tú y yo. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Hannah negó con la cabeza. No quería hablar con él. Le dolía el pecho y la garganta por la rabia y la desolación. Habían perdido de vista la casa, y, con ello, cualquier posibilidad de salvación. Estaba tan desilusionada que no se sentía capaz de mirar aquella cara tan despreciable.

Le asombraba haber llegado a pensar una vez que poseía un rostro atractivo. Cuando comenzó a trabajar para él en París, creyó que había tenido muy buena suerte, pues era un hombre elegante, bien parecido y correcto. No tardó más de dos semanas en darse cuenta de que, al menos en lo último, su juicio había sido totalmente erróneo. En el momento actual, le parecía que la fealdad de su alma había traspasado las barreras de la piel. Aquellas marcas de viruela bien podrían ser pústulas del diablo.

—¿Qué te contó Cecil? —Hannah no supo qué responder a eso y tampoco tuvo mucho tiempo de elaborar una excusa coherente antes de que Stonelake perdiera la paciencia y le golpeará en un costado de la cabeza con la culata del revólver como represalia por su silencio.

—¡Muchacha estúpida! No voy a consentirte impertinencias. ¿Hasta dónde te informó Cecil?

—¡No me dijo nada! —escupió—. ¡Nunca supe lo que ella y usted tramaban ni cómo me estaban utilizando!

—Suponía que lo negarías... —concluyó con fastidio—. No te servirá de nada, idiota. Dime, cuando volviste a Inglaterra, ¿qué hiciste con la maleta que te preparó Cecil? ¿Aún la tienes?

Hannah se quedó en blanco. ¿Una maleta? ¿Qué tenía que ver eso con todo lo que había ocurrido ocho años atrás en París? Los segundos se estiraron mientras decidía qué rumbo de acción tomar. ¿Qué podría querer él de sus pertenencias? ¿Le convenía tener esa maleta?

Otro golpe de la culata en el costado de su cabeza la sacó por la fuerza de sus cavilaciones.

—¡Sí! —respondió furiosa. Aquella segunda vez había dolido más. Sin embargo, Hannah se sorprendió al darse cuenta de que no tenía miedo a la violencia del barón. Debería estar aterrorizada, acosada por los recuerdos, pero lo único que era capaz de sentir era rabia por todo lo que este hombre le estaba arrebatando.

Empezaba a quedarse helada. El carruaje, totalmente desprovisto de ladrillos calientes, no era lo más deseable para aquella época del año y se había visto obligada a salir sin un abrigo. Al menos, el elegante vestido de lana azul cobalto que le había conseguido el mayordomo de Shein era bastante grueso, pero no lo suficiente. Sus dientes querían empezar a castañetear, pero imaginó que aquello podía interpretarse como un síntoma de debilidad. No iba a darle esa ventaja. Necesitaría mucho ingenio y aplomo para salir de esa.

—¿Está en la propiedad de Redcliff? —El barón continuaba con el interrogatorio, lo que le daba a Hannah una distracción muy agradecida respecto a sus circunstancias. Tenía que pensar muy bien las respuestas.

La única maleta que ella recordaba haber traído a Inglaterra se hallaba en Norfolk, en la casa de la señora Birmer. Pero se temía que esa no era la respuesta que el barón quería escuchar o que a ella le convenía dar. Norfolk estaba muy lejos, y Hannah tenía que intentar deshacerse de ese hombre lo antes posible. ¿Cómo podía lograr tal cosa? Él era muy superior a ella en fuerza y estaba armado. Como quiera que estaba a punto de recibir otro golpe, se dejó llevar por la improvisación.

—No. Está en casa de lord Collington, en Londres —mintió.

Era lo más cercano, y había muchos miembros del servicio allí que podrían ayudarle. O, en caso de que no lograsen interponerse, al menos verla y explicarle a Redcliff lo que estaba ocurriendo.

—Muy bien, hermosa.

Odiaba aquel calificativo. Siempre lo había usado con ella y con otras chicas del servicio. Cuando lo decía, su acento se volvía ligeramente francés, pesado, rimbombante, lascivo... No quería pensar en eso. El pasado solo podía abrir una brecha en su entereza. Más bien tenía que centrarse en averiguar todo lo que pudiese sobre las intenciones que tenía hacia ella. Se preguntó cómo abordarlo sin ser demasiado evidente y optó por volver al principio y parecer desinteresada.

—¿Cómo me encontró?

Él la ignoró por tanto tiempo que Hannah creyó que no le iba a contestar. ¿Sería recomendable hacer otra pregunta? ¿O solo lograría impacientarlo? Seguro que Shein era un experto en interrogatorios, pensó.

—Me costó convencer a Cecil —contestó de pronto Stonelake, para inmenso alivio de Hannah.

Algo sí que sabía acerca de sonsacar información. Había aprendido mucho de las travesuras del pequeño Eric: si se quedaba callada el tiempo suficiente, acababa cantándolo todo. Y eso hizo. Esperar.

—Cometió el error de traicionarme, ¿sabes? —continuó al cabo de un rato—. Esa zorra. Siempre fingiendo, siempre embaucando. Uno nunca sabía de qué lado estaba. Aunque eso tú bien que lo aprendiste por las malas, ¿eh, pequeña? —dijo en tono socarrón con una risita baja—. Creyó que contigo tenía un arma contra mí, pero yo le demostré que tú no valías nada, ¿verdad?

¿Pretendía humillarla con su desprecio? Estaba segura de que el barón estaba rememorando la noche en que le pegó y por eso sonaba de ese modo tan altanero. A Hannah le cabían pocas dudas respecto al estado mental de aquel hombre. Algo no andaba bien en su cabeza.

—¿Y por qué quería encontrarme? —preguntó. Ese hombre podía ponerse a desvariar, a hacer preguntas absurdas y contestarlas él mismo. Muchas veces le había escuchado hablar como un perfecto enfermo de Bedlam. Era primordial que lograra centrar la conversación.

—¿A ti? —escupió con desparpajo—. Tú eres insignificante, ya te lo he dicho. ¿No me escuchas? Si no tuvieras esos papeles podrías haberte podrido en un callejón y me daría igual. Aunque no creo que sea justo que te des la gran vida de fulana con ese arribista de Redcliff. No, señor. Eso no está bien... nada bien. ¿Conde? ¿Cómo han podido convertirlo en conde?

Hannah no salía de su asombro. El desvarío de Stonelake llegaba a cotas que ni se había imaginado. ¿De dónde sacaba aquellos juicios de valor? ¿De dónde provenía aquel odio? Decidió abordar el tema de los papeles.

—No sé nada de esos papeles.

—¡No me mientas, furcia! —gritó y le volvió a golpear en el costado de la cara con el revólver. Cada vez que levantaba el brazo derecho y le propinaba un nuevo revés el dolor era más agudo.

A duras penas conseguía contener las ganas de lanzarse contra él como una gata y arañarle la cara. Si no tuviera ese revólver en las manos, Hannah estaba segura de que podría llegar a hacerle mucho daño, a pesar de su complexión delgada. Notó que un reguero cálido y húmedo descendía de su sien y fue consciente de que esta vez le había hecho sangrar. Se obligó a respirar hondo y contener sus instintos homicidas, pues estaba claro que ese hombre respondía de modo violento sin la más mínima provocación. Lo mejor sería no hacer más preguntas, decidió, pero al barón se le había desatado la lengua.

—¿Crees que no sé que ella te ayudó a huir?, ¿que te dio las pruebas contra mí? ¡Todos esos documentos eran mi seguro de vida, maldita estúpida! ¡Lo tenía todo planeado! —

Parecía muy alterado por lo que Cecil había hecho, y Hannah temía que descargase en ella su rencor. Pero, de un momento a otro, pasó de gritarle con énfasis a sonreír con la satisfacción de un gato que se relame la leche del bigote—. Ah, pero ahora recuperaré esos papeles y nadie podrá chantajearme. Serán mi billete a una vida nueva. ¿Ves, Cecil? —preguntó mirándose la mano que portaba el arma con curiosidad—. No te sirvió de nada tanto lloriquear y resistirte. Ahora esta hermosa niña me dará mis papeles y tendré a todos esos tipos en mis manos.

A Hannah le daba vueltas la cabeza. Ese hombre era un barril de dinamita a punto de estallar. No sabía qué decir que no empeorase la situación, pero él la estaba mirando como si demandase una respuesta. A una persona tan alterada no se le debe llevar la contraria pues son impredecibles y pueden sentirse atacados o engañados a la más mínima oportunidad. Quizá si podía hacerle creer que tenía miedo y que estaba dispuesta a colaborar, conseguiría que bajase la guardia y le diese alguna oportunidad de escapar.

—Le daré los papeles, se lo prometo.

—No sé si creerte —contestó él con una lucidez momentánea.

—Le juro —dijo tendiéndole una mano— que no tengo intención de trai...

—¡No me toques! —chilló él apartando la mano.

Hannah fue rápida y retiró el brazo de inmediato. Sus ojos se habían desorbitado al ver como ella le acercaba la mano y parecía a punto de perder los estribos.

—¡Lo siento! ¡Se los daré! —prometió con énfasis—. No sé por qué motivo Cecil le traicionó, pero yo no lo haré. Le daré la maleta, se lo juro. No tendrá más problemas por mi culpa.

El barón pareció pensarlo por un minuto. Aún la miraba con desconfianza por haber intentado tocarle. Era un hombre muy escrupuloso y maniático. Siempre usaba guantes, a todas horas, incluso durante las comidas. Decía que los criados no lavaban bien los cubiertos y si alguna doncella o lacayo chocaba con él se ponía frenético.

—Iremos a casa de lord Collington —insistió—. La maleta está en mi habitación. Nadie nos verá entrar y cogerla. Nadie sabrá que se la he devuelto.

Aquellos ojos un poco saltones siguieron oscilando de un lado a otro unos pocos segundos más. Después, el barón se recostó en el asiento y se puso la muñeca sobre la frente con gesto aliviado.

—No me darás problemas —afirmó con rotundidad—. Eres una buena chica. Siempre lo has sido. —Se reacomodó en el asiento y respiró profundo—. Cogeremos era maleta y nos iremos. No dejaré que ese cerdo de Redcliff te pervierta.

Hannah noto el sabor de la hiel en la garganta y tragó saliva. Se recordó a sí misma que, antes de todo eso, tenía que encontrar el modo de escapar, pues no estaba en posesión de esos papeles que eran el motivo de su locura, y cuando él lo descubriese... En fin, Hannah no podía permitir que ese escenario llegara a desarrollarse.

El barón se había quedado pensativo, pero no dejaba de frotarse la mano que ella había tenido la intención de tocarle. Viejos rumores flotaron en su memoria. Circulaban una infinidad de ellos por París acerca de las «particulares» costumbres del barón. Se decía que no había sido capaz de engendrar un heredero por la sencilla razón de que nunca había tocado a la baronesa y tampoco se le habían conocido nunca amantes. Se sabía en aquella casa que el señor pertenecía a un club muy exclusivo del que se escuchaban cosas turbias y que gran parte de la fortuna del barón se gastaba allí. Él se tenía por un hombre sublime — superior en todos los aspectos— y trataba con frío desdén incluso a los más allegados. No soportaba el contacto con las clases bajas, a excepción de sus propios criados, que eran diligentemente escogidos por un terrible mayordomo que a Hannah siempre le había puesto los vellos de punta.

Todas esas rarezas parecían casar bastante bien con el hombre que tenía delante y que, sin la elaborada pátina de arrogancia francesa que solía lucir años atrás, se veía desorientado y afectado de un modo absurdo por el hecho de que una mujer pudiera haberle tocado.

Hannah no llegaba a entenderlo y tampoco quería hacer el esfuerzo, pero sí sabía que aquella especie de locura era la única llave de la que disponía para librarse de él.

—En sus últimos minutos no hacía más que arrepentirse de haberte engañado, la muy estúpida. Era a mí a quien debía lealtad —continuó hablando.

¿Sus últimos minutos?

—Cecil está...

—Dando de comer a los peces —admitió con una sonrisa extraña—. Pero tú eres una buena chica. No tendrás que hacerle compañía ¿verdad que no? Nos iremos muy lejos. Inglaterra no es segura para mí y, de un tiempo a esta parte, tampoco lo es París. Necesito emprender una nueva vida, pero para eso necesitamos dinero, Elisabeth. Ellos nos darán cualquier cosa para evitar que esos documentos vean la luz. No les interesa que sus nombres se conozcan.

Hannah intentaba asimilar el hecho de que Cecil Gutier estaba muerta, que aquel hombre desequilibrado le había quitado la vida. Aunque la había traicionado y colocado en esta difícil situación, la noticia le quitó el aliento.

Por encima de la decepción que había sentido al descubrir su engaño, no podía olvidar que Cecil la había sacado de la calle, le había ofrecido un techo y una cama dónde dormir cada noche. Había cuidado de ella en aquella casa extraña y, cuando se había producido el fatal desenlace, le había salvado la vida. En sus últimos momentos, había intentado protegerla, y eso la había llevado a un lecho de agua.

—Los chantajea —concluyó respecto al discurso de Stonelake sobre esos hombres. ¿Socios suyos, quizá?

—Los animo a colaborar en mi causa. Así que ya ves. Todo el sufrimiento de Cecil, tu propia desgracia solo servirá para que yo consiga unos documentos que luego quemaré delante de mis amigos cuando tenga su fortuna a buen recaudo.

—¿Los quemará?

—Lamentablemente, mi nombre también aparece de vez en cuando en esos documentos. Fue por ese motivo que Cecil te los dio, para tenerme en sus manos. Ahora sus manos se las comen los peces. ¡Ja! Menuda estúpida. Zorra estúpida.

La voz del barón se fue apagando mientras seguía escupiendo insultos sobre Cecil con la mirada perdida. Hannah cerró los ojos, obligada a abstraerse para no seguir escuchando como aquel ser horrible enlodaba la memoria de su amiga. Dejó su mente en blanco y dedicó los siguientes minutos a recordar los momentos felices que había vivido junto a ella. Siempre la había protegido de la presencia del barón. Parecía muy pendiente de evitar que se lo encontrase o que llegasen a cruzar más de dos palabras. Podría creer que tenía todo que ver con el hecho de que la estuviese utilizando en sus misiones de espionaje, pero estaba convencida de que Cecil la protegía, a pesar de todo. Ella debía conocer los oscuros recovecos de la mente de aquel hombre pues siempre le advertía de su carácter inestable y de sus rarezas. «No le sostengas la mirada», solía decir. «No te quedes a solas con él», le aconsejaba. «No le toques».

Cecil Gutier la había cuidado, pero también había participado en la muerte de miles de soldados ingleses. ¿Cómo podía reconciliar la imagen que tenía de ella con esa nueva información?

No podía, concluyó al cabo de un rato. Ni siquiera iba a intentarlo. Cecil ya no estaba. El barón la había matado. Y lo único que de verdad importaba en su corazón es que le había salvado la vida y le había dado afecto cuando nadie más lo hizo.

Lo cierto era que la había metido en un último aprieto, porque había enviado a Stonelake tras sus pasos, pero no se puede culpar a nadie por lo que confiese para intentar salvar su vida. Había aprendido mucho sobre la lealtad en los últimos años junto a *lady* Lauren; por eso se prometió que haría todo cuanto estuviera en su mano para lograr que Stonelake pagase sus crímenes. Lo haría por Cecil Gutier, por su memoria.

A unas yardas de distancia, un apuesto y elegante muchacho con impecable librea, cabalgaba a paso ligero con la mirada clavada en la trasera de un *landau* negro que se desplazaba sin demasiada prisa por el camino de Chigwell a Londres.

El ritmo de su corazón era mucho más alocado que el sonido de los cascos del caballo, pues sabía que su atención y su valentía eran cruciales en aquel momento. Solo tenía diecisiete años y acababa de dar su primer beso a Beatrice, la preciosa hija de la cocinera. Estaba completamente enamorado de ella y quería demostrarle que era digno de su amor. Si conseguía salir exitoso de este embrollo, puede que la chica dejara de rechazar sus

atenciones. El conde podría llegar a premiarle por su actuación de rescate, y, entonces, tal vez consiguiese que aquella fascinante muchacha se convirtiera en la futura señora de Lucius Kilford.

—El jefe se va a cabrear —insistió Peter Alden.

El mozuero no había dejado de importunarlo desde que abandonaron el establo. Era un zagal rubio y pecoso, con los dientes destartalados y un exceso de confianza en sí mismo.

—Ya te he dicho que no conseguiremos nada si nos descubren —le respondió.

Peter Alden, que era tan temerario como protestón, pretendía asaltar el carruaje a las bravas. Por más que Lucius le había explicado que los ocupantes iban armados y ellos no, el chiquillo se creía lo bastante competente para reducir a dos hombres adultos con poco más que su ingenio y su habilidad con la honda.

—¿Y piensas dejar que se escapen de Inglaterra? —También tendía a la exageración de un modo exasperante—. ¡Al menos déjame volver y dar la voz de alarma!

Lucius farfulló en voz baja unos cuantos epítetos dirigidos a Peter y después le lanzó una mirada que no admitía réplica.

—¿Y qué les vas a decir cuándo llegues, imbécil? Tendremos que saber primero a dónde van. Con ese carruaje enclenque el viaje no puede ser muy largo. Tú pégate a mí y no dejes de vigilar nuestras espaldas. No sabemos si ese tipo tiene más compañía.

—Te crees muy listo, Lucius Kilford, pero será tu cabeza la que pida el conde en una bandeja —auguró con ese aire contumaz que tanto le fastidiaba.

—¡Oh, cállate, Peter Alden!

Por suerte, el joven mozo de cuadra lo hizo. No volvió a abrir la boca hasta que los pasos de su presa le llevaron al corazón de la gran ciudad. Lucius solo había estado unas cuantas veces en Londres, pero podía decir, sin género de duda, que no le gustaba lo más mínimo. Olía a culo de vaca, y la gente era grosera hasta decir basta. Tuvo que aguzar su atención para no perder de vista el carruaje negro en medio del torbellino de vehículos que circulaban por la calle. Peter Alden se pegó a él y, por una vez, se centró en seguir su guía en lugar de hablar por los codos, que era lo que solía hacer.

Cuando pareció que habían llegado al final del trayecto, Lucius no se sorprendió al comprobar que habían detenido sus pasos en uno de los barrios más lujosos de Londres. Al fin y al cabo, su patrón era un conde y seguro que sus invitados eran tan distinguidos como él. Se quedaron varias yardas por detrás de donde había estacionado el carruaje, y miró a su acompañante con toda la autoridad que había logrado reunir en aquella aventura.

—Ahora, Peter. Es tu turno —le dijo—. Tienes que volver a casa y decirle al patrón dónde estamos. —Miró en dirección al cartel que indicaba el nombre de la calle, unos pasos más abajo de donde estaban ellos—. Mayyy-fair. Eso es lo que tienes que decirle.

Los pequeños ojos marrones del zagal brillaron con una seguridad que le hizo sentir orgulloso.

—Correré como el viento —aseguró.

—Ahora todo depende de ti —le recordó—. Ve. Yo cuidaré de la señorita mientras tanto.

Capítulo 23

El paseo había resultado vigorizante y revelador. Riversey tenía ideas bastante interesantes sobre cultivos y le había proporcionado consejos muy útiles para recuperar la producción de sus tierras. Jamás hubiera pensado que el marqués fuese un hombre de negocios, pero le había sorprendido descubrir que sus propiedades se contaban entre las más productivas del país. Por su parte, el vizconde Collington y su padre tenían importantes inversiones en el ferrocarril y en maquinaria agrícola americana que empezaba a implementarse, con bastante éxito, en explotaciones agrícolas inglesas.

A Shein no le apetecía en exceso trabar mayores lazos de los que ya tenía con aquella familia tan poco ortodoxa, pero no podía negar que Riversey y Collington podían aportar muchos beneficios a sus bienes patrimoniales.

Además, para su sorpresa, resultaron ser mucho más condescendientes de lo que él esperaba con sus planes futuros para Stonelake. Cuando ya habían dejado los caballos en el establo y se dirigían hacia la entrada, Collington insistió en establecer una línea de acción respecto al barón:

—No voy a permitir que vuelva a dejarnos a ciegas, Riversey —explicó el vizconde—. Sea lo que sea que pretenda hacer con ese bastardo, tendrá que contar con nosotros.

—Puedo encargarme de él yo solo. Es más, exijo que no se entrometan en este asunto. Hay cosas que ustedes no saben. Stonelake tiene mucho por lo que rendir cuentas ante mí.

—Bueno, hombre, no se ponga así —terció Riversey—. Solo queremos que nos mantenga informados, ¿verdad, Marcus?

—Yo espero algo más que informes, Gordon. Eso ya lo probamos y no salió bien.

No quería socios en aquella misión. Lo que había hecho el barón no podía condonarse, ni tampoco resarcirse con ningún castigo que respetase las leyes o el ordenamiento jurídico. Nada menos drástico que la muerte sería aceptable, y no dejaba de sorprenderle la frialdad de su propio juicio, aunque se había reconciliado con ello. ¿Hasta qué punto serían capaces de entenderle estos dos hombres acomodados la sed de venganza que le quemaba por dentro?

—Había pensado utilizar algunos contactos que conservo para meterlo en un barco prisión con destino a Australia. —Optó por contarles al menos una parte de sus antiguos planes, para testar su amplitud de miras.

—En eso puedo ayudar —anunció Riversey con entusiasmo—. Se me da muy bien proporcionarle nuevas nacionalidades a seres indeseables. Collington puede confirmártelo.

Desechando su comentario, Shein llamó a la puerta principal y se topó dos segundos después con el austero rostro de Hudges, quien les hizo una reverencia nada más entrar y desapareció en seguida por el pasillo de la cocina.

—La prisión no es castigo suficiente —aseveró—. Ya no.

—¿Y en qué está pensando? —preguntó Riversey con interés.

—Cariño, qué bien que habéis vuelto —interrumpió *lady* Riversey, quien acababa de salir de la sala de visitas junto a *lady* Collington, el pequeño hijo de los vizcondes y la niñera—. Estábamos pensando en pedir que sirvan ya la comida. Sé que es un poco pronto, pero tantas emociones me han despertado el apetito.

A Shein no dejaba de asombrarle que aquella mujer tan distinguida y elegante manifestase tan a las claras su continua necesidad de comer, pero era una cuestión que parecía encandilar al marqués. Riversey se acercó a ella y depositó un beso en su frente.

—¿Qué me dice, Redcliff? ¿Hay una cocinera en esta casa que pueda satisfacer el exigente paladar de mi marquesa? —bromeó.

Shein sonrió, a su pesar. No era muy ortodoxo que un invitado, por muy nobiliario que fuera su rango, tomase la iniciativa para hacer servir la comida en una casa ajena; pero ya empezaba a acostumbrarse al abrupto comportamiento de la marquesa. Lo hacía de tal modo que resultaba encantador, de modo que les invitó como correspondía a quedarse para el almuerzo.

—Iré a buscar a Hannah a la biblioteca...

—No está ahí —anunció *lady* Riversey—. Ahora íbamos a buscarla precisamente para que se encargase de ordenar la comida. No le molesta, ¿verdad, milord? A fin de cuentas, si va a ser la futura condesa tendrá que acostumbrarse a dar órdenes en esta casa.

—No creo que le cueste mucho acostumbrarse —opinó lord Collington—. En mi propia casa ya ordena mucho mejor que el ama de llaves.

—Claro que no me molesta, *milady*. Voy a ver dónde se ha metido. Pasen a la salita y en seguida ordenaremos el almuerzo.

Desde el momento en que puso el pie en el primer escalón de la escalera, Shein temió no encontrar a Hannah en su dormitorio. Aquello hizo que subiera a una velocidad vertiginosa, intentando aplacar el mal presentimiento en la boca de su estómago. Registró las habitaciones sin éxito y llamó a su lugarteniente en aquella casa.

—¡Hudges! —vociferó.

Con los nervios crispados volvió a bajar y se encontró a Hudges saliendo del pasillo que provenía de la cocina con un pilluelo rubio, que protestaba por el trato, cogido del brazo. Los invitados también habían salido al vestíbulo al oír sus voces.

—Señor, esto no le va a gustar —anunció el mayordomo.

Estaba convencida de que nadie les había visto entrar en la mansión. El barón se las había arreglado para forzar la cerradura de la entrada del jardín y había sido muy diestro evitando los encuentros con el personal de servicio. Tardó casi una hora en decidirse a entrar, pero había conseguido pasar desapercibido por completo para cualquier persona que estuviera en disposición de ayudarle. Para estar perturbado tenía una suerte endiablada, pensó.

Hannah sentía deseos de llorar de frustración. En aquella casa nunca pasaba nada sin que un miembro del servicio se enterase, y justo tenía que ser aquel día la excepción. Ni siquiera el impertinente de Joseph, un lacayo malhablado y vago, estaba en ese momento deambulando por el pasillo del servicio para librarse de tener que doblar el lomo. Tendría que apañárselas ella sola, pero ¿cómo?

Una vez en su habitación, Hannah fue consciente de que se le agotaba el tiempo. No tenía la dichosa maleta, ni tampoco la más remota idea de cómo entretener al barón. De lo que estaba segura, era de que ese hombre iba a montar en cólera cuando descubriese el engaño.

—Por favor, estoy helada —alegó al tiempo que corría hasta la pequeña estufa que por fortuna alguien había tenido la diligencia de encender esa mañana, a pesar de su ausencia.

Las buenas costumbres en una casa lo eran todo, y el cuerpo de casa de los vizcondes de Collington era sin duda uno de los más eficientes y entrenados que ella hubiera conocido. Funcionaban como los engranajes bien engrasados de un reloj, con contadas excepciones como la de Joseph.

—No tenemos tiempo, maldita sea —protestó el barón, aunque no se acercó a ella para impedir que se calentara las manos.

Hannah, que estaba de espaldas a él, escoró su posición para poder tenerle vigilado por el rabillo del ojo. El barón la observaba con interés y no parecía molesto por la petición de ella. El calor la reconfortó hasta cierto punto, pues su mente estaba por completo centrada en buscar una salida a su cautiverio.

—Ahora tienes mejor aspecto. Pareces menos... vulgar —dijo él.

Seguro que el elegante vestido de lana que cubría su cuerpo tenía mucho que ver en esa percepción, pensó Hannah mientras observaba cómo el barón se quitaba el guante con lentitud. Se puso rígida al comprobar que daba un paso hacia ella, y luego otro. Fingió no darse cuenta de cuánto se estaba acercando y cerró los ojos para infundirse valor en caso de que llegara a tocarla, pero eso no ocurrió.

Abrió los ojos por un instante y se dio cuenta de que él se miraba la mano propia con miedo y asco. De pronto, la bajó con brusquedad y se enfureció.

—¡No tenemos todo el día!

No había sido capaz de tocarla. No podía entender por qué, pero ese hombre no concebía la posibilidad de tocar o ser tocado por ella. Había deseo y lujuria en su expresión cuando se le acercaba por la espalda —Hannah no era tan ingenua como para no darse cuenta—,

pero algo le frenaba. ¿Tanto asco sentía del contacto humano? ¿Qué podría ocurrir si ella se le acercaba demasiado? ¿Perdería el control?

Quizá esa era su única oportunidad; la única arma que podía esgrimir contra él. No es que fuera un hombre muy robusto; tenía esa complexión elegante pero blanda que caracterizaba a la nobleza británica. Aún así, seguía siendo más fuerte que ella, por tanto tenía que obrar con mucha cautela. Además, el barón aún no había soltado el revólver. En aquel momento, estaba como abstraído, concentrado en su incapacidad para acariciarla. Estaba segura de que ni siquiera era consciente de estar sujetando la pistola con su otra mano, envuelta aún en la protección del guante.

Hannah recorrió la habitación con la mirada y encontró la distracción que necesitaba.

—La maleta está sobre el armario —explicó.

Aquello consiguió centrar la atención de Stonelake, quien dirigió una rápida mirada al punto al que ella apuntaba y sonrió. Allí había una maleta, cierto, pero no era la que él buscaba.

—Bájala —ordenó el barón impaciente.

Fue a por la silla donde se descalzaba cada noche y la acercó hasta el armario. En aquella valija había guardado toda su ropa de verano. El armario era bastante pequeño y no podía albergar todo el guardarropa de Hannah que, si bien era modesto, también era abundante. Para que la ropa no se arrugase tanto de estar comprimida en el armario, había guardado la mitad allí arriba.

Forcejeó un poco con la maleta, intentando arrastrarla. No era tan pesada, en realidad —ella misma la subía y la bajaba con cada cambio de temporada—, pero eso el barón no tenía por qué saberlo.

—Pesa demasiado —explicó fatigosa.

—Vamos, mujer —bramó Stonelake.

—Necesito ayuda. —Se quejó—. Creo que puedo arrastrarla hasta el borde, pero se me caerá si intento bajarla.

Tal y como esperaba, el barón reaccionó con naturalidad a aquella cuestión práctica. Se guardó el revólver en el bolsillo de la chaqueta y se acercó a ella con los brazos extendidos.

—Déjala caer, y yo la cogeré. —Su mirada era expectante. La impaciencia por ver el contenido de la valija se reflejaban en su rostro de modo patente.

Hannah hizo lo que le ordenaba, pero tuvo la cautela de bajar uno de sus pies al suelo al tiempo que depositaba el peso de la maleta en los brazos del barón. Necesitaba ser rápida.

En el momento en que se vio libre y en el suelo, no lo pensó dos veces.

¿Odiaba ser tocado? Pues esa iba a ser su perdición.

Como en aquellas peleas callejeras en Norfolk, cuando los chicos del barrio intentaban arrebatarse la comida o el dinero, Hannah se lanzó como una furia a por su presa. La

cuestión era desquiciarlo y hacerle perder el control, pues en cuanto a fuerza, Hannah no tenía nada que hacer contra él.

Cuando Stonelake sintió las manos de Hannah sobre su cara, tocando y arañando, comenzó a gritar y a retroceder, aún con la maleta prendida contra el pecho.

—¡No me toques! ¡No! ¡Para! ¡Para! ¡No me toques!

Hannah continuó empujándolo y amasando sus mejillas entre los dedos hasta que ambos tropezaron y cayeron al suelo. Stonelake se revolvía con la maleta y con ella encima al tiempo que se llevaba las manos a la cara para intentar apartarla.

—¡No! ¡No! ¡Para! —gemía histérico—. ¡No quiero que me toques! ¡Sucia, sucia, sucia!

—¡Es usted el sucio! —respondió Hannah, de quien se había apoderado una fuerza extraña que le impulsaba a prolongar el sufrimiento de aquel ser despreciable—. Un enfermo y un asesino. ¡Sucio! ¡Sucio!

La maleta entre ellos suponía una gran defensa, pues el barón no lograba apartarla por más que pateaba y empujaba; pero mucho más que la barrera física, el poder de Hannah se sustentaba en su propia rabia y en el miedo de su contrincante.

—¡Nooo! Yo soy puro. Vosotras sois las sucias. ¡Putas! ¡Sucias!

En medio de la furia asesina que se había apoderado de ella, Hannah fue consciente de que Stonelake se debilitaba y lloriqueaba. Estaba realmente descompuesto, y hacía rato que había dejado de ser una amenaza para ella. Se estaba deleitando en la violencia, y eso no era útil ni inteligente, pues en cualquier momento podían girarse las tornas. Se irguió sobre sus rodillas, a horcajadas sobre el barón, y, con todas las fuerzas de que disponía, hizo retroceder su brazo y lo lanzó contra la cara de Stonelake a toda velocidad. El hombre recibió el rechazazo con un bramido, y ella aprovechó para levantarse de un salto.

Sin mirar atrás, corrió hacia la puerta de la habitación y se chocó contra una mole de hombre que entraba al cuarto en ese momento. Dos fuertes brazos la envolvieron y ella intentó zafarse, sin poder creerse que había estado tan cerca de conseguirlo y la habían vuelto a atrapar.

«Noooooooo», gimió por dentro.

Gritó y se revolvió entre aquellos brazos hasta que su cerebro reconoció el olor del cuerpo que la envolvía.

Shein.

Era Shein.

Toda su rabia y su fuerza se debilitaron. Dejó de intentar apartarlo y se abrazó a su cintura todo lo fuerte que pudo. No era su intención ponerse a llorar, pero eso fue justo lo que hizo.

—Estoy aquí, cariño. Shhh. Estoy aquí —susurró él.

Hannah, que era consciente de la presencia de más personas allí, se dejó arrullar durante unos segundos más antes de levantar la mirada hacia dos ojos negros que la observaban con infinita preocupación.

—¿Estás bien?

—Está loco —dijo Hannah al tiempo que asentía para indicarle que se encontraba bien.

De pronto, se sintió zarandeada y empujada fuera de aquel reconfortante abrazo. Un movimiento de Stonelake había llamado la atención de Shein, quien de inmediato la lanzó a los brazos del vizconde de Collington y entró en la habitación. El barón había intentando recuperar su revólver, al parecer, pero Shein le dio una patada en la mano y lo lanzó contra la pared.

—¿Está usted bien, querida? —le preguntó un solícito vizconde. Mostraba una sonrisa relajada y satisfecha al tiempo que le tendía un brazo sobre los hombros.

A Hannah le parecía obvio que su patrón había estado preocupado por ella. Le devolvió una sonrisa acuosa. Estaba bien. Mejor que bien. Había salido indemne de lo que parecía un destino fatal.

—Sana y salva, señor —contestó con moderado júbilo.

Lo que presenció a continuación la dejó con la boca abierta y una especie de regocijo interior del que después se sentiría muy culpable. Después, mucho después, puede que en su lecho de muerte.

Shein levantó al barón de las solapas y lo empujó contra la pared. Le asestó un puñetazo en el estómago y, mientras este jadeaba en busca de aire, se separó para arremangarse la camisa y la chaqueta. Parecía dispuesto a tomarlo muy en serio, pensó. Sin mediar una sola palabra, los puños de Shein se estrellaron una y otra vez contra la cabeza y el bajo vientre de ese hombre, del modo en que Hannah imaginaba que los pugilistas golpeaban esos sacos rellenos de arena con los que entrenaban. El barón ni siquiera parecía consciente de lo que ocurría. Seguía como ido después de la trifulca con ella y solo alcanzaba a levantar la cabeza de vez en cuando, como si estuviera buscando una explicación a lo que ocurría. No hacía el amago de defenderse, no levantaba los brazos ni pedía clemencia. Era una lucha despareja y grotesca que, por motivos evidentes, no despertaba ni la piedad ni la compasión en Hannah.

Collington quiso apartarla de la escena, pero ella se negó con una mirada llena de determinación. Aquel hombre había asesinado a su amiga, había conspirado para que miles de soldados muriesen en los campos de batalla y a ella le había privado de más de lo que podía llegar a asumir. No había ningún modo en que pudiera pagar por todo ese daño, pero ella iba a absorber cada gota de sufrimiento que pudiera presenciar. Quería ver con sus propios ojos como Shein le daba la paliza de su vida.

El barón estaba medio inconsciente, pero su cuerpo aún permanecía apoyado contra la pared. Su cara mostraba cortes y rojeces que empezaban a darle un aspecto deformado.

La espalda de lord Riversey se interpuso en su fascinada visión. Se acercó hasta los combatientes e intentó convencer a Shein de que dejara de golpearlo.

—Si lo mata será un asesinato, Redcliff. Déjelo ya.

—Es que quiero matarlo —gruñó, dándole otro puñetazo en el estómago—. Es lo que se merece este malnacido.

—Eso le costaría la horca, hombre.

—No me importa.

—¿No le importa Hannah? —Shein pareció pensarlo por unos segundos, y Riversey aprovechó para sujetarle el puño que iba a estrellar contra la cara del barón—. Vamos, déjelo ya. Su mujer le necesita ahora.

En el momento en que se apartó de Stonelake, siguiendo el consejo de Riversey, aquel saco molido de boxeo se desplomó hacia un lado y cayó con un golpe sordo; como si solo la frecuencia de los puños estrellándose contra su cuerpo le hubiera estado manteniendo en pie.

Shein se refregó el puño contra el costado de la chaqueta sin dejar de mirar a Stonelake, que no era más para entonces que un miserable despojo humano.

—Shein —lo llamó.

Cuando aquellos ojos negros se posaron sobre los suyos vio todo el dolor que él había intentado curar a través de sus puños. Había tenido la intención de matarlo por lo que le había hecho a ella, por lo que les había hecho a ambos. Con pasos inseguros, se acercó hasta ella. Parecía un penitente pidiendo una disculpa por la brutalidad que acababa de exhibir. El vizconde de Collington aún la sostenía con un brazo alrededor de sus hombros, pero se alejó en cuanto Shein dio los pasos que los separaban.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle.

Para demostrarle que no solo no estaba horrorizada por semejante espectáculo sino que sentía un orgullo inenarrable por él, le tomó la cara entre las manos y acarició con los pulgares sus mejillas.

—¿Y tú? —preguntó a su vez.

—Claro que estoy bien —respondió él, impaciente—. ¿Te ha hecho algo?

—No, no. —Le tranquilizó—. Reconozco que hubo momentos en que temí que perdiera por completo la cordura. Ese hombre no está en su sano juicio. Mató a Cecil para encontrarme, Shein. La mató.

—Ah, cariño. Lo siento mucho. —Shein la volvió a envolver en sus brazos y se quedó así con ella durante un buen rato en el que Collington y Riversey se encargaron de transportar el cuerpo flácido e inconsciente de Stonelake a la planta baja.

Así permanecieron varios minutos, sin hablar; solo reconfortados en aquel abrazo compartido que habían estado cerca de perder para siempre.

—Creí que me volvería loco cuando vi que no estabas en casa.

Sí, podía imaginar la desesperación que había sentido. Lo cual no explicaba por qué milagroso designio del destino había logrado saber a dónde la había llevado Stonelake.

—¿Cómo me encontraste?

—Ay, Dios. No me lo recuerdes. —Aún sin soltarla de sus brazos, se separó un poco para mirarle a los ojos con un rastro de humor—. Tengo la casa rodeada de hombres, y resulta que han tenido que ser un mozo de cuadra y un lacayo imberbes los que te han seguido hasta Londres y nos han puesto sobre tu pista.

—¿De veras? —preguntó asombrada y un tanto divertida—. Espero que los recompenses como es debido.

—Les debo más de lo que puedo pagar con dinero. Tú eres lo más importante de mi vida.

«¡Oh, vaya!» A Hannah le sobrecogió, una vez más, la capacidad tan poco común que tenía aquel hombre de volverle el mundo del revés con unas pocas palabras. Le dedicó una sonrisa tímida, porque así era como se sentía ante la grandeza de aquella declaración.

—Tú eres lo más importante de la mía —respondió a cambio.

Con intensidad, que era el único modo en que Shein Dereford hacía todo en su vida, le tomó la cara entre las manos y acercó sus labios para besar primero su mejilla y después su boca.

Los besos de reencuentro de Shein eran incluso mejores que los de buenos días. Recorrió sus labios con ansia y bebió de ella toda la pasión que siempre estallaba cuando se tocaban. Nada podía haber como aquel estremecimiento que le recorría el alma entre sus brazos. Pensar que podría haberle perdido para siempre ese día, que llegó a temer que no volvería a verlo, lanzó a Hannah a una espiral de ansia por besar. Enredó sus manos en los oscuros cabellos del conde y lo acercó más a su boca, si es que eso era posible. Pegó sus caderas a las de él y convirtió aquel sencillo gesto de reencuentro en la invitación para algo más. Pero Redcliff no parecía dispuesto a dejarse entretener. Con renuencia —porque eso era innegable—, se separó y le dedicó una sonrisa que escondía algo de represalia y mucho de advertencia.

—Venga, granujilla, vamos abajo. Tengo que ver qué hago con esa rata de alcantarilla. Parece ser que no es recomendable que lo mate.

—Espera —dijo Hannah, de repente, cuando él ya se volvía hacia la escalera.

Recorrió el pasillo con la mirada y se lamentó, pues no era el mejor lugar para lo que tenía que decir, pero había una idea que le había estado dando vueltas en la cabeza desde que Stonelake había aparecido esa mañana. Algo que no podía esperar.

—¿Qué ocurre?

—Me casaré contigo. Mañana mismo, si quieres. —Shein no se sorprendió en absoluto. La miró con tanta intensidad que Hannah sintió temblar sus rodillas—. Me casaré contigo.

Se había arrepentido mil veces durante el camino de no haber aceptado.

—¿Mañana mismo? —preguntó él con los ojos brillantes a la luz mortecina del único candelabro que pendía de la pared.

—Cuando tú quieras —respondió nerviosa—. Ya sé que no te lo he dicho antes, aunque tú tampoco me lo has dicho. Pero bueno, eso no importa. Aunque espero que me lo digas...

—Hannah... —El tono de advertencia le dijo que estaba divagando.

—Te amo —soltó con énfasis, como si el tiempo siguiera corriéndoles en contra.

El rostro de Shein Dereford acusó el impacto de esas palabras con un ligero asomo de ¿entusiasmo?. Sí, podría jurar que una sonrisa había estado a punto de bailar en su boca.

—Y eso es algo que no merezco. —Al tiempo que lo decía, Shein levantó una mano para acariciarle el mentón con mucha ternura. Sus ojos brillaban de un modo nuevo, y eso la estremeció—. Pero te juro que dedicaré todo mi tiempo a ganarme ese honor.

Con esa misma mano, la acercó a él y dejó caer un beso conmovedor en su frente, en un abrazo leve y tierno que emocionó a Hannah. Después, se percató de ruidos en la planta baja y, con una sonrisa resignada, la condujo hacia la escalera.

—Vamos, cariño. No me quedaré tranquilo hasta que hagamos algo de ese despojo humano.

«¿Cómo?», se preguntó Hannah. ¿Es que no pensaba devolverle sus palabras? «Ah, no».

—Shein, ¿a dónde vas? —Le tiró del brazo.

—Abajo.

—¿No vas a decirme nada?

A él se le curvaron las comisuras de la boca. Una expresión rebelde y concedora se instaló en su cara. Esas arruguitas que la enloquecían de amor aparecieron en los extremos de sus ojos. ¡Oh, señor, que apuesto era! Y qué malvado.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó divertido. Sabía que se estaba burlando de ella, lo que consiguió enfadarla lo justo para fruncirle el ceño.

Hannah se interpuso en su camino y le clavó un dedo en el pecho. Shein retrocedió unos pasos hasta tocar la pared con la espalda. Su sonrisa no podía ser más exultante, pero de nada le serviría toda aquella arrogancia. Hannah tenía un propósito en ese momento. Uno inamovible.

—No te atrevas a bajar de aquí sin reconocer que...

—¿Qué?

—Shein Dereford...

—¿Que te amo? ¿Acaso necesitas que lo diga? He registrado media Europa durante casi una década. He infringido leyes y ocultado información a mis superiores. He abandonado todas mis obligaciones para perseguirte como un perrito faldero durante semanas. ¿Y necesitas que diga las palabras?

—¡Es obvio que sí!

Podría haberse dicho que el conde de Redcliff estaba tratando con una niña por la resignación con que le contestó.

—Como quieras. Te amo, Hannah —soltó con un bufido—. ¿Ya estás contenta?

—¿Y por qué iba a estar contenta? —bramó furiosa y le dio un manotazo en el hombro—. ¡Eres un zoquete! ¿Crees que ese es modo de decirle a...

Pero Hannah no pudo terminar de explicarle a Shein lo incorrecta que había sido su declaración de amor porque el conde de Redcliff parecía mucho más interesado en demostrarlo que en contarlo de viva voz. Con un movimiento rápido había invertido sus posiciones, dejando a Hannah de espaldas contra la pared, y estaba devorando su boca antes de que ella pudiera darse cuenta.

Al principio, el instinto fue resistirse, pero era consciente de que él solo había estado jugando a enfadarla, porque, incluso mientras la besaba, su boca seguía riendo. Le parecía adorable esta nueva faceta suya. Le gustaba que Shein fuera capaz de bromear y jugar.

Hannah también rio, con los labios pegados a los suyos, dando y tomando tanto amor como podía. Enredó las manos en sus cabellos y jugó a morderle, a besarle en lugares tontos como la punta de la nariz o la barbilla. La risa de él le hizo repicar el corazón dentro del pecho.

— Te amo, Hannah. No puedes tener una idea de cuánto te amo.

—¿Tanto como yo a ti?

—Y más. Tanto como para ir a buscarte al mismísimo reino de Hades.

En boca de cualquier otro hombre —más aún si se hablase de un petulante lord—, aquello podría haber sonado a bravata; pero las palabras de Shein Dereford siempre estaban preñadas de verdad y seriedad. En el hipotético caso de que existiese un inframundo, Hannah no dudaba de que él descendería hasta los dominios de aquel dios inmortal para rescatarla. Era su caballero de brillante armadura; tan seguro de sí mismo y de su amor que había sabido, años atrás, que acabarían compartiendo la vida.

Con un beso que encerraba todo su agradecimiento por la fe que había tenido en ellos, le tomó de la mano y empezaron a bajar las escaleras.

—Entonces, ¿soy la prometida del conde de Redcliff?

—El conde de Redcliff es el prometido de Hannah Lubrelle, sin duda.

—Londres va a querer arder ante eso como lo hiciera Troya.

—Ya me encargaré yo de que no les falte agua.

Capítulo 24

—Señorías, como han podido comprobar a lo largo de esta sesión, los documentos que la acusación ha logrado recabar sobre las actividades de Richard Madden, barón de Stonelake —declamaba el fiscal en su alegato— demuestra con meridiana claridad su participación en los crímenes de chantaje, traición a la corona y asesinato. Es nuestra responsabilidad...

Y otras depravaciones que jamás saldrían a la luz, pensó Shein. Los documentos que tan celosamente quería recuperar Stonelake habían resultado ser un verdadero montón de basura. Además de conservar todas las cartas que se había cruzado con los servicios de inteligencia franceses y en los que se mencionaban las actividades ilícitas de algún que otro inglés en el exilio, Stonelake había cometido la torpeza de llevar un libro de cuentas en el que figuraban los nombres de todos los agentes franceses e ingleses, así como las comisiones cobradas por cada uno de ellos.

Lo que nunca llegarían a saber los ingleses de bien, presentes en el jurado popular y entre el público asistente, era que Stonelake había sostenido y financiado una importante red de prostitución en París. Aquella enfermedad que le impedía tener contacto con otros seres humanos le había llevado a erigir todo un imperio del voyerismo en los suburbios parisinos. No podía tocar, pero sí mirar. La parafilia del barón era tal que, al no poder obtener esos espectáculos de forma voluntaria, había erigido un club en el que se extorsionaba a pobres desgraciados de clases bajas para que representasen todas las depravadas fantasías de Stonelake y su grupo de amigos.

Esos delitos serían juzgados en Francia, donde Shein esperaba fervientemente que se hiciera justicia a todos los hombres y mujeres que habían sufrido aquellos horribles abusos. La buena de Cecil había incluido entre los documentos toda la información que había sido capaz de ir recabando durante sus años al servicio de Stonelake. También dejó una carta dirigida a Hannah en la que se disculpaba por todo el mal causado y le pedía que hiciera pública toda aquella información si algún día le pasaba algo a ella.

Hannah y él habían decidido, so pena de ser descubiertos, ocultar aquellas escabrosas actividades del barón a los magistrados ingleses, pues temían que la reputación de ella pudiera quedar dañada por la relación laboral que habían mantenido. Decidieron enviar las

pruebas de forma anónima a la justicia francesa, incluido el informe de Cecil Gutier, donde se detallaban todos los crímenes del barón.

Los ingleses tendrían que conformarse con juzgar a uno de los peores traidores a la corona inglesa que habían conocido jamás. Y lo hacían. El tribunal supremo de Old Bailey se estaba frotando las manos con aquel enjuiciamiento con el que esperaba dar ejemplo de dureza al pueblo inglés.

De nada servirían los esfuerzos de la defensa por invocar el *non compos mentis*^[7], a pesar del evidente estado mental del acusado. Los magistrados de Old Bailey no estaban dispuestos a incluir al barón en la categoría de lunático criminal, pues un juicio que levanta tanta expectación como ese, solo se satisface con la horca o el acuartelamiento^[8].

A pesar de que sus instintos homicidas seguían tan rotundos como el primer día, Shein prefería la primera opción por el bien de Hannah. Le encantaría ver descuartizado a aquel canalla malnacido, pero en pro de las buenas maneras inglesas y de terminar lo antes posible con aquel embrollo, lo más deseable a todas luces era que le condenaran a ser colgado públicamente en Newgate.

Le había aconsejado que permaneciese en casa, pero su Hannah tenía demasiado carácter para esperar en la salita del té a que él llegara para contarle lo que había ocurrido con el destino de su peor enemigo. Era una mujer brava, con una columna de acero, y quería presenciar por sí misma la caída de aquel hombre. La admiraba. Shein Dereford admiraba a esa mujer por ser capaz de conjugar un corazón tan tierno, una fortaleza inquebrantable y una naturaleza tan sensual. Era la compañera perfecta, lo más amado de su vida.

Stonelake lucía un aspecto muy desmejorado. Mostraba aún algunas magulladuras en distintos tonos de amarillos y verdes que eran obra del propio Shein, pero era evidente también que los pocos días que había pasado en la prisión de Newgate le habían afectado de un modo muy profundo. El barón apenas había abierto la boca en todo el juicio, casi ni había levantado la mirada de sus propias manos, cubiertas con guantes. Era la viva imagen de un desequilibrado. Tanto era así que Shein había temido al principio que prosperase la defensa bajo el argumento de *non compos mentis*, pero el fiscal del caso era un hueso duro de roer, toda una institución en Old Bailey, y había desmontado esa teoría nada más comenzar: «el estado mental del acusado en el tiempo presente no tiene nada que ver con el que tenía en el momento de los crímenes cometidos», había esgrimido y tanto el jurado como el propio tribunal habían mostrado su aquiescencia en silencio.

Les acompañaban los marqueses de Riversey y los vizcondes de Collington, algo que demostraba de forma notoria el interés de la buena aristocracia londinense porque se hiciera la debida justicia en aquel caso. Se habían ofrecido a acompañarlos, y eso era solo una pequeña parte de los muchos gestos que habían tenido hacía ellos en los últimos días. Eran la familia de Hannah. Habían cuidado de ella. Y, solo por ese hecho, para Shein se

habían convertido en parte de la suya. Entrometidos y ruidosos, qué duda cabe, pero honestos y leales hasta la médula espinal.

Cualquier observador que tuviera algo de interés y mirase al selecto grupo no vería regodeo ni felicidad en sus rostros. No estaban disfrutando del espectáculo. Era más bien un obligación moral; la de asegurarse de que aquel criminal pagase por sus fechorías. Shein sentía que no podría descansar hasta que hubiera cerrado aquel capítulo de sus vidas, y lo mismo le ocurría a Hannah.

—Declaramos al acusado culpable de todos los hechos, sin cabida para recomendación ni ninguna consideración de *non compos mentis* —anunció el portavoz del Gran Jurado.

Se acabó. Al fin se había acabado.

Tal y como esperaban, el juez dictó la máxima condena por alta traición. Ajusticiamiento público en Newgate. Horca. Hannah se recostó contra él y, obviando cualquier precepto sobre el decoro, Shein le pasó un brazo sobre los hombros y la acercó hacia sí. Haría cualquier cosa por reconfortarla, fuera correcto o no.

Aquel era un momento que siempre quedaría grabado en su memoria, y no como un momento feliz, sino de gran alivio.

La actitud del regente, sin embargo, era exultante. Sonreía y apretaba la mano de sus acólitos, que le rodeaban y felicitaban como si aquella detención y ajusticiamiento hubiera sido obra suya. Jorge Augusto Federico, príncipe de Gales —Prinny para los amigos—, había acudido a la sesión con toda la pompa y boato que le caracterizaban; su oronda figura ensalzada por los acertados consejos de moda del Bello Brummel. Pero a Shein Dereford no le importaba lo más mínimo que su intervención quedara en el anonimato. Prinny y él tenían un trato.

Días antes habían mantenido una fructífera charla en Carlton House en la que el regente había ganado la opción de poder atribuirse el mérito de la misión secreta que había llevado a la detención de uno de los peores enemigos de Inglaterra y de su propia familia —los Hannover no olvidaban que aquel hombre había herido el orgullo de la difunta princesa Amelia—. Para el regente era de suma importancia este éxito, que ayudaría a estabilizar sus complicadas relaciones con el Parlamento.

Lo que Shein Dereford, conde de Redcliff, había ganado en aquel intercambio era bien sencillo: la familia real no intervendría en sus asuntos privados. En caso de que el enlace con Hannah Lubrelle causara revuelo, Prinny mostraría una tibia inclinación a apoyarle. No podía esperar mucho más de la corona, de modo que se había conformado.

Una vez fuera de la sala del tribunal, el grupo se mezcló con el resto de gente que se agolpaba en el gran vestíbulo de Old Bailey mientras los carruajes empezaban a desfilas por la calle principal a recoger a la alta sociedad británica, que eran quienes habían compuesto en su mayoría el público de aquel juicio tan sonado. Una intensa cortina de agua caía sobre Londres, en un día muy desapacible que no prometía dar tregua.

—¿Podemos invitarle a comer en Ginger Hall, lord Redcliff? —preguntó Collington, por clara indicación de su esposa. Con un ademán muy galante, les indicó un recodo de la sala donde había espacio para que charlaran con más desahogo.

—Sería muy amable de su parte, ciertamente. —Hannah había vuelto a vivir bajo el techo de los Collington tras su viaje a Norfolk, aunque ya no trabajaba a su servicio. *Lady* Lauren, pero sobre todo la marquesa, habían diseñado un programa exhaustivo de formación destinado a que Hannah adoptara todos los hábitos necesarios para convertirse en la perfecta condesa de Redcliff. Ella disfrutaba de las lecciones y había sido la primera en señalar que, hasta que no se anunciase el compromiso, no podían mostrarse juntos en público, por lo que Shein pasaba largas horas en la residencia de los vizcondes—. Me encantará acompañarles. Hannah y yo queríamos contarles...

—¿Redcliff! —farfulló ella muy bajito.

Oh, cierto. Las apariencias.

—La señorita Lubrelle y yo...

—¿No es eso! —insistió ella poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué? —preguntó *lady* Riversey de inmediato—. ¿Qué os traéis entre manos?

La marquesa había empezado a tutearlos, con la excusa de que ya eran parte de la familia. También se empeñaba en entrometerse en cada pequeño detalle, cosa que le fastidiaba a veces. Si no fuera tan encantadora, muy de seguro le habría puesto freno a su efusividad hace semanas, pero había que reconocer que hasta para inmiscuirse en lo ajeno era elegante.

—Quería consultárselo antes a *lady* Lauren —masculló ella con un leve tono de reproche.

Shein se reprendió por su impulsividad. Era cierto que Hannah había mencionado que quería hablar primero con sus patrones, aunque técnicamente ya no lo eran. Por sorprendente que pudiera parecer, lo cierto era que estaba bastante nervioso e ilusionado y por eso le costaba reprimirse de contarle.

—Ah, Hannah, debes dejar de llamarme así. Incluso vas a ostentar un rango mayor que el mío. Pero, con independencia de eso, somos amigas y me gustaría que me llamasen Lauren.

—Creo que me va a costar acostumbrarme, *milady* —explicó ella con aire contrito.

A pesar de su sencillez, Hannah siempre se había esforzado en mantener las rigurosas formas de protocolo con la nobleza. Las nuevas circunstancias la obligaban a saltar varios escalones sociales y no siempre se sentía cómoda con ello. A veces, como en aquel momento, adoptaba ese mohín mojigato que a Shein le parecía adorable. Sus chispeantes ojos azules se tornaban infantiles e inexpertos, mientras su redonda y jugosa boca se fruncía con disgusto. Era una estampa preciosa y muy sensual.

Se regañó mentalmente y decidió que tenía que apañárselas para viajar hasta Ginger Hall a solas en el carruaje con Hannah. Algún modo debía haber...

—Habéis elegido la fecha de la boda —adivinó *lady* Megan con una sonrisa pícar.

—Habíamos pensado en el veinte de marzo —confesó Hannah ruborizada.

—¿Le dará tiempo de presentar a Hannah en sociedad, *lady* Riversey? —preguntó Shein, pues era una de las principales preocupaciones de su prometida.

—Intuyo que sí. Ya hemos dejado caer algunos comentarios muy halagadores sobre ella y mi madre asegura tener una coartada infalible. Ha prometido venir esta tarde para el té.

—Entonces lo anunciaremos esta semana en el Times —aseguró pletórico, conteniendo las ganas de abrazar a Hannah.

Estaba deseando hacer público su compromiso, poder acompañarla a cuantos lugares desease, tomarla de la mano por la calle, quedarse a solas con ella sin necesidad de carabina —eso le resultaba especialmente ridículo a sus casi cuarenta años—, llevarla a los bailes y *soirées* de la temporada... Vanagloriarse de ella, en definitiva. Además, durante las semanas de compromiso haría todo lo posible por posicionar a Hannah entre la buena sociedad londinense y demostrar a todos que aquel enlace era fruto de un verdadero e inmarchitable amor.

—Tendremos que estar preparados para combatir cualquier rumor negativo —anunció *lady* Lauren con expectación. Tanto a ella como a *lady* Riversey les encantaba todo aquel tinglado—. Esta semana sería ideal para visitar los salones de moda y los cafés más selectos, Megan.

—Eso significa que no veré a mi esposa en toda la semana, ¿verdad? —protestó lord Riversey.

—Calla, Lucas. Aún seguiré durmiendo en casa —respondió ella con un guiño.

—No me parece el sitio más adecuado para esta conversación, señoras —atajó lord Collington—. Ah, ahí veo a Edgar, nuestro cochero.

Salieron los tres para organizar el desplazamiento. A Riversey y Collington no les pareció descabellada la idea de que viajara solo con Hannah; en circunstancias de necesidad siempre se podía contar con la comprensión de otros miembros del mismo género. Y Shein necesitaba cada precioso segundo que pudiera pasar a solas con ella. *Lady* Riversey los vigilaba como un halcón, a pesar de que, según Hannah, ella misma había sido bastante disoluta en su más reciente juventud.

Los Collington y los marqueses viajarían en la berlina de los Riversey y ellos dos harían lo propio en la que él había adquirido apenas un mes antes. Estaba equipada con asientos de cuero en color chocolate y un brasero que proporcionaba el calor justo para su comodidad. Era un vehículo formidable del que se sentía muy orgulloso.

No bien entraron en la cabina, tomó a Hannah de la cintura y la sentó en su regazo. A pesar de los paraguas, sus rizos dorados se habían mojado un poco y se le pegaban a la cara. Los retiró con cuidado y se quedó observando sus vivarachos ojos azules. Había tanta vida en ellos, tantas ilusiones y aventuras escondidas.

—Vas a ser la condesa más hermosa que jamás se haya visto. Todas las damas envidiarán tu suerte y hasta tu cuna.

—Es usted un lisonjero, señor conde —admitió divertida.

Shein acarició sus mejillas y arrastró las gotas de lluvia. Su piel era tan blanca como el alabastro. Los años al servicio de los Malone y luego de lord Collington no le habían bronceado el rostro. Toda su piel era como de porcelana, tan delicada y hermosa.

—¿Crees que me aceptarán? —preguntó ella, un poco más seria pero en absoluto preocupada.

—Creo que la gente está dispuesta a comerse sus principios para agradar a los poderosos. Contar con el apoyo de las casas de Riversey, Collington y Haverston te abrirá las puertas necesarias. Son familias muy respetadas en Inglaterra, cariño. Creo que todo saldrá bien.

Hannah también aprovechaba la cercanía de sus cuerpos para acariciarle. Sus exquisitas manos, frías y suaves, recorrían distraídas el cabello de su nuca, provocando un cosquilleo muy agradable y seductor.

—¿Y si no es así? —insistió.

—Pues viviremos como ermitaños. No me importa siempre que estemos juntos.

Lo decía con toda la seriedad posible. No le gustaba el bullicio de las fiestas ni de la temporada. Echaba de menos la vida apacible que había llevado con sus padres en Lincolnshire, y de verdad aspiraba a convertir su propiedad de Hertfordshire en un hogar para él y para Hannah.

—Esa es una gran respuesta, señor conde —musitó ella justo antes de capturar sus labios.

Shein se dejó hacer, encantado. Cuando era Hannah la que iniciaba un beso, a él le gustaba dejarla jugar un rato antes de perder toda paciencia y ahondar en su boca con desesperación, que era el estado al que ella le llevaba con aquella boca jugosa y apetitosa, todas y cada una de las veces.

Eso empezó a ocurrir enseguida, entendió Shein, cuando fue consciente de que sus manos ascendían por voluntad propia desde la cintura de Hannah hasta enmarcar sus pechos. Los pulgares hicieron su trabajo y buscaron las veneradas areolas por encima del vestido. Su abrigo de paño burdeos estaba abierto, lo que le permitía total acceso a su delicioso cuerpo.

El agradable festín fue interrumpido con el mayor de los escándalos cuando el robusto cuerpo de lord Riversey irrumpió en el habitáculo de su carruaje. Al principio se quedó anonadado por la posición en que los había encontrado y, esperaba Shein, un tanto abochornado. Pero en seguida empezó a sonreír cuando Hannah saltó como un gato escaldado de su regazo y se sentó a su lado con el rostro tan enrojecido como un tomate, pero claramente divertida.

—No es correcto que viajen solos. Lo ha dicho mi señora —sostuvo con una sonrisa canalla mientras se acomodaba en el asiento frente a ellos.

—¡Son todos unos entrometidos! —ladró él.

—Shein, déjalo —propuso Hannah riendo.

—Eso, Shein, déjeme. Puede que consigan convencerme para engatusar a mi esposa tras la comida y que les deje conversar a solas en alguna salita perdida de la casa de mi cuñado. Pero si se pone hosco conmigo tendré que retractarme de mi oferta.

Aún riendo, Hannah le apretó la mano y le guiñó un ojo. Parecía estar disfrutando mucho aquella última semana con la correspondencia «subida de tono» que mantenían y los encuentros furtivos que organizaban, como dos amantes clandestinos. Ayudaba mucho la capacidad que ella parecía haber desarrollado en aquellos años para manipular a todo ser viviente de Ginger Hall. No podía negar que había elegido a una compañera más sagaz, más atrevida y más resuelta que él.

Le esperaba una vida entretenida al lado de esa mujer intrigante y risueña, y no veía la hora de comenzar a vivirla.

Epílogo

Clifford Hall. Cuatro años después.

El conde se había tendido en la cama, detrás de su esposa, y frotaba su espalda, desde el centro hasta los costados. Ella jadeaba y gemía cada poco tiempo, y Shein Dereford jadeaba y gemía a su compás, en la que debía ser la noche más terrible de su vida.

Dos. Eran dos. Esa maldita deslenguada que había resultado ser la partera lo había soltado como si nada, justo antes de decirle que lo que menos necesitaba en aquella habitación era un marido histérico.

La había echado al pasillo.

Y si hubiera podido la habría echado de Londres y de Inglaterra. ¡La muy estirada! Como si él no estuviera haciendo todo lo posible por proteger a su amada esposa. ¿Cómo se atrevía a cuestionarle? ¿A hablarle como si le faltara un hervor? A él, el conde de Redcliff, uno de los hombres más valientes del reino, en palabras del mismísimo rey Jorge. ¡Acusarle a él de ser un estorbo y un histérico! Cualquiera hombre en su sano juicio la habría echado, se dijo.

La cuestión era que, debido a eso, Shein Dereford estaba a solas contra el miedo que le atenazaba las pelotas. Señor, ¿cómo iba a pasar por aquello? Su dulce —sí, la condesa era dulce— y frágil —en aquel momento parecía muy frágil— mujercita pasando por aquello era más de lo que podía soportar. Ella intentaba aparentar valentía, pero el dolor era atroz, desgarrador. Cada ciertos minutos volvía y la convulsionaba. Hannah apretaba los dientes y contraía sus piernas para acorrallar al punzante latigazo de vida en ciernes, pero Shein sabía que se estaba rompiendo por dentro. El impulso de llorar como un niño le tenía agotado. No volvería a tocarla después de aquello. No volvería a dejarla embarazada nunca más. Llevarían una vida monacal y... mierda, eso no iba a funcionar. Era más fácil que el cielo amaneciera verde.

Se vio a sí mismo en retrospectiva el día que el médico les comunicó la noticia del embarazo de Hannah. Habían estado tan convencidos de que nunca podrían ser padres que incluso llegaron a dudar de las facultades mentales del buen doctor Letterman, pues ya tenía una edad muy avanzada. Pero, tras el escepticismo inicial, la euforia tardó poco en ganarles la batalla. «Una bendición», había pensado. «Un milagro de los cielos», habían dicho...

¡Menudo ingenuo! Aquello era el infierno en la tierra. ¿Cómo podía ser tan doloroso? ¿Acaso Dios, en su infinita sabiduría, no había tenido un ápice de compasión para las responsables de perpetuar la especie? ¿Cómo era posible que ellas aceptaran someterse a aquel martirio después de haber vivido ya un primer alumbramiento? No le sorprendía que algunas matronas de la alta sociedad se retirasen tras generar un heredero y, quizá, un reemplazo.

—Amor, ¿crees que podrás asistir solo el parto de gemelos?

Shein se paralizó de puro terror y perdió el estómago dos metros por debajo del colchón. La contestación a eso fue un graznido propio de las aves que su esposa interpretó como un no.

—Entonces, ¿no crees que deberías dejar pasar de nuevo a esa pobre mujer?

—Es grotesca. ¿Y si te hace daño? He visto lobos del bosque con más humanidad que esa vieja arpía. Deberíamos llamar a otro médico.

—No es tan mayor y estaba siendo muy amable hasta que entraste como... un hombre preocupado por mi vida.

La condesa se abstuvo de decir que había irrumpido en su cuarto lívido del susto y gritando como si él demonio se le hubiera metido dentro. Aún no era la hora. El parto se había adelantado más de tres semanas, en medio de una cena de gala de los condes de Haverston.

Mataría a Lucas Gordon cuando saliera de aquel cuarto. Ese payaso imbécil había provocado todo ese desastre con sus payasadas. Había hecho reír demasiado a su mujer y esta era la consecuencia. Con el esfuerzo, el parto se había adelantado. Lo ensartaría en la espada que pendía de una pared de la biblioteca y después lo filetearía.

La rigidez se apoderó del cuerpo que Shein mecía entre sus brazos una vez más. Hannah volvió a apretar los dientes. Quizá ella no lo sabía, pero él gritó desgarrador que se producía en su garganta traspasaba la barrera de esos dientes y se clavaba en el pecho y en el alma de Shein con devastador eco.

—Cariño, déjala entrar —pidió envuelta en sudor segundos después.

—No puedo.

Aquella última había sido la peor. Las lágrimas se empecinaban en salir. Estaba paralizado de miedo. Él, que había sido objeto de torturas en tiempo de guerra, que había descerrajado tiros en las cabezas de franceses colosales, estaba tan perdido como un adolescente en un salón femenino. Quería llorar, que el diablo lo llevase. Quería acurrucarse más contra su mujer y rogarle a su hijo que se quedase allí dentro para siempre. Sus hijos. No debía olvidar que eran dos.

«Ay, Dios».

—Shein Dereford —gimió Hannah mientras otro duro estremecimiento la recorría. ¿Cuántos minutos hacía del último?—. O... o vas a por esa mujer inmediatamente o vas... vas a tener que sacar a estos niños tú mismo. Ya están aquíiii...

—Ahora ha echado a la partera del cuarto —anunció Lucas Gordon a quien habían mandado como avanzadilla de investigación.

Marcus Chadwick se echó la mano a las sienes y suspiró.

—¿Quéeee? —gimió su esposa llevándose una mano a la garganta—. ¡Pero no puede hacer eso! ¡Marcus!

Y le miró a él. Su adorable mujercita le miró como si solo él pudiera solucionar aquel desaguisado. La fe absoluta de Lauren era algo conmovedor, y tenía que reconocer que le inflaba el ego casi tanto como los corazones que sus pequeños hijos conquistaban entre las damas de todas las edades. Pero, en ese caso, estaba condenada a la desilusión. ¿Qué podía hacer él?

—No doy crédito —tercio su madre, la condesa de Haverston, quien no había dudado en abandonar su propia cena de gala para presenciar el nacimiento del hijo de los afamadísimos condes de Redcliff.

«Entenderán que debo acompañar a tan insignes invitados —había dicho al resto de la comitiva—. Es algo que una buena matrona no puede dejar de hacer».

—¿Y por qué lo ha hecho? —pregunto su hermana, Megan.

—No la considera apta para atender a la condesa —explicó Gordon—. Aunque la partera asegura que se ha cagado encima cuando le ha dicho que vienen gemelos.

—¡Gemelos! —corearon varias voces, todas femeninas.

—¡Oh, Dios mío! Pobre Hannah —gimió Lauren.

—Glorioso —opinó *lady* Honoria frotándose las manos.

—Ohhhh, que hermosoooo. —Fue el veredicto de Megan.

—Ese hombre es un majadero. Vienen dos criaturas y osa echar a la única persona que sabe cómo sacarlos de la condesa. —Se quejó Marcus—. Majadero, sin duda. ¿Y ese empeño de permanecer en la habitación? No es un lugar para hombres, y mucho menos para un par del reino. Si esto se sabe en Londres será el hazmerreir.

—Creo recordar que cierto vizconde y cierto marqués quisieron hacer justo lo mismo; en varias ocasiones —recordó su madre.

Marcus sonrió para su coleteo cuando pensó en la hermosa familia que habían formado. Tenía dos hermosos varoncitos, Eric y Christian, que eran sangre Chadwick en estado puro. Seis meses atrás, Dios les había bendecido con una pequeña Malone de ojos verdes y sonrisa dulce que le había robado por completo el corazón.

Lucas y Megan no habían conseguido aún engendrar un heredero, aunque sospechaba que su hermana podía estar gestándolo en ese momento, pues volvía a tener un humor volátil.

Sin embargo, estaban encantados con las pequeñas Arabella y Paige, que eran tan distintas que ni parecían hermanas. Arabella era una preciosa damita de tres años con una abundante melena azabache de bucles negros, y unos ojos azules tan profundos y risueños que daban ganas de achucharla a cada rato. Paige era una Chadwick, sin lugar a dudas. Apenas acababa de empezar a andar y ya estaba todo el día metida en jaleos.

—Y no nos dejaron —contestó Gordon en tono burlón y un poco rencoroso.

—A mi me parece muy romántico y muy valiente. Siempre dije que Redcliff me parecía un hombre muy valiente —alegó Megan, con lo que se ganó una mirada ladina de su marido.

—No le hagas caso, Gordon —tercio Lauren, con más mano izquierda que con auténtico convencimiento—. Ya sabes que desde que presentó a *lady* Redcliff en sociedad se ha convertido en adalid de su honor y renombre. La defendería a capa y espada de la mismísima Inquisición española. Se considera su salvadora.

Lauren y Megan cruzaron una mirada cómplice. Ambas habían sido un gran apoyo para la nueva condesa y habían formado un trío temible.

—Pues yo creo que mi suegra es la auténtica responsable de que la aceptaran en sociedad —añadió Gordon—. Esa historia de que era sobrina del difundo conde Lanvoie y que tuvo que huir de París porque se había enamorado de Redcliff y había traicionado a su país fue verdaderamente apoteósica. Digna del mejor dramaturgo del país.

—Gracias, Redcliff. —La condesa de Haverston pasó en un segundo de la sonrisa orgullosa al rictus disgustado—. Si llego a saber que ese par iba a comportarse de manera tan vulgar no les habría ayudado. Ni siquiera al señor Cadler se le habría ocurrido insistir en presenciar el parto de la señorita Lusy Wintherton...

Un grito desgarrador interrumpió a la condesa.

Lauren y Megan se levantaron como dos resortes ante la sorprendida mirada de sus esposos.

—¿A dónde vais? —preguntó Marcus.

—A sacar de ahí al conde y dejar entrar a la partera, o los primogénitos de ese hombre tendrán que traerse solos al mundo.

Subieron las escaleras a una velocidad de vértigo hasta llegar a la habitación principal.

—Lord Redcliiiiiff —llamó Megan. Hizo un guiño a la partera y golpeó un par de veces la puerta.

—Nos gustaría ayudar —añadió Lauren con un tono de súplica.

—Verá, creo que sus hijos están a punto de nacer —insistió Megan—. Y me temo que su esposa podría querer presencia femenina en esa habitación.

—Déjenos pasar, Redcliff —solicitó Lauren.

Siguieron insistiendo hasta que la puerta se abrió.

—Son dos —anunció como un hombre condenado a la horca. El rostro demacrado mostraba como nunca antes los cuarenta y tres años que el conde acababa de cumplir.

—Una feliz noticia, sin duda. Será todo un acontecimiento, pero también un trabajo de parto duro. —Al ver cómo el conde empalidecía, Megan se apresuró a rectificar—. ¡Intenso! Será un parto un poco más largo, pero igualmente confortable si nos permite entrar y ayudar a su esposa.

—Eso no lo sabe con seguridad —alegó el conde, todavía compungido.

—He pasado por esto dos veces, milord.

—Y yo tres —añadió Lauren.

—Yo tengo cinco hijos, por si a alguien le interesa el dato —terció la matrona, quien, había que reconocerlo, era un poco fresca y altanera.

Lauren se aproximó a la puerta y echó un vistazo por detrás de Redcliff. Suspiró aliviada cuando vio a Hannah asomándose también para seguir la conversación con el semblante bastante compuesto; sudorosa y apurada, pero compuesta. Tomó las manos del conde entre las suyas y se las apretó con cariño.

—Déjanos ayudar a Hannah. Queremos que esto sea lo más fácil y hermoso posible para ella. Y con nuestra experiencia podemos ayudarla mucho. Por favor. Puedes bajar a la biblioteca y esperar junto a Marcus y...

—No —interrumpió en seguida—. No quiero dejarla sola. Y la compañía de sus esposos podría acabar con la poca cordura que me queda.

Lauren se abstuvo de recordarle que la condesa no se iba a quedar sola, bajase él o no. Lo importante era que, a pesar de su evidente renuencia, se hizo a un lado para dejarlas entrar. Lejos de mostrarse ofendida, la partera le dio un par de golpecitos en el hombro al conde cuando entró y lo puso en situación:

—Espero que tenga un estómago fuerte.

Los ojos negros de Shein Dereford se abrieron como dos naranjas. Aunque no pudiera calificarse de delicada, la advertencia no era otra cosa sino acertada. Un parto era una de las experiencias más hermosas de la vida, pero también había mucha sangre, sudor y gritos. Y eso en el mejor de los casos.

El agudo alarido de Hannah puso a todo el mundo en movimiento. Redcliff se arrodilló junto a su esposa y le sostuvo la mano. La partera se fue a los pies de la cama y comenzó a repasar todo el material que, por suerte, había podido ser preparado antes de que el conde sufriese su ataque de pánico. Lauren y Megan se pusieron cada una a un lado de la mujer y se miraron a los ojos con sendas sonrisas. Iba a ser una noche colosal.

Cuando el heredero del conde de Redcliff tomó su primer aliento de vida, su padre no hizo otra que besar la mano de su esposa con fuerza y sonreírle. No le dedicó al pequeño más que una fugaz mirada para asegurarse de que lloraba o hacía cualquier otra cosa que indicase que estaba vivo. Los ojos de Shein Dereford siguieron clavados en el ruborizado rostro de su mujer, que debido a los esfuerzos mostraba algunas petequias en las mejillas.

Le sonreía, con un gesto que tenía tanto de preocupación como de aliento. Susurraba cosas ininteligibles para él mismo y rezaba en un estado subconsciente a los dioses de todas las religiones.

Ni siquiera cuando el hermano gemelo de su heredero clamó al mundo su llegada con un llanto agudo y desgarrador, el conde fue consciente de la presencia de aquellas dos nuevas vidas; toda la atención puesta en el bienestar de la condesa.

La felicidad más pura no logró invadirle hasta que contempló la imagen de su esposa, llorando y riendo a la vez, cuando Lauren Collington y Megan Riversey depositaron sobre su pecho, envueltos en arrullos, a los dos bebés.

Shein se fijó entonces en las caritas que asomaban por entre esas mantas y cuyos ojos apenas se abrían por primera vez. Sintió una especie de congoja que le habría hecho caer de rodillas si no estuviese ya arrodillado. Eran tan pequeñitos, tan frágiles. ¿Cómo era posible que hubieran sido capaces de crear algo tan perfecto?

—¿Tienen todos sus deditos? —preguntó, cuando la realidad era que no tenía idea de por qué aquello podía resultar importante.

Lo que de verdad quería saber era que estaban bien, que los tres habían salido indemnes de aquella experiencia monstruosa que era un parto. ¿Sabrían eso los párrocos que tan alegremente promulgaban la frase «creced y multiplicaros» desde sus púlpitos? Era demencial.

La absurda pregunta fue coreada por varias risitas femeninas, incluida la de su propia esposa, que lucía agotada pero feliz.

—Son unos niños sanos y fuertes como su madre. Es usted una mujer formidable, condesa. —La felicitó la partera—. Dado que todo ha ido bien, creo que podemos dejarles unos minutos a solas para que se vayan conociendo. Volveremos en un rato para asistir a la madre y poner a estos preciosos varoncitos un atuendo más adecuado.

—Varoncitos —murmuró Shein. Ni siquiera había caído en preguntar su sexo.

Minutos después de que las tres mujeres abandonaran la habitación, ni el conde ni la condesa habían conseguido articular media palabra. Hannah había conseguido recuperar el resuello y mostraba un semblante tranquilo. Observaban fascinados a sus pequeños, incapaces de creer que al fin eran una familia.

—Tú tienes cara de Daniel —propuso Shein.

—Mi amor, ambos tiene la misma cara. No puedes llamarles del mismo modo.

—Pero ¿qué dices? —preguntó divertido—. Este se parece mucho más a ti. Tiene la boca más redonda, ¿ves? Y yo diría que... sí, creo que sus ojos son más claros. Él debería llamarse Samuel.

—¿Daniel y Samuel? —A Hannah pareció gustarle su propuesta—. Así será entonces. ¿Estás contento?

—Dios mío, Hannah. Es más de lo que puedo expresar con palabras. No sabía que se podía sentir esto. He tenido tanto miedo... No creo que pueda volver a pasar por una cosa así. Ya no tendremos más.

Hannah rompió a reír y uno de los pequeños protestó con un gorjeo.

—No ha sido para tanto.

—¿Que no ha sido para tanto? —preguntó Shein alarmado.

—Ya ni siquiera lo recuerdo —alegó ella con una sonrisa llorosa al mirar a sus bebés—. Dios mío, son tan pequeñitos. Míralos, mi amor. Mira lo que hemos hecho juntos.

Shein se sintió con las fuerzas suficientes para levantarse de una vez y sentarse en la cama junto a su esposa. Alargó la mano y acarició por primera vez la piel sonrosada de Samuel.

—¿Puedo coger a uno?

—Claro que sí, señor conde —rió ella.

Shein no tenía mucha confianza respecto a su capacidad de cargar a la criatura sin romperla, pero era mayor su ilusión que su miedo. Probó varias posiciones con sus manos hasta que logró ubicar una sosteniendo el trasero de Daniel y otra bajó su cabecita para fijar bien el cuello. Después se preguntó cómo conseguiría recostarlo en su brazo como lo tenía Hannah, pues se le antojaba una tarea imposible. Manióbró como pudo hasta que consiguió girar la cabeza del pequeño y llevarla al hueco de su codo; a partir de ahí todo fue coser y cantar.

—Ah, ahora—exclamó con júbilo cuando consiguió tenerlo arropado entre sus brazos—. Parece que lograré ser padre, después de todo.

—Serás un padre maravilloso —dijo su esposa con una sonrisa radiante—. No tengo la menor duda.

Ambos temían que volviese pronto la matrona y rompiese aquel momento de pura dicha.

—Shein, ¿cómo se resuelve la cuestión del heredero cuando son gemelos?

—Bien, pues el primero que nace será el futuro conde.

—¿Y cuál ha nacido primero?

Shein los miró a ambos, sin la más remota idea de qué contestar. Se encogió de hombros.

—No los estaba mirando a ellos sino a ti. Podría ser cualquiera.

Hannah le miró horrorizada.

—¡Shein! ¿Qué vamos a hacer?

—Dejaremos que ellos decidan cuando sean mayores. Veremos quién tiene más ganas y aptitudes para serlo.

—Si no supiera que careces de sentido del humor, pensaría que bromeas.

Shein sonrió al recordar que su esposa había argumentado eso mismo cuando le propuso matrimonio.

—También podríamos permitir que se turnen. Seis meses cada uno. Si se parecen tanto como otros gemelos que conozco podrían alternarse en sus funciones de conde y nadie se daría cuenta.

—Madre mía, no puedes hablar en serio. Cariño, esas cosas sencillamente no se hacen.

—Cariño, te recuerdo que tampoco los condes se casaban con doncellas...

FIN

Agradecimientos

Esta historia no fue idea mía. Jamás tuve la intención de escribir una trilogía.

Esta serie era la narración de la vida de los hermanos Chadwick, y ahí acababa todo. Pero el grupo de seguidoras de los Chadwick en Wattpad iniciaron toda una campaña de «extorsión» —cariñosa, obviamente— para que contase la historia de Hannah, y, sin duda, les estaré eternamente agradecida, porque esta novela me ha dado mucho más de lo que podía haber imaginado.

Queridas Rosa Mari, Mihuca, Grey, Janet, Eleanor, Janet, Espe, Cami, Lucía, Vicky, Haruna y Soany, vosotras fuisteis quienes comenzasteis a crear una historia para Hannah Lubrelle. Vuestras hipótesis y teorías cimentaron el argumento, vuestros consejos y correcciones pulieron el resultado. ¡Hasta elegisteis el título! De modo que esta historia es tan vuestra como mía.

Gracias por todo eso. Gracias por la charla de los viernes, por la paciencia y el cariño.

A Rocío Cantó por prestarse a la locura de ser lectora cero, por ofrecerme esa otra visión tan necesaria cuando una está enamorada hasta la médula de sus personajes y no les ve defecto alguno.

A Laura Habib, y en su persona a todas las correctoras de esta saga. Nada sería de nuestro trabajo si no pasara por vuestras manos, porque la magia se rompería en el mismo momento en que el lector encontrase esos fallos que vosotras sabéis hallar y enmendar. Gracias por permitir la magia.

Todo este sueño no sería posible sin Lola Gude y la fantástica familia de Selección – Penguin Random House. No sé cómo agradecereros que sigáis confiando en mí.

Al #Orazalteam: María, Rocío, Belén, Mamen, Coral y Loli; por todo el inmenso apoyo que me dais para cada cosa, grande o pequeña.

A ti, Adolfo, siempre a ti.

Por último, gracias a vosotros, lectores, que habéis decidido dedicar vuestro tiempo a mi historia.

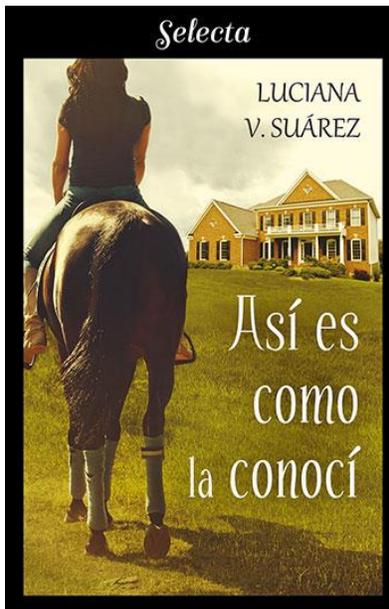
Si te ha gustado

Los condes no se casan con dondellas

te recomendamos comenzar a leer

Así es como la conocí

de *Luciana V. Suárez*



Lista de deseos finales de Shane Holloway

Respecto al funeral: Un solo servicio funerario, con predominancia de flores blancas (nada muy colorido), sin ataúd, con la urna con cenizas en el frente. La canción principal debe ser *Celebration* de Kool & The Gang. Nada de llanto histérico y maniqueísta, sabes que no lo tolero (y sí, estaré viéndolo desde algún lugar).

Respecto al entierro: El sermón final debe ser corto y conciso. El epitafio de la lápida debe decir: "Vivió como quiso, y así también murió".

Respecto al día después del entierro (en cuanto a ti): Dormirás hasta las diez, no más de eso. Después te levantarás, tomarás el desayuno como cada mañana, irás a dar un paseo por Prospect Park, después regresarás y te bañarás. Al mediodía almorzarás una tarta de pollo, y tomarás una copa de helado de *brownie* de postre. Por la tarde tocarás música, después ordenarás tu estante de cds (están hechos un desastre y llevan tiempo así). Llegada la noche quemarás lavanda, sándalo y coco (es bueno para el alma, de acuerdo a una mujer que conocí una vez), y después te acostarás a dormir, lo que hagas antes de dormirte no es mi problema, por lo que si quieres masturbarte o llorar hazlo, es decir, eres libre de hacerlo.

Respecto a los días siguientes: Regresarás a trabajar, seguirás transitando las mismas calles que antes de que yo me hubiera ido, seguirás viendo a la misma gente, seguirás escuchando la misma música, seguirás comiendo la misma comida (y disfrutándola), seguirás respirando el mismo aire, pero cambiarás algo, por tu propio bien, romperás con Bonnie, o mejor dicho dejarás de verla, porque esa muchacha no es para ti, así que cuanto antes la saques de tu vida será mejor.

Respecto al mes siguiente: Llevarás la urna con mis cenizas al río Housatonic, en Kent, Connecticut, en donde las esparcirás, te hospedarás en la posada Lockwood, queda en la entrada al pueblo, junto a la ruta 7, sino ahí tienes el mapa, o GPS, o lo que sea que uses para guiarte hasta allí, y ahí te quedarás por una semana entera, en la semana que tú escojas (aunque supongo que te vendrá mejor la primera semana), allí descansarás (es el lugar ideal para eso), comerás (la comida es deliciosa), explorarás el paisaje (el cual es muy idílico), rentarás un bote para remar por el río (ya verás cómo te gusta), cabalgarás a caballo (la sensación de montarte a uno es increíble) y conocerás a la gente que habita allí (son muy amigables por esa zona), y una vez que estés listo regresarás a Brooklyn.

Respecto al año siguiente: Seguirás con tu vida y serás feliz.

Con cariño desde el más allá, tu hermano Shane.

Ella creía haber olvidado. Él nunca dejó de buscar.



Dereford vuelve a Inglaterra tras pasar casi diez años en el servicio secreto. La guerra ha terminado, pero el conde de Redcliff no puede permitir que los crímenes de su enemigo queden impunes. En su búsqueda de la justicia se reencontrará con la mujer que no ha podido sacarse de la cabeza y que, a pesar de no ser más que una traidora, le robó el corazón.

Hannah Lubrele ha conseguido la paz que jamás creyó que pudiera sentir. Vive con una familia que la quiere y la respeta y casi ha conseguido olvidar las calamidades por las que ha pasado por culpa del hombre que la traicionó y que casi la conduce a la muerte.

Ahora Hannah tendrá que enfrentarse al pasado y reconocer que no ha sido sincera ni con sus seres queridos ni con su propio corazón.

Mariam Orazal es el seudónimo de una autora nacida en Badajoz en 1982. Licenciada en Comunicación Audiovisual, se ha dedicado siempre a la redacción y locución de radio en distintos medios de comunicación. Actualmente presenta un programa en Canal Extremadura Radio y compatibiliza el trabajo con su pasión por la escritura. Lectora empedernida desde muy pequeña, hace aproximadamente cuatro años descubrió la novela romántica histórica. Johanna Lindsey, Julia Quinn, Lisa Kleypas... leyó tantas historias maravillosas que al final no pudo evitar imaginar las suyas propias y acabó atreviéndose a escribir. *La noble ladrona* fue la primera obra que publicó a través de la plataforma Wattpad donde ha obtenido un premio Wattys en 2016 como escritora debutante.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Mariam Orazal

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-01-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

NOTAS

- [1] *Beau monde*: en francés, se refiere a la clase alta y aristocrática. Fue un término muy utilizado por la sociedad de la época en Londres.
- [2] La puerta del paño verde: así se llamaba a la puerta que daba acceso a las dependencias del servicio. Era una barrera psicológica que, más que el espacio, demarcaba las distintas clases sociales según el lugar al que pertenecían.
- [3] *C'est ma chance*: es mi suerte. Trad. francés.
- [4] *S'il vous plait*: por favor. Idem.
- [5] *Je peux suggérer*: puedo sugerir. Idem.
- [6] *Je peux suggérer*: puedo sugerir. Idem.
- [7] *Non compos mentis*: demente. Era un atenuante que los acusados podían alegar en su defensa desde 1800.
- [8] Acuartelamiento: los culpables de traición podían ser condenados a ser decapitados o descuartizados.

Índice

Los condes no se casan con doncellas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Mariam Orazal

Créditos